



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN RELACIONES INTERNACIONALES

***Solidificación de identidades bajo los términos del
sistema internacional decimonónico: las Guerras
Balcánicas de 1912 y 1913***

T E S I S

**PRESENTADA COMO REQUISITO PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIATURA EN RELACIONES INTERNACIONALES**

PRESENTA

BERENICE NAVARRO GONZÁLEZ

DIRECTOR

MTRO. GUILLERMO ALBERTO RODRIGUEZ ORTIZ

PUEBLA, PUE. Marzo de 2015



BENEMÉRITA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES
COORDINACIÓN DE TITULACIÓN Y EGRESO



IT/005 /2015
Oficio de Impresión
Relaciones Internacionales

Dr. CARLOS ANTONIO MORENO SANCHEZ
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES
DE LA BENEMERITA UNIVERSIDAD AUTONOMA DE PUEBLA
P R E S E N T E

En atención al VOTO APROBATORIO emitido por el (los) C.

MTRO. GUILLERMO ALBERTO RODRIGUEZ ORTIZ

Respecto del contenido de la tesis profesional presentada por el (la) pasante:

NAVARRO GONZALEZ BERENICE

TITULADA: "LAS GUERRAS BALKANICAS DE 1912 Y 1913: SOLIDIFICACION DE IDENTIDADES BAJO EL SISTEMA DE PODER DECIMONONICO"

Esta coordinación a mi cargo autoriza la impresión y publicación de la misma, en virtud de reunir los requisitos básicos de un trabajo de investigación.

ATENTAMENTE
"PENSAR BIEN PARA VIVIR MEJOR"
H. PUEBLA DE Z., A 11 DE MARZO DE 2015

4-7
MTRO. JOSÉ LUIS LEÓN SALAMANCA
COORDINADOR DE TITULACIÓN Y EGRESO



M'JLLS/nms

VIGENCIA 20 DIAS/ a partir de la fecha que se expide.

Asunto: Voto aprobatorio

A quien corresponda:

Por medio de la presente, quien suscribe Mtro. Guillermo Alberto Rodríguez Ortiz, profesor investigador de la licenciatura en Relaciones Internacionales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales aprovecha el medio para hacer de su conocimiento que después de haber dirigido y revisado el trabajo intitulado 'Solidificación de identidades bajo los términos del sistema internacional decimonónico: Guerras Balcánicas 1912 y 1913' de Berenice Navarro González con número de matrícula 200707472 emito voto aprobatorio.

Razón por la cual solicito a usted el apoyo necesario para que dicha estudiante de la licenciatura en Relaciones Internacionales pueda iniciar con los trámites requeridos para la defensa de esta tesis; y así poder cumplir con el requisito de titulación. De igual forma, sugiero que se contemplen a la Dra. María Patricia Moreno Rosano y a la Mtra. Marcela Álvarez Pérez como miembros del jurado, debido a que ambas colegas han comentado y enriquecido como lectoras el mencionado trabajo.

Sin más por el momento y agradeciendo de antemano su tiempo como respuesta quedo de usted.

Atentamente



Mtro. Guillermo Alberto Rodríguez Ortiz

Profesor Investigador

Licenciatura en Relaciones Internacionales

guillermo.rodriquezortiz@correo.buap.mx +52 1 2221362264



**BENEMÉRITA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA**
FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

COORDINACIÓN DE TITULACIÓN Y EGRESO



FACULTAD DE DERECHO
Y CIENCIAS SOCIALES

NA/001/2015.
ASESOR
RELACIONES
INTERNACIONALES



MTRO. GUILLERMO ALBERTO RODRIGUEZ ORTIZ
CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE
DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES.
PRESENTE:

Por este conducto hago de su conocimiento que se le ha designado como asesor de Tesis del (la) pasante:

NAVARRO GONZALEZ BERENICE

A fin de que se le (s) oriente y asesore en la elaboración de su tesis profesional
TITULADA:

"LAS GUERRAS BALKANICAS DE 1912 Y 1913: SOLIDIFICACION DE IDENTIDADES BAJO EL SISTEMA DE PODER DECIMONONICO"

Así mismo, hago de su conocimiento que el tesista deberá cumplir su investigación en un periodo de tres meses, y de un año como máximo. Es obligatorio entregar cada mes su avance de investigación firmado por su asesor. El voto aprobatorio avalara la forma y contenido de la tesis. De no cumplir con este requisito será cancelado su proyecto todo esto con el fin de autorizar la impresión y publicación de la misma.

ATENTAMENTE
"PENSAR BIEN PARA VIVIR MEJOR"
H. PUEBLA DE Z., A 09 DE ENERO 2015.

MTRO. JOSE LUIS LEON SALAMANCA
COORDINADOR DE TITULACIÓN Y EGRESO



M:JLLS/gmcc

VIGENCIA 20 DIAS/ a partir de la fecha que se expide.

Para mis padres, Consuelo y Vicente: ¡Ya!

Agradecimientos

La realización de este trabajo de investigación parecía una meta lejana, prácticamente una fantasía que hoy es una grata realidad. Fue un esfuerzo exhaustivo que consumió dos años de mi vida en los que, debo añadir, experimenté grandes cambios y me vi expuesta a la realidad que millones de mexicanos están obligados a vivir día a día. Mis intentos por conjugar el trabajo académico y el laboral hicieron que me percatara, en carne propia, de esta desconsolada situación, misma de la que sólo se habla en el aula de clases y se expresa en estadísticas. Dicho contexto me hizo dar cuenta de cuán afortunada soy de tener, ahora, un grado profesional pero, aún más importante, me hizo cuestionar sobre lo que mi carrera y yo podemos aportar a esta sociedad. He aquí mi primera gratitud.

La respuesta a este cuestionamiento estuvo frente a mí durante veinte años de formación académica; la educación es un valor inmensurable y enriquecedor en más de un sentido, por tal motivo doy gracias a todos aquellos profesores que han compartido sus conocimientos conmigo y han logrado en mí un cambio de enfoque. Dedico estas palabras a todos esos educadores que me han mostrado que su trabajo no sólo versa sobre la impartición del saber, sino que también contribuyen a una transformación del pensamiento individual y al despertar social. En este sentido, me gustaría expresar mi profundo agradecimiento a la Mtra. Marcela Álvarez Pérez por sus acertadas observaciones que, en este trabajo en específico, resultaron ser enriquecedoras; a la Dra. Patricia Moreno Rosano, profesora que se ha convertido en un modelo a seguir debido al impacto que ocasiona en cada uno de sus estudiantes y por la pasión con la que lleva a cabo su profesión; finalmente, agradezco al Mtro. Guillermo Rodríguez Ortiz, pilar esencial para la realización de esta investigación, ya que él fue quien me brindó su apoyo, confianza y, sobre todo, paciencia. Las palabras aquí plasmadas no logran reflejar todo el reconocimiento que su trabajo merece.

Estos veinte años de educación permitieron mi desarrollo social, introdujeron en mi vida a una serie de personas que han crecido conmigo hombro a hombro y cuyas experiencias de vida también representan invaluable enseñanzas. De esta forma, aquí doy gracias a mis entrañables amigos y amigas, este apartado es para ustedes por haber aminorado cargas y aliviar desalientos. Cecilia y Erika, ustedes son una larga constante en mi vida y personifican una admirable

Berenice Navarro González

fortaleza, me han enseñado que, a pesar de las adversidades, es nuestro deber seguir adelante; Pascale, a pesar de que eres la más joven de todas mis amistades, has demostrado ser una de las más sabias, tu madurez y sensibilidad me han hecho reflexionar sobre el valor de la tolerancia, además de la importancia de seguir ampliando los horizontes mentales y emocionales.

Asimismo, parte de este logro se debe a la contribución de mi primer maestro, la persona de quien he heredado grandes cualidades y talentos, quien me ha enseñado el valor del conocimiento y la resolución de cuestionamientos; el hombre que me ha mostrado que siempre se puede seguir aprendiendo sin importar la edad y que tras una caída o fracaso, lo importante es el ponerse de pie y aprender de ello. Papá, tú has sido un gran impulso para lograr grandes cosas.

Finalmente, me gustaría dar gracias a la persona que hizo posible este trabajo, a mi motor, aliento y fuerza. Es imposible enumerar todo eso que me ha enseñado, cada aspecto de mi vida ha sido forjado por sus innumerables esfuerzos, por su entereza y coraje; lo que me ha enseñado no se aprende en clase, el valor de estos conocimientos es una colección de años de experiencia que me han mostrado cuán irónica y cruda es la vida. Dedico estas últimas palabras a mi mayor crítica, esa mujer que no teme señalar mis vicios y no exalta mis virtudes; su honestidad – aunque a veces brutal – me ha mostrado que el cambio de mentalidad sólo es posible cuando existe una sensibilización sobre el entorno personal y social, que los objetivos sólo se alcanzan con disciplina, arduo trabajo y confianza en uno mismo. Que lo que se empieza siempre se debe terminar. Mamá, esta tesis es para ti.

Índice

Introducción	9
1. El respaldo de la conciencia nacional: el nacionalismo	13
1.1. Nacionalismo alemán e italiano	21
1.2. El paneslavismo como rasgo de identidad nacional	29
2. Construcción de la identidad nacional: los Balcanes	41
2.1. Serbia	44
2.2. Montenegro	49
2.3. Bulgaria.....	54
2.4. Grecia.....	58
2.5. Rumania	63
3. La motivación y el interés nacional	69
3.1. Bosnia-Herzegovina	73
3.2. Macedonia.....	80
4. El sistema internacional y la consolidación de la independencia nacional	87
4.1. El Tratado de San Stefano	101
4.2. El Congreso de Berlín de 1878 y el equilibrio de poder	106
5. Las Guerras Balcánicas	113
5.1. Formación de la Liga Balcánica	119
5.2. Primera Guerra Balcánica.....	129
5.3. Segunda Guerra Balcánica.....	134
Consideraciones Finales	141
Anexos	145
Mapas, Tablas y Figuras	188
Mapas	188
Tablas	188
Figuras	189
Fuentes y Bibliografía	190
Fuentes.....	190
Artículos Electrónicos	190
Libros Electrónicos	191

Mapas	193
Tratados Internacionales.....	193
Sitios	194
Bibliografía.....	194

Introducción

Las Relaciones Internacionales, al igual que la interacción cotidiana humana, son partícipes en una continua socialización, en la que se pretende satisfacer necesidades singulares en la medida que las aptitudes y habilidades del individuo, empresa, sociedad o país lo permitan. Pero las complejidades encerradas en cada individuo – físico o incorpóreo – no sólo se limitan a las necesidades más fundamentales, también existen intereses, deseos e incluso caprichos, que al ser saciados, producen un deleite pero también nuevas necesidades, intereses, deseos y caprichos aún más complejos. Esto es un proceso infinito que está sujeto al temperamento, la historia, la identidad y la socialización misma.

La sociedad es uno de los temas fundamentales de este trabajo de investigación, ya que ésta ejerce un alto grado de presión sobre todo individuo, obligándolo a comportarse de acuerdo a los principios sobre los que dicha sociedad se ha construido, pero el comportamiento individual también se delinea a partir de su propia consciencia y percepción. En dicho sentido, la percepción es ese factor que permite la identificación o diferenciación social; es la que facilita conciliar o generar conflictos de interés dentro de una colectividad.

Partiendo de la idea anterior, las Guerras Balcánicas de 1912 y 1913 fueron el resultado de la colisión de necesidades e intereses, no sólo de índole tangible, sino también ideológico y cultural. Por tal motivo, la intención del análisis es realizar una reinterpretación de los roles de los países participantes en estas dos contiendas que no sólo se moldearon por el devenir doméstico, sino también por la influencia y la presión de un sistema, de una sociedad internacional, que se construyó sobre los principios de una pequeña élite imperial, renuente a todo movimiento nacional.

Dentro del esquema, la Primera Guerra Balcánica fue el esfuerzo conjunto de Serbia, Montenegro, Bulgaria y Grecia, actores que asumieron una actitud revisionista luego de conciliar sus diferencias, encontrando en su pasado de sometimiento la piedra angular de su alianza. No obstante, el talón de Aquiles de la coalición regional fue un mismo objetivo territorial, Macedonia, en donde confluían sus intereses nacionales.

Berenice Navarro González

La conclusión de la primera guerra regional dejó al descubierto que la coalición balcánica era incapaz de resolver sus discordias y disputas. El protagonismo del carácter arrogante de Bulgaria sería la chispa que diera inicio con la segunda campaña bélica en los Balcanes. Debido a su sobresaliente desarrollo histórico, esta nación desarrolló un sentido de superioridad y su fuerza militar le hizo suponer que podría superar a sus antiguos aliados y conquistar Macedonia. Su presunción y menosprecio la aislaron, además de que fueron los elementos que provocaron su derrota ante la Liga Balcánica, Rumania y el Imperio Otomano.

Los Estados beligerantes de Serbia, Montenegro, Bulgaria y Grecia intentaron edificar una colectividad a partir de sus identidades e intereses que, en un primer plano, parecían ser similares; no obstante, el mencionado esfuerzo ignoró características inherentes a cada uno de los actores protagonistas que, finalmente, los colocó en un ambiente de perpetua enemistad. La principal razón de esto es la reducida región en la que interactúan, factor que impide el reconocimiento y determinación de los grupos culturales.

Con base en las anteriores afirmaciones se han establecido los siguientes objetivos específicos: demostrar que el sistema de equilibrio de poder ejerció una fuerza definitiva en la consolidación de las identidades nacionales de los miembros de la Liga Balcánica en el siglo XIX, sin restarle importancia al hecho de que parte de esta identidad es construida por los factores internos de cada individuo a lo largo de su existencia; exponer que estas dos guerras contiguas son el resultado de una política internacional que pretendía reducir los conflictos entre los grandes poderes pero que no disminuía su rivalidad en el campo internacional y, dicho antagonismo fue la principal influencia en el carácter nacionalista de los países de la península balcánica.

Determinar que las actitudes de los miembros de la Liga Balcánica no fueron sólo una consecuencia de la interacción con los grandes Poderes, sino que son un factor constitutivo del mismo, es decir, las actitudes de los miembros de esta alianza ejercieron una decisiva influencia en el sistema de equilibrio de poder al punto que dicha balanza se desestabilizó un año después de concluida la segunda guerra balcánica y, finalmente, explicar que la Liga Balcánica fue una entidad comunitaria endeble debido a que sus miembros la construyeron a partir de motivaciones nacionalistas de carácter expansionista hacia un mismo objetivo territorial.

Para la explicación de todo el proceso de consolidación de identidades, así como el inicio de las Guerras Balcánicas, la investigación se dividirá en dos partes, la primera compuesta de tres capítulos y la segunda de dos. Para poder comprender mejor el papel que cada Estado balcánico jugó en ambas guerras, es importante analizar su historia nacional, ya que es en ella donde radica la percepción individual de los actores. Siguiendo esta lógica, el capítulo uno expondrá al nacionalismo como elemento para la redefinición de la identidad e interés. Sólo se tomarán en cuenta el nacionalismo italiano y alemán por haber sido la fuente de inspiración del paneslavismo. El segundo capítulo se enfocará en las tres etapas históricas que forjaron las identidades de los miembros de la Liga Balcánica.

En el tercero se explicará brevemente el rol de Bosnia-Herzegovina y Macedonia en el siglo XIX por ser la motivación e interés para la gestación de los eventos que intervendrían en el estallido de estas dos conflagraciones. El capítulo cuatro – parte de la segunda sección de este trabajo – expondrá el ejercicio del sistema internacional del siglo XIX, el cual se manifestó a través del Congreso de Berlín de 1878 y en donde se terminaron por definir a los países balcánicos como entidades independientes.

Finalmente, el capítulo cinco se enfocará en el nacimiento de la Liga Balcánica como una coalición de identidades pero no de intereses. Posteriormente, se dará paso al desarrollo de la primera guerra balcánica, en donde se demostrará, luego de un tratado de paz en Londres, que la debilidad de la alianza radicó en el soberbio carácter de Bulgaria y su interés por todo el territorio de Macedonia. De esta manera, se explica el estallido de la segunda guerra balcánica, seguido de los tratados de Bucarest y Constantinopla, con lo que se termina la consolidación de identidades balcánicas que, un año más tarde, serían una pesada fuerza que terminarían con el delicado equilibrio de poder en Europa.

Debido a que el presente trabajo de investigación se centra en la consolidación de identidades nacionales a partir del desarrollo histórico interno y externo de los Estados miembro de la Liga Balcánica, se hizo uso del método histórico lógico como técnica de análisis, debido a que, siguiendo la lógica teórica del Constructivismo – mismo que establece que la existencia e interacción de la unidad de análisis, el Estado, se construye sobre intereses, ideas, deseos y motivaciones – se intentará realizar una reinterpretación del desarrollo de este conflicto regional.

Berenice Navarro González

La realización del actual ejercicio no pretende ser un mero análisis histórico sobre el desarrollo de este conflicto en particular. Entender un poco más a fondo a los países balcánicos, incorporando más elementos al clásico nacionalismo que tanto los ha caracterizado – y satanizado – ayudaría a comprender mejor su participación en cualquier otro evento internacional: la primera y segunda guerra mundial, las decisiones políticas de Tito en la Yugoslavia comunista, las guerras yugoslavas de 1992-1995, las independencias de Kosovo y Montenegro o, bien, el análisis del concepto balcanización en política internacional.

En nuestro propio contexto nacional, los Balcanes son una región bastante ignorada, lo cual se refleja en las escasas fuentes de referencia en castellano, a pesar de que su existencia podría representar un rico ejercicio comparativo con la situación de América Latina o África, ya que se comparte una similitud en cuanto al rezago político, económico y social debido a la influencia de fuerzas externas a las regiones. De dicha forma se espera que el trabajo de investigación sea un aporte para futuros análisis enfocados en la península de los Balcanes.

1. El respaldo de la consciencia nacional: el nacionalismo

El siglo XIX europeo se caracterizó, en parte, por una serie de revoluciones que buscaban la independencia y el reconocimiento de la autonomía nacional, debido a que la organización político territorial se había configurado en el marco de las conquistas del Estado monárquico. El nacionalismo y los movimientos de integración nacional se propagaron en todos aquellos pueblos sometidos por un gobierno que, culturalmente, era ajeno a ellos y, en el caso específico de los territorios balcánicos, esta nueva corriente política-ideológica fue el aliento necesario que los impulsaría a luchar por más de setenta y cinco años por el reconocimiento de su independencia y, más tarde, se convertiría en el argumento clave para sus políticas expansionistas y de integración nacional.

El nacionalismo es un concepto que se ha vuelto inherente cuando se habla de los Balcanes, por lo que antes de analizar a los miembros que conforman la región, es imperante definirlo. Así, el primer capítulo está dedicado a exponer qué es el nacionalismo y cuáles fueron las vertientes que habrían de inspirar la generación del nacionalismo cultural eslavo o paneslavismo. Cabe destacar que el paneslavismo es un nacionalismo exclusivo, con el que Bulgaria y Rumania no se identificaron, pero los principios paneslavistas habrían de coincidir con los argumentos discursivos de Rusia para ejercer una esfera de influencia en la península.

Antes de explicar qué es el nacionalismo, es necesario distinguir entre lo que es un Estado y una nación. Desde una visión weberiana, el Estado es una organización que posee soberanía y un monopolio territorial para el uso legítimo de la violencia organizada (Wendt, 1992, p.199); de esta forma se deja establecido que el Estado es una institución que tiene por responsabilidad el mantenimiento del orden dentro de sus límites político-territoriales. Dicha idea se reafirma con el argumento de Gellner en su obra *Naciones y Nacionalismo* (2003), en donde indica que el Estado existe cuando los cuerpos policíacos y judiciales se han separado de la sociedad, precisamente, para la conservación del orden.

Ahora, la complejidad del nacionalismo se comienza a presentar cuando se intenta ofrecer una definición de la nación o, bien, cómo ésta se conforma (véase tabla 1). Ernest Renan ofrece una interpretación que puede considerarse romántica ya que la califica como un alma que tiene un pasado conformado por esfuerzos y la voluntad presente de rehacerlos. Sin embargo, desde un

particular punto de vista, lo más importante que nos ofrece el autor es que la existencia de la nación se debe a un plebiscito diario; esta breve frase intenta demostrar que la nación vive cuando cada uno de sus miembros se reconoce socialmente para poder llegar a uno o varios acuerdos.

Muy cercano a esta idea, Anthony Birch nos dice que la nación es una sociedad que puede gobernarse hoy en día, que lo ha hecho en el pasado o tiene la pretensión acreditada para hacerlo en el futuro (1989, pp. 6-7). Algunos otros argumentos añadirían que dicha sociedad que se gobierna a sí misma debe poseer un límite territorial que limite el ejercicio de lo que Weber estableció en su definición de Estado, pero varios autores, como Hobsbawn, Birch o el propio Gellner, no han enfocado sus esfuerzos analíticos en este elemento, sino que han reiterado que la posesión territorial es un factor que se puede o no poseer; no obstante, en caso de no poseerlo, será un objetivo que se perseguirá.

Siguiendo este lineamiento, la definición que ofrece Benedict Anderson en *Comunidades Imaginadas* adquiere un perfil que no sólo incorpora características políticas, sino también culturales. Él propone que “una nación es una comunidad políticamente imaginada como inherentemente limitada y soberana” (1993, p.24), ya que los individuos que conforman la nación son conscientes de la existencia de sus connacionales dentro de límites territoriales determinados, con la pretensión de establecer un Estado libre y soberano, sin importar la clase social a la que pertenezcan sus miembros. En este sentido – y tomando en cuenta el contexto histórico de aquellos individuos que experimentaron movimientos nacionales –, la identificación cultural y la situación social han servido como un aglutinante que ha permitido imaginar una comunidad, una nación.

Por otro lado, Erick Hobsbawn nos dice que para identificar una nación son necesarios tres elementos, el primero es que debe existir una larga tradición histórica del Estado en cuestión; segundo, debe existir una élite cultural; y finalmente, debe haber una capacidad de conquista comprobable (1998b, pp.46-47). Este autor nos pone como ejemplo a las naciones alemana e italiana para corroborar la existencia de estos tres elementos y hace hincapié que, en el siglo XIX, ambas naciones no tenían un Estado con el que pudieran identificarse políticamente, por lo que su construcción nacional se fundamenta en los fuertes lazos culturales.

El respaldo de la conciencia nacional: el nacionalismo

Todos los autores que han tenido por objetivo analizar el nacionalismo concluyen que los lazos culturales que una nación pueda tener – tales como la etnicidad, la religión, el idioma o el territorio – no determinan a la nación *per se*; son elementos que facilitan la mutua identificación, permiten que el imaginario individual establezca objetivos comunes que guíen a los miembros de un pueblo, o comunidad, hacia la integración nacional, en donde todos estén dispuestos a converger bajo un gobierno que crean y sientan que es suyo. Es aquí en donde el nacionalismo surge, pero no se limita a ser un sentimiento o una ideología; el carácter complejo que se le ha otorgado deviene – de cierto modo – de los intereses que ha lastimado, porque cabe recordar que esta corriente surgió dentro de los límites de Estados imperialistas.

Ernest Gellner indica que el nacionalismo, como ideología se funda sobre argumentos positivos como la determinación de salvaguardar la diversidad cultural, así como la de un sistema político pluralista y la intención de disminuir las tensiones internas de los Estados; pero las circunstancias en las que el nacionalismo ha surgido no se deben a la ausencia de un Estado, sino al cuestionamiento de la distribución del poder y/o a la configuración de los límites territoriales. De dicha forma, la condición necesaria para el surgimiento de un nacionalismo es “la existencia de unidades políticamente centralizadas y de un entorno político-moral en que tales unidades se den por sentadas y se consideren norma” (2003, p.14).

De acuerdo con Birch, el nacionalismo ha producido su peculiar ambigüedad debido a que es una doctrina que ha servido en pro de la independencia de una nación en particular y no como una doctrina generalizada que enfatice a la nación como una unidad que tiene derecho a gobernarse a sí misma. Es por esto que la visión nacionalista se divide en dos vertientes: la primera trata sobre que la sociedad de un determinado pueblo debe ser unificada bajo un mismo gobierno; mientras que la otra versa sobre que la sociedad de un pueblo determinado debe ser liberada de un gobierno extranjero para que pueda gobernarse a sí misma (1989, p.5). Por lo tanto, en el contexto del siglo XIX, los gobiernos ejercidos por los Estado imperiales eran de naturaleza ilegítima.

Entonces, concretamente, ¿qué es el nacionalismo? Gellner, Hobsbawn y Birch están de acuerdo que el nacionalismo es una doctrina política que versa sobre la organización de la autoridad gubernamental, la cual debe ajustarse a la población que representa. Birch añade que el nacionalismo se fundamenta sobre la creencia de que el hombre es un animal social, el cual

Berenice Navarro González

obtiene su carácter y aspiraciones de los pueblos que comparten su misma cultura. De esta manera, el gobierno será un buen gobierno siempre y cuando éste sea construido sobre los intereses compartidos de dichos pueblos (1989, p.14). Este argumento expone que la existencia de una nación se debe a la mutua dependencia de los elementos culturales y políticos.

En lo que respecta al desarrollo nacional de los países balcánicos se puede comprobar que cumplen, en primer lugar, con los argumentos expuestos por los autores anteriormente mencionados. Cada uno de los actores contaba con una vasta tradición histórica que los avalaba, una élite cultural que era consciente de la necesidad de obtener una independencia que no podría haberse realizado de no haberse identificado bajo los principios de cada una de sus culturas y, finalmente – aunado al primer requisito – eran plenamente conscientes de sus capacidades de conquista. Sumado a esto, existía la determinación de repetir los exitosos esfuerzos de su brillante pasado en el contexto del siglo XIX, de ahí el anhelo de la reconstrucción de la Gran Grecia, Bulgaria y Serbia. Vale la pena mencionar los elementos que contribuyeron al desarrollo del nacionalismo en los albores de este siglo, ya que ahí radica el éxito de esta doctrina, sobre todo, en lo que a esta región respecta.

En la obra *Historia Contemporánea de Europa* (1997), Assa Briggs inicia con una comparación entre la Revolución francesa y la revolución industrial de tal forma que nos deja ver las contribuciones y dificultades de cada una y, cómo estas dos circunstancias históricas motivaron una ola de revoluciones a lo largo y ancho del continente, las cuales estaban investidas con los principios nacionalistas. El impacto de la revolución industrial en las sociedades europeas se reflejó en el acelerado crecimiento de las poblaciones y de los grandes centros urbanos, provocando el surgimiento de movimientos migratorios que buscaban favorecerse de las vertiginosas economías. De igual forma, la industrialización impulsó la práctica del imperialismo colonizador, el cual, en su afán de favorecer a los mercados estatales, tuvo como consecuencia la aparición de una diversidad cultural.

Por tal motivo, Gellner establece que la etapa industrial europea estaba destinada a convertirse en una era de nacionalismos precisamente porque fue un periodo conflictivo en lo que se refiere a los cambios de las fronteras políticas y/o culturales, fronteras que se volvían elásticas para satisfacer el carácter nacional del propio Estado imperial (2003, pp.59-60). En argumentos que se expondrán más adelante, Anderson coincidirá con Gellner en el hecho de que

El respaldo de la conciencia nacional: el nacionalismo

el nacionalismo se encuentra intrínsecamente relacionado con una de las características de la industrialización, el capitalismo, pero antes de mencionar dicha circunstancia este autor hace mención de dos sistemas culturales que ayudaron a imaginar las comunidades.

La religión y la dinastía fueron dos sistemas culturales que fueron interiorizados dependiendo del nivel de alfabetización del estrato social al que estaban dirigidos. Las grandes religiones, particularmente, poseían una escritura y lengua propias a la que sólo los individuos más alfabetizados tenían acceso. Sin embargo, uno de los aportes más importantes de estos dos sistemas, sin duda, fue el carácter simbólico que utilizaban para influir en las comunidades. Anderson ejemplifica esto mediante la mención del arte sacro, en donde se observa que los protagonistas bíblicos poseen características físicas que corresponden a las de la sociedad europea; mientras que la dinastía adquiría una infinita divinidad que demostraba la centralización de su poder (1993, pp.27-42).

El párrafo anterior se ciñe a la perfección a la tradición histórica balcánica, la religión, la dinastía y el simbolismo presente en ellas habrían de jugar un papel esencial en lo que se refiere a su movimiento nacional, sobre todo el surgido en el seno de la cultura eslava. En Serbia y Montenegro, principalmente, las figuras dinásticas que tenían por objetivo expulsar a los invasores otomanos de sus límites territoriales, no sólo se convirtieron en mártires nacionales, sino también en beatos, lo cual le confería un símbolo de divinidad a la lucha nacional y, de la misma forma, su legitimidad estaría respaldada por Dios.

La propagación del nacionalismo y su éxito, de acuerdo con Benedict Anderson, se debe a la presencia del capitalismo en la producción de materiales bibliográficos y, siguiendo la lógica capitalista, dichas producciones debían ser en masa para cubrir así el mercado en su totalidad con precios accesibles para todos. Para lograr esto, la producción editorial comenzó a imprimir textos en lenguas domésticas o, como este autor dice, vernáculos (1993, p.62-72). De esta forma fue posible un incremento en la alfabetización, el comercio, la industria, las comunicaciones y las burocracias estatales en donde se reflejaba la unificación lingüística que, a mediados del siglo XIX, daría paso al surgimiento de nacionalismos lingüísticos, como es el caso de la primera faceta del paneslavismo.

Tomando en cuenta lo anteriormente mencionado, Hobsbawn indica que los movimientos nacionales poseen tres fases. La primera, en esencia, era un movimiento cultural, literario y

folklórico, no poseía anhelos políticos o nacionales; en la segunda fase ya se pueden distinguir un agrupamiento de precursores y seguidores de una idea nacional y el surgimiento de campañas políticas a favor de esta idea; finalmente, en la tercera fase existen programas nacionalistas asistidos por las masas o, por lo menos, de las masas que decían representar (1998b, p.20). En este sentido, la lengua o el idioma, forja una élite lingüística que puede llegar a ser un modelo para una comunidad más amplia que, naturalmente, se identificará con el grupo por esa obvia característica.

En el siglo XIX, la presencia del nacionalismo ejerció un cambio drástico en el continente europeo por dos razones específicamente. La primera se debe a que en prácticamente todos los Estados, las lenguas nacionales poseían una importancia ideológica y política; y en segundo lugar, todos los nacionalismos lograron funcionar con base en modelos existentes por antepasados lejanos o, bien, por las consecuencias de la Revolución francesa. Una cosa es cierta, en este periodo, la nación se habría de convertir, desde el principio del desarrollo, en algo conscientemente deseado que podría conseguirse rápidamente (Anderson, 1993, p.102). En otras palabras, con el nacionalismo, como un instrumento de imitación con rápidos resultados, la nación pudo ser posible en poco menos de un siglo.

No obstante, el peligro latente del nacionalismo radica en los elementos que sirven como aglutinante o mutua identificación. Una nación que surge en los límites de un territorio desintegrado, buscará consolidar el control político mediante la extinción de facciones rivales, el establecimiento de un ejército nacional, así como el afianzamiento del poder judicial. Por otra parte, se buscará el establecimiento de un sistema hacendario y la implementación de una serie de leyes que conlleve el nombramiento de nuevos burócratas. A eso se le conoce como consolidación nacional y no puede ser posible sin una comunidad que posea un sentido de lealtad hacia su gobierno (Birch, 1989, p.8).

Para que la consolidación nacional exista, es necesario que primero tenga lugar un proceso de integración nacional en donde se pueden identificar cuatro pasos. El primero de ellos, en donde se retoma unos de los argumentos de Anderson, es la creación de símbolos nacionales; el segundo es el establecimiento de instituciones nacionales, configuradas a partir de varios miembros que sean parte del pueblo, es decir, las instituciones que legitiman al gobierno deben también representar a varios sectores de la sociedad. El tercer paso es la creación de un sistema

El respaldo de la conciencia nacional: el nacionalismo

educativo que le otorgue a la niñez una identidad nacional, que le inculque el patriotismo y funja como un instrumento de socialización. Finalmente, el último paso, es la creación de un orgullo nacional (Birch, 1989, pp.9-10).

Como se mencionó anteriormente, el nacionalismo posee un peligro que puede identificarse en las políticas que un gobierno puede adoptar. De acuerdo con Gellner, el nacionalismo puede desembocar en una política de homogeneización que surge a partir de un movimiento nacionalista que busca satisfacer un estado de enojo cuando el principio nacional es violado, es decir, cuando los límites territoriales no incluyen a todos los miembros de una nación, cuando en la nación hay gente que no corresponde a la misma o cuando la élite política pertenece a una nación totalmente diferente (2003, p.13). Si bien, esta última condición influyó en los países balcánicos, no es una circunstancia preponderante, ya que en el caso de la independencia griega, se impuso un gobernante extranjero, mientras que en el de Rumania, la población buscó el nombramiento de un príncipe extranjero para mantener alejada la intervención de las grandes potencias.

Hobsbawn hace una observación muy interesante, indica que el reconocimiento de una nación como independiente y auto-determinada sólo era posible en entidades que podían ser consideradas económica y culturalmente viables. Por lo tanto, la connotación nacionalista adquiriría un significado específico dependiendo de la nación que clamara independencia y, como menciona este mismo autor, el nacionalismo surgido en países como los de los Balcanes tendría un significado negativo (1998b, p.41), porque inevitablemente, una de las consecuencias del nacionalismo es la intención expansionista del nuevo Estado-nación.

Esta explicación de Estado, nación y nacionalismo es de carácter generalizado, aplicable a toda entidad estatal en donde haya surgido un movimiento de integración nacional (véase tabla 1). En el siglo XIX existieron dos nacionalismos que son un punto de referencia para cualquier autor que analice esta doctrina: el nacionalismo alemán y el italiano, ya que surgieron como movimientos románticos que carecían de un Estado. Se dice que son románticos por sus fundamentos en las características lingüísticas que sirvieron como el lazo de identificación entre la comunidad. Estos dos movimientos sin duda fueron una inspiración para los países balcánicos que, en el contexto de este siglo – sin mencionar los cuatro siglos de sometimiento – enfocaron sus esfuerzos en el objetivo de que el sistema internacional reconociera sus independencias.

Tabla 1.

Concepto de nación y nacionalismo desde diferentes perspectivas

Autor / Enfoque	E. Renan	E. Gellner	E. Hobsbawn	B. Anderson	A. Birch
Nación	<ul style="list-style-type: none"> • Esencia histórica • Asamblea diaria • Mutuo reconociendo social 	<ul style="list-style-type: none"> • Casualidad histórica • Existencia independiente al Estado 	<ul style="list-style-type: none"> • Entidad con tradición histórica, élite cultural y capacidad de conquista 	<ul style="list-style-type: none"> • Comunidad políticamente imaginada, limitada, soberana y cultural 	<ul style="list-style-type: none"> • Sociedad que se ha gobernado hoy y ayer, con intención de hacerlo en el futuro
Nacionalismo		<ul style="list-style-type: none"> • Doctrina que salvaguarda la cultura • Política agresiva de homogeneización 	<ul style="list-style-type: none"> • Movimiento cultural que perseguirá una idea nacional y concluirá con programas nacionalistas 	<ul style="list-style-type: none"> • Doctrina político-cultural construida el sistema capitalista 	<ul style="list-style-type: none"> • Doctrina de desarrollo particular • Creencia y aspiración nacida de una cultura común
Intención		<ul style="list-style-type: none"> • Compensar intereses territoriales y o de poder amenazados por influencias extranjeras 	<ul style="list-style-type: none"> • Independencia nacional de sólo aquellas entidades cultural y políticamente viables 	<ul style="list-style-type: none"> • Incremento de alfabetización, comercio, comunicación y burocracia • Reflejo de unificación lingüística nacional 	<ul style="list-style-type: none"> • Unificar pueblo bajo un mismo gobierno • Emancipación de gobierno extranjero y establecer gobierno nacional

Fuente. Elaboración propia con datos de Anderson (1993), Birch (1989), Gellner (2003), Hobsbawn (1998b), Renan (2010).

Antes de exponer los principios del nacionalismo alemán e italiano, es pertinente mencionar el antecedente más próximo que influyó en su surgimiento: la Ilustración. Anthony Birch indica que los pensadores de la Ilustración eran individuos favorecidos por las formas de gobierno republicanas, ya que esta forma de gobierno les otorgaba a sus ciudadanos un cierto grado de control sobre sus gobernantes. Asimismo, estos pensadores eran universalistas en el sentido de que miraban a los individuos como entes similares por sus necesidades básicas y por poseer una tradición histórica compartida (1989, p.12). Jean-Jacques Rousseau esbozó una primera idea nacionalista que coincide con los argumentos anteriormente expuestos:

[...] una sociedad, cuyos miembros comparten costumbres comunes era la mejor forma y, de hecho, la única satisfactoria fundación para la sociedad política [...] los seres humanos, habiendo evolucionado desde un estado de naturaleza en una vida comunal basada en costumbres compartidas y una única forma de vida, [podrían] sentir afecto sólo por miembros de su propia sociedad y no por la raza humana en su totalidad [...] tales grupos comunitarios naturalmente se podrían [...] convertir en sociedades políticas con sus propias instituciones de gobierno (citado en Birch, 1989, pp. 14-15, traducción propia).

Cabe resaltar que Rousseau consideraba que una sociedad política de esta naturaleza debía surgir por el esfuerzo de un legislador, pero derivaba de la voluntad de los ciudadanos, quienes – al aceptar la existencia del gobierno – habrían de obedecer las leyes gubernamentales. Sin embargo, desde la perspectiva de Rousseau, los ciudadanos no poseían un grado suficiente de unidad para llevar a cabo el quehacer político, por lo que era necesario la educación civil. Esta educación debía desarrollar el carácter así como la mente, de tal forma que a las generaciones más jóvenes se les transmitieran los estándares morales de su sociedad nacional (Citado en Birch, 1989, p.15).

No obstante, a lo anteriormente expuesto se le puede añadir una condición fundamental mencionada por Hobsbawn y Briggs, la Ilustración, así como la Revolución francesa o la Independencia estadounidense, fueron movimientos surgidos en el seno de una clase privilegiada, una circunstancia fuertemente criticada por Johann Herder y Johann Fichte, precursores del nacionalismo alemán.

1.1. Nacionalismo alemán e italiano

Como se ha venido mencionando, los movimientos nacionalistas en los Balcanes, así como el surgimiento del paneslavismo, tienen sus orígenes en los principios del nacionalismo alemán e italiano. Es importante resaltar que ambas corrientes están íntimamente relacionadas con el pensamiento revolucionario francés, pero la perspectiva que poseen acerca de esta circunstancia difiere drásticamente a causa de la experiencia personal de cada uno de los exponentes. De esta forma, en esta sección, se expondrán brevemente los elementos más importantes del nacionalismo de Johann Herder y Johann Fichte, en el caso de Alemania, así como la propuesta nacionalista de Giuseppe Mazzini, con respecto a Italia.

El contexto histórico en el que Herder se desarrolló como pensador filosófico coincide con la etapa en la que Francia se erigía como el Estado más poderoso de Europa, no sólo en el sentido militar, sino también en el cultural y ejercía una fuerte influencia en las cortes de dicho continente. Por tal motivo, Herder consideraba a los alemanes como presas del encanto francés y,

Berenice Navarro González

de esta manera, su trabajo se orientó a incentivar a su pueblo a evitar la imitación de una cultura que era ajena a la propia mediante el fomento del desarrollo cultural y lingüístico alemán. Así, este autor fue uno de los primeros en usar el término nacionalismo como un agregado de la comunidad, el cual habría de producirse con la ayuda de la tradición, las costumbres, la emoción y la historia.

Herder inicia su argumento nacionalista con el proceso que cada individuo experimenta, el cual está sujeto a las circunstancias – tales como el tiempo, el clima, las instituciones o la sociedad – en el que dicho individuo crece y desarrolla sus capacidades individuales. Estos individuos viven en diferentes ambientes naturales y sociales, lo cual les permite experimentar diversas experiencias y sensaciones y, cuando las experiencias tienen lugar en un mismo ambiente, las sensaciones y percepciones serán similares o compartidas. Asimismo, las ideas se forman y se introducen en el pensamiento a través de las sensaciones – así como por un complejo proceso intelectual (Patten, 2010, p.662).

De esta forma, el marco de pensamiento organiza las ideas y la experiencia gracias a un producto acumulado y empírico del proceso de socialización, mismo que tiene lugar en un ambiente específico. La socialización es un poder armónico de pensamiento en donde un sujeto se somete a la formación artificial de ideas en la que aprende a comparar, medir y sentir a través de sus sentidos (Patten, 2010, pp.663-664). Aunado a esto, la socialización se liga al lenguaje porque es un proceso de pensamiento que expresa aquello que fue comparado, medido y sentido; además, el lenguaje es lo que permite la asociación en una comunidad o *Volk*.

Herder utilizó el término *Volk* para describir a una comunidad dada con una cultura identificable, cabe resaltar que no era un término que aplicara solamente al pueblo alemán, sino que podía ser utilizado en cualquier comunidad del tamaño o extensión que fuese. De dicha forma, cada *Volk* tenía características especiales porque cada *Volk* contribuía a la humanidad; sin embargo, no podría ser juzgado a partir de escalas o valores de alguna otra cultura, ya que cada comunidad o pueblo posee su propia perspectiva, experiencia y forma de pensar. Así, de acuerdo al pensamiento político de Herder, el Estado más natural es un *Volk*, un pueblo, con carácter nacional (véase tabla 2).

Siguiendo esta lógica, las decisiones sociales deben ser hechas dentro de los límites de un Estado, el cual no deben sobrepasar las fronteras de la nación porque la decisión colectiva

El respaldo de la conciencia nacional: el nacionalismo

significa decidir por otros y esta condición debe cumplirse en el Estado nacionalmente unido (Patten, 2010, p.659). Sin embargo, Herder nunca estipuló que cada nación debía tener su propio Estado; él era consciente de que una nación podía estar distribuida a lo largo de varios Estados o podía surgir sin estar ligado a uno. Es más, uno de los huecos académicos más evidentes en Herder fue que no ofreció una definición de nación.

A pesar de esta carencia conceptual, Herder desarrolla conceptos que son inherentes al término de nación. En primer lugar, el lenguaje es una característica fundamental de la nacionalidad, ya que cada pueblo tiene su propio idioma, además las naciones han sido separadas por esta misma característica. Segundo, las naciones están vinculadas a un carácter particular, a una formación, manera de pensar o estructura de pensamiento; Herder mencionó que el carácter, así como el lenguaje, poseía una valiosa importancia porque, como se indicó en párrafos anteriores, el pensamiento dependía del lenguaje y las características especiales de éste condicionaban la sensibilidad y el pensamiento de un pueblo (Patten, 2010, pp.666-667).

En tercer lugar, Herder relacionaba a las naciones y pueblos con un territorio en específico. Un cuarto concepto se refiere a que las naciones y pueblos son entes que poseen actitudes políticas que tienen el poder de realizar acciones, es decir, la nación o pueblo es una agencia política orgullosa que podía llevar a cabo sus propios asuntos. Finalmente, este autor creía que las naciones y pueblos son contextos de socialización y educación de sus miembros (Patten, 2010, p.667). Es decir, todos los pueblos tienen una formación nacional, un idioma y una forma de pensar que influyen en el desarrollo y formación social, pero la unidad nacional radica en la tradición y transmisión del lenguaje, el carácter, el pensamiento, las costumbres y la cultura, en general.

Para Herder, las naciones son unidades culturales en donde la cultura y el lenguaje son elementos que propician la socialización. La nación y el pueblo son contextos geográficos, lingüísticos y culturales que favorecen al agrupamiento de circunstancias, experiencias, capacidades e ideas de los individuos. La nación responde a una necesidad cultural de los seres humanos, sin embargo, las naciones – cuando son pequeñas y poco desarrolladas – corren el riesgo de ser conquistadas por aquellos pueblos circundantes que resultan ser más poderosos. Por tal motivo, el pensamiento político de Herder, en lo referente al gobierno dinástico, le hizo

Berenice Navarro González

inclinarse hacia un ala liberal y democrática, oponiéndose al imperialismo imperante de finales del siglo XVIII y principios del XIX.

En resumen, la gran contribución de Herder, aparte de haber sido uno de los primeros en utilizar el término nacionalismo, fue haber otorgado una importancia al aspecto emocional del ser humano en lo referente a su adhesión a un grupo cultural y el deseo de construir una autoridad política sobre dicho grupo. Además, Johann Herder fue uno de los primeros en analizar a la nación como una unidad social (véase tabla 2) y habría de inspirar a futuros pensadores alemanes como el célebre Johann von Goethe y el nacionalista Johann Fichte.

Al igual que Herder, el nacionalismo de Fichte encuentra sus raíces en la intensa insatisfacción cultural derivada de la hegemonía político-cultural de Francia, misma que ejercía una importante influencia sobre la clase gobernante alemana. Esta insatisfacción – muy ligada a la idea de Gellner de un sentimiento nacionalista originado a partir de un estado de enojo – se originaba en la decepción que Fichte sentía por el contexto en el que vivía, razón esencial que impulsó el trabajo académico de este pensador, el cual se enfocaba exclusivamente en la moral del pueblo alemán. De esta forma, Fichte habría de prestarle mucha atención al orgullo nacional, una visión política que favorecía el carácter germano y a la confrontación del pensamiento alemán frente al francés (Birch, 1989, pp.19-21).

Fichte parte de una premisa vinculada con la cultura moral cristiana, la cual establece una extensión supraestatal y supracomunitaria que se enfocaba meramente en la salvación individual del hombre. De esta forma – y desde una perspectiva muy filosófica – el hombre es el centro, aquel que posee la moral, la ética, la voluntad y la espiritualidad, aquel con el poder de asociarse con otros sujetos; por tal motivo, la voluntad de un Estado dado era el fruto de la voluntad de todos los hombres y, haciendo hincapié en la moral como uno de los elementos más elaborados por Fichte, dicha condición debía ser reconocida por la sociedad; pero para lograr esto, era necesario que el ente moral poseyera voluntad, para así fomentar vínculos sociales de orden cultural y espiritual (Rodríguez González, 2012, pp.146-147).

El ente asociado o comunitario se construía a partir del agrupamiento de voluntades, originado en una estructura comunitaria. Es aquí en donde surge la nación como un concepto que en ocasiones adquiriría una funcionabilidad política, al mismo tiempo que influye en la percepción de la extensión de la opinión general, con el único propósito de llevar a cabo los quehaceres

El respaldo de la conciencia nacional: el nacionalismo

políticos de un *Volk*, el cual siempre debe actuar conforme lo dicte su Constitución. No obstante, Fichte consideraba la existencia de una estructura comunicativa-simbólica, por lo que, al igual que Herder, le otorgó un rol esencial al idioma, el cual se consideraba como un elemento que debía garantizar el destino moral del ser humano. De dicha manera, el carácter nacionalista del idioma alemán se convirtió en un vehículo que extendía ciertos “proyectos individualistas morales” (Rodríguez González, 2012, p.150).

Ahora, siguiendo esta línea política, el nacionalismo reduce al Estado a sólo un asunto de gobierno, cuya fortaleza proviene de la existencia comunitaria de un pueblo, entendida como una estructura espiritual que encuentra sus raíces en la tradición y la historia, elementos de los cuales emana la ley y es trabajo del legislador evitar a toda costa que la comunidad caiga en un apaciguamiento cívico, ya que de lo contrario, una tiranía puede surgir. Por tal motivo, el poder político radicado en la nobleza y el imperialismo impide el cumplimiento de los requerimientos de salvación individual y, si esta condición impera en un pueblo, entonces una revolución es justificable.

Fichte hace mención de instancias colectivas como una combinación política y moral del ente particular, por lo tanto, dichas instancias eran una garantía individual. Es aquí donde la nación surge como el único vehículo que puede y debe asegurar estas garantías. Asimismo, el Estado es necesario para asegurar la existencia de la individualidad, cuyo derecho de existencia se construye sobre la moralidad. Por otra parte, la individualidad es una instancia de la autoconsciencia, misma que es necesaria para la realización de la moral, es así que Fichte hace mención de la teoría del contrato como una función de la propiedad perceptiva que compone la individualidad (Rodríguez González, 2012, p.151).

El contrato, dentro de la visión de Fichte, es un claro ejemplo de cómo funciona la voluntad comunitaria porque es una decisión libre en el que dos o más personas aceptan ciertas condiciones de carácter moral. De esta forma, el carácter moral sólo puede ser coartado por la propia libertad y no por el poder político (Rodríguez González, 2012, p.154). En este mismo sentido, el individualismo es un peligro que se debe evitar y si se trata de un individualismo político, la comunidad, entendida como unanimidad, tiene la obligación de juzgar la actuación de un actor político, es decir – y cumpliendo con uno de los argumentos anteriores –, debe existir un compromiso cívico.

Fichte no describe arduamente lo que es o cómo se conforma una comunidad, él se ciñe a su idea de que el hombre anhela un destino moral a través de la unidad de todos los individuos, a través de la sociedad o de una comunidad, la cual ve como “el reino de los seres conscientes de su libertad y de su destino moral” (Rodríguez González, 2012, p.161). Por otra parte, el Estado debe reflejar a la comunidad y no construirse o degenerarse en actitudes individualistas. Fichte pone el ejemplo de la Francia revolucionaria, a la que consideraba como lo opuesto a la moralidad comunitaria, mientras que Alemania conservaba una dimensión nacional, con una singular estructura comunicativa-simbólica, porque su idioma era el único que reflejaba la cultura de moralidad.

El idioma alemán, según Fichte, poseía características especiales que contribuían al especial carácter de la cultura alemana. El alemán era un idioma puro y natural, que había sido hablado por los alemanes a lo largo de la historia de su raza y, dicha pureza, le confería al idioma y al pueblo una ventaja sobre otros pueblos que hablaban idiomas derivados del latín – como es el caso del francés, el italiano o el español –, así como sobre pueblos que hablaban idiomas bastardos, como el inglés (Birch, 1989, p.19). De esta forma, los alemanes educados serían gente superior porque serían los únicos que entenderían la espiritualidad y la moralidad de una forma que ningún otro individuo, culturalmente diferente, podría entender.

Entonces, la nación es una comunidad, un *Volk*, que se inserta en la consciencia nacional que tiene por objetivo conseguir una constitucionalidad. El *Volk* es la herramienta con el poder de enjuiciar el individualismo; es la unanimidad que debe orientar a todos; es la consciencia de universalidad de la opinión del *Volk*, la cual refleja la realidad de la comunidad (Rodríguez González, 2012, p.159). Sin embargo, son los aspectos culturales los que perfilan el carácter político de una nación, por tal motivo, Fichte establece una superioridad cultural alemana; además, cabe resaltar que, en sí, este filósofo no atentaba en contra de los principios revolucionarios o ilustrados, sino que denunciaba la pretensión de monopolizar dichos principios.

Finalmente, el pensamiento de Fichte pretendía que el espíritu alemán fuera expandido a cada rincón de la humanidad porque este espíritu la representaba. Visto de otra manera, el cosmopolitismo francés se condensó en los límites de una sola nación, justificando esto a través de principios morales. Sin embargo, como se mencionó anteriormente, la nación – concebida

El respaldo de la conciencia nacional: el nacionalismo

desde la visión alemana – fue el némesis del imperio francés, acentuando, en el prelude del siglo XIX, la antigua rivalidad cultural franco-alemana (Rodríguez González, 2012, pp.169-170).

Partiendo desde una visión totalmente diferente, Giuseppe Mazzini fue un líder político progresista que se enfocó, principalmente, en los principios de democracia y auto-determinación nacional. Es importante mencionar que el desarrollo de su pensamiento fue radical, ya que el contexto espacio-temporal en el que vivía aún estaba inmerso en un tipo de gobierno imperialista. Aun así, Mazzini trabajó en la consciencia y las opiniones de los italianos, creyendo firmemente que un cambio político sólo sería posible cuando hubiera una transformación cultural e ideológica sustancial. Estas ideas no sólo habrían de tener como resultado el Resurgimiento italiano, sino que estas mismas ideas habrían de influir en futuros pensadores y líderes revolucionarios.

Su propuesta nacionalista surge a partir de la Revolución francesa y del expansionismo napoleónico, fenómenos de los que emanan el individuo y la nación, entendidas como las dos unidades modernas de legitimidad política. Asimismo, estos dos elementos se convirtieron en símbolos de resistencia política y moral en contra de cualquier intento de expansionismo imperial. En este sentido, Mazzini se destaca por el desarrollo de una filosofía que versa sobre la acentuación de la importancia de la independencia y la auto-determinación nacional como los únicos medios para lograr un progreso humano, así como la emancipación (Recchia & Urbinati, 2009, p.1).

Dadas las circunstancias socio-políticas, Mazzini consideraba que la nación-Estado era la institución central que podría permitir una participación democrática, así como la educación civil de los individuos, por lo tanto, la expansión de la democracia y el reconocimiento de la autodeterminación serían una fuerza que lamentablemente habrían de experimentar una transición violenta hacia su consolidación. No obstante, la nación, como tal, sólo era un paso intermedio para una posterior agrupación generalizada, es decir, para una unificación de la humanidad entera. De esta forma, las ideas cosmopolitas de la ilustración y el ideario nacional son un complemento; por otra parte, la pertinente educación civil sería el único medio para evitar el surgimiento de un sentimiento nacionalista agresivo (véase tabla 2).

Compartiendo uno de los argumentos de Fichte, Mazzini indica que cuando existen regímenes opresores o, bien, una ocupación extranjera, la lucha política pacífica resulta

imposible, de esta forma, la insurrección violenta sería anhelada y justificable. En otras palabras, las revoluciones serían legítimas solamente bajo circunstancias políticas extremas. Una vez que las naciones fueran reconocidas como independientes, Mazzini esperaba que éstas adoptaran actitudes pacíficas con relación a sus vecinos y, en general, con la comunidad internacional. En su visión cosmopolita, la Europa del siglo XIX requería que el pueblo se agrupara con aquellas naciones democráticas con el fin de avanzar hacia el progreso de la humanidad (Recchia & Urbinati, 2009, pp.2-8).

Así como el pensamiento de Herder giraba en torno al concepto de cultura o el de Fichte con relación a la moral, Mazzini construyó sus argumentos sobre la noción de deber, deber hacia uno mismo, hacia la familia, hacia la comunidad, hacia la nación pero, sobre todo, hacia la humanidad. La experiencia histórica del siglo XIX demostró que la lucha nacional era únicamente en pro de la unificación nacional, circunstancia que reflejaba un peligro inminente y Mazzini trató de contrarrestar los posibles efectos negativos a través de la insistencia de que la nación fuera vista como una agrupación patriótica, en donde existiera la igualdad y se velara por el establecimiento de una forma de gobierno democrática.

La concepción de nación de Mazzini no es indiferente a los elementos culturales que mencionaba Herder, si bien eran necesarios, no eran suficientes para construir unidades políticas auto-determinadas o legitimar la independencia nacional. Para este pensador lo importante era la equidad política y la aprobación popular, ya que sin estos dos elementos, la autonomía política era imposible y los elementos culturales no tendrían una legítima voz. Por lo tanto, la nación debía erigirse sobre la equidad y la democracia, y en oposición al principio aristocrático. Cabe resaltar que, la voluntad popular – elemento que legitima las políticas nacionales – debe ser limitada, y esto sólo sucederá cuando la comunidad reconozca y se someta a una ley de humanidad superior, la cual evitaría el desarrollo de políticas expansionistas y hegemónicas (Recchia & Urbinati, 2009, pp.11-13).

Sobre la línea conceptual de Mazzini, la nación será merecedora del reconocimiento y respeto internacional, si y sólo si, ésta respeta a la humanidad en su totalidad. Para llegar a este punto, son necesarios dos principios: “deberes hacia la humanidad y deberes hacia el propio gobierno, respectivamente; por lo tanto, deberes morales y políticos” (Recchia & Urbinati, 2009, p.14, traducción propia). Por lo tanto, al igual que Herder, Mazzini creía que todas las naciones

El respaldo de la conciencia nacional: el nacionalismo

poseían un valor equivalente, cuya relación debía ser estrictamente horizontal y, para lograr esto, se debía establecer alianzas duraderas, en donde todos los pueblos confíen mutuamente en su buena voluntad y respetando su individualidad.

Como tal, Mazzini no ofrece una idea de nacionalismo, pero su pensamiento entrará en comunión con la idea de nacionalismo de Herder de la siguiente manera:

Cuando al hombre se le da un país, una patria, y establece un vínculo de solidaridad entre los esfuerzos individuales y los esfuerzos de muchas futuras generaciones; colocándolo en asociación con las labores de 25 a 30 millones de hombres que hablan el mismo idioma, tienen hábitos y creencias similares, profesan fe en la misma meta, y han desarrollado herramientas específicas para su trabajo como requieren las condiciones generales de su tierra [de modo que] sus fuerzas se multiplicarán [...] la tradición nacional y su propio intelecto, revitalizado por un vínculo común con el intelecto de millones, le revelan una meta especial, colocada junto al camino de la meta general. Esta meta especial no está fuera de su alcance si combina su propia fuerza con la fuerza de sus compatriotas. Si una nación está bien organizada, dedicada a una específica producción hacia el desarrollo moral, intelectual y económico general [...] la contribución de cada nación es por lo tanto necesaria para [el] propio funcionamiento de un todo (Recchia & Urbati, 2009, pp.63-64, traducción propia).

Esta cita demuestra que la nación es un todo que se mantiene cohesionada a través del esfuerzo compartido y las metas comunes; cada nación se levanta sobre sus propias tradiciones y se distingue de otras por una destreza especial en cuanto al cumplimiento de sus quehaceres y este cumplimiento es una contribución a la humanidad misma. Por otro lado, los elementos culturales deben amalgamarse para que exista un equilibrio y deben apoyarse sobre la tradición histórica.

1.2. El paneslavismo como rasgo de identidad nacional

Las tendencias nacionalistas previamente mencionadas habrían de ejercer una importante influencia en el desarrollo del pensamiento nacionalista de las comunidades eslavas. Tal y como se mencionó al principio de este capítulo, el paneslavismo fue preponderante sólo en los eslavos del centro y el sureste de Europa. Rumania y Bulgaria quedarían exentos de la ola paneslava, en el caso rumano por la lejanía geográfica; mientras que el caso búlgaro resulta ser un tanto más peculiar, debido a que, a finales del siglo XVIII y principios del XIX – periodo en el que el

paneslavismo se desarrolló y adquirió fuerza –, Bulgaria era una entidad nacional prácticamente desconocida para los pensadores eslavistas, ya que en su mayoría, estos personajes surgieron en el imperio de los Habsburgo, específicamente, en los confines de Hungría.

La experiencia histórica colocó a los eslavos dentro de cuatro grandes gobiernos imperiales: Rusia, Austria-Hungría, Alemania y el imperio turco-otomano, en donde también se vislumbran los dogmas que les han permitido alinearse con diferentes tipos de credos; así, rusos y serbios se definen como ortodoxos; los polacos, checos, eslovacos, croatas y eslovenos – en su mayoría – se identifican como católicos, mientras que los bosnios y herzegovinos son musulmanes. El establecimiento y reconocimiento de estas diferencias a partir de cuestiones político-religiosas han formado parte de una cultura de discordia eslava, una característica que estuvo presente desde los orígenes históricos de estos pueblos, que – en el siglo XIX – se extendió también hacia un carácter racial. Esta hostilidad puede ser un elemento que ha contribuido en el lento desarrollo de los Estados eslavos.

La adopción de la fe católica y la ortodoxa, consideradas como credos rivales, enfrentaron al oriente con el poniente, incluso en el ámbito literario, expresado en dos alfabetos completamente distintos, también puede ser un elemento que influyó en la fragmentación del territorio y, cuando la iglesia finalmente se bifurcó oficialmente, la reconciliación fue imposible. Hay mucho factores que han participado en esta discordia, pero el que más influyó en el alejamiento de los pueblos eslavos fue la invasión de Hungría, un pueblo que culturalmente era totalmente diferente a los eslavos, pero que, gracias a su fuerza y unidad, se levantó como una entidad política y cultural lo bastante fuerte como para evitar ser asimilada por los vecinos eslavos de su alrededor.

La distribución de los eslavos en los diferentes Estados – previamente mencionados – es una condición que habría de desarrollar grandes dificultades. Al igual que los latinos o los germanos, los eslavos poseen ramas étnicas que los vinculan mutuamente. No obstante, y tomando el ejemplo de los germanos que realmente no fueron conquistados o asimilados a razón de un agresivo expansionismo extranjero con algún argumento civilizador, la evolución eslava difiere precisamente por esta condición. De esta forma, su desarrollo fue mucho más lento e inequitativo, en donde las condiciones geográficas no favorecieron a estos pueblos. Asimismo, la diferencia entre germanos, latinos y los eslavos, es que los primeros dos fueron comunidades que

El respaldo de la conciencia nacional: el nacionalismo

gozaban de un cierto grado de independencia que les permitían ser fieles a sus culturas; mientras que los eslavos – en su mayoría – fueron sometidos por soberanías ajenas a sus necesidades sociopolíticas y culturales.

Vale la pena mencionar que las comunidades eslavas fueron de los primeros grupos en experimentar la influencia de las ideas revolucionarias en el periodo del siglo XVIII y el XIX. Por una parte, la literatura romántica francesa y, por otro lado, la ideología cultural alemana influyeron en el surgimiento de una ideología paneslava temprana, de manera que el paneslavismo se propagó a partir de un deseo de los grupos eslavos por la unificación y la combinación de sus fuerzas (Kostya, 1981, p.5). Haciendo uso del argumento de Hobsbawn sobre que el nacionalismo posee tres fases, en el que una primera se concentra en un movimiento cultural, el movimiento paneslavo produjo el desarrollo literario, en el que participaron muchos académicos y pensadores que compartían el anhelo de luchar por un movimiento propio que versaba sobre la gloria y poder eslavo, condiciones que sólo serían posibles a través de la unificación de todos los pueblos.

El nacionalismo y sus principios se introdujeron en los eslavos tardíamente. Como se ha venido mencionando a lo largo del capítulo, el pensamiento francés fue precursor de estos principios y también fungió como el dominante en Europa y, por lo tanto, todos los académicos europeos estaban familiarizados con los trabajos de Rousseau, Montesquieu y Voltaire. Sin embargo, los pensadores eslavistas, a causa de la distancia geográfica con la capital francesa, no se ligaron mucho con estos pensadores, sino que el surgimiento y desarrollo de sus argumentos académicos se debieron a los filósofos alemanes.

Herder, Fichte, Goethe, Kant y Schiller se vincularon al pensamiento francés a través de una contraposición cultural, pero los eslavos desarrollaron su pensar a través de la afinidad que sentían hacia estas personalidades. Herder fue a quien se le debe el surgimiento del paneslavismo como movimiento cultural, ya que este filósofo creía que los eslavos estaban destinados a un destino mucho más grande, aún no revelado pero con una humanidad ideal, lo cual fue una idea muy atractiva para los eslavos. Herder veía a los eslavos como sociedades esclavizadas que debían despertar de su letargo para liberarse a sí mismos y recuperar sus vastos territorios. Kóllar, Sefarík, Gaj, Dobrovsky y Palacky fueron algunos eslavistas que se pronunciaban a favor de este argumento, extendiéndolo en las comunidades eslavas y, las primeras en caer en el

encanto de Herder, naturalmente, fueron aquellas que se encontraban más cerca de Alemania (Capek, 1906, pp.22-23).

A finales del siglo XVIII, los eslavos del centro y sureste de Europa miraban hacia la Rusia zarista como la expresión política y cultural a la que se debía aspirar, ya que este imperio poseía independencia y un lugar preponderante en el sistema internacional de la época. Gracias a las victorias rusas sobre las tropas napoleónicas y otomanas, Rusia había sido idealizada y, por tal motivo, los eslavos esperaban que San Petersburgo los respaldara en lo referente a sus aspiraciones nacionales. Como se habla de una idealización, es claro que los eslavos sólo reconocían los aspectos favorables, benéficos y útiles para su propio movimiento, ignorando expresamente la faceta de un gobierno despótico que sometía brutalmente a aquellos grupos culturalmente ajenos a la gran mayoría.

Esta visión también se nubló a causa de las políticas anti-otomanas del imperio zarista, las cuales, en cierto grado, menguaban el sufrimiento de los eslavos balcánicos que aún se encontraban inmersos bajo la opresión otomana, situación que les impedía percibir las posibles consecuencias del expansionismo ruso en la península. Esta situación se acentuó gracias a la asistencia política del zar en los Balcanes que sólo fortalecía la actitud pro-zarista entre los pueblos eslavos de Europa central. Cabe resaltar que la gran mayoría de líderes eslavos nacidos en el imperio austrohúngaro expresaban lealtad al mismo, sin embargo, la solicitud por la que abogaban era que se reconociera su independencia con respecto a Hungría. En este sentido, los pensadores eslavos se dividían en dos ramas, aquellos que se inclinaban hacia Rusia fueron denominados paneslavos, mientras que los que aún se pronunciaban a favor del imperio de los Habsburgo, fueron llamados austro-eslavos (Kostya, 1981, p.6).

Jan Kóllar fue uno de los pensadores más importantes en el movimiento paneslavo y buscó la unanimidad de los eslavos a través de la literatura, a la que llamaba “reciprocidad literaria” (ver cuadro 3) (Capek, 1906, p.19) en donde se planteaba la cuestión del por qué los eslavos no podían adoptar un medio de comunicación común, justo como lo habían hecho los alemanes. Él se consideraba a sí mismo como un patriota eslavo y, por lo tanto, uno de sus objetivos principales fue inculcar esta condición entre los pueblos de la misma rama cultural; no obstante, siendo consciente del contexto de aquel momento, Kóllar nunca esperó que su trabajo

El respaldo de la conciencia nacional: el nacionalismo

tuviera efectos inmediatos, sino que su enfoque era hacia el futuro y lo expresó literalmente en su poema “La Hija Eslava” de 1824:

¿Qué será de nosotros los eslavos en un siglo a partir de ahora? ¿Qué aspecto tendrá Europa, entonces? [...] Como una inundación, la vida eslava lo cubrirá todo, expandiendo su influencia hacia todas partes [...] Y la lengua, la cual fue proclamada [como] la adecuada para todos los eslavos [...] resonará en las paredes de todos los palacios, emanando incluso de las bocas de sus propios adversarios [...] Las ciencias, también, fluirán de moldes eslavos [...] Los estilos, costumbres y canciones de nuestro pueblo serán poderosas [desde] del Sena [hasta] el Elba (citado en Capek, pp.19-20, traducción propia).

En este sentido, la nación concebida por Kóllar debía construirse sobre la reciprocidad literaria y sus lazos se fortalecerían con el trabajo de escritores de toda clase. El objetivo de esta idea era fortalecer a los más débiles mediante procesos de asociación cultural, sin perturbar a las instituciones ya establecidas como el Estado o la iglesia. Para lograr dicha asociación, Kóllar propuso tres pasos, el primero era que todo individuo eslavo debía entender y hablar los cuatro idiomas correspondientes a las ramas más influyentes de la cultura: el ruso, el serbo-croata, el polaco y el checo. El segundo paso sería que el individuo eslavo fuera capaz de conocer dialectos y sub-dialectos, y finalmente, el tercer paso se presentaría cuando el individuo fuera capaz de familiarizarse con todas las lenguas eslavas sin excepción alguna (Capek, 1906, pp.27-28).

Esta propuesta, si bien es utópica en sí, tenía por objetivo que aquellos eslavos de las ramas más poderosas desarrollaran una sensibilidad hacia los eslavos más indefensos, a través del reconocimiento de su propio historicismo cultural. Mientras que, la reciprocidad literaria, le otorgaría a los eslavos más débiles una fuerza y seguridad para resistir sus precarias condiciones, ya que, si su lengua sobrevivía, ellos también lo harían, aun cuando su independencia y soberanía se perdiesen. De esta forma – y siguiendo uno de los argumentos de Mazzini –, el paneslavismo, como movimiento romántico, era un camino que los eslavos debían seguir, era un deber, que si bien era de carácter nacional, era en pro de la humanidad (véase tabla 2).

A principios del siglo XIX, la influencia nacionalista progresaba vertiginosamente, circunstancia que se liga a la idea de Benedict Anderson de que la comunidad se puede imaginar a través de las impresiones y publicaciones de obras en lenguas nativas o vernáculos. En este sentido, cada libro publicado con temas eslavo-filosóficos o históricos hacía más evidente la relación entre comunidades rusas y checas, o entre serbios y dálmatas; descubriendo así que cada

país – con excepción de Rusia – sufría, en mayor o menor medida, de una opresión por parte de una fuerza extranjera. Debido a este mutuo reconocimiento, fue natural que naciones más pequeñas – y tomando en cuenta los argumentos de Fichte – buscaran salvar su individualidad mediante el establecimiento de una Confederación que expresara fuerza y poder.

Sin embargo, la chispa paneslavista habría de provocar una conmoción en Europa, en especial entre los austriacos y húngaros, quienes consideraban estas ideas como peligrosas y subversivas, aun cuando el objetivo esencial de esta primera fase era el de formar una hermandad eslava sin perturbar al Estado en esencia, por lo que se comienza a distinguir la segunda fase de la que hablaba Hobsbawn: el agrupamiento de adeptos y seguidores de la idea nacional y el surgimiento de campañas políticas a favor de la misma.

Como se ha venido expresando hasta ahora, la principal causa del distanciamiento de los eslavos fue la aparición de Hungría como fuerza preponderante en la región y, este actor sería la razón por la que los eslavos radicados dentro del imperio austrohúngaro buscaran la unidad étnica. Es importante mencionar que las diferencias geopolíticas entre Viena y San Petersburgo acerca de la cuestión de Europa oriental en la primera mitad del siglo XIX, aún no reflejaban un conflicto inminente. Hecho que parece ajeno al tema pero que se relaciona con la situación de Hungría dentro del imperio de los Habsburgo, ya que, a través del tratado de 1839, en donde ambas partes se comprometían a una mutua asistencia en caso de alguna amenaza externa o interna, en 1849, las tropas rusas penetraron Transilvania con el fin de apaciguar a las tropas insurrectas húngaras, ya que Rusia proclamaba a los líderes revolucionarios como un peligro para el imperio austriaco (Kostya, 1981, p.6).

Como movimiento político, el paneslavismo se origina a partir de un par de cuestiones sobre la nacionalidad que no pudieron ser resueltos. El primero se refería a la cuestión de cómo llegar a una solución útil entre el Estado y las varias nacionalidades, que juntos construyen a una nación; mientras que la segunda cuestión versaba sobre cómo era que los problemas de las minorías europeas podían ser resueltos dentro del amplio marco continental europeo. El concepto de nacionalidad se entendió como un grupo de gente con consciencia racional y nacional; esta gente comparte una lengua y, en cierto grado, una unidad organizada que se considera a sí misma como legal y política (Kostya, 1981, p.8).

El respaldo de la conciencia nacional: el nacionalismo

Siguiendo esta línea de explicación, el paneslavismo habría de sufrir una transición que lo llevó del romanticismo literario, a un movimiento político a causa de las cuestiones de nacionalidad con una serie de políticas anti-húngaras, respaldadas por la misma Rusia. Este conflicto político-lingüístico tiene su origen en la dieta húngara de 1790-1791, la cual le solicitó a Viena el reconocimiento de derechos políticos y lingüísticos; sin embargo, esta petición fue sabotada por una facción croata-eslovena que demandaba la preservación del latín como el idioma administrativo (Capek, 1906, pp.69-72). De esta forma, en el año de 1790, con la búsqueda del cumplimiento de la política de magiarización, se dan por inauguradas las políticas nacionalistas en Europa oriental.

El antecedente de la magiarización se remonta al año de 1777, cuando se intenta establecer una Academia puramente húngara. Las raíces políticas sobre este fenómeno se encuentran en la reacción nacional en contra de un decreto que se consideraba culturalmente opresor¹, proclamado por el emperador José II. Es así que el interés literario emergió como interés político en a principios del siglo XIX, momento en el que la clase nacionalista, impulsada por el espíritu nacional – el cual disfrutaba de un renacimiento gracias a las reformas lingüísticas – fue progresando a gran velocidad.

Los representantes estatales y los líderes del movimiento lingüístico húngaros mostraron cierta paciencia en cuanto al reconocimiento de sus derechos nacionales, por lo que dicho movimiento no se limitó a los asuntos culturales. La lucha política que surgió entre el despertar de la consciencia nacional húngara y los intereses nacionales del imperio de los Habsburgo, en el siglo XIX, aún no provocaban importantes movilizaciones nacionalistas, debido a que la clase gobernante no poseía un grupo mediador lo suficientemente capaz para solicitar derechos de índole nacional, no obstante, la facción croata fue la primera minoría en expresar su descontento con relación a esta aspiración.

En 1791 se proclama la primera ley lingüística en Hungría, en donde se declaraba que:

¹ El año de 1777 marca la reforma educativa del imperio austrohúngaro. Básicamente se estipulaba que la educación básica sería obligatoria para cada niño entre 6 y 12 años, misma que estaba en manos del Estado. Esta reforma se consideró “opresiva” porque la educación era estandarizada en todo el imperio, impartida en un solo idioma, hecho que entorpecía los intentos húngaros de establecer su propia lengua en Hungría.

² La cultura francesa se introdujo en el principado gracias a los *fanariotas*, quienes contrataban secretarios franceses para que los asistieran. En Rusia, la cultura francesa también ejercía una gran influencia y los oficiales rusos en Valaquia, al no conocer el rumano, contrataban intérpretes franceses para llevar a cabo sus relaciones con las

Con el fin de evitar el uso de un idioma extranjero en la administración de los asuntos públicos y preservar el idioma húngaro en asuntos oficiales, y para el propósito de mejorar la propagación y el mejoramiento del idioma húngaro, maestros especializados deberán ser contratados en escuelas preparatorias, academias y en la Universidad, para que aquellos que quieran aprender el idioma, o convertirse en expertos del mismo, sean capaces de hacerlo en el área o dirección deseada. Sin embargo, por el momento, los asuntos gubernamentales seguirán siendo ejecutados en latín (Kostya, 1981, p.10, traducción propia).

Si bien la ley cumplía parte de las necesidades nacionalistas húngaras, la clase gobernante malinterpretó la declaración debido a que estipulaba que el latín seguiría siendo – al menos por el momento – el idioma oficial. No obstante, en sesiones de la siguiente dieta húngara y, con base en esta misma ley, se intentó cimentar una base legal para la promulgación del uso del idioma húngaro en la educación y la administración pública. En esa misma etapa, los representantes húngaros solicitaron a Viena que se aceptara el uso de su lengua en la enseñanza y en la correspondencia entre el gobierno y las provincias húngaro-parlantes. Empero, esta solicitud, una vez más, encontró un obstáculo, ya que los croatas solicitaban que el húngaro no fuera un imperativo en las escuelas croata-eslovenas.

Esto demuestra un claro enfrentamiento de intereses político-culturales. El primer reclamo nacionalista significativo emanó de los grupos croatas, en donde, por primera vez, se podía distinguir un ideal nacional, cuyo objetivo era zanjar toda proclamación oficial del estatus del idioma húngaro, argumentando que el idioma oficial de Hungría era el latín y que sería anti-constitucional impulsar un cambio. Este mismo grupo declaró que Hungría carecía del derecho legal para forzar su voluntad en aquellos territorios anexos (Kostya, 1981, p.11). Aquí se puede percibir que los eslavos, en especial los croatas, luchaban en contra de las primeras intenciones de la magiarización, pero este argumento sólo disfrazaba su verdadero propósito: imponer su carácter nacional a los húngaros en cuestiones internas.

Las actitudes nacionalistas que se expresaron en contraposición de la magiarización corresponden al comportamiento neófito y, aún inexperto. Croacia surgía como una protectora del latín sólo para adoptar una posición competitiva pero que, al mismo tiempo, fuera respaldada por el gobierno en Viena. Años más tarde esta misma posición habría de evolucionar en una mentalidad nacionalista, en donde muchos pensadores paneslavistas croatas consideraban a la lengua magiar como primitiva e inútil para la resolución de los asuntos domésticos, una actitud que puede ser considerada chauvinista.

El respaldo de la conciencia nacional: el nacionalismo

Una segunda minoría importante en Hungría fue la de los serbios húngaros, quienes ya comenzaban a experimentar los efectos del nacionalismo. Esta minoría llegó al sur de Hungría a finales del siglo XVII, como una ola migratoria que huía de la opresión otomana y, quienes con la protección del emperador Leopoldo, se asentaron en esas tierras bajo el estatus de refugiados. Como tal, se les garantizó la libertad religiosa, exención hacendaria, derecho de instaurar su propio sistema judicial y elegir a un virrey simbólico. Prácticamente se les había otorgado el derecho de construir un país dentro de los límites de una provincia imperial. Sin embargo, se esperaba que los serbios eventualmente regresaran a su hogar cuando se hubiera dado un cambio favorable en Serbia.

Dicha expectativa nunca se cumplió, los serbios permanecieron en Hungría, desarrollando una sociedad que habría de volverse en contra de los húngaros. Esto se reflejó con el establecimiento de un Congreso serbio en 1791, al que fueron invitados obispos, pequeños terratenientes y líderes militares serbios; esta circunstancia, en sí, ya era una posición privilegiada que les permitió exponer la situación de Serbia bajo el gobierno otomano, así como la posibilidad de establecer una cancillería serbia. Por otro lado, demandaron una designación oficial de las fronteras del territorio nacional serbio dentro de Hungría y, finalmente, el reconocimiento de una autoridad independiente de justicia (Kostya, 1981, p.12).

Naturalmente, la clase gobernante de Hungría se opuso a tales demandas, ya que consideraban que violaban sus principios constitucionales. No obstante, Viena, siguiendo como era su costumbre las políticas imperiales hacia las nacionalidades de la región del Danubio, encontró benéfica la creación de una cancillería serbia, misma que comenzó a trabajar en ese mismo año sobre políticas anti-húngaras. Asimismo, la pobre oposición húngara ante dicha decisión, dejó en claro que la clase gobernante aristócrata era usada como un agente al servicio del movimiento anti-húngaro.

El ideal nacionalista serbio ya comenzaba a expandirse con rapidez a favor del paneslavismo gracias a la idea de que naciones como Montenegro, Dalmacia, Bosnia, Herzegovina, Croacia y Eslovenia compartían el mismo lenguaje: el serbio; por lo tanto sólo el individuo serbio sería capaz de expandir el ideal nacionalista eslavo hacia cada uno de estos territorios. Esta idea demuestra que la idea de reconstrucción de la Gran Serbia seguía siendo una

necesidad y, los territorios anteriormente mencionados, sólo por compartir el mismo idioma, eran automáticamente parte de la nación serbia.

La colisión entre el paneslavismo y la magiarización produjo una conflagración lingüística que gradualmente fue escalando para convertirse en un movimiento político y, en el caso de los eslavos, para deformarse en un movimiento etnocentrista con tintes extremistas, en el que nace la connotación negativa de esta fase nacionalistas. Aun así, la esencia del paneslavismo radicaba en el deseo de una unificación para soportar los sometimientos que estos pueblos experimentaban y otorgando el aliento para buscar la autonomía e independencia con base en características de mutua identificación cultural.

El respaldo de la conciencia nacional: el nacionalismo

Tabla 2.

Corrientes nacionalistas

Corriente Principios	Corriente Francesa (Rousseau)	Corriente Alemana (Herder & Fichte)	Corriente italiana (Mazzini)	Paneslavismo
Origen	<ul style="list-style-type: none"> • Ilustración • Clase privilegiada 	<ul style="list-style-type: none"> • Contraposición filosófico-cultural a la influencia de Francia 	<ul style="list-style-type: none"> • Revolución Francesa • Principios democráticos y de auto-determinación regional 	<ul style="list-style-type: none"> • Identificación con los movimientos nacionalistas alemán e italiana
Argumento	<ul style="list-style-type: none"> • Los seres humanos sólo sienten afecto por miembros de su propia comunidad cultural 	<ul style="list-style-type: none"> • Herder. La socialización se liga al lenguaje; el lenguaje permite la asociación a un Volk • Fichte. La socialización parte del agrupamiento de moralidades de una comunidad cultural específica 	<ul style="list-style-type: none"> • El individuo y la nación son unidades de legitimidad política y resistencia política y moral • Se construye sobre la noción de deber personal y social 	<ul style="list-style-type: none"> • Fortalecimiento de los lazos eslavos, en pro de una independencia, a través del respaldo de la Rusia zarista
Nación	<ul style="list-style-type: none"> • Sociedad con costumbres comunes • Impulso de la élite gobernante 	<ul style="list-style-type: none"> • Herder. Contexto geográfico, lingüístico y cultural que agrupa al universo de ideas de una sociedad • Fichte. Volk fijado en la conciencia nacional y pretende la constitucionalidad 	<ul style="list-style-type: none"> • Institución central que permite la participación democrática. • Se complementa con ideas cosmopolitas y nacionalistas 	<ul style="list-style-type: none"> • Reciprocidad literaria • Proceso de asociación cultural, sin perturbar las instituciones
Contribución	<ul style="list-style-type: none"> • Educación civil y transmisión de valores morales • Formación de carácter y mente nacional 	<ul style="list-style-type: none"> • Herder. Impulso del orgullo nacional de cualquier Volk • Fichte. Impulso del orgullo nacional alemán, creando un sentimiento de preeminencia sobre otros Volk. 	<ul style="list-style-type: none"> • Equidad política y aprobación social permiten la autonomía política 	<ul style="list-style-type: none"> • Sensibilización de eslavos pertenecientes a sociedades más fuertes sobre la realidad de los eslavos más débiles • Los eslavos más débiles adquirirían esperanza de sobrevivir a sus precariedades mediante la supervivencia de su idioma

Fuente. Elaboración propia con con datos de Birch (1989), Patten (2010), Rodríguez González (2012), Recchia & Urbinati (2009), Capek (1906), Kostya (1981).

2. Construcción de la identidad nacional: los Balcanes

Una vez explicada una de las características más relevantes de la identidad balcánica, este capítulo se ocupará en exponer de forma concisa el desarrollo individual de Serbia, Montenegro, Bulgaria, Grecia y Rumania a lo largo de tres etapas: la medieval, el contexto general de su sometimiento otomano y su desarrollo en el marco internacional del siglo XIX hasta 1877. Concretamente, esta sección tiene por objetivo comprender su individualidad para, posteriormente, entender su comportamiento en la comunidad.

Es pertinente señalar que la relación de los Estados balcánicos obedece a una complicada distribución territorial, misma que puede explicar el aislamiento que sufrieron durante su periodo de sometimiento; además es fácil distinguir la complejidad de sus relaciones debido a que son un gran número de entidades ubicadas en una misma región. De esta forma y antes de proceder con el análisis de los actores, es pertinente señalar ciertos elementos generales derivados de su vecindad.

La península de los Balcanes se localiza al sureste del continente europeo; al norte limita con los ríos Danubio y Sava, al sur con el mar Mediterráneo, al sureste con el mar Egeo, al oriente con el mar Negro y al poniente con los mares Jónico y Adriático (Cuvalo, 2007, p.17). La aparición del pueblo eslavo en la región se ubica a finales del siglo VI y principios del siglo VII, y es importante señalar esta característica debido a que es el primer paso hacia el desarrollo de una consciencia nacional comunitaria (véase mapa 1), es el momento en el que se empiezan a formar los primeros sentimientos de pertenencia expresados en formas culturales y folklóricas.

El territorio de Serbia, como tal, está conformado por una planicie en la porción norte, mientras que en el sur convergen tres sistemas montañosos: los Alpes Dináricos, los Cárpatos y los montes Balcanes; en su época de esplendor colindó en el norte con Bosnia, Hungría y Bulgaria y al sur con parte de la Grecia bizantina. En los confines de Serbia, se desarrolló Montenegro, cuya característica territorial es la más precaria de todos los miembros que conforman la región; básicamente, sus tierras se conforman por montañas que le protegieron de diversos ataques, pero también se le considera un territorio costero que colinda al norte con los Alpes Dináricos, al poniente con el mar Adriático y al sur con Albania.

Berenice Navarro González

La ubicación de Bulgaria yace entre la cordillera de los Balcanes y el río Danubio; tras su llegada a la península, sus fronteras gradualmente se fueron extendiendo hasta las costas del mar Negro y el río Timok hasta llegar al centro de la península. Es un terreno fértil y su localización le permitió disfrutar de los tránsitos comerciales que unían a Europa con Asia menor. Es un territorio elástico que logró extenderse hasta lo que hoy es Eslovaquia en el norte, y hasta Macedonia, llegando a establecer sus fronteras en los montes Cárpatos, el mar Egeo, el Adriático y la costa norte del mar Negro.

Por su parte, Grecia, en la época del esplendor bizantino, llegó a ocupar no sólo toda península de los Balcanes, sino que se extendió por toda Asia menor, Egipto y prácticamente toda la línea costera del norte de África. Gradualmente, con la aparición de los eslavos, su territorio fue retrayéndose hasta que sólo ocupó Grecia y Asia menor, y con la invasión otomana, este imperio se extinguió. Tras la independencia, Grecia reapareció en el mapa, ocupando sólo la región del Peloponeso y una pequeña región al sur que incluye Atenas y, más tarde, con la victoria de las guerras balcánicas, el territorio se extendió hacia el norte, colindando con Albania, la Macedonia serbia, Bulgaria y el Imperio Otomano europeo.

Finalmente, en sus inicios, Valaquia (Rumania desde el siglo XIX) se asentó al norte del Danubio, mismo que la separó de Bulgaria, y al sur de los montes Cárpatos. En la etapa de las invasiones otomanas, Rumania colindó al noroeste con la Transilvania húngara, al noreste con el principado de Moldavia al sur estuvo limitada por el imperio turco-otomano. En el siglo XIX, su territorio se expandió, fusionándose con Moldavia y, finalmente, en el siglo XX, la anexión de Transilvania terminaría por formar a la actual Rumania.

Es pertinente señalar que la península de los Balcanes fue de dominio romano, por lo que, cuando los eslavos se asentaron en el territorio, se vieron obligados a reconocer la hegemonía del emperador y, por lo tanto, cada entidad era parte de la esfera de influencia de los bizantinos. Esta circunstancia en específico posee gran importancia debido a que la cristiandad ya se había consolidado en el imperio y, naturalmente, fue desplazando al paganismo eslavo. Su propagación se llevó a cabo en dos etapas, del 642 al 731 y en el 879 (Petrovitch, 1915, pp.235-236).

Mapa 1.

Región Balcánica. 1856-1878



Fuente. The Balkan Pages. balkan.fabian-vendrig.eu/balkan/

El éxito de la religión en las tribus eslavas se debió a dos circunstancias en específico: la primera fue por el contacto cultural con los bizantinos cristianos y, en segundo lugar, a la traducción de textos bíblicos al lenguaje eslavo antiguo, un esfuerzo que permitió a la población comprender los principios de la espiritualidad cristiana. Finalmente, este credo habría de ejercer un peculiar dominio sobre las sociedades eslavas, ya que este elemento cultural permitió el desarrollo del arte y la cultura, pero aún más importante, habría de fortalecer los sentimientos nacionalistas de ciertos actores.

Berenice Navarro González

Como se mencionó en el capítulo 1, el pueblo eslavo y, en especial los balcánicos, han estado inmersos en toda clase de rivalidades – internas y externas – que han ejercido una influencia sobre el desarrollo de sus identidades individuales y esa es la intención del presente capítulo (véase tabla 3): exponer aquellas influencias externas pero, aún más importante, mostrar las internas porque el comportamiento de todo individuo debe entenderse primero a partir de la individualidad y, posteriormente, añadir los elementos exógenos para terminar de entender un cierto comportamiento en la comunidad.

2.1. Serbia

Como tal, el establecimiento de la estructura política serbia coincide con la etapa de cristianización en la península, misma que posee una peculiaridad que se mencionó en el capítulo anterior: la discordia eslava, nacida a partir de un temperamento conflictivo de la proto-aristocracia serbia, que buscaba satisfacer intereses individualistas.

La búsqueda de la centralización del poder surge como una necesidad de supervivencia al ser el objeto de numerosos ataques bizantinos y búlgaros, elemento que permitió una mutua identificación. De esta forma nace Rashka como la primera entidad política autónoma en el 890, éxito que no habría sido logrado sin primero haber reconocido la preeminencia de Constantinopla. El principal problema de Rashka fue la inestabilidad que producían las rivalidades internas, que finalmente causó una invasión búlgara que duraría del 924 al 931. En este último año se lograría recuperar la provincia junto con otros territorios (Hogarth, 1915, pp.27-28).

El éxito más importante de Rashka – tras la conquista bizantina en el siglo X y su posterior independencia – fue el reconocimiento papal, momento que representa el núcleo de la Gran Serbia. Este estatus le permitió establecer vínculos con Venecia y Roma, pero todo su desarrollo se entorpecería por los conflictos internos, situación que cambiaría hasta el siglo XII, gracias al gobierno de Esteban Nemanja. Bajo este gobierno, e impulsado por la decadencia bizantina, Serbia logró anexar Dalmacia, Herzegovina, Macedonia, Albania, Epiro (localizada

Construcción de la identidad individual: Los Balcanes

entre las fronteras de Albania y Grecia) y Tesalia. Asimismo, se debe puntualizar que esta expansión tardó cerca de dos siglos en concretarse.

Hacia el año de 1346, Estaban Dushan fue declarado emperador de los griegos y serbios en Skopie. La mención de este personaje en particular se debe a que es uno de los protagonistas más entrañables de la historia Serbia, debido a que su gobierno no sólo se caracterizó por sus numerosas conquistas, sino que él tuvo la iniciativa de proclamar un código de leyes y costumbres, con lo que intentó asegurar ciertos derechos individuales; además, favoreció el desarrollo comercial y la educación (Petrovitch, 1915, pp.54-55). Este periodo es considerado la cúspide del esplendor de la Gran Serbia porque nunca más en su historia habría de alcanzar la misma extensión fronteriza (véase anexo 1).

En 1354, los otomanos se establecieron en Galípoli, momento que representa su establecimiento en Europa, por lo que Dushan, en su afán por proteger a su imperio y garantizar su seguridad, decidió establecerse permanentemente en Constantinopla. Sin embargo, su repentina muerte fue el suceso que sellaría el destino de Serbia por los siguientes cuatro siglos. En menos de dos décadas, Serbia perdió Tesalia, Herzegovina, Albania y los territorios al sur de Skopie. En 1373, el emperador Lazar subió al trono y su objetivo fue reunificar la Gran Serbia mediante una serie de campañas en contra de los otomanos pero en 1389 el ejército de Murad I se enfrentó al ejército serbio en Kosovo (Hogarth, 1915, pp.81-82), en la que Serbia perdió definitivamente su independencia.

La situación no mejoró durante los siguientes tres siglos. En el siglo XVIII, el imperio austrohúngaro ya mostraba interés en la península, misma que se reflejó con la paz de Passarowitz, en la que Serbia, Banato y Bosnia se incorporaban a su esfera de influencia. En 1738, los serbios – influenciados por el descontento hacia el despotismo austriaco – cooperaron con las fuerzas otomanas para reestablecer su dominio, pero este apoyo no recibió recompensa alguna por lo que en la guerra austro-turca de 1788-1791, los serbios se alinearon con los austriacos, quienes a su vez obtuvieron apoyo de Rusia, para expulsar a los turcos de la península (Hogarth, 1915, pp. 88-90). Sin embargo, con la muerte de José II de Habsburgo y la Revolución francesa, Leopoldo II decidió establecer la paz con los otomanos, renunciando así a sus territorios balcánicos.

Berenice Navarro González

La actividad política de Serbia adquirió un dinamismo en el siglo XIX, misma que dependió del gobernante en turno y sus relaciones con las grandes potencias. El primer gobernante serbio en el siglo XIX fue Jorge (Karageorgevitch) Petrovitch, quien tuvo que enfrentarse con el hecho de que en Serbia no había hombres capaces de hacerse cargo de un gobierno o cuerpo diplomático. Fue mediante una convocatoria dirigida a serbios educados y establecidos en Hungría en donde se decidió establecer un Senado de 12 miembros, que se reuniría en Belgrado anualmente en una Asamblea; se estableció un tribunal, la realización de censos y un sistema de recaudación de impuestos, así como el impulso educativo (Petrovitch, 1915, pp.82-83).

Su mayor desafío se reflejó en el ámbito diplomático. Serbia era consciente que su bienestar dependía del apoyo de una de las Grandes Potencias pero, mientras Karageorge era austro-eslavo, el Senado era paneslavista. Finalmente, Rusia fue a quien se le solicitó su supervisión en la organización nacional y quien, a su vez, se comprometió a custodiar las fortalezas serbias y a establecer un protectorado. Las coyunturas internacionales se presentarían como un obstáculo; en 1807 Rusia, extenuada por sus conflictos con Francia, firmó un armisticio con el gobierno de La Porte, con el cual se dejó a Serbia desprotegida. Por su parte, Austria, preocupada por la creciente influencia rusa en el territorio, decidió establecer relaciones con Karageorge, prometiendo grandes ventajas que luego negaría ante Rusia (Ranke, 1853, pp.124-125).

En 1812, la guerra franco-rusa le impidió a Rusia seguir con su protectorado en Serbia, de esta forma, los rusos y los otomanos llegaron a un acuerdo que intentó garantizar la soberanía de Serbia y una amnistía general a cambio del pago tributario y la rendición de las fortalezas serbias. No obstante, un año más tarde, los turcos ignoraron el acuerdo y el ejército del sultán invadió Serbia con el fin de reestablecer su control. La derrota serbia significó la redición de Belgrado, mientras que Karageorge y el Senado huyeron a Austria, dejando a Serbia en una total incertidumbre. Sin gobierno y a merced del terror otomano, Milos Obrenovitch encontró la oportunidad perfecta para hacerse del poder.

Obrenovitch asumió el estatus de líder supremo luego de lograr que los turcos retrocedieran al sur mediante un movimiento guerrillero. En este mismo periodo, la derrota de Napoleón en Waterloo permitió que Rusia y Austria intervinieran en el terreno diplomático

Construcción de la identidad individual: Los Balcanes

otomano, con lo que se logró recuperar la autonomía serbia, aunque aún estaba sujeta a pagar tributo, mientras que Belgrado seguiría siendo custodiada por oficiales otomanos. Sin embargo, fue su neutralidad en lo concerniente a la independencia griega lo que propició que los otomanos reconocieran el protectorado ruso en Serbia, asegurando la libertad religiosa, autonomía interna, el derecho de elegir a su propio príncipe, la administración judicial y el cobro de impuestos para el pago tributario. Finalmente, en 1830 Estambul reconocía a Milos como el Príncipe de Serbia.

Durante estos años, la consolidación del orden interno y el desarrollo de los recursos naturales procedieron a buen ritmo. El incremento de las exportaciones bobinas y porcinas hicieron una rápida mejora en la condición económica del país. Las aduanas colocadas en la frontera austriaca, que Milos compró a los turcos, produjeron un continuo incremento de los ingresos. A los sacerdotes se les era otorgado un ingreso regular, y un seminario teológico fue establecido, así como un número de escuelas normales para la preparación de maestros. La legislación civil fue refundada con base en el Código de Napoleón, y el sistema de impuestos fue simplificado (Petrovitch, 1915, p. 96, traducción propia).

La actitud despótica del príncipe, quien incluso monopolizó los acuerdos comerciales más lucrativos, provocó una amarga oposición; para menguar el conflicto interno, se proclamó una Constitución en 1835 que establecía que la Asamblea "...se reuniría todos los años, y tendría el derecho de iniciar una nueva legislación; el poder legislativo, sin embargo, sería ejercido por el Príncipe y el Senado; la libertad personal y la seguridad de la propiedad estaban garantizadas, y la servidumbre habría de ser abolida" (Petrovitch, 1915, p. 98). Rusia, Austria y el Imperio Otomano exigieron que la Constitución fuera abolida, pero Milos se negó, argumentando que era el derecho de Serbia, pues su autonomía había sido garantizada por Rusia. Inesperadamente, el gobierno de La Porte convenció a Milos de abolir la Constitución, provocando una nueva indignación serbia.

Milos comprendió que la influencia rusa comenzaba a entorpecer la independencia serbia y, para contrarrestarla, buscó el respaldo de las grandes potencias, en donde Gran Bretaña encajó perfectamente. Londres accedió a enviar un representante a Belgrado, pero Rusia no permitió que su influencia fuera opacada e hizo uso de los detractores de Milos para asegurar su influencia. En 1839, se ensombreció la presencia de Londres mediante el establecimiento de un nuevo Senado, así como la abdicación de Milos. Sin embargo, el gobierno déspota de Milos originó una oposición que pretendía hacer a un lado a la familia real de los Obrenovitch y en

Berenice Navarro González

1842, con la prematura muerte del príncipe heredero, Milan, se convocó a una Asamblea Popular en donde se eligió a Alexander Karageorgevitch como príncipe de Serbia (Ranke, 1853, p.291).

El Senado se encargó de hacer público que el nombramiento de Alexander era meramente funcionario y que su poder era limitado, perjudicando la popularidad del nuevo príncipe. Así, el primer lustro de su gobierno se vio afectado por las decisiones que tomaba el Ministerio del Interior, el cual se enfocó en establecer una cultura de paz a través de la educación; mientras que en el plano internacional, Europa se sacudía por la proclamación de la República Francesa en 1848, a la que le sucedieron nuevas reformas liberales, la unificación italiana y la rebelión húngara, coyunturas que tendrían repercusiones políticas y culturales en Serbia.

En 1848, un grupo de intelectuales eslavos publicó un manifiesto que clamaba por una asistencia de la fraternidad eslava, surgido por la política de magiarización. En el contexto de la rebelión húngara, los serbios húngaros urgían a Serbia a apoyarlos en su búsqueda por la autonomía, y la afirmación de derechos y libertades. No obstante, la presión de Rusia y el imperio turco por mantenerse neutral produjo una contradicción política; finalmente Serbia decidió apoyar a la minoría eslava con armamento y una activa participación de Alexander pero la popularidad del príncipe no mejoró tras la rebelión y, debido a la lealtad de Alexander hacia Austria provocó que la Asamblea solicitara la dimisión de Alexander, nombrando a Miguel Obrenovitch como nuevo príncipe (Hogarth, 1915, p.102).

El objetivo esencial de la política de Miguel era completar la independencia de Serbia y era consciente que, para lograr esto, primero debía reconciliar a las facciones políticas, restringir los poderes del Senado y reorganizar al ejército. Su primer éxito fue registrado en 1861, cuando él y los diecisiete miembros del Senado publicaron las regulaciones hechas en la corte de ley, el establecimiento de una Asamblea que se reuniría cada tres años y la nueva organización militar, así como el establecimiento de una reserva nacional (Petrovitch, 1915, pp.122-124).

Estas nuevas reformas encontraron una oposición en el Imperio Otomano, Gran Bretaña y Austria, pero fueron apoyadas por Rusia y Francia. Al poco tiempo, se logró la evacuación de todos los oficiales turcos e incluso se logró que Gran Bretaña cambiara de parecer sobre las decisiones del príncipe. En política exterior, Miguel logró concretar alianzas con Montenegro, Grecia y Rumania; mientras que en el ámbito militar, sus efectivos ascendieron a 100 mil hombres y provistos con modernas armas (Petrovitch, 1915, p.125).

Construcción de la identidad invidiual: Los Balcanaes

Respaldado por su éxito diplomático, el príncipe no ocultó su deseo por anexas Bosnia a su territorio, y Francia y Gran Bretaña habían considerado otorgarle a Serbia un protectorado provisional en aquella región. Sin embargo, Austria preocupada porque sus intereses en Bosnia se vieran afectados por la pretensión de Miguel, apoyó una conspiración del ala opositora para remover al príncipe de su poder, así, en 1868 Miguel Obrenovitch fue asesinado. Este príncipe sería recordado como aquel que independizó Serbia; aquel que reformó el sistema educativo, así como los códigos civil, penal y comercial; aquel que optimizó el sistema hacendario y armó a Serbia con un cuerpo militar que podría defenderle ante cualquier ataque.

El sucesor de Miguel, Milan, rápidamente se ganó la simpatía de su pueblo gracias a sus políticas rusófilas. No obstante, esta popularidad se vería oscurecida por una serie de errores que cometería a lo largo de su gobierno. La más relevante – y la que se ubica en los albores de la independencia de 1878 – ocurrió en 1876, con una declaración de guerra al Imperio Otomano; este hecho en particular estigmatizó su gobierno debido a un fatal error: en su afán por asistir a Bulgaria individualmente, el ejército serbio fue derrotado en la frontera búlgara, con lo que Serbia quedó totalmente desprotegida para una nueva invasión otomana que solamente se retiraría con la intervención de los Grandes Poderes

2.2. Montenegro

La existencia independiente montenegrina fue establecida en el siglo X y, en ese entonces, se le conocía como Zeta. Culturalmente, está vinculado a Serbia, ya que poseen un mismo desarrollo surgido dentro de las fronteras de la Gran Serbia, pero el desarrollo de su identidad se vería afectada tras la Batalla de Kosovo, suceso que marca el fin de Zeta como una provincia serbia y el nacimiento de Montenegro como una entidad independiente.

El desarrollo político de Montenegro se puede dividir en tres periodos: el gobernado por la familia Balshitch, el de los Crnojevitch y, finalmente, el reinado del Principado Arzobispal. El primero dura apenas cincuenta años y se caracteriza por la migración serbia hacia las montañas, la cual huía del sometimiento otomano. Para garantizar su protección, la familia Balshitch buscó el apoyo de Venecia, pero su esfuerzo provocó la pérdida de los territorios más fértiles de la

Berenice Navarro González

provincia, localizados a los alrededores del lago Skodra y a las orillas del río Zeta (Denton, 1877, p.190).

El periodo de los Balshitch se vio opacado con la aparición de Esteban Crnojevitch, el primero de una dinastía que desaparecería en el siglo XVI. A esta familia se le atribuyen dos esfuerzos políticos, la fundación de Cetinje como capital (Stevenson, 1923, p.79) y, en cierto sentido, una unificación cultural nacida de un compromiso de defensa de la agresión otomana. La familia Crnojevitch se caracterizó no sólo por mantener lejos a las fuerzas otomanas, sino también por impulsar el desarrollo académico.

Las frecuentes hostilidades otomanas, aunadas al complicado terreno que habitaban, provocaron que los últimos gobernantes de la familia Crnojevitch encontraran fascinantes las tierras italianas, por lo que en 1516, el último Crnojevitch, Jorge V, abandonó Montenegro y, con él, muchos académicos tomaron la misma decisión en busca de un mejor estilo de vida (Denton, 1877, p.210). La partida de Jorge V representa un cambio político en Montenegro; sin un heredero, el gobierno del Principado debía ser asumido por la siguiente figura con un alto rango social, el Metropolitano. De esta forma, se instauró un Principado Arzobispal electo, cuya oficina administrativa se dividió, mientras el príncipe obispo se enfocaba en el deber espiritual, un gobernador electo, de noble ascendencia, debía asistirlo en el quehacer civil y militar.

En este periodo, los otomanos habían establecido su control en Sandzhak, frontera con Serbia, y desde este punto se ordenaron numerosas invasiones a Montenegro, que nunca tuvieron los resultados esperados gracias al inhóspito territorio que sólo los montenegrinos conocían y, este mismo factor, fue atractivo, no sólo para los serbios exiliados, sino también para los otomanos que buscaban un refugio de las exigencias fiscales o un deshago de las obligaciones militares. En 1570 tuvo lugar una nueva invasión, que impidió la consagración de nuevos obispos, provocando una segmentación en la sociedad ortodoxa, debido a la aparición de algunos misioneros católicos.

A principios del siglo XVII, los montenegrinos se negaron a seguir pagando tributo; sin armas ni municiones, el único elemento a su favor fueron las condiciones geográficas, que fueron suficientes para expulsar a los turcos y, en 1605, obtuvieron una autonomía que ningún otro individuo balcánico poseyó (Denton, 1877, pp.213-216). En este mismo siglo se comienzan a detectar intenciones de forjar relaciones con las potencias europeas. Un primer intento aspiraba

Construcción de la identidad inividual: Los Balcanes

a formar una alianza con Austria, mismo que quedó se olvidó luego de la derrota austriaca en Bosnia y Serbia.

A nivel interno y con la intención de consolidar su poder y defender su independencia sin tener que ceder parte de su libertad, la Asamblea montenegrina abolió el episcopado electo sustituyéndolo por uno hereditario. Si bien es verdad que los obispos ortodoxos hacían voto de castidad y, por lo tanto, permanecían solteros, es obvio que no podía existir un heredero directo del príncipe obispo en cuestión. La elección se llevaba a cabo a través del testamento del Príncipe, quien tenía el derecho de nominar a su heredero entre los miembros de su propia familia, por lo que, a principios del siglo XVIII, se eligió a Danilo I Petrovitch como el primero de su dinastía.

El interés esencial de Montenegro era mantener alejadas a las hordas turcas, lo cual se vio favorecido gracias a las múltiples coyunturas a las que se enfrentaban los otomanos. Por otro lado, el Principado Arzobispal buscó el apoyo ruso, de quien recibió asistencia material y espiritual, aunque, por las mismas cuestiones coyunturales, Montenegro frecuentemente se encontraba sin el respaldo internacional. Aun así Montenegro siempre ostentó una virtual independencia que defendía aguerridamente, por lo que el establecimiento de su interés nacional dependió, hasta 1876, de su unidad nacional, así como del mejoramiento de las condiciones de vida.

Con el nuevo sistema de gobierno, en 1782, Pedro I Petrovitch fue consagrado en el Patriarcado de Karlowitz. Él se dedicó a mitigar las revueltas internas, impulsadas por las insuficientes fuentes de subsistencia y los escasos suministros de armas. Resolver estas circunstancias era crucial a razón de las frecuentes invasiones otomanas, por lo que se buscó el apoyo ruso, debido a los lazos culturales que compartían, pero Rusia no deseaba establecer relaciones formales con Montenegro. La primera interacción con los grandes Poderes se presentó junto con la guerra ruso turca de 1788, en la que Viena le ofreció a Montenegro, a cambio de su participación, la restauración de antiguas provincias de Skodra y Herzegovina (Sloane, 1914, p.92 y 162).

Sin embargo, la conflagración dio un giro cuando Rusia abandonó la guerra para enfocarse en su conflicto contra Suecia, evento que coincide la ascensión de Leopoldo al trono austriaco y quien reconfiguró la política exterior del imperio; estableció términos de paz con los

Berenice Navarro González

otomanos, en los que Austria cedió todos sus territorios en la península y declaró a Montenegro como una provincia rebelde (Denton, 1877, pp.252-253). A pesar de este evento, las guerras napoleónicas representaron un deshago para Montenegro, por lo que fue posible prestar atención a la mejora de las condiciones internas del país.

En 1798, el derecho consuetudinario se modificó, transformándose en un código civil pero se respetó la organización de cada provincia que seguían teniendo a la cabeza a un jefe comunitario. Sin embargo, la administración judicial dependía de un cierto número de jueces (Stevenson, 1923, p.166). Estos avances se vieron favorecidos por las coyunturas en Grecia y Valaquia, gracias a las cuales Montenegro gozó de quince años de armonía y que fueron dedicados a fortalecer la unidad nacional y abolir las costumbres vengativas entre la población. Días antes de su muerte, en 1830, Pedro I eligió a su sucesor, su sobrino Pedro II.

El gobierno de Pedro II se distingue por tres aspectos, el primero, a nivel internacional, versa sobre la oferta de Constantinopla de reconocer su gobierno, además de recibir el control de territorios aledaños al Principado, siempre y cuando, Pedro II reconociera la supremacía del sultán. Esta oferta se topó con una negativa por parte del príncipe y la respuesta de los otomanos fue emprender una nueva invasión, que no tuvo buenos resultados gracias a la defensa monteriana. El segundo aspecto, de carácter interno, fue propiciado por el gobernador civil, Vuk Radovik, a quien se le acusó de una supuesta conspiración para ceder el territorio de Montenegro a Austria. A causa de esto, se eliminó el puesto de gobernador civil y los poderes eclesiásticos y civiles recayeron en el príncipe-obispo (Denton, 1877, p.266).

En tercer lugar y ya con una autoridad centralizada, se aprobó que los poderes de las provincias se concentraran en un Senado conformado por doce miembros, quienes debían reunirse en Cetinje bajo la supervisión de Pedro II. Gracias a esto, se proclamó oficialmente la abolición de las sanguinarias prácticas de venganza, bajo amenaza en excomunión y uso de la fuerza policial. Asimismo, se instauró una prensa escrita y se incrementaron el número de jueces, responsables de resolver las diferencias civiles y ejercer los castigos (Denton, 1877, p.269). Pedro II murió en 1851, no sin antes elegir a su sobrino Danilo como sucesor, quien, al principio, se reusó a aceptar las responsabilidades ya que no deseaba ordenarse como obispo.

Notando las dificultades que traía consigo el Principado Arzobispal, la Asamblea General de Montenegro formuló un decreto ese mismo año que estipulaba, en pocas palabras, que

Construcción de la identidad individual: Los Balcanes

Montenegro era un Estado secular y con un gobierno hereditario. Asimismo, se invitaba a Danilo, quien en ese momento se encontraba en Rusia, a regresar al Montenegro para asumir sus responsabilidades reales (Denton, 1877, pp. 276-277). Sin embargo, la ascensión de Danilo I como Príncipe secular no fue aprobada por Constantinopla, ya que el cambio de forma de gobierno había sido una decisión tomada sin consultar al gobierno al que Montenegro estaba sujeto, lo que provocó una nueva confrontación que los otomanos perdieron.

En el conflicto de la guerra de Crimea, Montenegro se vio obligado a permanecer neutral, debido a la situación interna: las nuevas reformas que prohibían las antiguas prácticas de venganza afectaba la popularidad del príncipe y, a lo largo de este siglo, algunas provincias incluso iniciaron movimientos separatistas. Pero una vez que la situación interna se calmó, Danilo se enfocó en los asuntos de gobierno y, en 1855, el Príncipe formalmente eligió como sucesor a su sobrino Nicolás. El siguiente año representó un periodo importante para la política exterior, ya que Danilo y la Asamblea se dirigieron hacia los Grandes Poderes con cuatro intenciones:

- 1) El reconocimiento diplomático de la independencia de Montenegro; 2) la extensión de sus fronteras con dirección a Albania y Herzegovina; 3) el establecimiento definitivo de la línea fronteriza sobre los dominios de los turcos, tal como la existente en Austria, y 4) la anexión de Altibari al Principado (Stevenson, 1923, p.186, traducción propia).

Cuando estas demandas llegaron a Estambul, inesperadamente, no se encontraron con una negativa, sino todo lo contrario. El sultán accedió a cumplir con estas peticiones añadiendo incluso un título oficial y acceso a todos los puertos marítimos de los otomanos, siempre y cuando, Montenegro se comprometiera a pagar el diezmo que le correspondía a la provincia de Herzegovina y que Danilo reconociera la supremacía del sultán. Ambas condiciones fueron inaceptables para la población montenegrina, la cual se vio insultada cuando corrió la noticia de que el Príncipe estaba dispuesto a aceptar. Esta decisión afectó la popularidad de Danilo; no obstante, una revuelta en la frontera de Herzegovina, Austria y Montenegro entorpeció la comunicación entre Danilo y Estambul, ya que la población montenegrina participó activamente en el conflicto.

Los siguientes cuatro años fueron de relativa calma, pero en 1860 Danilo I fue asesinado. Su sucesor, Nicolás I, tenía cuatro objetivos claros al momento de ascender al trono: mejorar las

Berenice Navarro González

condiciones de la población civil, liberar las tierras serbias de su sometimiento, buscar una salida al mar que le permitiera mejorar el comercio y obtener el reconocimiento de su independencia.

La crisis balcánica de 1875 surgida en las provincias de Bosnia y Herzegovina sería la coyuntura más importante para Montenegro y la realización de unos de sus objetivos: en 1877, se logra recuperar Skodra y las tierras a orillas del río Zeta, triunfo que significó, luego de cuatro siglos, la recuperación de gran parte del territorio de la antigua provincia de Zeta (véase anexo 2).

2.3. Bulgaria

La configuración de Bulgaria como una identidad independiente se caracteriza por una actividad bélica exitosa y un desarrollo cultural que se extendió, no sólo al resto de la península, sino también hacia Rusia; expansión que también se favoreció por su evolucionada diplomacia. Todo este desarrollo no habría podido ser posible sin la pronta resolución de su discordia aristocrática interna. El éxito temprano de Bulgaria se debe a que comprendió que la fuerza radicaba en la unidad, por tal motivo, su constitución político-social se construyó a través de la cohesión de las tribus eslavas y el sector militar, conformado por los proto-búlgaros.

El deseo por la unificación se debe a que Bulgaria surgió en la zona de influencia del Imperio Bizantino, quienes emprendieron numerosas batallas que tenían por objetivo empujar a los búlgaros al otro lado del Danubio o, bien, asimilarlos por completo. En el siglo VIII se promulgan las primeras leyes, la cuales establecen una división administrativa de las provincias, teniendo a la cabeza príncipes eslavos; asimismo, se implementaron leyes que castigaban el robo, el libertinaje y la insubordinación (Vassilev, 1979, p.20). En siglo IX, la cristiandad se convirtió en un objetivo político y económico, pues ésta era la base del feudalismo y, para garantizar un lugar en la comunidad internacional de aquella época, se debía adoptar este modo de producción y, por lo tanto, también la religión en boga.

La adopción de una sola religión permitiría la consolidación de su unificación. En un primer intento, la idea era afiliarse al cristianismo romano, pero este deseo propició que el Imperio Bizantino iniciara una campaña bélica en contra de Bulgaria que sólo se detendría sólo

Construcción de la identidad individual: Los Balcanes

si Bulgaria adoptara la fe ortodoxa. La súbita adopción del cristianismo ortodoxo no fue recibida con los brazos abiertos por las provincias búlgaras; existieron enfrentamientos que reflejaban la renuencia de los súbditos y la aristocracia. No obstante, la corona fue firme y las familias nobles que se habían levantado en contra de su gobierno fueron ejecutadas, mostrando así el centralismo del poder.

El cristianismo se fue extendiendo gracias a la presencia de obispos, llegados desde Bizancio, pero su tarea no sólo se resumía al bautismo y la predicación, sino que su objetivo tácito era realizar una propaganda que favorecía al emperador bizantino. Esta nueva situación provocó un descontento en el gobierno, lo cual empujó a Bulgaria a entablar diálogos con Roma que no lograron nada gracias a que Constantinopla, en su afán por mantener su posición hegemónica, accedió a establecer un arzobispado búlgaro sujeto a la cabeza de la religión ortodoxa, es decir, al Patriarcado de Constantinopla radicado en esta capital. Con este avance se logró desarrollar la cultura, pero aún más importante el idioma búlgaro era proclamado oficial, tanto en las iglesias como en todo el territorio.

A finales del siglo IX, Bulgaria se había consolidado como un Estado moderno, defendida por un estructurado ejército y respaldada por un florecimiento cultural que ningún otro Estado eslavo podría igualar. Sin embargo, la decadencia búlgara se presentó entre el siglo X y el XI, como consecuencia de las frecuentes guerras en las que se veía inmerso el Estado. Al norte del Danubio, Hungría se empezaba a levantar como un Estado agresivo y había conquistado las provincias búlgaras que le hacían frontera. Mientras tanto, a nivel doméstico, el feudalismo había creado un latente descontento que provocó que los campesinos se negaran a pagar los impuestos y, aunado a esto, los jefes provinciales se negaban a obedecer al poder central (Hogarth, 1915, pp.28-29).

En el siglo XIV, Bulgaria experimentó un segundo florecimiento cultural pero su tradición bélica no desapareció; fue el centro de numerosas batallas que pretendían conquistar el territorio, se enfrentaron con sus rivales acérrimos, los bizantinos, contra nuevos invasores, los tártaros y con sus vecinos, los serbios. A pesar de esto, a mediados de este siglo, los otomanos se adentraron en territorio búlgaro y, luego de diez años de confrontaciones, en 1382, los nuevos invasores conquistaron Sofía. Para evitar un derramamiento de sangre, Bulgaria se rindió ante Murad I y, en 1388, un gran número de turcos cruzaron los Montes Balcanes, conquistando el

noreste de Bulgaria (Vassilev, 1979, p.69). La esperanza búlgara se depositó en el creciente poder serbio, pero este sentimiento se extinguió en la guerra de Kosovo.

La ubicación geográfica de Bulgaria representó un obstáculo para los objetivos otomanos en lo referente a una incursión dentro de los territorios de Europa Central, ya que, independientemente de su dependencia y virtual debilidad, los búlgaros no dejaban de ser un pueblo agresivo, característica que representaba un inminente peligro para los turcos. Por tal motivo, el ejército otomano en 1393 conquistó la capital Turnovo, concretando su conquista en esta región.

Con la presencia del Imperio Otomano en Bulgaria se dieron por iniciadas una serie de persecuciones; las élites política e intelectual fueron extinguidas del territorio, mientras que la iglesia ortodoxa fue desplazada cuando se proclamó al islam como religión oficial. Las urbes búlgaras se desolaron para que pudieran ser habitadas por las administraciones otomanas, mismas que eran custodiadas por sus oficiales. Al surgir esta situación, en Bulgaria se presenta una circunstancia muy parecida a las de Serbia y Montenegro: la población búlgara activa, en un intento por garantizar su supervivencia, se refugió en las montañas y en las zonas más remotas del territorio.

Los búlgaros fueron despojados de sus tierras, de sus instituciones y de su cultura; no tenían derechos, eran oprimidos y explotados; muchos fueron obligados a aceptar la asimilación, las chicas eran convertidas al islam para luego ser adoptadas por un harem, mientras que los jóvenes varones eran alejados de sus familias para ser entrenados como jenízaros. Es muy probable que la opresión en Bulgaria haya sido un tanto más intensa que en el resto de los Balcanes, dada su ubicación y la carencia de relaciones con otros Estados.

Hacia el siglo XVII, las insurrecciones internas coincidían con los conflictos internacionales que el Imperio Otomano debía solucionar, especialmente con aquellos en los que se involucraba Austria. Bulgaria, en un principio, miraba hacia Austria con la esperanza de encontrar un fuerte aliado que les ayudara a emanciparse de su opresor, pero rápidamente se percató de que los intereses que perseguían los austriacos diferían de los propios y de los eslavos en general. Por tal motivo, su mirada se dirigió hacia el norte, hacia el imperio con principios ortodoxos, que se erigía rápidamente como potencia y se proclamaba a sí misma como la protectora de los cristianos otomanos: Rusia.

Construcción de la identidad individual: Los Balcanes

Una característica externa importante en Bulgaria, y que ningún otro Estado eslavo experimentó, fue el desarrollo del capitalismo. Las posesiones europeas del Imperio Otomano se fueron involucrando en las avanzadas actividades comerciales de Europa Occidental, lo cual incentivó el capitalismo en un imperio que aún dependía del sistema feudal que, finalmente, lo llevó a experimentar una acentuada crisis económica (Vassilev, 1979, p.66). La relación comercial con el sector eclesiástico consolidó un sentimiento patriótico que pretendía fortalecer a Bulgaria y que propició numerosos enfrentamientos entre los otomanos y el campesinado. Favorecido por la decadencia que comenzaba a suscitarse en el Imperio Otomano, el sentimiento patriótico búlgaro se consolidó y la iglesia ortodoxa se convirtió en la portavoz de la nación.

Antes de adentrarnos al siglo XIX, es necesario hacer una síntesis de la situación social. La población búlgara esencialmente consistía de un sector campesino, no existía una clase alta, media, intelectual o profesional; este tipo de búlgaros habían migrado décadas atrás y ahora residían en otros países. Por otro lado, la iglesia estaba sujeta al patriarcado griego, el cual influía en los turcos otomanos para sosegar a la fuerza el sentimiento patriótico de los búlgaros.

El escenario mejoró hasta mediados del siglo XVIII, en el cual se experimentó un renacimiento intelectual, promovido por comerciantes búlgaros radicados en Bucarest y Odesa. Ambos grupos promovían una emancipación pero sus métodos eran muy diferentes. El grupo de Odesa abogaba por reformas educativas y religiosas que tenían por objetivo una regeneración nacional gradual y pacífica; mientras que el grupo de Bucarest promovía una emancipación política a través de medidas violentas, ya que éstas tendrían un resultado inmediato (Hogarth, 1915, pp.42-43).

En 1856, los otomanos se habían comprometido a realizar una reforma religiosa que pretendía nombrar a nuevos obispos búlgaros y a promulgar el idioma búlgaro como el oficial, tanto en las iglesias como en las escuelas. No obstante, tal promesa no fue cumplida, por lo que en 1860 la población desconoció al patriarcado griego y decidió sujetarse a la fe romana. Esta intención se vio frenada por la intervención de Rusia, pues esto significaría perder parte de su influencia en los Balcanes. La agitación interna era algo que los otomanos no podían frenar y, finalmente en 1870, se estableció el Exarcado búlgaro (Hogarth, 1915, p.43) y, aunque éste aún debía residir en Estambul, esta victoria significaba que la iglesia había sido liberada y nacionalizada.

Berenice Navarro González

En 1875 surgió una importante sedición en Bulgaria que se relacionaba con las surgidas en Montenegro, Bosnia y Herzegovina, liderada por Stambulov – quien más tarde se convertiría en el primer dictador de Bulgaria (Vassilev, 1979, pp.97-101). El resultado de estas insurrecciones fue que, en 1876, se desataron una serie de masacres en Bulgaria, que la prensa inglesa muy acertadamente bautizó como los Horrores Búlgaros. Este acontecimiento despertó la indignación de Europa, la cual le exigió al Imperio Otomano una pacífica resolución. De esta manera, se implementó en el Imperio Otomano una Constitución que realmente no mejoró la situación en Bulgaria.

En 1877, Rusia, en alianza con Rumania, le declaró la guerra al Imperio Otomano, cuando esta última se había negado a detener sus hostilidades en contra de Montenegro. Numerosos búlgaros se unieron a los contingentes ruso-rumanos, quienes resultaron victoriosos en 1878, logrando expulsar a los otomanos de Sofía, circunstancia que daría como resultado la reconstrucción y destrucción de la Gran Bulgaria en cuestión de meses.

2.4. Grecia

Los helenos han contribuido inmensamente al desarrollo europeo, pero esta sección sólo hará referencia a sus elementos más importantes dentro del contexto del sometimiento otomano, mismo que produjo su desarrollo nacional. En el siglo X, los otomanos conquistaron Manzikert y Anatolia, situación que afectó la hegemonía bizantina y que llegó a su fin tras la conquista de Constantinopla en 1453, mismo año en el que el nombre de esta capital fue reemplazado por Estambul. Cabe resaltar que existieron regiones que nunca pudieron ser sujetas a su autoridad, tal es el caso de las islas Jónicas o las islas del archipiélago griego gracias a la defensa véneta (Hogarth, 1915, p.150).

La virtual libertad religiosa del gobierno otomano permitió que su imperio se mantuviera cohesionado, ya que las provincias mantenían cierta autonomía administrativa; además, no se preocuparon por hacer distinciones entre las corrientes ortodoxas, ya que la cabeza de la religión radicaba en Constantinopla, misma que ostentaba el dominio sobre los aspectos espiritual y civil, y era responsable de que sus adscritos no desafiaran la autoridad otomana. Este factor en

Construcción de la identidad individual: Los Balcanes

específico provocó que la institución religiosa se corrompiera, debido a la gran cantidad de poder que concentraba, provocando un sentimiento anticlerical y el surgimiento de uno nacional.

Este sentimiento nacional nace a finales del siglo XVII, favorecido por el inicio del periodo de decadencia del Imperio Otomano en sus esferas militar, política, económica y territorial. Su renuencia a la modernización del ejército disminuyó su impacto bélico y diplomático, sobre todo cuando Rusia y Austria-Hungría ya se perfilaban como potencias y mostraban un abierto interés en la península balcánica. El declive en el ámbito territorial se debe a la indisciplina de los jenízaros que, mediante prácticas bárbaras, azotaban las provincias del imperio en busca de su propio poder; al mismo tiempo, surgen nuevos terratenientes que, oficialmente, estaban sujetos al poder del sultán, pero que, de forma extraoficial, ejercieron su poder suavemente, llegando incluso a otorgar más libertades y privilegios a sus súbditos griegos.

La paz de Karlowitz, en la que se establecía la expulsión de los otomanos de Hungría, es una evidencia del retroceso de su poder político en Europa, además, las constantes presiones externas indicaron que el imperio ya no podía imponer sus términos como en los siglos anteriores, por lo que requirió estructurar un cuerpo diplomático que defendiera sus intereses. Los *fanariotas* eran un grupo pequeño pero influyente de griegos y albanos educados en el seno de las cortes europeas, quienes se caracterizaron por su destreza política que les hizo monopolizar la oficina de asuntos exteriores y apoderarse de los principados del Danubio y algunas islas de archipiélago griego (Sloane, 1914, p.103).

Económicamente, Grecia se beneficiaba por su posición en el Mediterráneo, en donde prosperó una clase mercantil naval que se dedicaba a la exportación de materias primas e importación de manufacturas europeas. Con esto se benefició a toda la península balcánica, permitiendo así el establecimiento de comunas mercantiles a lo largo del Mediterráneo, los Balcanes, Europa Central y el sur de Rusia. El enriquecimiento no sólo se expresó en términos monetarios, sino que los habitantes de estas comunas entraron en contacto con diversas culturas (Hogarth, 1915, pp.157-158). Este contacto permitió el despertar de una consciencia histórico-cultural, misma que más tarde contribuyó a la subvención académica de jóvenes griegos en Europa Occidental.

La educación en el extranjero permitió que la juventud griega se viera influenciada por los principios de la Ilustración y la Revolución, así como por los términos del nacionalismo

Berenice Navarro González

romántico. Asimismo, el despertar nacional se fortaleció por las contribuciones de la antigua Grecia al mundo moderno; esto propició que los griegos educados se vieran a sí mismos como los herederos de una civilización que formó las bases del mundo moderno.

Sin embargo, el nacionalismo griego no dependió meramente de los *fanariotas* y la élite educada griega, ya que los primeros eran una élite gubernamental otomana que no renunciarían a su posición, mientras que los segundos encontraban complicado identificarse con el resto de la población, sometida físicamente por sus autoridades y mentalmente por el analfabetismo. Por tales motivos, era imperante aprovechar las insurrecciones, para así unificar a todos los griegos. En 1790, el fanariota Rigas Valestinlis intentó confeccionar una revuelta coordinada con el objetivo de reconstruir el antiguo imperio sobre instituciones republicanas de estilo francés. Sin embargo, el único efecto que tuvo este intento fue la iglesia y el gobierno otomano se percataron de las complicaciones que provocaban los principios revolucionarios (Clogg, 1992, pp.29-30).

En 1814, se funda la Philiki Etairia en Odesa por impulso de jóvenes griegos que planeaban movilizar los recursos de Grecia y liberar el territorio. Al principio, se buscó un estatus similar al del principado de Serbia (Hogarth, 1915, p.161) y, con este propósito, se buscó el apoyo de serbios y búlgaros, quienes lamentablemente no expresaron interés debido procesos nacionales internos y en el caso de Serbia, por la prohibición pasivo-agresiva de Austria-Hungría. En 1820-1821, el sultán Mahmud II inició una campaña en contra de la provincia de Ioánina, acción que representó la coyuntura esperada por la Philiki Etairia para iniciar su propio movimiento armado proveniente de Rumania, el cual intentó de unirse a otras movilizaciones una vez que cruzara el río Prut (Clogg, 1992, p.33).

Esta insurrección fue derrotada en la Batalla de Dragatsani en 1821 y es considerada como la antesala de la guerra de independencia griega. A esta batalla le siguieron una serie de insurrecciones en el Peloponeso en 1822. Lo favorable de esta situación fue que las noticias de la guerra llegaron a las facciones liberales de Europa occidental, mismas que se recibieron con entusiasmo. Lo negativo fue que la Santa Alianza vio este suceso como un peligro para el statu quo. Aun así, el avance de las victorias griegas logró establecer tres gobiernos regionales provisionales, así como la adopción de una primera Constitución (Hogarth, 1915, pp.162-163).

En 1823, los tres gobiernos se fusionaron en un solo gobierno centralizado pero, un años más tarde, la guerra de independencia se degeneró en una guerra civil en donde las alianzas de

Construcción de la identidad invidivual: Los Balcanaes

los insurgentes fluctuaron entre la élite tradicional que deseaba seguir ostentando su poder y la facción de mercaderes y militares que deseaban parte de los beneficios que la guerra podía otorgarles, en otras palabras, la guerra confrontaba los intereses de las élites modernistas con los de los tradicionalistas.

La inestabilidad propiciada por la falta de organización y unificación se vio agravada con el intento de Mahmud II de reestablecer el control de La Porte en Creta en 1825 a través de ataques brutales sobre los insurgentes (Hogarth, 1915, pp.170-171). A causa de esto, Grecia buscó el apoyo de las potencias, las cuales asumieron un rol intervencionista por dos razones: la primera, para proteger sus intereses comerciales y, segundo, para asegurar que ninguna potencia se aprovechara del conflicto para sacar provechos políticos. En 1825, Rusia y Gran Bretaña establecieron el Protocolo de San Petersburgo y, en 1827, el Tratado de Londres.

Con estos dos instrumentos se adopta una política de intervención pacífica cuyo éxito se debió a la victoria de la Batalla de Navarino y a una nueva guerra entre otomanos y rusos en 1828 (Sloane, 1914, pp.106-108). Un año antes, los insurgentes habían proclamado la tercera constitución en la Asamblea de Trecén, nombrando como presidente a Ioannis Kapodistrias, quien tomó posesión de su cargo en 1828. Kapodistrias tenía dos objetivos: crear los fundamentos de una estructura estatal y asegurar las fronteras del Estado. Sin embargo, Kapadostrias se enfrentó a muchos obstáculos durante su gobierno, entre ellos: la creación de un ejército nacional; dotar al Estado de una estructura administrativa y un sistema educativo; mejorar las comunicaciones; y mejorar la economía nacional (Clogg, 1992, p.43).

En las negociaciones de 1832 en San Petersburgo, Londres, París y La Porte reconocieron oficialmente la independencia de Grecia; no obstante, este nuevo territorio apenas comprendía un tercio de la población griega otomana. En este mismo escenario, los Grandes Poderes determinaron que Grecia debía ser una monarquía, cuyo rey debía provenir de alguna de las casas reales de Europa que no estuviera directamente relacionada con las de los Poderes mediadores. De dicha manera se eligió a Otto de Wittelsbach de Bavaria. Este personaje tuvo dificultades con la creación de una infraestructura nacional y el establecimiento de una identidad griega. Si bien los diez años de guerra habían creado un sentido de nacionalidad, el desafío radicaba en construir un Estado nacional.

Ya que Otto era menor de edad, Grecia estuvo gobernada por una regencia de 1832 a 1835 que no se identificaba con la aspiración nacional. En este contexto, las instituciones se construyeron sobre modelos europeos occidentales; se estableció el Derecho romano; y el Patriarcado se sujetó al gobierno. Pero, la elección de Atenas como la capital simbolizó una orientación cultural hacia el pasado clásico, en donde se fundó la Universidad de Atenas con el propósito de expandir la helenización (Clogg, 1992, pp.49-50).

La influencia bávara causó un descontento en Grecia, que se vio acentuada con la renuencia del rey Otto de aceptar una nueva constitución, por tal motivo, las facciones políticas fueron protagonistas de una aguda política; estas facciones eran conocidas como los partidos inglés, francés y ruso, puesto que sus integrantes mantenían una estrecha relación con las representaciones de estos Estados. El partido inglés apoyaba un gobierno constitucional; el francés apoyaba un constitucionalismo, apoyado por una política más atrevida que pudiera hacer realidad a la Gran Grecia; y el ruso se inclinaba hacia el conservadurismo de los elementos sociales (Clogg, 1992, p.51).

En 1844, tras la promulgación de una nueva Constitución, se promueve una dictadura parlamentaria sujeta al rey. Esta decisión junto con el surgimiento de un movimiento guerrillero, como consecuencia de la guerra de Crimea, provocó que la popularidad de Otto disminuyera entre la población, mientras que Francia y Gran Bretaña ocuparon el puerto ateniense de Pireo como medio de presión para que la guerrilla abandonara su participación en Tesalia, Epiro y Macedonia (Sloane, 1914, p.108).

El gobierno del rey Otto llegó a su fin en 1862 cuando una custodia ateniense le obligó a él y su esposa a abandonar el Estado. El trono quedó vacante y los Poderes tuvieron que enfrentar la elección de un nuevo monarca: Jorge I de la casa real de Dinamarca. Con su coronación se le otorgó la posesión de las islas Jónicas, cuya población ascendía a un cuarto de millón. Ese mismo año se aprobó una nueva constitución que ampliaba las libertades de los súbditos y le confería al monarca un poder sustancial en los asuntos de política exterior, las cuales el rey Jorge no dudó en usar y complementar con sus conexiones dinásticas (Clogg, 1992, pp. 60-61).

Los primeros años del reinado de Jorge I, la insatisfacción política aún era un asunto prioritario, por lo que en 1875, llegó a términos conciliatorios con el presidente del Parlamento,

decisión que le hizo ganar una gran popularidad entre los miembros parlamentarios. Tras este éxito, la atención se enfocó en los asuntos de política exterior, sobre todo en las provincias otomanas de Bosnia-Herzegovina entre 1875 y 1878. Los intereses de más de un Estado entraron en conflicto a causa de esta situación, en donde Grecia, Gran Bretaña, Austria y Serbia se alarmaron por la creciente influencia de Rusia y su magistral victoria sobre la fuerza otomana en 1878.

2.5. Rumania

Antes de realizar el análisis de la identidad rumana, es necesario establecer que su rol en la península de los Balcanes no es de índole protagónico debido a que su posición geográfica la aleja de las rivalidades territoriales que han aquejado a esta región desde sus inicios. No obstante, la exposición de su desarrollo es necesaria para determinar el porqué de su participación en la segunda guerra balcánica.

Como tal, Rumania nunca demostró tener inclinaciones hacia un rol conquistador. Con el establecimiento del Estado búlgaro, ciertas regiones al sur de la antigua Dacia se volvieron políticamente dependientes; este suceso en particular introdujo la fe ortodoxa en la región, desplazando al cristianismo latino y estableciendo la lengua eslava como la oficial en la liturgia. Esta dominación se vería cuartada con la aparición de los magiares en el occidente, quienes les permitieron a los valacos una cierta autonomía y cuya influencia fue prácticamente nula ya que veían a los rumanos como una nación bien establecida, tanto por su raza como por su lenguaje.

La dominación húngara fermentó una hostilidad entre varios nobles valacos, quienes para evitar la sumisión, decidieron emigrar hacia regiones más allá de las zonas montañosas. Esta decisión fue el pretexto perfecto para que los húngaros anexaran grandes porciones territoriales a su propio Estado que, en el siglo XIII, tiene como consecuencia la primera intención de crear una entidad política meramente valaca, impulsada por la aristocracia proveniente de Hungría y, dando como resultado, la creación del principado de Valaquia y, en el siglo XIV, con el de Moldavia (Hogarth, 1915, p.216).

Los valacos, en similitud con otros pueblos yugoslavos, eran una civilización aguerrida que defendía su existencia. Esta actitud se puede apreciar luego de la Batalla de Kosovo; si bien en un principio el principado intentó salvaguardar su territorio consintiendo el pago de tributo al sultán, en 1398 Valaquia obtiene su primera victoria en contra de la invasión otomana, gozando de un periodo de paz que duraría sólo trece años, pues en 1411, Valaquia sucumbiría ante los otomanos, convirtiéndose finalmente en otra de sus provincias (Hogarth, 1915, p.218).

En el periodo de influencia otomana, no existió vida económica o intelectual. Valaquia era un Estado agrícola con pequeños propietarios que regularmente perdían sus tierras al no ser capaces de pagar los impuestos, mientras que las clases noble y militar eran objeto de un trato coercitivo. En materia política, se crearon varias oficinas ya fuere por la necesidad que el principado tenía de relacionarse con Estambul o por nepotismo (Hogarth, 1914, p.219), sea como fuese el caso, estas oficinas eran una fuente de posición social benéfica y, por lo tanto, se convirtieron en objeto de codicia.

Estos nuevos puestos rápidamente cayeron en manos de los *fanariotas*, quienes de cierta forma asistían a los príncipes, pero estas oficinas eran subastadas en Estambul. Gracias a su excelente formación política y diplomática, los *fanariotas* terminaron adquiriendo los tronos de las provincias de Valaquia y Moldavia pero debían pagar por tales privilegios. Los otomanos fueron ingeniosos en este sentido, pues usaron su influencia para transferir a los nuevos príncipes de un principado a otro y esta movilización era considerada como una nueva nominación y, por ejemplo, “de 1730 a 1741 los dos príncipes regentes intercambiaron tronos tres veces” (Hogarth, 1915, p.222), lo cual deja al descubierto una administración corrupta.

Con la guerra de 1768 entre rusos y otomanos, Rusia proclamó a Valaquia como parte de su protectorado; pero debido a una nueva coyuntura entre estos mismos Estados, las armadas rusas defendieron y ocuparon las provincias valacas, pero finalmente Rusia abandonó su intención de hacer del río Danubio su frontera suroccidental, obteniendo a cambio, la provincia Besarabia. El inicio de la revolución griega – que de cierta forma inició en tierras valacas –, fue un fenómeno que no obtuvo el apoyo de este principado por dos factores, si la revolución era exitosa, la influencia de los griegos se vería expresada en la administración de los *fanariotas* y si fracasaba (con el apoyo de los valacos) los turcos castigarían la actitud insurgente.

Construcción de la identidad individual: Los Balcanes

En los últimos años de la década de 1820, la influencia de los *fanariotas* había entrado en decadencia en Valaquia y, al mismo tiempo, la influencia rusa iba en incremento. Con una nueva confrontación entre el Imperio Otomano y Rusia en 1828, los rusos se adentraron en Valaquia, siendo recibidos con entusiasmo. No obstante, esta influencia era peligrosa para la existencia del principado en un sentido político y económico. Con el Tratado de Adrianópolis en 1829 los derechos otomanos en Valaquia se limitaron a un mero rol hacendario y al acto de investir a los príncipes, quienes ahora habrían de ser elegidos de por vida por una Asamblea Nacional (Boia, 2001, p.31).

Con este tratado, no sólo la influencia turca disminuyó, sino que Rusia establecía oficialmente su protectorado, ocupando las provincias valacas hasta 1834, debido a una deuda de indemnización por parte del Imperio Otomano. En este periodo, la influencia rusa fue tal que se promulgó una nueva Constitución, la cual tenía el objetivo de llevar a cabo un desarrollo administrativo, así como la unificación de los principados de Valaquia y Moldavia (Sloane, 1914, p.119). Sin embargo, con la retirada de la armada rusa en 1834, su influencia partió con ella dejando dos sentimientos: amor por su propia nación y un afecto hacia Francia².

El Tratado de Adrianópolis no sólo llevó a cabo una apertura económica en las costas del mar Negro, sino que también dio paso a una apertura cultural que acercó a Valaquia con Europa Occidental lo cual propició la revolución de 1848. Este movimiento fue liderado por personajes con ideales nacionales que se habían educado en Francia. Este fenómeno fue detenido por una acción conjunta entre Rusia y el Imperio Otomano en donde muchos privilegios se perdieron; sin embargo, la revolución fue un medio para expandir el sentimiento nacional entre todas las clases sociales y en varias capitales de Europa Occidental.

La guerra de Crimea fue el evento propicio para darle fuerza a la propaganda valaca, la cual obtuvo apoyo en el Congreso de París de 1856. Aquí surgió el ideal unificar a todas las provincias valacas y crear una barrera que detuviera la expansión de Rusia. Napoleón III, enunciando el principio de las nacionalidades, fue el principal patrocinador e, increíblemente, Rusia apoyó la propuesta. Austria y el imperio turco-otomano se opusieron a razón de sus

² La cultura francesa se introdujo en el principado gracias a los *fanariotas*, quienes contrataban secretarios franceses para que los asistieran. En Rusia, la cultura francesa también ejercía una gran influencia y los oficiales rusos en Valaquia, al no conocer el rumano, contrataban intérpretes franceses para llevar a cabo sus relaciones con las autoridades valacas, quienes se familiarizaban con el idioma francés. Este contacto cultural, aunado a un sentimiento de emancipación de las culturas rusa, otomana y griega, despertó el espíritu latino en los rumanos.

Berenice Navarro González

intereses en la región, mientras que Gran Bretaña fue renuente por su política de preservar el equilibrio de poder (Sloane, 1914, p.119).

El Tratado de París prohibió una incursión otomana en Valaquia, pero aún se reconocía indirectamente su soberanía, la cual sólo sería nominal. Sin embargo, Austria y el Imperio Otomano argumentaron que los valacos mismos no deseaban la unificación, por lo que se acordó el establecimiento de asambleas especiales, tanto en Valaquia como Moldavia, para la redacción de reportes en donde se reflejaran los deseos de la población. En un acto de corrupción, austriacos y otomanos, alteraron las listas nominales de las asambleas para que la unificación no tuviera lugar. Sin embargo, gracias a la intervención de Napoleón III y la Reina Victoria, se logran llevar a cabo nuevas elecciones para elegir a los asambleístas, con lo que se probó la irregularidad de las primeras votaciones, pero aún más importante, se logra expresar la necesidad de una unificación (Hogarth, 1915, p.227).

Sin embargo, un nuevo congreso se reunió en París en 1858, el cual estableció que Valaquia y Moldavia serían “Principados Unidos”, los cuales tendrían una legislación y una armada común con un comité central compuesto de representantes de ambas Asambleas para la discusión de asuntos comunes, pero continuarían siendo dos Estados separados, cada uno con instituciones legislativas y ejecutivas independientes, con un príncipe rumano de por vida (Sloane, 1914, p.120).

Moldavia eligió a su príncipe, Alexander Cuza, quien asumió su cargo en 1859, pero en Valaquia persistía la incertidumbre, aun así su objetivo era claro: emancipar a la nación. De este modo, Valaquia también eligió a Cuza como su príncipe y la Asamblea apoyó la decisión. En 1861, los Grandes Poderes y el imperio turco-otomano reconocieron la decisión de ambos principados, las Asambleas y gabinetes se fusionaron en uno solo y Bucarest fu proclamada como la capital de Rumania.

Alexander Cuza esperaba realizar grandes reformas, pero una fuerte oposición lo obligó a derogar la Constitución y a disolver la Asamblea Nacional en 1864, acciones que le permitieron publicar todo tipo de decretos hasta que una nueva cámara fuera elegida. La oposición no dudó en actuar y mediante un complot pacífico Alexander Cuza fue obligado a abdicar en 1866. En sus cinco años de gobierno, Cuza adoptó una serie de leyes bajo modelos franceses, además

Construcción de la identidad individual: Los Balcanes

impulsar el desarrollo educativo mediante la fundación de numerosas escuelas primarias y técnicas, así como dos Universidades (Sloane, 1914, pp.120-121).

En este contexto, Rumania presentó la solicitud de que el trono fuera asumido por un príncipe extranjero, demanda que en un principio fue rechazada pero que, por la situación política en la que Europa se encontraba, finalmente se aprobó a Carlos Hohenzollern-Sigmaringen como el príncipe de Rumania, quien fue coronado en 1866.

La situación económica de Rumania a finales del siglo XIX era precaria, debido a una dependencia comercial hacia Francia y a los altos impuestos de importación del Imperio Otomano. Aunado a esto, en asuntos fiscales, el principado estaba endeudado, por lo que nuevas reformas eran más que necesarias. Tras la ascensión, se promulgó una nueva Constitución, en donde se le confería al príncipe y sus ministros la responsabilidad de llevar actos de política exterior, en donde el príncipe Carlos fue exitoso dadas sus conexiones dinásticas. Sus principales objetivos versaron en el desarrollo educativo y el establecimiento de un ejército nacional.

El momento cumbre de Rumania, en cuestiones de política exterior, vino con el triunfo de Rusia en la guerra contra el Imperio Otomano de 1877-1878. Tras un impulso de Bismarck, Rumania se acercó a Rusia, ya que ésta poseía alianzas con Alemania y Austria. Además, San Petersburgo tenía puesta su entera atención en Estambul y, si Bucarest llegaba a consolidar una buena relación con los rusos, era muy probable que su independencia fuera una realidad.

En 1877, se toma la decisión de cooperar con Rusia en una acción en los Balcanes, en donde Rumania se comprometía a dejar un libre paso a las tropas rusas sobre territorio rumano, mientras que Rusia se comprometió a mantener y defender la integridad rumana actual. En 1877, los rusos cruzaron el río Prut, con dirección a Plevna; Bucarest ofreció asistencia militar que, en un principio, fue rechazada por los rusos, pero al enfrentarse a las complicaciones de la defensa de Plevna, aceptó finalmente la ayuda militar. Los otomanos fueron derrotados en Plevna, mientras que el príncipe Carlos y su ejército nacional, volvieron a Bucarest triunfantes (Blago Treasure, 1998-2014).

Tabla 1.

Principales Características de los Territorios Balcánicos

País / Propiedades	Serbia	Montenegro	Bulgaria	Grecia	Rumania
Ascendencia Étnica	Eslava	Eslava	Túrquico-eslava	Helénica	Valaco-eslava
Familia Lingüística	Indoeuropea eslava	Indoeuropea eslava	Indoeuropea eslava	Indoeuropea griega	Indoeuropea Itálica-romance
Grupo Religioso	Iglesia Ortodoxa Serbia	Iglesia Ortodoxa Serbia	Iglesia Ortodoxa Búlgara	Iglesia Ortodoxa Griega	Iglesia Ortodoxa Rumana
Bases Individuales	<ul style="list-style-type: none"> • Belicosidad • Rivalidades dinásticas internas 	<ul style="list-style-type: none"> • Vástago cultural serbio • Resistencia al sometimiento • Sentido de preeminencia por ascendencia nobiliaria 	<ul style="list-style-type: none"> • Belicosidad • Preeminencia cultural • Unidad político-social • Sentido de superioridad por poderío militar 	<ul style="list-style-type: none"> • Influencia por su larga tradición histórica • Secularidad 	<ul style="list-style-type: none"> • Aislamiento • Aprovechamiento de las coyunturas internacionales
Influencias Externas	<ul style="list-style-type: none"> • Imperio otomano por sometimiento • Rusia por lazos culturales • Austria-Hungría por rivalidad • Alemania e Italia por corriente nacionalista 	<ul style="list-style-type: none"> • Imperio otomano por oposición • Venecia por posición territorial • Rusia por lazos culturales • Alemania e Italia por corriente nacionalista 	<ul style="list-style-type: none"> • Imperio otomano por sometimiento • Rusia por lazos culturales 	<ul style="list-style-type: none"> • Imperio otomano por sometimiento • Alemania por corriente nacionalista 	<ul style="list-style-type: none"> • Imperio otomano por sometimiento • Prusia/Alemania por relaciones dinásticas • Rusia por beneficios políticos • Francia por lazos lingüísticos
Nacionalismo	<ul style="list-style-type: none"> • Exacerbado • Radical • Anti-austrohúngaro • Religioso • Gran Serbia 	<ul style="list-style-type: none"> • Moderado • Religioso 	<ul style="list-style-type: none"> • Exacerbado • Radical • Anti-serbio • Religioso • Gran Bulgaria 	<ul style="list-style-type: none"> • Moderado • Anti-eslavo • Gran Grecia 	<ul style="list-style-type: none"> • Moderado • Ligeramente expansionista • Anti-búlgaro • Anti-búlgaro
Aspiraciones Territoriales	<ul style="list-style-type: none"> • Bosnia-Herzegovina • Sandjak de Novi Pazar • Macedonia • Costa Adriática albana 	<ul style="list-style-type: none"> • Costa Adriática • Norte de Albania • Sandjak de Novi Pazar 	<ul style="list-style-type: none"> • Macedonia 	<ul style="list-style-type: none"> • Macedonia • Costa e islas en el mar Egeo • Creta 	<ul style="list-style-type: none"> • Dobruja del Sur • Norte de Bulgaria • Transilvania

Fuente. Elaboración propia.

3. La motivación y el interés nacional

Ahora que las identidades de los principales involucrados en la guerra de los Balcanes han sido delineadas, es importante establecer la esencia de las políticas expansionistas que tendrían lugar luego de 1878. Los roles de Bosnia-Herzegovina y Macedonia son cruciales para el desarrollo del conflicto, ya que en Bosnia-Herzegovina se reflejó la creciente debilidad del Imperio Otomano, permitiendo la incursión de Austria-Hungría; mientras que Macedonia, siendo un mosaico étnico-nacionalista dada su céntrica ubicación en la península, representa el interés esencial que impulsó a nuestros beligerantes a ponerle fin al régimen otomano en los Balcanes.

Bosnia-Herzegovina y Macedonia no sólo reflejan los numerosos intereses nacionales de más de un Estado, sino que representaron las ideas y deseos de Estados que veían en estos dos territorios similitudes culturales. Esta identificación cultural es lo que provee de contenido a sus decisiones en términos de poder. Son dos entidades que, por sus complejidades, terminaron por exponer la delicadeza del equilibrio de poder de las potencias decimonónicas y fueron parte del gran cúmulo de problemas del Imperio Otomano, al que los historiadores llamaron “Cuestión de Oriente”.

El término de la Cuestión de Oriente se refiere a los desarrollos y problemas surgidos en los territorios balcánicos del Imperio Otomano como resultado de su decadencia. El término se acuñó en 1822, durante la guerra de independencia griega, pero se debe dejar estipulado que este término no fue aplicado por los políticos balcánicos, sino por los grandes poderes (Despot, 2012, p. 9). Es decir, la Cuestión de Oriente fue una de las consecuencias de las revoluciones de la década de 1830 y se centró en la crisis estructural otomana, en donde se le confirió a las naciones balcánicas un papel preponderante en el escenario internacional, que en el siglo XX terminaría con la Primera Guerra Mundial.

Para Rusia, la importancia de instaurar una esfera de influencia en los Balcanes tenía que ver con su aspiración de ostentar un acceso al mar Mediterráneo a través de la adquisición de los estrechos del Dardanelos y el Bósforo con lo que tendría ventajas políticas, militares y económicas. Sin embargo, este deseo interfería con los intereses de Gran Bretaña, la cual sintió que su ruta a la India era amenazada. Por tal motivo, Londres se dedicó a fortalecer una defensa otomana para evitar que la influencia rusa se extendiera.

Es así que a Rusia se le presentaron dos alternativas: la primera era derrotar a los otomanos en el campo de batalla e invadir Estambul, así como sus canales marítimos, o establecer un protectorado a través de medios diplomáticos (Kostya, 1981, p.67). Ambas alternativas se complicaban por dos razones: a que los movimientos de liberación nacional se desarrollaban vertiginosamente y a que intereses de otras naciones no balcánicas se involucraban en la región, como es el caso de Austria-Hungría. Sin embargo, el imperio de los Habsburgo limitaba su participación en la región, debido a que el imperio experimentaba una inestabilidad propiciada por los mismos pueblos que debilitaban al otomano: los eslavos balcánicos, en especial los serbios.

Cabe resaltar que el espíritu paneslavo ya comenzaba a interiorizarse en las mentes de los yugoslavos, quienes aspiraban a la unión de sus pueblos. Aquí se puede destacar que el despertar nacionalista no habría podido ser posible sin la influencia rusa. Por otra parte, el interés del gobierno austrohúngaro en los Balcanes descansa sobre el hecho de que ésta era la única región en donde podía ejercer libremente su política exterior, restringida por el statu quo imperante. Después de la ocupación de Bosnia-Herzegovina en 1879, se desarrolló una animadversión al cambio y, por lo tanto, a los movimientos nacionalistas que, en la península de los Balcanes, se dirigían al Imperio Otomano o al austrohúngaro.

Luego del Congreso de Berlín de 1878 y la creación de nuevos Estados en la región, la política del imperio de los Habsburgo se perturbó, por lo que Viena se esforzó en debilitar los vínculos entre Rusia y los Estados balcánicos a través de la diplomacia (Kostya, 1981, p.68). No obstante, una cosa es segura, ignorando a Rusia y al imperio austrohúngaro, el resto de las potencias decimonónicas ignoraron expresamente el gradual progreso de los países balcánicos relacionado con su crecimiento económico, militar y político, y por lo tanto, las cuestiones de Bosnia-Herzegovina y Macedonia no representaban un interés esencial.

Las cuestiones de Bosnia-Herzegovina y Macedonia están relacionadas entre sí por el apaciguamiento y corrupción del Imperio Otomano en cuanto a resolver los acentuados problemas que tenían lugar en ambas provincias. Los antecedentes de ambas cuestiones comienzan en el siglo XIX cuando Rusia y Francia asumieron el papel de protectores de los cristianos otomanos y, luego de la crisis de Bosnia de 1875 y la independencia de Serbia,

Bulgaria, Montenegro y Rumania, así como la virtual anexión de Bosnia-Herzegovina al imperio austrohúngaro, los otomanos sólo se quedaron con sus posesiones en Albania y Macedonia.

Haciendo un recuento del capítulo anterior Rumania aseguró su autonomía en 1856 bajo la tácita soberanía de La Porte, éxito que se logró a los deseos de los líderes políticos rumanos y, en menor grado, a la participación de las potencias. Con el Tratado de París de ese mismo año, las provincias de Valaquia y Moldavia, de forma individual, se les otorgó el derecho sobre sus propias administraciones y, más tarde, solicitaron la libertad de formar un gobierno unificado, que al principio fue rechazado. En 1859, ambos principados eligieron a Cuza y más tarde, con la intención de limitar la intervención extranjera, eligieron al príncipe Carlos como rey de Rumania,

Por su parte, Serbia, desde principios del siglo XIX, combatió por su libertad bajo el liderazgo de Karageorgevitch y Milos, pero logró adquirir su autonomía oficial dentro del Imperio Otomano hasta 1856. Es importante señalar que el desarrollo serbio y montenegrino fue menos vertiginoso que los de Bulgaria, Grecia y Rumania, a causa de que sus gobernantes nunca dejaron de ser eslavos, a diferencia de los últimos tres que habían elegido un príncipe extranjero, personajes que reflejaban una cultura y educación liberal. Aunado a esto, la influencia de los austriacos también incrementaron las dificultades para ejercer las políticas de estos gobiernos.

Los intereses de Serbia la acercaron con los griegos ortodoxos y con los serbios que habitaban en los Balcanes. Es esta manera, su política exterior se enfocó en la protección y el bienestar de las diásporas serbias del sureste europeo, comunidades que radicaban principalmente en Bosnia-Herzegovina y Macedonia. Como se ha venido mencionando, uno de los objetivos de Belgrado era la reconstrucción de la Gran Serbia, precisamente, a través de la anexión de estos territorios y, está por demás decir, que su deseo se vio cuartado cuando Austria-Hungría anexó oficialmente Bosnia-Herzegovina en 1908, por lo que su política expansionista se dirigió hacia Macedonia ya que con este territorio en su poder, Serbia tendría acceso a un puerto en el Mar Adriático y, con él, una independencia económica.

Las intenciones serbias entraron en conflicto con los intereses de Austria-Hungría. A finales del siglo XIX y principios del XX, la propaganda serbia en el imperio comenzaba a ser un elemento que agitaba a su minoría eslava, por lo que Viena se vio en la necesidad de erradicar cualquier divulgación política con tientes paneslavistas a través de medidas económicas y

políticas aplicadas a los serbios del imperio. Sin embargo, cada paso serbio hacia un desarrollo interno o expansión nacional, era visto como un peligro para el bienestar austrohúngaro (Harris, 1913, p.200).

Con la introducción de la administración militar austriaca en Bosnia-Herzegovina en 1879, Viena tenía la intención de avanzar gradualmente para así apoderarse de las costas del mar Adriático y el puerto de Tesalónica en el mar Egeo, que de ser posible, incluso terminaría con la anexión de Serbia al imperio de los Habsburgo (Harris, 1913, p.201).

Con los horrores búlgaros de 1876 y la guerra ruso-turca de 1877-1878 se logró el establecimiento de Bulgaria como Estado independiente. Su política exterior en el periodo de 1878 a 1912 puede ser considerada como conservadora e incluso pacífica. Se destaca la búsqueda de un vínculo con sus vecinos del cual se podrían obtener beneficios en lo que se refiere a su desarrollo interno y expansión comercial. Sin embargo, su objetivo esencial se centró en el territorio de Macedonia. Asimismo, usó las demandas de los búlgaros macedonios y la presión de su propio pueblo para concretar sus objetivos.

De esta forma y, dejando a un lado a Grecia momentáneamente, debido a que ésta aseguró su independencia en 1830 gracias a la participación de los grandes poderes, estos cuatro Estados encontraron su independencia en 1878 con lo que las posesiones otomanas en la región se redujeron considerablemente. Harris vincula el éxito de estas independencias al factor de que los Estados balcánicos eran comunidades prácticamente homogéneas, vinculadas por lazos de sangre, lingüísticos y tradicionales que permitieron la unificación nacional (1913, p.204).

Por otra parte, y como se mencionó en los capítulos 1 y 2, la religión y la política eslava poseen lazos muy fuertes, ya que las iglesias nacionales estaban organizadas bajo el gobierno centralizado, como ejemplo de ello encontramos al Exarcado búlgaro y el Metropolitano serbio. De esta manera, y junto con la abolición de las terribles prácticas hacendarias del Imperio Otomano, se logró un desarrollo financiero y económico, así como el establecimiento de políticas expansionistas a la región que aún ocupaban los otomanos.

Los párrafos anteriores tienen la intención de mostrar cuál era la Cuestión de Oriente, la cual no se limita a los Balcanes sino a todos los territorios del Imperio Otomano. Sin embargo, la cuestión de Bosnia-Herzegovina y Macedonia es esencial para el desarrollo de las futuras

confrontaciones, porque sería la motivación para formar la Liga Balcánica y, al mismo tiempo, el interés de cumplir aspiraciones que traerían consigo beneficios políticos, económicos y militares.

3.1. Bosnia-Herzegovina

Este Estado que ha sido vulnerado por el tremendo impacto de fuerzas externas a la propia entidad, principalmente por una ubicación geográfica que la ha colocado en la delicada línea política y cultural que dividió al mundo occidental del oriental. Es un territorio en donde la propuesta del choque de civilizaciones de Huntington es comprobada, dando como resultado una nación escindida que ha tenido serias dificultades en lo concerniente a la consolidación de una unión nacional.

Es aquí en donde se rastrea el primer antecedente de las Guerras Balcánicas, ya que la sedición en la provincia otomana de Bosnia-Herzegovina inaugura la etapa de las insurrecciones balcánicas del siglo XIX que dejaron al descubierto la precaria situación política del imperio turco-otomano y, en su afán por contener las rebeliones, se vería enfrentado una vez más con el imperio zarista. Pero para poder entender la crisis bosnia es necesario conocer las circunstancias que impulsaron la insurrección de 1875.

Como se mencionó en la introducción del capítulo, la anexión de Bosnia-Herzegovina al imperio de los Habsburgo obedeció a intereses económicos, pero se omitió el hecho de que el interés geopolítico de Austria-Hungría era impedir la anexión de esta provincia a Serbia, para así evitar la realización de un gran Estado eslavo en las fronteras de la monarquía. Una decisión que terminaría por sellar el destino de este imperio en el siglo XX, dada la agresividad del nacionalismo en esta región en particular.

Resumidamente, Bosnia-Herzegovina se consolida oficialmente como un reino en 1337, un acontecimiento tardío en comparación con el de otros pueblos eslavos, pero esta circunstancia en específico se debe a la belicosidad de sus vecinos que por siglos pelearon por poseer este territorio. No obstante, se declive no deviene con la guerra de Kosovo, como fue el caso de Serbia y Bulgaria, sino que se retrasaría por décadas.

La provincia de Bosnia ve su ocaso ante el Imperio Otomano entre los años de 1463 y 1464, mientras que Herzegovina sucumbió hasta 1482, cuando la última resistencia de esta región fue eliminada en su totalidad. Con este acontecimiento se inicia un proceso de conversión religiosa principalmente entre los miembros de la aristocracia bosnia con el objetivo de salvar su estatus privilegiado, así como la posesión de sus tierras. Este proceso es intrínseco al surgimiento de la urbanización, de forma que las clases administrativa y comercial se asentaron alrededor de los nuevos centros urbanos, mientras que los cristianos permanecieron en el campo (Cuvalo, 2007, p. lxxxiii).

De esta manera, los conquistadores otomanos organizaron la vida social sobre dos estratos: la clase gobernante constituida por el sultán y sus servidores quienes tenían la obligación de acumular y proteger su riqueza; mantener la ley y el orden; asegurar la justicia y la seguridad entre los súbditos del imperio y; promover el islam. Por otra parte, se encontraba la clase campesina, configurada por musulmanes y cristianos quienes se encargaban de sostener el Estado feudal. Por un poco más de cien años, las provincias de Bosnia y Herzegovina gozarían de una relativa estabilidad, pero, como en toda sociedad en donde la brecha de clases es muy distante, la insatisfacción estaba destinada a convertirse en amenaza.

La virtual estabilidad de las provincias fue viciada por las corruptas prácticas de los funcionarios, quienes intentaban mantener, de manera egoísta, su privilegiada posición a través de la explotación campesina y la defraudación estatal. Durante el siglo XVI y XVII, el cobro del impuesto sobre la tierra, el impuesto por cabeza y el gravamen de los campesinos habría de aumentar de un décimo hasta un tercio o la mitad de la producción anual; aunado a esto, aumentaron las obligaciones laborales y se impusieron nuevos impuestos. Estas circunstancias causaron un declive en el nivel de vida campesino que, posteriormente, se vería reflejado en el vandalismo, el surgimiento de insurrecciones y una intolerancia religiosa (Cuvalo, 2007, p.lxxxvi).

El poder otomano inició su periodo de declive en el siglo XVII y, con éste, una gran parte del territorio provincial al norte de Bosnia se perdió a manos de Hungría y Croacia. En este sentido, vale la pena señalar que Bosnia nació para ser una provincia militar, debido a su estratégica ubicación que le permitía ejecutar incesantes campañas bélicas en Europa Central;

más tarde, en los siglos XVII y XVIII, la provincia se convirtió en un puesto avanzado de defensa en contra de los ataques austrohúngaros.

Ampliando un poco el contexto, en el siglo XVIII, fue evidente la contienda de los poderes imperiales de Rusia y Austria-Hungría en la península; los descontentos producidos por las malas prácticas de la burocracia otomana se veían reflejados en las múltiples insurrecciones en los países balcánicos vecinos, mientras que, a nivel doméstico, las revueltas habían comenzado a surgir a causa de la presión del gobierno central por reafirmar su poder en la provincia, un problema que era complicado de resolver dada la distancia entre Estambul y la semiautónoma Bosnia.

La Porte, en su afán por reafirmar su control sobre todas las provincias del imperio, promulgó, en el siglo XIX, las reformas de la Tanzimat, mismas que fueron mal vistas por los señores feudales bosnios ya que las percibían como una traición al islam por su corte occidental, pero la razón fundamental por la que eran renuentes al cambio era porque representaban una amenaza para su poder político y económico (Cuvalo, 2007, p.lxxxvi). La aversión al cambio fue tan vehemente que el gobierno central del imperio tuvo que emprender campañas militares para la implementación de las reformas.

La buena noticia para la clase aristocrática de Bosnia fue que la implementación de la Tanzimat no suprimió ninguno de sus privilegios, pero el peligro real yacía en la insatisfacción campesina, la cual finalmente reventó en una serie de insurrecciones durante la década de 1850. Sus demandas básicamente se concentraban en igualdad ante la ley y la eliminación de impuesto por cabeza, abrogado y sustituido en 1855 por el impuesto de no servir en las fuerzas armadas. El periodo de reforma otomano no mejoró el nivel de vida campesino ni alivió la pesada carga laboral. Sólo entre los años de 1861 y 1869, la situación mejoró relativamente cuando las provincias de Bosnia y Herzegovina fueron unificadas (Pierce Duggan, 1902, p.126).

Sin embargo, la inestable situación de la provincia se vio reflejada en los últimos nueve años de la administración otomana a causa del descontento socioeconómico y numerosas revueltas étnicas. La consciencia nacional bosnia fue despertada por el nacionalismo serbio entre los ortodoxos, así como el croata entre los católicos. Cada facción deseaba consolidarse con sus connacionales en Serbia y Croacia, quienes reclamaban a Bosnia-Herzegovina como su tierra;

esta situación generó un ambiente de recelo entre los musulmanes, quienes no confiaban en las actividades cristianas suscitadas por la diferenciación cultural y el descontento social.

El fracaso de la Tanzimat dejaba al descubierto un vacío de poder en los Balcanes, hecho del que, tanto Rusia como Austria-Hungría, querían sacar provecho. Estas dos potencias, autoproclamadas como las protectoras de los cristianos, ejercieron una gran influencia en los súbditos del imperio. Sus objetivos eran claros, Rusia deseaba configurar un gran Estado eslavo hermano que le proporcionara la adquisición de los estrecho, mientras que Austria-Hungría, luego de haber perdido la preeminencia entre los pueblos germanos, miró hacia los Balcanes para asegurar sus intereses geopolíticos.

Los objetivos de Austria a mediados del siglo XIX se enfocaban en reconstruir su prestigio a nivel internacional, así como bloquear pacíficamente el crecimiento de Prusia. No obstante, específicamente en los Balcanes, la aspiración era detener el expansionismo de Rusia, la observación de las reformas otomanas, establecer buenas relaciones con los principados de la región y evitar cualquier tipo de expansión nacionalista serbia en el imperio. Para el emperador Francisco José, era necesario expandir el territorio con el objetivo de levantar el autoestima de la monarquía y el único lugar que podía conquistar se encontraba al sureste, es decir hacia Bosnia (Armour, 2009, p.632).

En este contexto es necesario destacar una peculiaridad interesante sobre la política exterior de Austria-Hungría. Como se mencionó en el capítulo 1, dentro del territorio húngaro se había estado llevando a cabo una política de unificación nacional que era obstaculizada por los detractores paneslavistas. Este problema provocó una confrontación entre magiares y eslavos, por lo que no es difícil asumir que en la comunidad húngara se comenzaba a formar un sentimiento eslavo-fóbico. Dos de los más influyentes hombres en la política exterior de Austria-Hungría fueron Gyula Andrassy y Benjamin Kállay, ambos procedentes de Hungría.

La influencia de estos dos personajes moldearon parte de la política exterior del imperio de los Habsburgo de cierta forma que, en una primera instancia, el objetivo de la política internacional no aspiraba a la anexión de Bosnia-Herzegovina e, incluso, el plan era mediar una negociación para que Serbia anexara el territorio. Esta peculiar situación se debía a dos cosas: la primera era que si se anexaba este territorio, esto podía afectar seriamente a la monarquía, dados los movimientos nacionalistas eslavos dentro de la misma; mientras que, la segunda razón

respondía a la preocupante influencia rusa. Tanto Andrásy como Kállay, pensaban que si Serbia anexaba Bosnia-Herzegovina a través del apoyo austrohúngaro, la influencia de Rusia en la región disminuiría y, automáticamente, la fuerza del paneslavismo.

Específicamente, en 1867, la administración húngara necesitaba adquirir un rol protagónico en la política exterior del imperio con lo que podría entablar negociaciones con Serbia y Rumania, dos actores que podían perjudicar enormemente a Hungría, tanto por el paneslavismo, como por el movimiento nacionalista en Transilvania. En este periodo, es fácil detectar una fobia a los cambios que podían generar los movimientos nacionales, sobre todo aquellos que eran propiciados por Rusia.

La rebelión campesina de 1875 originó una crisis que puso fin a la administración otomana en Bosnia-Herzegovina. Esta rebelión tiene sus raíces en 1874, un año que se destaca por una pobre y desastrosa cosecha en Herzegovina, seguida por la imposición de brutales recolecciones de impuestos que los campesinos no podían pagar en 1875. A esta revuelta le siguieron otras a lo largo de la provincia en donde voluntarios de varios Estados circundantes participaron con la intención de asistir a los rebeldes. Finalmente, las revueltas fueron aniquiladas violentamente en 1876.

La sedición bosnia fue inmediatamente sucedida por las insurrecciones búlgaras de 1875, mientras que Serbia y Montenegro le declararon la guerra al Imperio Otomano en 1876 con la esperanza de anexionar Bosnia y Herzegovina, respectivamente. Cada uno de estos conflictos fueron frenados con violencia y, como una adecuada coyuntura, Rusia se preparó para una guerra que salvaría a los Balcanes. En 1877 estalló una nueva guerra entre los imperios turco y zarista, en el que Austria-Hungría permaneció en un estatus de neutralidad, con la condición de que se le reconociera su derecho de poseer Bosnia-Herzegovina.

Existen varias razones para la ocupación de Bosnia. Militarmente era necesario establecer una región estratégica para la defensa de la costa dálmata; para el emperador Francisco José, representaba una victoria territorial para su reino, en lugar de una pérdida; y la más importante para todos, impedir que Serbia anexara Bosnia. Todos estos argumentos eran válidos, pero ningún grupo en la monarquía tenía alguna razón para preocuparse de las consecuencias de la anexión de Bosnia, salvo los húngaros (Armour, 2009, p.630).

Alarmados por el triunfo de Rusia y la creación de un gran Estado búlgaro en los estatutos del Tratado de San Stefano, las potencias decimonónicas se reunieron en el Congreso de Berlín de 1878 con la intención de prevenir la consolidación del poder ruso en los Balcanes y evitar la creación de una Gran Bulgaria independiente. Sin embargo, el Tratado de Berlín estipuló que Bosnia-Herzegovina seguiría reconociendo la soberanía del sultán pero habría de ser administrada por Austria-Hungría, quien en 1878 cruzó la frontera norte de la provincia, instalándose en Sarajevo en octubre de ese mismo año luego de enfrentarse a una débil resistencia cristiano-musulmana.

El imperio de los Habsburgo se enfrentó a tres dificultades esenciales. El primero se centraba en quién administraría formalmente el nuevo territorio, Austria o Hungría; la segunda preocupación tenía que ver en cómo se debía gobernar a los tres grupos religiosos y la tercera era en cómo se debía establecer una forma de gobierno funcional entre el imperio cristiano y las élites gobernantes musulmanas de la provincia (Cuvalo, 2007, p.lxxxix).

El primer problema fue resuelto haciendo de Bosnia-Herzegovina una posesión que sería administrada por el Ministerio Financiero Imperial Conjunto. Mientras que las resoluciones de la segunda y tercera preocupación se le confiaron a Benjamín Kállay, nombrado ministro financiero imperial conjunto de 1882 a 1903, y quien logró controlar Bosnia con eficacia por cerca de veinte años (Cuvalo, 2007, p.lxxxix). Como se mencionó anteriormente, Kállay era un húngaro que era consciente del poder del paneslavismo en el imperio, por lo que uno de sus objetivos fue crear una consciencia nacional propia, que se alejara de las influencias de Serbia y el paneslavismo.

En la primera década del siglo XX, las ideologías paneslavistas serbias argumentaban que, no sólo los ortodoxos eran serbios, sino que los tres grupos religiosos de Bosnia-Herzegovina lo eran. De esta forma, siguiendo la ideología serbia, Bosnia-Herzegovina, así como la mayor parte de Croacia, debían unificarse con Serbia. Los croatas, por su parte, también reclamaban este territorio, enunciando que Bosnia-Herzegovina, en la edad media, había sido parte del reino croata y que los musulmanes sólo eran croatas islamizados. Como tal, la aspiración croata era hacer de la monarquía dual de Austria-Hungría en una tripartita, en la que se reflejara un balance entre germanos, húngaros y eslavos.

Esta aspiración parecía factible, no obstante, encontró un obstáculo conformado por húngaros, serbios y musulmanes. Como ya se mencionó, los húngaros no deseaban fortalecer el poder eslavo en un territorio tan cercano a Hungría; por su parte, para los serbios significaba dejar a medias la construcción de la Gran Serbia; mientras que para los musulmanes, una monarquía tripartita amenazaba su estatus privilegiado, así como su tradición musulmana.

A finales del siglo XIX y principios del XX, los Balcanes y Europa, atestiguaron una serie de crisis políticas y alianzas mutables. La muerte de la Alianza de los Tres Emperadores, la formación de la Triple Alianza y de la Triple Entente, y las crecientes tensiones entre los viejos y nuevos poderes coloniales europeos afectaron gravemente el destino de la región balcánica. Las discordias entre Rusia y los Habsburgo crecieron y se reflejaron en las actividades hostiles de los Balcanes. Eventos en Croacia, en Serbia, así como las guerras Balcánicas, tuvieron un impacto en Bosnia Herzegovina (Cuvalo, 2007, p.xciii).

La primera crisis de significativas proporciones hizo erupción en 1908 cuando Austria-Hungría, impulsada por la revolución de los Jóvenes Turcos, decidió anexar Bosnia-Herzegovina y, en menos de un año, el asunto fue resuelto satisfactoriamente. A los turcos se les concedió una compensación económica por las provincias, dejando Sandzhak de Novi Pazar en manos turcas, mientras que a los musulmanes bosnios se les garantizó una libertad de credo. Las tensiones entre Serbia y Austria, sin embargo, se incrementaron hasta llegar a un punto de no retorno. Si los rusos no hubieran sido derrotados en la guerra en contra de Japón en 1905, Serbia probablemente habría sido capaz de mantener una guerra en contra de Austria en 1908 con el objetivo de anexar Bosnia (Cuvalo, 2007, p.xciv)

La primera guerra Balcánica hizo erupción cuatro años más tarde. Los serbios, montenegrinos, búlgaros y griegos lograron concretar una alianza con el objetivo de expulsar definitivamente a los turcos de los Balcanes, derrotando a los otomanos en 1912; Serbia, Montenegro y Grecia, a quienes se les unió Rumania en 1913, derrotaron a Bulgaria, privándola de grandes extensiones de territorio en Macedonia. La victoria en ambas guerras balcánicas logró expandir el territorio de los Estados vencedores y en el caso de Serbia sirvió para buscar una política expansionista en Bosnia-Herzegovina sustentada en la propaganda y en fundación de sociedades nacionalistas.

3.2. Macedonia

Ubicada en el centro de la península de los Balcanes, Macedonia es una entidad política y cultural que ha sido seriamente influenciada por los nacionalismos de los Estados que la rodean. Sin una salida al mar hoy en día, Macedonia comparte sus fronteras con Serbia en el norte, con Bulgaria al oriente, con Grecia al sur y Albania en el poniente.

Macedonia se caracteriza por poseer una rica multiculturalidad. A finales del siglo XIX y principios del XX, este territorio contaba con 6 millones de habitantes, de los cuales el 70 por ciento eran griegos, turcos y albanos, mientras que el 30 por ciento restante, estaba conformado por serbios, búlgaros, valacos, armenios, italianos, húngaros, gitanos, judíos y circasianos. Es pertinente resaltar que ninguna de estas nacionalidades constituía más de un 30 por ciento y la ausencia de una mayoría que pudiera asumir el liderazgo nacional, así como asegurar una unidad política, fue uno de los problemas de la cuestión macedonia (Harris, 1913, p.205).

Con las conquistas otomanas, se trajo consigo la introducción del islam en la población y a aquellos que aceptaron la nueva fe, fueron favorecidos sin importar si su ascendencia era eslava, albana o griega. De esta manera, la religión se convirtió en el elemento más importante para la reafirmación de una identidad

Los súbditos fueron divididos en millets, los cuales disfrutaron de un cierto grado de autonomía en los asuntos civiles. Los cristianos ortodoxos y católicos correspondían al millet romano; éste sector no hacía una diferenciación étnica y los obligaba a subordinarse al Patriarcado de Constantinopla. Es así que en 1830, después de la independencia de Grecia los eslavos, albanos y valacos se convirtieron en una comunidad que se debía helenizar. En comparación con este hecho, en 1689, Skopie fue invadida por las fuerzas armadas austriacas, conflicto que demostró el inicio de la decadencia del Imperio Otomano. Una consecuencia importante de esta coyuntura fue que el territorio adquirió una libertad comercial que, al mismo tiempo, fortaleció la identidad ortodoxa, la cual acaparó los intercambios con Europa Central y el Mediterráneo (Bedev, 2009, p.lv).

De hecho, uno de los grandes problemas en Macedonia fue la situación religiosa y las ubicaciones de los líderes religiosos. Como ya se sabe, en Macedonia convergieron cristianos

griegos, búlgaros, latinos y armenios, así como musulmanes, judíos y otras denominaciones religiosas, cada grupo con su respectiva cabeza religiosa. De dicha manera, los griegos gozaban de la protección de su Patriarca en Constantinopla; los latinos del Papa en Roma; los cristianos búlgaros por el Exarcado e incluso los judíos tenían un rabino que residía en la capital otomana (Harris, 1913, p.206). En Macedonia, cada grupo religioso gozaba de una considerable fuerza e influencia y tenían como objetivo proteger a sus propios adeptos, así como evitar cualquier tipo de movimiento que pudiera restar parte de sus ventajas.

La insurrección griega de 1821 produjo un shock en el sur de Macedonia, ya que ahí radicaba una importante diáspora griega; muchos ortodoxos y griegos se unieron al movimiento de independencia de Grecia. Sin embargo, la respuesta otomana fue coercitiva, particularmente en la comunidad griega de Tesalónica. El movimiento griego fue repetido en la década de 1830 en Skopie, en donde las corporaciones locales y mercaderes acusaron a obispos griegos de corrupción y solicitaron la instauración del exarcado búlgaro, el cual gozó de grandes subvenciones provenientes de la propia Bulgaria.

Con las reformas de la Tanzimat a finales del siglo XVIII, los Balcanes otomanos sufrieron los efectos de la inseguridad, el vandalismo, el saqueo y las luchas de las ambiciones musulmanas, pero paradójicamente, los búlgaros se vieron favorecidos. Por otra parte, se proyectaron ideas venidas del extranjero, como aquellas nociones romances del despertar de la conciencia étnica y el pan-eslavismo de los intelectuales eslavos. Para la década de 1860, en Macedonia ya se encontraba en circulación un movimiento nacionalista que se identificaba con el glorioso pasado medieval de Bulgaria y reconocían un mismo enemigo que ejercía una peligrosa influencia en la población: los griegos.

La esencia del antagonismo nacional en Macedonia, en parte se debe al establecimiento del exarcado búlgaro en 1870 (Bedev, 2009, p.lvi) y aquellos que se alinearon a la nueva institución religiosa fueron excomulgados del Patriarcado de Constantinopla. El patriarcado y el exarcado se enfrentaron en una larga rivalidad por la lealtad de los ortodoxos macedonios. Al igual que en los Estados eslavos – a excepción de Rumania – la afiliación de la iglesia tenía el mismo significado que la nacional. Sin duda la fuerza más prominente en Macedonia a finales del siglo XIX fue el partido búlgaro, pero una importante porción de los ortodoxos prefirieron

Berenice Navarro González

seguir bajo el Patriarcado de Constantinopla fuere por razones tradicionalistas, de conveniencia o por una simpatía hacia Grecia.

El interés búlgaro y griego por atraer a Macedonia le concedió un carácter de importancia como territorio, a diferencia del estatus que gozaba en el Imperio Otomano, en donde como tal, Macedonia nunca fue una provincia con gobierno y/o administración. De este modo, el nacionalismo griego, que intentaba crear una continuidad entre los helenos antiguos y modernos, preparaba un proyecto que partía del uso del nombre Macedonia como una identidad que emanó de la cultura griega que simplemente había olvidado su idioma original. Por su parte, el nacionalismo búlgaro reconocía a Macedonia como una extensión del antiguo territorios de Moesia.

Los dos ejemplos anteriores nos muestran claramente la influencia de las afiliaciones nacionales. Cabe destacar que la propaganda nacionalista no era un factor meramente interno, después de todo, las principales ideas nacionalistas comenzaban en las grandes ciudades, las cuales estaban expuestas a las tendencias modernistas y esta situación se vería agravada con la guerra ruso-turca de 1877-1878.

El triunfo de Rusia sobre el Imperio Otomano tuvo como consecuencia el Tratado de San Stefano, en donde se pudo apreciar la importancia de Macedonia en la diplomacia europea decimonónica. En un principio, el tratado estipuló que Macedonia sería incluida en el nuevo principado independiente de Bulgaria. No obstante, la Conferencia de Berlín desplazó a San Stefano en donde se tomó la deliberada decisión de devolver Macedonia al Imperio Otomano, con lo que se aniquiló el gran Estado eslavo de Bulgaria y se frenó la influencia rusa en el sureste de Europa. El Tratado de Berlín fue benéfico para Austria-Hungría, quien tenía aspiraciones en el puerto de Tesalónica, mientras que Gran Bretaña se aseguró de mantener a Rusia lejos del Mediterráneo (véase anexos 6 y 8).

La situación de Macedonia en lo referente al Tratado de Berlín, causó un latente descontento que, finalmente, terminó en una insurrección violenta en octubre de 1878 que fue rápidamente disuelta. No obstante, en el artículo 23 de Tratado de Berlín (Tratado sobre la Cuestión de Oriente, 1878) hizo posible el establecimiento de un gobierno doméstico en aquellos territorios del Imperio Otomano europeo. Tras este hecho, la autonomía de Macedonia se convirtió en un objetivo que debía ser demandado por los activistas eslavos.

El artículo 23, específicamente, intentó introducir una ley orgánica en la región europea del Imperio Otomano, una comisión en la que las nacionalidades locales fueran representadas en su totalidad y que sería supervisada por La Porte y por la comisión europea de los Balcanes. Sin embargo, este intento no tuvo ningún resultado hasta que el gobierno otomano se comprometió a formular un plan de reforma bajo la presión de Gran Bretaña. En 1880, La Porte convocó a la comisión europea de los Balcanes con el fin de que su hoja de trabajo fuera revisada y, a mediados de ese año, se creó una nueva ley orgánica. Sin embargo, el sultán no permitió que ésta fuera ejecutada con fuerza y, por el contrario, las reformas macedonias se vieron obstaculizadas por las rivalidades nacionales impulsadas por el propio sultán (Harris, 1913, p.207).

En el año de 1893 se fundó el Comité Revolucionario de la Macedonia Búlgara que más tarde se convertiría en la Organización Interna Revolucionaria de Macedonia (OIRM). Dicho comité, influenciado por el socialismo, el populismo ruso y la anarquía, tenía la pretensión de crear una red de comités secretos y movimientos guerrilleros en las regiones de Macedonia y Adrianópolis, así como en la propia Bulgaria. Los miembros de la OIRM tenían en mente una Macedonia autónoma con una política multinacional, pero no deseaban que Macedonia fuera una entidad independiente. En esta política multinacional eran incorporados búlgaros, valacos, turcos, griegos, albanos, serbios e, incluso, judíos, pero al final, esta idea no resultó ser tan atractiva precisamente por la fuerte influencia búlgara en la identidad regional macedonia.

De esta forma se dejan al descubierto las rivalidades étnico-nacionalistas en Macedonia que estuvieron relacionadas con ciudadanos de los Estados balcánicos vecinos. En buen ejemplo de esto fue durante la asistencia búlgara a los revolucionarios macedonios en 1903-1904, en la que grupos serbios y griegos penetraron la provincia con la sola intención de asistir a los otomanos en la erradicación de las revueltas (Harris, 1913, p.205). Con la formación de la Liga Balcánica en 1912, estas rivalidades nacionales habrían de encontrar una pausa pero, en capítulos posteriores se expondrá como, incluso, esta coalición falló en erradicar la discordia entre las comunidades balcánicas.

En los primeros años del siglo XX, la situación macedonia iba de mal en peor, debido a las administraciones corruptas y los altos impuestos. Se incrementó la anarquía y la inseguridad, elementos que propiciaron una ola migratoria hacia Serbia y Bulgaria. La situación se volvió aún más delicada a causa de la propaganda de la OIRM, ya que el gobierno de La Porte tomó

Berenice Navarro González

medidas violentas y represivas para reprimir el movimiento nacionalista que terminó con la muerte de miles de macedonios que hacían recordar a Europa los horrores búlgaros.

A causa de estos eventos, Rusia y Austria trabajaron conjuntamente en un programa reformista en 1903, impulsado con el apoyo de Francia y Gran Bretaña, en donde se incluían reformas financieras, gubernamentales y hacendarias. Sin embargo, este nuevo intento falló por falta de apoyo de las potencias en cuanto a su implementación y por la oposición de Alemania y el Imperio Otomano (Harris, 1913, p.207).

En 1908, Macedonia fue testigo de los levantamientos albanos y valacos, que tuvieron un importante impacto en la identidad nacional albana, constituida por ortodoxos, católicos y albanos, quienes veían a Skopje como parte de su territorio. Por otra parte, en este mismo año, la Tercera Armada de Macedonia planeó un golpe de Estado, liderado por Mustafá Kemal. La revolución de los Jóvenes Turcos puso una pausa en el ambiente de violencia macedonio. No obstante, las reformas del Comité de Unión y Progreso no lograron prevenir que los Estados balcánicos aprovecharan la vulnerabilidad del imperio (Bedev, 2009, p.lix).

Los líderes de los Jóvenes Turcos pusieron en marcha una nueva Constitución, pero se deslindaron de toda responsabilidad por los errores del gobierno anterior. Por tal motivo, los líderes revolucionarios se comprometieron sinceramente a llevar a cabo reformas contundentes para el establecimiento de una administración eficiente en Macedonia, ya que su programa incluía principios de descentralización, equidad política y autonomía local. Su argumento fue respaldado por hombres que habían crecido en Macedonia, por lo que las potencias aceptaron sus compromisos.

El comité revolucionario radicado en Estambul, estaba conformado por miembros con buenas intenciones, influenciados por la educación y principios europeos, y con sobresalientes habilidades administrativas. El problema surgió cuando se descubrió que no tenían conocimiento de la situación en Macedonia. Si bien, al principio lograron obtener la confianza de su pueblo, el tiempo demostró en que no fueron capaces de establecer una administración eficaz en Macedonia. Esta incapacidad se debió a sus propios errores, a complicaciones políticas en la capital otomana, a la anexión de Bosnia-Herzegovina al imperio austriaco y a la guerra contra Italia en Trípoli.

La nueva administración otomana intentó introducir en sus provincias europeas los principios de equidad política y gobierno de minorías, este último un asunto sumamente delicado para cualquier entidad estatal. La complicada situación macedonia tenía que ver con su falta de experiencia política, por lo que los otomanos, con el afán de preservar su propia supremacía, se vieron obligados a colocar una la mayoría turca en las oficinas públicas. Durante los años de 1909, 1910 y 1911, aplicaron métodos ilegales sobre el campesinado para amedrentarlos y controlar las elecciones. En este mismo periodo, el derecho a la asamblea pública fue abolido, se censuró a la prensa y se aplicaban castigos sin derecho a juicio. Con estas prácticas, no es sorpresa que el gobierno hubiera perdido su prestigio y popularidad (Harris, 1913, p.210).

Uno de los objetivos del programa del nuevo gobierno era instaurar la unidad y la equidad, dos elementos que pusieron en marca la política de otomanización, que esencialmente se refiere a erradicar toda consciencia nacional en las localidades, para así imponer una nacionalidad puramente otomana a todo súbdito del imperio. La justificación para tal decisión era que en el imperio todos eran iguales y residían bajo un mismo gobierno constitucional, por tal motivo todos eran otomanos y estaban obligados a hablar turco y a escribir con el alfabeto árabe.

Con esta política devino una reforma educativa que proclamaba que todas las escuelas debían impartir las clases en turco y aquellos profesores que no fueran turcos fueron removidos de sus puestos. El descontento y la insatisfacción no tardaron en surgir entre las diásporas serbia, búlgara y griega en 1912 provocando frecuentes confrontaciones entre el gobierno y las autoridades locales, con lo que propició una nueva ola migratoria hacia las fronteras serbias y búlgaras y las tierras que los campesinos dejaban atrás rápidamente fueron ocupadas por musulmanes provenientes de Bosnia-Herzegovina (Harris, 1913, p.211).

Una última medida que tomó La Porte para evitar las confrontaciones fue un desarme general en las provincias de Albania y Macedonia. Este fallo representó un error, sobre todo porque dejaban definitivamente desprotegidas a dos provincias que no tenían garantizada la seguridad de la vida o de la propiedad y fue vista como innecesaria y severa por ambas localidades (Harris, 1913, pp.211-212). Estas representan la situación de Macedonia en los albores de la Primera Guerra Balcánica.

Berenice Navarro González

En octubre de 1912 Grecia, Bulgaria, Serbia y Montenegro iniciaron una primera campaña bélica, mejor conocida como la primera Guerra Balcánica, la cual logró empujar a los turcos hasta los límites de su propia capital. El rol de Macedonia en este contexto fue el de un botín a repartir, pero la complejidad que aquí se encierra representaría un severo obstáculo. Posteriormente, la segunda Guerra Balcánica tendría lugar en el verano de 1913, en donde Bulgaria se enfrentó, por un lado, en contra de la Liga Balcánica – en donde Rumania tomaría su lugar – y, en el segundo frente, en contra de los turcos.

4. El sistema internacional y la consolidación de la independencia nacional

El papel de los Estados balcánicos en la escena internacional complicó el ejercicio del equilibrio de poder y el mantenimiento del statu quo que las potencias europeas se esmeraron en cuidar desde 1815. Se debe tener presente que el Imperio Otomano no fue parte de la élite de potencias europeas hasta 1856, un privilegio del cual gozó por veintidós años y que finalmente perdió en 1878 a causa de la frecuente insurrección de sus súbditos eslavos. De esta manera, la intención de este capítulo es presentar el papel del sistema internacional decimonónico en cuanto a la consolidación de las independencias nacionales de los Estados eslavos; pero para comprender este fenómeno, uno se debe remontar al antecedente inmediato: la guerra de Crimea y sus consecuencias.

El equilibrio de poder europeo experimentó una primera mutabilidad luego de 1848 tanto en Schleswig-Holstein, como en el Imperio Otomano. La primera cuestión encontró una resolución provisional en 1852 (Briggs, 1997, p.108), pero la segunda habría de confrontar los intereses de las potencias europeas por primera vez desde las guerras napoleónicas, ya que los movimientos paneslavos no sólo amenazaban al Imperio Otomano, sino también al de los Habsburgo dada su gran minoría eslava, y al británico por la influencia rusa en los Balcanes, misma que eventualmente se podría transformar en la conquista de Estambul, sus estrechos y, por lo tanto, del mar Mediterráneo.

En este contexto, harta del aislamiento, Francia buscó el debilitamiento del sistema de Viena a través de la rivalidad de las potencias, considerando que su situación y prestigio podrían mejorar con una confrontación entre Gran Bretaña y Rusia. Así, a principios de la década de 1850, París encontró su justificación en una solicitud a La Porte, en la que se le permitiera ejercer un protectorado oficial sobre los cristianos griegos y latinos; dicha solicitud, aceptada por el sultán, despertó la oposición de Rusia, la autodenominada protectora de los cristianos otomanos, quien de inmediato exigió el mismo privilegio.

Favorecida por la neutralidad de Austria y Prusia, Rusia buscó una alianza con Gran Bretaña, proponiendo una desmembración del Imperio Otomano en donde los británicos gozarían libremente de Egipto y Creta, además de una ocupación temporal en Estambul. Esta propuesta fue rechazada en Londres, ya que el interés británico radicaba en mantener vivo al

Berenice Navarro González

Imperio Otomano como una barrera que detuviera el expansionismo ruso en la región. Ante la negativa británica, Rusia abrió una embajada en Estambul como una medida de presión para el cumplimiento de su solicitud, justificándola como una medida para la resolución de las cuestiones de la rebelión montenegrina y de los lugares santos en Palestina (Duggan, 1903, pp.100-101).

Como respuesta a esto, La Porte denunció a Rusia ante los poderes europeos, argumentando que se le había ofrecido una alianza permanente que reconociera al zar como el protector legal de la iglesia ortodoxa bajo la amenaza de agresión en caso de no acceder. Al poco tiempo, los embajadores de Francia y Gran Bretaña arribaron a Estambul para impedir, diplomáticamente, una posible intervención rusa en territorio otomano. La situación no fue favorable para Rusia cuando la cuestión montenegrina se resolvió con la asistencia de Austria, mientras que la de los lugares santos se resolvió por Francia con ayuda de Inglaterra. Como resultado, San Petersburgo envió un ultimátum a los otomanos, exigiendo el reconocimiento de su protectorado.

El Imperio Otomano se negó nuevamente, arguyendo que tal reconocimiento atentaba en contra de su independencia, ya que estaría sometiendo su admiración interna a un gobierno extranjero. Ante las negativas de La Porte, San Petersburgo envió un segundo ultimátum exigiendo que su propuesta fuera aceptada o, de lo contrario, Rusia ocuparía Moldavia y Valaquia. Esta decisión alineó a los poderes europeos en contra de Rusia y, como medida preventiva, a mediados de 1853, las fuerzas navales francesas y británicas anclaron a las afueras de los Dardanelos. Mientras tanto, Rusia publicaba un manifiesto que justificaba su acto como un deber sagrado e inmediatamente sus tropas invadieron los principados del Danubio (Duggan, 1903, p.102-103).

En la antesala de la guerra de Crimea se buscó que el conflicto fuera evitado por medios diplomáticos y, en este sentido, Austria fue la que más se esmeró dada su vulnerabilidad y su deuda con Rusia en cuanto al apoyo que recibió durante la revolución húngara de 1848; no obstante, era consciente de la amenaza del panslavismo en su territorio. La mediación de Austria no rindió frutos y a mediados de 1853, las flotas de Francia y Gran Bretaña ya habían cruzado los Dardanelos y el Imperio Otomano se preparaba para la guerra.

El sistema internacional y la consolidación de la independencia nacional

En un principio, a causa de la precaria situación económica de los otomanos y por la neutralidad de Prusia y Austria, Rusia no se preocupó por su actitud beligerante, es más, le hizo saber a Europa que, a pesar de estar obligada a ser partícipe en una guerra, probaría que sus intenciones eran nobles. Ante esta actitud, Austria siguió con su mediación y propuso un protocolo que especificaba la integridad del Imperio Otomano y la independencia del sultanato, pero también se le exigía una mejora en la condición de sus súbditos cristianos. La mediación parecía exitosa pero las triunfantes campañas otomanas en Europa y Asia obligaron a Rusia a abandonar su actitud pacífica y a atacar a la flota otomana en el mar Negro.

El motivo esencial por el que Austria no se atrevió a tomar una actitud beligerante radicó en que la defensa y seguridad de sus territorios dependían de una alianza con Prusia, pero esta última expresó que no sería parte del conflicto porque simplemente no tenía interés en la región y no tenía la intención de enemistarse con Gran Bretaña y Francia. De esta forma, el comportamiento de Austria se explica como un acto con doble intención: por una parte, impulsaba a Francia y Gran Bretaña a seguir con la guerra, en donde Austria sería la mediadora entre los dos bandos beligerantes.

A principios de 1854, tanto Gran Bretaña como Francia habían declarado la guerra a Rusia conjuntamente, comprometiéndose a que ninguna de las dos entablaría negociaciones con San Petersburgo aisladamente ni se buscaría una ventaja individual. Para este momento, Rusia ya se encontraba aislada diplomáticamente, lo cual predecía su derrota; aun así, el establecimiento de la paz por medios diplomáticos no cesó y, en Viena se redactaron cuatro puntos sobre los cuales se pretendía trabajar:

1) [...] que el protectorado ejercido por Rusia [...] sobre Moldavia, Valaquia y Serbia debía cesar, y que los privilegios acordados por los gobernantes de estas provincias, como dependencias del Imperio Otomano, debían ser puestos bajos la garantía colectiva de los poderes por un tratado concluido con La Porte; 2) que la navegación del Danubio debía ser libre de todos los obstáculos [...] ; 3) que el tratado de los estrechos de 1841 debía ser revisado por los altos poderes contractuales sobre los intereses del balance de poder de Europa; y 4) que Rusia debía abandonar su reclamación sobre el ejercicio de un protectorado oficial sobre los súbditos de la Sublime Puerta, sin importar a que religión pertenecieran, y que los cinco grandes poderes debían obtener de La Porte la confirmación y observancia de los privilegios religiosos de las diferentes comunidades cristianas, sin perjudicar la dignidad e independencia de la corona otomana (Duggan, 1903, pp.112-113, traducción propia).

Berenice Navarro González

La guerra dio un giro con la muerte del zar Nicolás y la inmediata ascensión de Alexander II, quien le hizo saber a las cortes europeas su deseo de entablar la paz. Sin embargo, el éxito de la resolución de la guerra no emanó de Viena, sino de París en 1856, en donde se resucitó al Imperio Otomano, mismo que publicó su nota Hatt-i Hamayun, un acto de soberanía que le garantizaba a sus súbditos cristianos la libertad de ejercer su credo, además de promover una serie de reformas que complementarían la Tanzimat.

Los artículos más importantes del Tratado de París fueron el VII, en donde se admitía al Imperio Otomano en el concierto de Europa, garantizando su independencia e integridad territorial, además de que se consideraría cualquier acto que tendiera a violar el acuerdo como una cuestión de interés comunitario. Asimismo, se proveía que, en caso de que surgiera una disputa entre el Imperio Otomano y uno de los grandes poderes, ambos, antes de recurrir a las armas, debían presentar su situación ante los demás poderes para llevar a cabo una mediación (Duggan, 1903, p.122).

Por otra parte, los artículos del XX al XXVII, establecían que Moldavia y Valaquia ostentarían una administración independiente bajo la soberanía del sultanato, pero se creaba una comisión europea, encargada de la revisión de leyes y estatutos de dichos principados. Además, Besarabia quedaba fuera de la jurisdicción de Rusia para ser anexada a los principados. Finalmente, los artículos XXVIII y XXIX, garantizaban a Serbia derechos e inmunidades, mismos que eran reconocidos colectivamente por todos los grandes poderes y, aunque a La Porte se le permitiría ostentar una guarnición militar en Belgrado, cualquier intervención armada en Serbia estaba prohibida sin un acuerdo previo de las potencias (Duggan, 1903, p.123).

De esta manera, el Imperio Otomano quedó admitido en el concierto de Europa, pero esta cómoda posición no duraría por mucho tiempo, puesto que la diplomacia europea ya experimentaba una crisis por la rivalidad de las potencias, expresada en cuatro diferentes guerras: la guerra de Piamonte y Francia contra Austria en 1859, la guerra de Schleswig-Holstein de 1864, la guerra austro-prusiana de 1866 y la franco-prusiana de 1870. Además, después de 1856, la rivalidad entre Austria y Rusia en los Balcanes comenzó a acentuarse, lo cual demostraba que el interés individualista era más importante que el comunitario.

Teóricamente, el orden internacional que se establece después de un gran conflicto, sólo se puede proteger con la participación de todos los miembros importantes, es decir, la seguridad

El sistema internacional y la consolidación de la independencia nacional

sólo puede ser colectiva porque si una nación de dicho orden es victimizada, entonces el resto está condenado a sufrir el mismo destino. Por tal motivo, la seguridad colectiva es íntegra, ya que todos los miembros tienen el interés de oponerse y evitar la agresión. Sin embargo, en la práctica, la debilidad de la seguridad colectiva consiste en que, muy pocas veces, los intereses son uniformes, por lo que los integrantes de la seguridad colectiva preferirán la pasividad a una acción unánime y esto es comprobable con la guerra de Crimea y los conflictos que le sucedieron (Kissinger, 2001, pp.85-86).

El Tratado de 1856 representa la consumación del sistema de valores compartidos de 1815 y el comienzo de un periodo que se distingue por el cese de las olas revolucionarias de 1848, así como de las ideologías nacionalistas en Europa occidental, situación que se reflejaba en Francia, quien había adoptado un comportamiento moderado para así adaptarse en el sistema internacional; mientras que, a pesar de haber ganado un lugar en el concierto de Europa, el Imperio Otomano comenzaba a experimentar un lento proceso de desintegración, fenómeno que acentuó la rivalidad entre las potencias europeas, quienes habrían de intentar llenar el vacío de poder en sus territorios europeos.

Cabe señalar que el papel del nacionalismo ejerció una influencia en toda Europa porque – y tal como lo menciona Anthony Birch en su obra *Nationalism and National Integration* (1989) – es un elemento que se vincula con la desmembración y la unificación, se asocia con los deseos de construcción y consolidación del Estado-nacional, procesos que tuvieron lugar en un espacio tan reducido como es el continente europeo y que se concebían como la realización de esfuerzos pasados en el presente con el impulso del despertar nacional, una idea cercana a la concepción de nación de Ernest Renan.

La crisis del equilibrio de poder y el statu quo fueron auspiciados por los fenómenos anteriormente mencionados y que se reflejaron con mucha claridad en la interacción de Austria y Rusia en la región de los Balcanes, o en la relación de Alemania y Francia en cuanto a la cuestión de Alsacia-Lorena. Alexander Wendt (1999) menciona que una comunidad cultural puede mutar siempre y cuando la mayoría de sus integrantes se desprendan de ciertos valores e ideas; de esta forma, tras el fin de la guerra de Crimea, la cultura de rivalidad que imperaba se transformó en una de enemistad, misma que se expresó en el ámbito diplomático.

Así, la coyuntura de la guerra de Crimea tuvo consecuencias en los miembros más importantes del sistema internacional decimonónico, En Austria, las secuelas generaron una crisis económica que se acentuó cuando, en 1862, Prusia y Francia firmaron un acuerdo comercial, en el que Viena no pudo participar dada una rivalidad con París a causa de la cuestión italiana, dejando a la monarquía austriaca fuera del próspero bloque económico que Berlín encabezaba. La situación de Austria se deterioró aún más tras su derrota en la guerra contra Prusia en 1866, con la que quedó definitivamente expulsada de Alemania y motivó la consolidación de la Monarquía Dual austrohúngara un año después.

En el oriente, Rusia comenzaba a extenderse hacia Europa central, las costas del Pacífico y Asia menor de tal forma que su expansionismo comenzaba a amenazar al ya de por sí delicado equilibrio de poder y la integridad político-territorial de todos aquellos actores aledaños a sus fronteras. Esta circunstancia, junto con la expulsión de Austria de Alemania, agravó la relación entre las dos monarquías, debido a que el nuevo imperio austrohúngaro, al no haber sido partícipe del colonialismo ultramarino, encontró en los Balcanes una región natural hacia donde extenderse, colisionando automáticamente con los intereses rusos y su política expansionista.

Por otro lado, la política de aislamiento de Gran Bretaña, adoptada en 1815, le había permitido ejercer el papel de protector del equilibrio de poder, siempre y cuando éste estuviera claramente amenazado; pero su interés, luego de la conflagración de Crimea, se enfocó en vigilar el comportamiento de Francia – cuyos intereses coloniales chocaban con los propios en Egipto – y al imperio ruso, con el que compartía una rivalidad en la región de los estrechos otomanos y Asia.

Una de las consecuencias más significativas emanadas de Crimea fue la configuración de la diplomacia. Como se mencionó anteriormente, los valores conservadores monárquicos habían quedado en el pasado, lugar que fue ocupado por la Realpolitik aplicada por Alemania luego de su unificación y que es entendida como una política basada en cálculos de poder y el interés nacional (Kissinger, 2001, p.133). A mediados de la década de 1860, Alemania ya se perfilaba como el país más poderoso e influyente de Europa, rasgos que se iban afirmando conforme el siglo transcurría. Por mencionar un ejemplo, el triunfo de Prusia sobre Francia en la guerra de 1870, en donde la región de Alsacia-Lorena fue anexada a la esfera de influencia alemana,

El sistema internacional y la consolidación de la independencia nacional

significó el fin de la preeminencia francesa en el continente, haciendo consciente a París que, en un futuro muy cercano, su seguridad ya no dependía de su actuación individual.

Sin embargo, el gran desafío de Alemania radicaba en su posición geográfica. De acuerdo a Kissinger y la Realpolitik, era posible que surgieran alianzas entre las potencias con el objetivo de impedir el constante crecimiento de Alemania y, si ésta intentaba proteger su seguridad de alguna posible alianza occidental u oriental, entonces esta hipotética coalición aceleraría su formación. Esto se acerca bastante a la idea de Waltz sobre el dilema de la seguridad, por lo que Bismarck, en cierto momento, expresó que “en una combinación de cinco jugadores, siempre es deseable estar del lado de los que son tres” (2001, pp.134 y 135).

En este mismo contexto, Alemania siempre expresó su nulo interés en los Balcanes como un argumento que sirviera en pro de un acercamiento con Austria-Hungría, en la que tenía un especial rédito, ya que tras la unificación alemana, una facción austriaca católica germano-parlante deseaba adherirse a Alemania, aspiración que representaba una amenaza para la supremacía de la élite protestante. Entonces el interés esencial en el imperio de los Habsburgo era que se mantuviera vivo y unido, porque en caso de una desintegración, Berlín quedaría aislada diplomáticamente y con la puerta abierta para un conflicto con Rusia. De este modo, dada la hostilidad francesa y el aislamiento británico, una alianza tripartita sólo sería posible a través de la buena voluntad de San Petersburgo y Viena.

Interesada en una paz perdurable y en eludir cualquier tipo de conflicto con alguna de las potencias europeas, Alemania se vio obligada a establecer una cordialidad entre Rusia y Austria-Hungría que impidiera que sus intereses entraran en disputa. La tarea habría de complicarse, puesto que, al estrechar los lazos de estos dos imperios, también se tenía la intención de alejarlos de una verosímil alianza con Francia, sin amenazar los intereses de Gran Bretaña cuando una coalición con Rusia se forjara. La justificación alemana fue simple: Berlín no tenía ambiciones de expandir su territorio unificado, no tenía interés en los Balcanes, ni tampoco aspiraciones coloniales para tranquilidad de las potencias europeas.

Después de 1871, Alemania se sentía satisfecha con todos sus éxitos diplomáticos, por lo que su siguiente objetivo radicaba en mantener su statu quo, el cual intentó consolidar en 1873 con la alianza de Dreikaiserabkommen, integrada por las tres monarquías conservadoras del centro y este de Europa, mismas que acordaron hacer preservar la paz y, en caso de guerra, se

comprometían a realizar una consulta general, para así determinar una acción coordinada. No obstante, la cuestión balcánica todavía era un asunto de importancia entre Rusia y Austria-Hungría, quienes – al ser partícipes del Dreikaiserabkommen – aseveraron que no tenían un interés en intervenir en la región, siempre y cuando se mantuviera una diplomática relación.

A pesar de los esfuerzos de la diplomacia germana, la rivalidad geopolítica exacerbada entre San Petersburgo y Viena resultó ser más grande que el compromiso compartido, ya que ambos centros buscaban desplegar su influencia en los remanentes territorios balcánicos del debilitado Imperio Otomano. Dicha rivalidad, junto a las frecuentes insurrecciones nacionalistas en los Balcanes, demostraron ser el punto débil de la alianza tripartita de Alemania. En este sentido, Rusia fue quien fomentó el nacionalismo, esfuerzo que es comprobable en la guerra de independencia griega y en todas las diásporas eslavas del Imperio Otomano y austrohúngaro.

Este componente es de suma importancia porque los nexos entre las grandes comunidades de eslavos poseían una peculiar complejidad a razón del imperio al que estuvieran sometidas. Cabe señalar que en el Imperio Otomano coexistían gran cantidad de minorías, tales como: ortodoxos, latinos, judíos, musulmanes, entre otros, quienes disfrutaban de cierto grado de autonomía. Un claro ejemplo fue el estatus semiautónomo de Montenegro y, luego de 1856, la afirmación de la autonomía rumana y serbia. Aun así, a mediados de la década de 1870, los Balcanes volverían a captar la entera atención de los grandes poderes, destruyendo al Dreikaiserabkommen y, finalmente, consolidando la tan afamada balcanización.

La situación balcánica habría de producir una tremenda convulsión en toda Europa a mediados de la década de 1870, demostrando que en aquellos asuntos en donde estaba involucrado el Imperio Otomano, se generaría una compleja crisis cuya resolución sería desgastante para los Estados que habían estructurado el Tratado de París de 1856. Hacia finales de 1874, un pequeño grupo de montenegrinos fue brutalmente asesinado en la región de Podgorica por oficiales otomanos; este suceso casi revive las hostilidades europeas, pero fue mediado a tiempo por la diplomacia. Este suceso aislado coincide con una época de infértil producción agrícola surgida en Bosnia y Herzegovina, la cual no evitó un incremento de los impuestos otomanos un año más tarde, empeorando así la situación de las provincias.

La crítica situación obligó a miles de campesinos a abandonar sus hogares para evitar las represalias de los recaudadores de impuestos, mientras que la mayoría de la población emprendió

El sistema internacional y la consolidación de la independencia nacional

una revuelta que rápidamente recibió asistencia económica y militar procedente de Serbia y Montenegro; asimismo, cientos de voluntarios originarios de Croacia, Eslovenia, Eslovaquia e, incluso, de Rusia e Italia (Briggs, 1997, p.133) se unieron al conflicto que, en el transcurso de dos años, habría de extenderse desde el mar Adriático hasta el mar Negro. Por otro lado, la vicisitud balcánica expuso la debilidad del Dreikaiserabkommen a razón del enfrentamiento de los intereses austriacos y rusos; aun así, esta crisis no sólo tiene una respuesta en las precarias condiciones de las provincias, sino también en la fuerza de las ideologías.

El capítulo 3 expuso las condiciones de Bosnia y Herzegovina bajo el sometimiento del Imperio Otomano y vale la pena añadir que, si bien, una gran porción de la población de ambas regiones era musulmana – de la cual emanaba la élite gobernante – la gran mayoría era campesina, estatus que compartía con sus homólogos cristianos, pero estos últimos eran susceptibles a la influencia y propaganda extranjera. La revuelta de 1875 sólo fue la punta del iceberg y, para entender su surgimiento, es necesario tener presente el poder que ejercía el paneslavismo, así como la política expansionista del imperio austrohúngaro.

Recapitulando, el paneslavismo era un elemento importante en las cuestiones balcánicas porque hacía un énfasis en la unificación de los eslavos bajo el liderazgo ruso, pero es difícil determinar su impacto, ya que, en Rusia, esta corriente provocaba sentimientos encontrados. La capital estaba convencida que las poblaciones de Bosnia y Herzegovina estarían complacidas de ser anexadas al imperio austriaco, sin que sus intereses fueran amenazados por tal eventualidad; mientras que, por otro lado, la facción paneslavista consideraba que la Cuestión de Oriente era un asunto que debía encontrar una rápida solución, al igual que la liberación de las provincias otomanas eslavas, pero no en favor de Viena, sino de Serbia y esta bifurcación de percepciones provocarían el desarrollo de una crisis en 1914.

En Austria-Hungría surgía una situación similar. La cuestión de Bosnia y Herzegovina dividía tanto a la opinión pública, como a la política. Vale la pena recordar que el ministro Gulyan Andrassy, como buen magiar, era plenamente consciente del número de eslavos que radicaban en el imperio y no tenía intenciones de incrementar la cifra con la anexión de las dos provincias otomanas, situación que ponía en peligro la débil estabilidad de la monarquía dual. Contrario a su apreciación, el sector militar aseguraba que dichas provincias podrían incrementar la seguridad nacional del Estado y este cálculo era apoyado, de cierta forma, por una parte de la

población eslava, la cual consideraba la posibilidad de hacer del imperio un Estado austriaco-húngaro-eslavo. Sin embargo, una última opinión eslava consideraba que la anexión amenazaba el objetivo de obtener una independencia nacional.

La visión militar habría de ser la responsable, finalmente, de que el emperador Francisco José determinara que Serbia, bajo ninguna circunstancia, debía anexar a su territorio Bosnia y Herzegovina, por lo que, en la primavera de 1875, se aventuró a realizar un viaje a Dalmacia, provincia que hacía frontera con Bosnia, con el objetivo de estimular los disturbios en las provincias otomanas y, de cierta forma, su visita – vista como la posibilidad de una emancipación del yugo otomano, para luego ser adherida a la monarquía – encendió la revuelta de julio de ese mismo año. Es así que se puede determinar que la insurrección de Bosnia y Herzegovina se debió a cuestiones internas – discriminación religiosa y opresión económica – y externas que obedecían a políticas antagonistas.

En dicho esquema, hacia principios de julio de 1875, las oficinas de asuntos exteriores de Rusia y Austria-Hungría recibieron las primeras noticias sobre las revueltas en las provincias otomanas. Como medida mediática coadyuvante, se le solicitó al gobierno otomano la creación de una comisión consular que tuviera como objetivo una resolución satisfactoria en la que se escucharan las demandas de las provincias. La Porte accedió a cumplir las demandas mediante la implementación de reformas, pero la experiencia había demostrado que este tipo de promesas no eran cumplidas, por lo que los insurgentes siguieron adelante con el conflicto hasta que se instaurara un gobierno cristiano o una ocupación extranjera.

La crítica coyuntura colocó a Berlín en un dilema que podía quebrantar la alianza con San Petersburgo y Viena: si Rusia se decidía por una acción bélica en la región, sin duda Gran Bretaña respondería con una operación de la misma naturaleza, que automáticamente incluiría a Austria-Hungría, pero no necesariamente como aliada de los rusos; de esta manera Alemania estaría involucrada en el conflicto independientemente de si eligiese un bando beligerante o la neutralidad. El objetivo de Berlín en este sentido fue estrechar los lazos de la alianza para poder crear una posición común.

Esta posición fue facilitada por el ministro austrohúngaro, quien se encargó de diseñar un programa de reformas para La Porte, mismo que debía ser aprobado y respaldado por los signatarios del Tratado de París de 1856. El gobierno otomano estaba dispuesto a cumplir con las

El sistema internacional y la consolidación de la independencia nacional

estipulaciones del programa, pero la facción insurgente seguía siendo renuente, argumentando que no había garantía alguna por parte de las potencias; aun así, el programa – conocido como la nota de Andrassy – fue presentado en las capitales de los grandes poderes el 30 de diciembre de 1875 y aceptada por todas, excepto Londres, la cual se negó a comprometerse a cualquier tipo de acción. Sin embargo, la nota fue aceptada por La Porte en febrero del año siguiente, comprometiéndose a cumplir con una serie de estipulaciones que versaban sobre:

- 1) el establecimiento de una total libertad religiosa y equidad de congregaciones; 2) la abolición del impuesto agrícola; 3) la aplicación de los ingresos reunidos en Bosnia-Herzegovina [...] con propósitos locales, y su distribución en asambleas locales compuestas por una mitad cristiana y una mitad musulmana elegida por los habitantes; 4) el mejoramiento de las condiciones de la población campesina (Duggan, 1902, pp. 130-131, traducción propia).

El dinamismo diplomático demostrado por Viena se debe, principalmente, al pánico de que las insurrecciones surgidas en las provincias otomanas más cercanas al territorio monárquico contagiaran a su propia minoría eslava, por lo que era crucial mantener monitoreada la crisis y encontrar una rápida resolución. Por otra parte, el quehacer de Rusia se enfocó en un acercamiento con la facción revolucionaria, invitándola a redactar sus propias demandas y presentarlas ante las potencias europeas y La Porte. Dicho intento se vio oscurecido por una movilización musulmana en Tesalónica, misma que se encargó de atacar los consulados de Francia y Alemania, en donde sus representantes perdieron la vida, demostrando así el alcance de la crisis (Duggan, 1902, p.131).

Pronto, el ardor del conflicto arribó a Serbia y Montenegro; 156 mil refugiados llegaron desde Bosnia y Herzegovina (Blago Treasure, 1998-2014), y con ellos, una emoción que invitaba a serbios y montenegrinos a apoyar a sus hermanos, colocando a ambos gobiernos en una complicada circunstancia debido a la incesante opinión pública que clamaba por una intervención a favor de los insurgentes. Tanto Belgrado como Cetina habían sido obligados por Viena y San Petersburgo a adoptar una posición neutral, pero, en caso de no participar, sus pueblos estarían dispuestos a iniciar sus propios movimientos revolucionarios.

Las proporciones del conflicto clamaban por una intervención más severa, por lo que los integrantes del Dreikaiserabkommen se reunieron en Berlín para crear la nota subsecuente a la de

Andrássy. Por empresa de Rusia, las demandas de los insurgentes serían la base de lo que luego se conocería como el Memorándum de Berlín, el cual estipulaba:

1) [la reconstrucción de] todos los hogares destruidos en las revueltas de las provincias, suministrar a los campesinos con ganado e implementos, y exentarlos de tres años de impuestos; 2) [el establecimiento de] una comisión cristiana para la distribución de la asistencia; 3) [la retirada de] las tropas turcas excepto de los lugares especificados; 4) [la autorización] a los cristianos de permanecer armados hasta que las reformas fueran efectuadas; y 5) [facultar] a los consulados de los poderes la supervisión de la ejecución de las reformas (Duggan, 1902, pp. 131-132, traducción propia).

Asimismo, el Memorándum exigía que un armisticio fuera ejecutado y, en caso de que las demandas no fueran cumplidas, las potencias tendrían el derecho de llevar a cabo las medidas pertinentes para evitar que la crisis siguiera creciendo. El Memorándum fue aprobado por Francia e Italia pero, una vez más, Gran Bretaña lo rechazó por no haber sido incluida en un diseño que había sido exclusivamente el trabajo del Dreikaiserabkommen, además de que lo consideraba como un primer paso hacia la desmembración del Imperio Otomano y una posible movilización rusa en Europa y Asia central³.

El gobierno británico se veía presionado por el siguiente acontecimiento balcánico. En párrafos anteriores se mencionó que el pueblo búlgaro se había desarrollado en los principales tránsitos del Imperio Otomano, aun así Bulgaria no se había contagiado de la fiebre insurgente, ya que estaba satisfecha con la independencia de su Exarcado en 1870, pero esta indiferencia ante la realidad regional habría de cambiar en 1876 debido a una insurrección surgida en la provincia de Batak, misma que fue aplastada por tropas irregulares otomanas. Esta noticia se propagó rápidamente a lo largo y ancho de Bulgaria, en donde las protestas no se hicieron esperar y pronto la cuestión búlgara se volvió el centro de la opinión pública internacional, así como de las mediaciones diplomáticas.

Los detractores de Benjamin Disraeli denunciaron la amoral de su gobierno ante los horrores búlgaros, mientras que la prensa británica se aventuraba a declarar que si la situación de

³ Para comprender la renuencia británica ante los esfuerzos de la Liga de las tres monarquías conservadoras de Europa, se debe recordar que Gran Bretaña – luego de las guerras napoleónicas – adoptó una política aislacionista. No obstante, con la llegada de Benjamin Disraeli a la oficina del Primer Ministro, la política exterior británica dio un giro, ya que este personaje era un férreo detractor de la alianza del Dreikaiserabkommen. Este primer ministro estaba determinado a rechazar cualquier decisión que emanara de dicha alianza, aunque esto significara el entorpecimiento de cualquier posible solución del conflicto balcánico, apoyando tácitamente las depredaciones otomanas en la región.

El sistema internacional y la consolidación de la independencia nacional

los Balcanes mejoraría con la intervención rusa en la región, entonces no encontraría una réplica negativa en el pueblo inglés, sino que incluso se apoyaría. A pesar de estas declaraciones, el primer ministro no cambió su postura y pronto, los horrores búlgaros produjeron simpatías en Rumania, Eslovaquia, Bohemia, Francia, Italia, Croacia y Alemania (Vassilev, 1979, p.104), demostrando que la influencia de la prensa era un método eficaz para concientizar a las masas ajenas a la comunidad que sufría las precariedades de la crisis, justo como Anderson menciona en Comunidades Imaginadas.

La crisis se precipitó cuando la posibilidad de una guerra era prácticamente un hecho. San Petersburgo había declarado que si los esfuerzos de los grandes poderes resultaban ser ineficaces en cuanto a facilitar un entendimiento entre La Porte y los insurgentes, Rusia no intentaría agitar a Serbia y Montenegro, pero tampoco podía detenerles en caso de que ambas decidieran efectuar una campaña bélica (Stevenson, 1923, pp.196-197). En este contexto, la opinión pública montenegrina presionó tanto al príncipe Nicolás, que éste se vio obligado a entrar en contacto con su homólogo serbio para emprender una guerra en contra de los otomanos. La situación interna en Serbia no era diferente, pero se veía agravada por la impopularidad de Milan.

El 30 de junio, Serbia declaró la guerra al Imperio Otomano, seguida de Montenegro el 2 de julio de 1876, acordando que, en caso de obtener la victoria, Bosnia sería anexionada por la primera, mientras que Herzegovina sería parte del territorio montenegrino. Con la guerra en puerta, Belgrado hizo un primer intento por edificar una alianza balcánica en la que participaran Rumania y Grecia, pero ambas naciones declinaron la propuesta, alegando que no tenían intereses en las provincias otomanas. La guerra representaría una tragedia para Serbia, a la que más tarde se le exigiría una indemnización por gastos de guerra y en donde se esperaba incrementar la tarifa hacendaria (Duggan, 1902, p.133). Mientras que para Montenegro, el resultado de su participación resultaría un éxito que le devolvería territorios perdidos hacía cuatro siglos.

El 8 de julio de 1876, surgiría el acuerdo de Reichstadt a razón del aumento del paneslavismo en Rusia, cuya demanda era auxiliar a los pueblos yugoslavos y que le hacía considerar seriamente a San Petersburgo participar activamente en el conflicto. Por tal motivo, un acuerdo con Austria era esencial; los ministros de Austria-Hungría y Rusia se reunieron en Reichstadt, Bohemia, para acordar que en caso de que Serbia y Montenegro fueran derrotados,

Berenice Navarro González

entonces se buscaría el establecimiento del statu quo ante bellum; pero si llegase a ocurrir lo contrario, entonces Rusia y Austria-Hungría cooperarían para regular los cambios territoriales (Blago Treasure, 1998-2014).

Es así que el embajador de Rusia en Estambul presentó los siguientes puntos: “1) un armisticio de seis semanas [...]; 2) autonomía para Bosnia, Herzegovina y Bulgaria; 3) una garantía de sus derechos por Europa” (Duggan, 1902, p.134, traducción propia). Debido al respaldo británico incondicional a La Porte, este gobierno mostró un letargo ante la solución de la crisis y el zar, en este sentido, ya comenzaba a ceder ante el deseo popular de participar en una nueva guerra en contra de los otomanos. En septiembre, los poderes propusieron un armisticio, el establecimiento del statu quo ante bellum a favor de Serbia y la autonomía administrativa para Bulgaria, Bosnia y Herzegovina.

La paranoia británica de una movilización rusa en los Balcanes la llevó a aceptar una participación en la Conferencia de Constantinopla, la cual dio inicio el 12 de diciembre y cuya sesiones preliminares se caracterizaron por una mutua oposición de los representantes británicos y rusos. Doce días más tarde, La Porte fue invitado a participar para ponerle al tanto de las condiciones adoptadas, mismas que incluían un incremento en el territorio de Serbia y Montenegro, así como la autonomía administrativa de Bulgaria, Bosnia y Herzegovina, las cuales tendrían el derecho de instaurar un ejército nacional y usar la lengua nacional en actos oficiales; además las provincias habrían de ser ocupadas por el ejército belga hasta que se cumplieran todas las reformas bajo la observación de una comisión internacional (Blago Treasure, 1998-2014).

No obstante, las decisiones de la Conferencia se verían obstaculizadas por la proclamación de una nueva constitución otomana, la cual había tenido lugar un día antes, el 23 de diciembre de 1876. Los otomanos rechazaron todas las demandas de los poderes, argumentando que violaban tanto el Tratado de París, como su Constitución. De forma extraoficial, tenían el apoyo de Gran Bretaña, quien le había asegurado a La Porte que, en caso de una guerra con Rusia, Londres le brindaría su total asistencia al igual como lo había hecho en Crimea. Con lo que no contaban los otomanos fue que Rusia se había anticipado a la falla de la Conferencia.

El sistema internacional y la consolidación de la independencia nacional

El 15 de enero de 1877, Rusia y Austria-Hungría firmaron el acuerdo de Budapest, en el cual se le permitió a Rusia intervenir en los Balcanes cuando una guerra fuera proclamada en contra del Imperio Otomano y en la que Viena adoptaría la neutralidad a cambio de la eventual anexión de Bosnia y Herzegovina; por su parte, Rusia recuperaría la provincia de Besarabia y finalmente quedaba estrictamente prohibida la consolidación de un Gran Estado balcánico. Hacia finales de febrero, el embajador ruso, Nicolás Ignatiev, visitó las capitales de los grandes poderes para exponer que, en caso de que las potencias no apoyaran a Rusia en lo relacionado a la aplicación de las demandas de la Conferencia de Constantinopla, se le permitiría a Rusia llevar a cabo las medidas que creyera pertinentes.

En marzo de 1877, se hizo un último intento para hacer entrar en razón a La Porte. Dicho intento tomó la forma de un protocolo emanado de Londres en donde los poderes le volvían a solicitar a La Porte introducir las reformas previamente propuestas. El Protocolo de Londres fue presentado en Estambul en abril, pero La Porte aseguró a las potencias que, como un Estado independiente, estaba implementando sus propias reformas y que no permitiría una intervención extranjera que pusiera en juego la soberanía del sultanato.

Hacia el 16 de abril, Rusia cerraba sus negociaciones con Rumania, la cual abriría su territorio para el tránsito del ejército ruso, y el 24 de abril – luego de dos años de negociaciones infructíferas – la crisis balcánica llegó a su cenit cuando Rusia declaró la guerra al Imperio Otomano, expresando que su actuar era sin designios ambiciosos y su objetivo era socorrer a los cristianos oprimidos en el Imperio Otomano.

4.1. El Tratado de San Stefano

En la antesala del conflicto ruso-otomano, La Porte hizo un intento por evitar la confrontación, invocando el artículo VII del Tratado de París de 1856, pero para este momento Alemania y Austria-Hungría ya habían anunciado su neutralidad, Francia e Italia se reservaron el derecho de no emitir ninguna clase de compromiso, mientras que Gran Bretaña – notando la renuencia de los grandes poderes – proclamó su imparcialidad para evitar una alianza formal con el Imperio Otomano, que más tarde, podía significar una participación en el conflicto. Por supuesto, antes

Berenice Navarro González

de realizar tal acción, advirtió a Rusia de no internarse en Egipto, el Canal de Suez y, muy importante, abstenerse de ocupar los estrechos o Estambul, de lo contrario, Gran Bretaña tomaría las medidas necesarias.

En los comienzos de la guerra de 1877-1878, los rusos realizaron rápidos avances tanto en Asia central, como en Europa – en esta última, gracias al acuerdo previo con Rumania, el cual permitió penetrar los Balcanes con facilidad. El ágil desempeño de Rusia causó el recelo europeo, ya que se temía que esta guerra provocara un conflicto generalizado en todo el continente, por lo que Alemania se pronunció a favor de la desmembración temprana del Imperio Otomano, pero Gran Bretaña, fuerte disidente de las intenciones de Berlín, rechazó la propuesta y ordenó a su fuerza naval anclar en la Bahía de Besika, cerca del acceso de los Dardanelos (Duggan, 1902, p.138).

Las tensiones se sosegaron por unos cuantos meses cuando los rusos llegaron a Plevna – norte de Bulgaria – debido a la resistencia de una de las fortalezas otomanas. Esta breve coyuntura habría de reconfigurar las relaciones de Rusia con los Estados balcánicos porque, favorecidos por el desarrollo inicial y confiados de sus fuerzas, los rusos rechazaron toda asistencia yugoslava porque consideraban que su participación podía ser interpretada como un movimiento revolucionario generalizado, situación que realzaría las tensiones tanto en Viena como en Londres. Sin embargo, el sitio de Plevna obligó a los rusos a cambiar de opinión y solicitó la participación de los Estados balcánicos, quienes, al percatarse de la desventaja de Rusia, retiraron su apoyo, salvo Rumania, cuyo apoyo radicó en que si la guerra era favorable para los otomanos, ésta no sufriría grandes pérdidas dada su ubicación geográfica y, si ocurría lo contrario, entonces podía reclamar alguna ganancia territorial.

Hacia finales de 1877, la fortaleza de Plevna carecía de provisiones, precariedad que favoreció a la ofensiva rusa, la cual finalmente resultó victoriosa a principios de diciembre de ese mismo año y permitió seguir avanzando hacia el sur. En enero del siguiente año, las fuerzas rusas habían llegado a Sofía y se apresuraban hacia Adrianópolis, la puerta de Estambul. El giro de la guerra volvió a levantar las tensiones en Europa; Austria comenzaba a reconsiderar su apoyo a Rusia, mientras que Gran Bretaña ordenó a sus buques de guerra posicionarse en los Dardanelos.

El sistema internacional y la consolidación de la independencia nacional

Para este momento, los otomanos se volvieron hacia Gran Bretaña con la intención de que ésta mediara la situación, medida que fue prohibida por Rusia, indicando que toda negociación debía ser llevada a cabo exclusivamente con ella y de esta forma, el 19 de enero de 1878, las negociaciones de paz dieron inicio. Al mismo tiempo, a Londres llegaban los primeros informes sobre el colapso de los otomanos en Adrianópolis, dejando libre el paso hacia la capital del Imperio Otomano. Para evitar el avance ruso, Gran Bretaña intentó instigar a Austria-Hungría para que ésta llevara a cabo su propia movilización, intención que resultó fallida debido a que Viena se abstendría de cualquier acción, a menos que Rusia violara alguno de los estatutos de la Convención de Budapest.

En este sentido, las suspicacias británicas no sólo alentaban al gobierno a enfrascarse en una guerra en contra de Rusia, sino que la opinión pública, tan vehemente en cuanto a su simpatía por las víctimas de los horres búlgaros, ahora se pronunciaba a favor de una guerra que defendiera el prestigio y los intereses británicos (Blago Treasure, 1998-2014). No obstante, Gran Bretaña no podía emprender acción alguna a causa de la neutralidad de todos los grandes poderes y las condiciones del Tratado de París.

Mientras tanto, las negociaciones ruso-otomanas se habrían de prolongar hasta finales de enero y, finalmente, el 30 de enero de 1878 se acordó un armisticio y se establecieron los acuerdos preliminares para el establecimiento de la paz, mismos que – de acuerdo al ministro de asuntos exteriores ruso, el príncipe Gorkachov – estipulaban la independencia de Rumania, Serbia y Montenegro, así como un ensanchamiento de sus fronteras territoriales; la autonomía administrativa de Bosnia, Herzegovina y Bulgaria y el pago de una indemnización a Rusia. Al día siguiente se concluyó el armisticio junto con la decisión de que las fuerzas militares rusas ocuparían los territorios cercanos a Estambul (Duggan, 1902, p.138).

Estas estipulaciones pronto llegaron a Viena, en donde las protestas no se hicieron esperar, sobre todo las concernientes a la Cuestión de Bosnia y Herzegovina. Ya para este momento, la convocatoria para la apertura de un congreso europeo era un hecho que debía ser concretado, el cual tendría como objetivo revisar – o evitar a toda costa – la realización de los estatutos del casi certero tratado entre el Imperio Otomano y el zarista, instrumento que afectaría todos los intereses europeos, especialmente los austrohúngaros. Esta crisis se acentuaba cada vez

más conforme los rusos avanzaban hacia Estambul y con el posicionamiento de la marina británica en el mar de Marmora, acción que sitió a las fuerzas rusas en la ciudad de San Stefano.

Notando el estrés que la guerra había provocado en Europa, el 3 de marzo San Petersburgo apoyó la propuesta de un congreso europeo en Berlín, pero ese mismo día, el continente se conmocionó ante la firma del Tratado de San Stefano, el cual habría de mutilar al Imperio Otomano y edificaría a la gran Bulgaria, cuyas fronteras se extendían hasta el mar Egeo.

Los artículos del II al VII (véase anexo 6) estipulaban que la Sublime Puerta reconocía las independencias de Rumania, Serbia y Montenegro, además de conceder un incremento de sus territorios. Por otro lado, en lo concerniente a la Cuestión de Bulgaria, se admitía el establecimiento de un principado autónomo, con gobierno cristiano y un ejército nacional; sus fronteras se ubicaban en el mar Negro al oriente, colindando con Albania en el poniente; la frontera norte sería el río Danubio y se extendería al mar Egeo en el sur. El pueblo búlgaro elegiría a un príncipe extranjero, el cual no debía pertenecer a ninguna de las casas reales regentes de las grandes potencias, mientras que su Constitución habría de ser configurada por una asamblea búlgara bajo la supervisión de Rusia (véase anexo 6, Tratado Preliminar de Paz, Rusia y el Imperio Otomano, 1878).

Por otra parte, los artículos del XIII al XIX, concertaban que en las provincias de Bosnia y Herzegovina se debían implementar las reformas demandadas por los insurgentes en la Conferencia de Constantinopla de 1877, mismas que tendrían ciertas modificaciones aprobadas por La Porte, Viena y San Petersburgo. Asimismo, el Imperio Otomano debía pagar una indemnización de 1, 410, 000, 000 de rublos, cifra que habría de reducirse a 1, 100, 000, 000 de rublos más los territorios asiáticos del Sandjak de Tultcha, Batum, Kars, Ardahan y Bayazid debido a la precaria situación económica otomana, además de la provincia de Besarabia, la cual intercambiaron con Rumania por Dobruja (véase anexo 6, Tratado Preliminar de Paz, Rusia y el Imperio Otomano).

Finalmente, como un acto que puede ser considerado como resarcimiento por los resultados de la guerra de Crimea, los artículos XXII y XIII del Tratado Preliminar de Paz de 1878, La Porte reconocía el protectorado ruso sobre los cristianos ortodoxos y sus propiedades, además de reconocer la apertura de los estrechos para las marinas mercantes de todo el mundo.

El sistema internacional y la consolidación de la independencia nacional

De esta forma, la porción europea del Imperio Otomano se balcanizaba⁴, permitiendo a La Porte conservar la península de Tesalónica en el sur, Bosnia, Herzegovina y Novi Pazar en el norte, Tesalia y Albania en el poniente y Estambul en el oriente (véase anexo 7).

Con tales condiciones, no es de sorprenderse que Europa se hubiera escandalizado; por una parte, Austria-Hungría argumentaba que el Tratado de San Stefano violaba la Convención de Budapest en el sentido de que se estaba creando un gran Estado balcánico, mientras que Gran Bretaña estaba convencida de que dicha creación serviría como un libre tránsito ruso hacia el mar Egeo y el eventual control de Estambul, además de que las nuevas posesiones rusas en Asia central podían significar un avance hacia el Golfo de Alejandría (Blago Treasure, 1998-2014).

En algunos de los países balcánicos, la firma del Tratado también resultaba un evento amargo. Luego de la victoria rusa en Plevna, Grecia había intentado participar en la guerra, pero su débil fuerza marítima y un aparente bloqueo marítimo inglés la obligaron a adoptar la neutralidad y, con la noticia de la consolidación de la gran Bulgaria, parecía significar el fin de sus aspiraciones nacionales en Macedonia. Por su parte, Serbia, molesta por los pocos beneficios obtenidos en la guerra, protestó por el establecimiento del Tratado de San Stefano, a lo que Rusia respondió que los intereses rusos estaban primero, antes que nada, seguidos por los de Bulgaria, mientras que los de Serbia estaban en última lugar (Blago Treasure, 1998-2014).

Aun antes de que el Tratado de San Stefano fuera una realidad, Berlín veía con disgusto la muerte de su alianza, ya que la coyuntura balcánica había enfrentado los intereses nacionales de los grandes poderes decimonónicos. La necesidad era clara, se debía replantear el dominio ruso en los estrechos, así como su preeminencia sobre los yugoslavos, dos condiciones de suma importancia para Gran Bretaña y Austria-Hungría respectivamente, por lo que era urgente deshabilitar a San Stefano y, afortunadamente para Europa y una tragedia para Bulgaria, Rusia era consciente de que el Tratado debía ser revisado y estaría dispuesta a negociar sus artículos en las sesiones de un Congreso europeo.

⁴ Aunque el término de balcanización surge luego de las guerras balcánicas de principios del siglo XX, es pertinente señalar que la desmembración territorial del Imperio Otomano, como resultado de la toma de decisión del Congreso de Berlín de 1878, se ciñe a la definición de este término de política internacional debido a que, con la división de la porción europea otomana y la independencia de los Estados balcánicos, se buscó aminorar la presencia rusa en la península, así como beneficiar a Gran Bretaña y Austria-Hungría, específicamente.

4.2. El Congreso de Berlín de 1878 y el equilibrio de poder

El rápido desarrollo de la guerra ruso-otomana de 1877-1878 – surgida a partir de un acontecimiento aislado que se fue propagando a lo largo y ancho de los Balcanes – auguraba el enfrentamiento de los intereses de los grandes poderes en una guerra generalizada que habría de tener su epicentro en esta región. Tras la firma del Tratado de San Stefano, Rusia se erigía como la más peligrosa influencia en la península balcánica, por lo que los Estados más interesados en impedir el cumplimiento de las estipulaciones del Tratado de Paz de marzo de 1878 fueron Austria-Hungría y Gran Bretaña.

En los preámbulos del Congreso de Berlín, Londres mostró una renuencia en cuanto al envío de un representante hasta que existiera un compromiso real para la total revisión del Tratado, una intención que se veía obstaculizada por la fehaciente negativa de San Petersburgo con relación a los territorios que Rusia reclamaba en Asia central, es decir, lo que los rusos estarían dispuestos a poner sobre la mesa de negociaciones sería exclusivamente la Cuestión Balcánica. Esta controversia tuvo un gran impacto en las potencias europeas, en donde Francia, Austria-Hungría e Italia se alinearon con Gran Bretaña, la primera porque su gobierno simpatizaba con Londres, la segunda porque sentía que sus intereses eran amenazados por Rusia y la tercera porque veía en la coyuntura la oportunidad de obtener algún tipo de beneficio en las costas albanas (Duggan, 1902, p.142).

La diplomática Alemania de Bismarck, que siempre expresó su poco interés en los Balcanes, había demostrado un gran apoyo a Rusia durante todo el desarrollo del conflicto, sin embargo, la presión de los poderes por reexaminar el Tratado de Paz le había empujado a aceptar la apertura de un Congreso dentro de su territorio nacional, acto que provocó una desconfianza en San Petersburgo. Bajo tales circunstancias – acentuadas por la renuencia de Rusia por conceder las modificaciones solicitadas por la comunidad internacional –, Londres asumió una actitud beligerante en contra de los rusos, expresada en la forma de una defensiva que tuvo lugar en las costas de Estambul y Malta (Duggan, 1902, p.142), y, al mismo tiempo, Austria-Hungría amenazaba con iniciar una guerra para defender sus intereses en la península.

Transcurrido un mes luego de la firma del Tratado de San Stefano, la oficina de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña encontró una justificación apropiada para la revisión del tratado,

El sistema internacional y la consolidación de la independencia nacional

misma que fue emitida a todos los poderes europeos a través de un memorándum, el cual informaba que el Tratado de San Stefano sometía al mar Negro bajo la absoluta dominación rusa, posición que destruiría la independencia del Imperio Otomano y, al mismo tiempo, amenazaba los intereses británicos. Por su parte, Rusia, débil por una guerra, amenazada por otra y aislada diplomáticamente, se veía a sí misma en una condición bastante similar a la de Crimea de 1856; por lo que, finalmente, se aceptaron los designios de Londres y solicitó que se le informara sobre las posibles modificaciones que se contemplaban en cuanto a la reconfiguración del Tratado de Paz.

Se debe tener presente que el ejercicio del sistema de equilibrio de poder no se llevó a cabo en las sesiones del Congreso de Berlín de 1878, sino en las negociaciones previas. Si bien, el ejercicio del equilibrio de poder se profesó en contra de Rusia, difería en el ejercido en contra de Francia en 1815 en el sentido de que no se estaba conteniendo un expansionismo en beneficio de intereses comunes, sino a favor de los intereses egoístas y el poder individual. El año de 1878 refleja la decadencia del sistema de equilibrio de poder y se vislumbran los primeros bríos del dominio de la Realpolitik, en donde la desmembración de la porción europea del Imperio Otomano complacería las aspiraciones de unos cuantos Estados.

De dicho modo, antes de que se abrieran las sesiones del Congreso de Berlín, Gran Bretaña y Rusia intentaron afianzar el apoyo de Austria-Hungría, pero sus esfuerzos no lograron consolidar un acuerdo contundente con Viena en esa ocasión, por lo que el ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, Lord Salisbury, se acercó directamente con Rusia, la cual se mostró dispuesta a llegar a un acuerdo, debido a la presión externa a la que se veía sometida, pero también por la coyuntura interna que vivía, ya que, dentro de su territorio, ya se comenzaban a despertar los primeros movimientos revolucionarios. A finales de mayo, surge el primer acuerdo preliminar, cuya disposición más importante versaba sobre que ambas potencias convenían la división de la gran Bulgaria (Kissinger, 2001, p.150).

Mientras esto ocurría, Londres también se dedicó a establecer acuerdos con La Porte con relación a la concesión de la isla de Chipre, que fungiría como un puerto naval militar a cambio de la asistencia británica a favor de la defensa de todos los territorios otomanos en Asia menor, así como la pronta implementación de todas las reformas que fueran acordadas por los grandes poderes; estos convenios quedaron plasmados en un Acuerdo secreto a principios de junio de

1878. El vertiginoso desarrollo de la diplomacia provocó que Austria-Hungría temiera un aislamiento durante el Congreso de Berlín, por lo que un par de días después del acuerdo con los otomanos, Gran Bretaña logró conseguir el apoyo austrohúngaro en muchos de sus puntos a negociar, sobre todo en la Cuestión búlgara, a cambio de que Londres respaldara a Viena en cualquier aspiración que tuviera en Bosnia y Herzegovina (Briggs, 1997, p.135).

El Congreso de Berlín abrió sesiones el 13 de junio de 1878, acontecimiento por el que desfilaron grandes personajes políticos, entre ellos Bismarck, el primer ministro británico, Benjamin Disraeli, el ministro de asuntos exteriores, Nicolás Gorkachov, así como su homólogo austrohúngaro, Gulyan Andrassy. Francia, Italia y el Imperio Otomano también enviaron a sus propios representantes, cuyas presencias sólo servirían como un refrendo del imperio británico; por otro lado, los Estados balcánicos enviaron a sus diplomáticos con la esperanza de asegurar sus intereses mediante la revisión del Tratado de Paz de San Stefano. En este contexto, el aislamiento diplomático de Rusia fue evidente dada la disidencia entre Disraeli y Gorkachov, acentuando así el resentimiento ruso por la falta de cooperación del Dreikaiserabkommen.

Un sentimiento similar surgió en el Imperio Otomano, debido a que en el Congreso no sólo se le ignoró, sino que fueron objeto de insultos emanados del mismo Bismarck, quien expresó: “[...] si ustedes creen que este Congreso se reunió por el Imperio Otomano, desengañense [...] San Stefano habría permanecido inalterado si éste no hubiera tocado ciertos intereses europeos” (Blago Treasure, 1998-2014, traducción propia). Incluso Gran Bretaña, la defensora de los intereses otomanos desde 1856, obligó al representante otomano a mantener una postura sosegada.

Si bien, antes de que tuviera lugar el Congreso de Berlín, se habían establecido acuerdos preliminares, en varias ocasiones las discusiones se enfrascaron en asuntos demasiado específicos, como por ejemplo la cantidad de territorio que Rusia habría de ostentar en Asia central o el grado de control que la corona otomana debía ejercer sobre las provincias al sur de Bulgaria. Aun así, el 13 de julio de 1878 se lograron instaurar términos satisfactorios – al menos para las grandes potencias – y ese mismo día se firmó el Tratado para el Arreglo de la Cuestión de Oriente.

La estipulación más importante, y frustrante para Bulgaria, se encontró plasmada en los artículos del I al XXII en donde el gran Estado búlgaro fue dividido en tres porciones: la primera

El sistema internacional y la consolidación de la independencia nacional

fue la Bulgaria independiente, que se extendía desde el río Danubio hasta los montes Balcanes, estaría obligada a pagar un gravamen a La Porte, el pueblo tendría el derecho de elegir un príncipe extranjero que no fuera originario de alguna de las dinastías regentes de los grandes poderes, mismo que sería reconocido por el sultanato; la segunda porción fue Rumelia oriental⁵ (véase anexo 9), ubicada al sur del principado búlgaro, la cual tendría una administración autónoma y un gobernador cristiano elegido por La Porte y reconocido por los grandes poderes con duración de cinco años, pero estaría sometido al control político y militar del Imperio Otomano; finalmente, la provincia de Macedonia regresaría a la esfera de influencia de La Porte. De esta forma se reducía la influencia de Rusia en la región (véase anexo 8, Tratado para el Arreglo de la Cuestión de Oriente).

Austria-Hungría se vio favorecida con el artículo XXV, en el que Bosnia y Herzegovina fue colocada bajo el control administrativo de la monarquía de los Habsburgo por tiempo indefinido. Asimismo, se le permitió establecer bases militares y tránsitos comerciales en Tesalónica a través de Sandjak de Novi Pazar, territorio ubicado entre las fronteras de Serbia y Montenegro (véase anexo 8, Tratado para el Arreglo de la Cuestión de Oriente, 1878). Este específico reconocimiento se diseñó para evitar una comunicación directa entre ambos principados y el posible establecimiento de una gran Yugoslavia que pudiere resultar atractiva para los eslavos austrohúngaros.

Las independencias de Serbia, Montenegro y Rumania fueron garantizadas en los artículos del XXVI al LI, pero a diferencia de las estipulaciones del Tratado de San Stefano, sus fronteras fueron ampliadas mínimamente. Por ejemplo, Serbia habría de recibir los territorios de Pirot, Vrania, Nish y Lezkovats, sólo porque dichos territorios fueron ocupados por efectivos militares serbios durante la guerra de 1878; asimismo, se lograron establecer lazos comerciales con Austria-Hungría, así como el uso de su sistema férreo con dirección a Estambul, no obstante, tales beneficios alejaron a Serbia de una salida al mar y la colocó bajo una dependencia

⁵ Debido a que gran parte de la población de Rumelia era de ascendencia búlgara, en 1885 se llevó a cabo la unificación de Bulgaria y Rumelia Oriental para formar el reino de Bulgaria, bajo el gobierno de Alejandro I, proveniente de la casa real alemana de Battenberg. Esta unión sin duda iba en contra de los designios del Tratado de Berlín, pero también en contra de las aspiraciones serbias en la región, la cual, apoyada por Austria-Hungría a cambio de concesiones en el poniente de los Balcanes, le declaró la guerra a Bulgaria en noviembre de ese mismo año. Este conflicto sería una de las primeras consecuencias del Tratado de Berlín debido a los cálculos inadecuados de los grandes poderes en cuanto a la naturaleza de las identidades balcánicas.

Berenice Navarro González

económica con relación a Viena (véase anexo 8, Tratado para el Arreglo de la Cuestión de Oriente, 1878).

En el caso de Rumania, su ganancia tomó la forma de Dobruja, una provincia con escasa población rumana a comparación de Besarabia que le era entregada oficialmente a Rusia, este hecho despertaría aspiraciones expansionistas en Transilvania. Finalmente, el Tratado de Berlín mutiló a Montenegro, la cual, al término del conflicto y la firma del Tratado de San Stefano, ostentaba un territorio que ascendía a 5 mil km², prácticamente el doble de su territorio original que consistía en tierras que se había perdido hacía cuatrocientos años, pero con el establecimiento del Tratado de San Stefano, su territorio se redujo a sólo 3,500 km² (Stevenson, 1923, p.199).

Por otra parte, Grecia, obligada a adoptar una posición neutral durante la guerra ruso-otomana, poseía sus propias grandes aspiraciones y demandó las provincias de Creta, Tesalia, Epiro y una porción de Macedonia, pero ninguna de sus demandas obtuvo respuesta alguna. Sin embargo, a través del artículo XXIV, se proporcionó la autorización para una negociación directa entre Grecia y el Imperio Otomano y, en caso de llegar a un acuerdo sobre las fronteras de ambos actores, los dictámenes serían supervisados por los grandes poderes (véase anexo 8, Tratado para el Arreglo de la Cuestión de Oriente, 1878).

En el contexto del Congreso de Berlín, el objetivo de Alemania fue apoyar a Rusia en las cuestiones concernientes al oriente de los Balcanes, como fue el caso de Besarabia; así como amparar a Austria-Hungría en lo relacionado a la cuestión de Bosnia y Herzegovina. No obstante, el trabajo realizado en el Congreso no fue para disminuir las discordias entre los grandes poderes, sino que se acentuaron actitudes antagónicas, como es el caso del descontento otomano tanto por la repartición de sus territorios europeos, así como por la falta de apoyo de sus aliados. Mientras que, en Rusia surgió una agresiva oposición en contra de Austria-Hungría y Alemania a tal punto que Berlín consideró prudente asegurar una nueva alianza con Viena en 1879 y así garantizar una mutua protección, a la que Italia se uniría en 1882 como respuesta a la actividad colonial de Francia en el Magreb (Duggan, 1902, p.146). Esta coalición, la Triple Alianza, poseería un gran papel protagónico a comicios del siglo XX.

De esta forma, la nueva política alemana post-Congreso de Berlín se enfocó en construir una barrera que detuviera la expansión de Rusia, pero, consciente de la enemistad entre

El sistema internacional y la consolidación de la independencia nacional

austrohúngaros y rusos, Berlín obtuvo la suficiente influencia en la política exterior de los Habsburgo en lo concerniente a los Balcanes para evitar una confrontación ruso-austriaca. Esta nueva alianza fue recibida con beneplácito en Londres, quien ahora era consciente de que no era la única capital preocupada por el expansionismo desmedido de Rusia y sintió un alivio cuando Viena, apoyada por Berlín, adquirió parte de la responsabilidad para detener la propagación de la influencia rusa en los Balcanes y los estrechos otomanos.

Las decisiones efectuadas en el Congreso de 1878 permitieron a los nuevos Estado balcánicos adoptar políticas nacionalistas de tal manera que, de forma casi inmediata, se adoptaron himnos y banderas, además de que se fundaron escuelas y bases militares. Serbia, entidad que aspiraba a ser el líder de la región, se encontraba en una complicada situación, ya que tenía por vecino al imperio austrohúngaro, el cual había incrementado sus dominios sobre el pueblo serbio que radicaba en Bosnia y Herzegovina. Por otro lado, los búlgaros – entusiasmados con la creación de la Gran Bulgaria – vieron su sueño más vetusto destruido en menos de seis meses. Los intereses de estos dos actores, a los que se añaden las aspiraciones insatisfechas de Grecia, complicarían las relaciones internacionales de principios del siglo XX.

Se puede asumir que el Congreso de Berlín de 1878, básicamente, fue un instrumento para formalizar todas aquellas negociaciones previas, en donde, una vez más, se había salvado la integridad y soberanía del Imperio Otomano mediante su desmembración. Se admite que se hizo un mínimo esfuerzo en cuanto a la resolución de las desigualdades religiosas que aquejaban a las minorías del Imperio Otomano a través de la aplicación de reformas y la supervisión de comisiones europeas, pero todas estas estipulaciones profetizaban un conflicto futuro basado en discordias regionales, celos, rencor y actitudes revanchistas, emanadas de las nuevas identidades estatales que habrían de considerar a Macedonia como un espacio natural para su expansión debido al mosaico étnico que en ella radicaba.

5. Las Guerras Balcánicas

La insistente intervención de las grandes potencias en la península de los Balcanes, en un principio para mantener el statu quo del continente y evitar la confrontación bélica, pero que más tarde se transformó en una cínica rivalidad por la preeminencia de sus intereses sobre los del resto, habría de complicar las relaciones regionales, mismas que, al mismo tiempo, se aferraban a una serie de discordias con siglos de antigüedad y que rápidamente adquirirían peligrosas características nacionalistas y expansionistas que inevitablemente habrían de dar paso al profetizado conflicto generalizado que tanto temían los grandes poderes de Europa.

En este contexto, el establecimiento del Tratado de Berlín de 1878 sugería la existencia de una herramienta que tenía por objetivo delimitar y contener a los nuevos Estados balcánicos. No obstante, este instrumento había ignorado expresamente el principio de nacionalidad y es a partir de este detalle que los gobiernos de cada nación balcánica buscaron ciertos atributos – esencialmente de carácter étnico-cultural – para establecer una demarcación territorial. En los casos de Rumania y Grecia, dichas características no fueron difíciles de hallar debido a sus distintivas ramas culturales, pero la complejidad se acentuaba en las cuestiones de Serbia y Bulgaria a causa del esparcimiento y mezcla de sus pueblos en los imperios circundantes.

Para el Imperio Otomano, el Tratado de Berlín significó una importante pérdida territorial en el espacio europeo. Al norte, a lo largo de los ríos Danubio y Sava, Serbia y Bulgaria se habían convertido en principados independientes, mientras que Bosnia y Herzegovina, aunque oficialmente aún estaban atadas a la soberanía de La Porte, ahora eran administradas por la monarquía de los Habsburgo. En el extremo sur, Grecia – la cual había asegurado su independencia en la década de 1830 – se extendía desde Cabo Matapan, al valle de Tempe y el Golfo de Arta (Schurman, 1914, p.28). De esta forma, en el territorio interno limitado por este triángulo, residían las últimas provincias europeas del Imperio Otomano que, en el primer decenio del siglo XX, se convertirían en la aspiración expansionista de los Estados balcánicos.

Dejando aparte a Estambul y sus alrededores, La Porte dividió este territorio en seis provincias: Scutari y Janina en el Adriático; Kosovo y Monastir en el oriente; Tesalónica en el centro; y Adrianópolis que se extendía desde el río Mesta hasta el mar Negro. Esta última provincia correspondía al territorio de Tracia, las provincias adriáticas a Epiro y Tesalónica a

Macedonia. Por otra parte, el territorio localizado al sur de Serbia era denominado antiguamente como la Antigua Serbia, mientras que las costas adriáticas localizadas entre Montenegro y Grecia se dividían en dos, el norte corresponde a Albania y el sur a Epiro (Schurman, 1914, pp. 28-29).

En este último capítulo, Macedonia posee un papel protagónico debido a su complejidad geográfica y composición étnica. Naturalmente representaba un punto hacia donde Serbia, Bulgaria y Grecia, eventualmente, buscarían expandirse, no sin antes expulsar a los antiguos inquilinos otomanos. Es pertinente mencionar que la consolidación de las independencias de los Estados balcánicos a partir del Congreso de Berlín inspiró a los macedonios para iniciar la búsqueda de su propia emancipación, pero esta aspiración frecuentemente era suprimida por la élite gobernante otomana.

Se debe tener presente que uno de los más grandes descontentos generados en el Congreso de Berlín fue la restauración de Macedonia como provincia otomana. Esta estipulación fue considerada como un castigo que los macedonios estaban obligados a cumplir, encadenados a un gobierno decadente que era popular en el pueblo por su hostilidad y brutales represiones. Si bien, el Tratado de Berlín proveía reformas, La Porte, a través de la diplomacia y el aplazamiento, frustraron los esfuerzos de Europa para que dichas reformas fueran puestas en acción. Sin embargo, la situación de los últimos territorios otomanos en Europa habría de cambiar a causa de una serie de coyunturas emanadas de la fragilidad evidente del Imperio Otomano y el disgusto que había causado el Tratado de Berlín.

La primera consecuencia importante surgió después de diez años de la firma del tratado, cuando Bulgaria anunciaba su unificación con el principado de Rumelia oriental. Sorpresivamente, las grandes potencias no actuaron directamente en contra de dicha decisión; de hecho, fue Serbia quien protestó ante la unificación y, con el apoyo de Austria-Hungría, declaró la guerra a Bulgaria, misma que perdió rápidamente y, gracias a la mediación de Viena, evitó la invasión.

El éxito de la unificación búlgara fue una inspiración para Sofia y pronto sus objetivos se dirigieron al segundo territorio que Berlín le había negado: Macedonia. Hacia la década de 1830, el activismo de las sociedades revolucionarias era evidente y un claro ejemplo de ello fue la dinámica actividad de la OIRM. En este mismo contexto, en Bulgaria y Grecia surgieron

sociedades organizadas que enviaban agitadores a Macedonia para asegurar sus respectivos intereses nacionales. En el caso específico de Grecia, su intervención en la provincia provocó una guerra con el Imperio Otomano en 1897 y su derrota contribuyó en el incremento de la propaganda búlgara (Schurman, 1914, p.32). En este teatro, Serbia no se quedó atrás y pronto bandas nacionalistas provenientes de este Estado hicieron su aparición en la escena.

Las actividades hostiles en Macedonia naturalmente produjeron brutales represalias a manos de los oficiales otomanos, por lo que los gobiernos de Rusia y Austria-Hungría pronto intervinieron y elaboraron nuevos esquemas de reforma, pero sus planes nunca pudieron ser reforzados y el resultado fue un humillante fracaso. Como consecuencia de esto, las autoridades otomanas nuevamente asaltaron la provincia y se intensificó el conflicto étnico-religioso. Las guerrillas griegas aumentaron su número con el objetivo de consolidar la conversión de los asentamientos valaco-macedonios, hecho que llevó a la ruptura de las relaciones diplomáticas entre Grecia y Rumania en 1905 (Sloane, 1914, p.187). Por su parte, dentro de sus fronteras nacionales, Bulgaria había comenzado una persecución en contra de los griegos y, en poco tiempo estos conflictos se trasladaron a Macedonia, convirtiéndola en un campo de batalla en donde eran partícipes las rivalidades nacionalistas balcánicas.

En el tenor internacional, el primer decenio del siglo XX reflejó una degeneración del equilibrio de poder europeo, mismo que comenzaba a dar señales de haberse fragmentado en coaliciones enemigas. La alianza entre Rusia y Austria-Hungría vio su fin en 1908 y, en ese mismo año, Gran Bretaña y Rusia formaron una alianza para impulsar un proyecto que buscaba una mejor administración y supervisión de la justicia en las provincias otomanas europeas (Schurman, 1914, p.33). Por otro lado, lo más relevante a nivel regional fue la causa esencial del fin de la alianza de Viena-San Petersburgo; el año de 1908 es relevante por dos eventos, uno surgido en julio y otro en octubre como una consecuencia inmediata.

El fenómeno de julio de 1908 es popularmente conocido como el movimiento del Comité para la Unión y el Progreso o la revolución de los Jóvenes Turcos, la cual fue el impulso de una élite de jóvenes oficiales turcos, quienes asumieron el control del imperio y anunciaron un nuevo programa de reformas. Su primer paso importante fue la restauración de la Constitución de 1876, además de que pretendían instalar en todas las provincias europeas del imperio un sentido de

identidad nacional otomana. Por otra parte, su intención también aspiraba a la modernización del ejército a través de la asistencia de la armada alemana y la naval británica (Hall, 2000, p.7).

El gobierno de los Jóvenes Turcos reiteró que uno de sus objetivos primordiales era mejorar las condiciones de vida de los diversos pueblos a través de una serie de reformas que tenían como base el modelo europeo occidental, razón suficiente para que las potencias europeas se retiraran de Macedonia. Sin embargo, la decepción fue grande cuando la nueva administración falló en la implementación del programa de reformas y ejercieron las tradicionales opresiones sobre las últimas provincias. Cabe mencionar que el descontento que surgió a partir de esta desilusión fue un elemento que contribuyó al aumento de las aspiraciones nacionalistas de índole territorial de las naciones vecinas.

El segundo evento de magnitud importante puede ser considerado como un *deja vu* histórico, ya que surge en Bosnia-Herzegovina. Como se mencionó anteriormente, la guerra ruso-otomana, así como la firma de los tratados de San Stefano y Berlín, tienen su antecedente en la crisis de Bosnia-Herzegovina de 1875 y, a pesar de esto, la cuestión de estas dos provincias nunca se solucionó satisfactoriamente debido a que la complejidad que aquí se encierra no hería los intereses nacionales de las grandes potencias. En el capítulo 3 se indicó que Bosnia y Herzegovina geográficamente siempre han coincidido con una conflictiva frontera que dividió a oriente de occidente, por tal motivo, es una tierra en donde convergen, tanto diversas religiones como diversos pueblos.

Con el establecimiento del Tratado de Berlín, Bosnia-Herzegovina permaneció oficialmente bajo la soberanía otomana pero administrativamente estuvo bajo el control de la monarquía de los Habsburgo. En este contexto, Austria-Hungría esperó pacientemente por treinta años y, finalmente en octubre de 1908, se anunció la total anexión de la provincia otomana del norte. La anexión fue una estrategia que presumía un poder hegemónico en la región, fue una demostración de su poder frente a las aspiraciones expansionistas serbias y los intereses rusos en la región. Es en este punto en donde las relaciones entre San Petersburgo y Viena se fragmentaron, además de que fue otra prueba de que el equilibrio de poder europeo sufría un fatal desequilibrio.

Es pertinente puntualizar que esta acción no habría podido ser posible sin la momentánea debilidad de Rusia, emanada de la guerra ruso-japonesa de 1905, y este mismo imperio

consideró la decisión austrohúngara como una operación anticuada, debido a que Viena había aplicado un testamento secreto del Congreso de Berlín. Recapitulando, en los acuerdos previos al Congreso de 1878, las potencias europeas habían autorizado que, en el momento en el que se creyera pertinente, Austria-Hungría podría anexar Bosnia-Herzegovina y ese momento fue la coyuntura de la revuelta de los Jóvenes Turcos.

Esta situación demostró el estrecho lazo de la alianza Berlín-Viena. No hay duda de que la anexión había disgustado a Serbia y Rusia en la misma medida, lo que las llevó a consolidar una alianza que, cinco años más tarde, le traería grandes problemas al imperio zarista. Las tensiones habían llegado a su límite, pero el gobierno ruso acertadamente le había aconsejado a Belgrado que no actuara ante la provocación de Austria-Hungría, ya que de lo contrario, la monarquía de los Habsburgo podía considerar cualquier acción serbia como un pretexto para una invasión y la eventual aniquilación de su independencia.

Finalmente, en febrero de 1909, los gobiernos de Viena y La Porte firmaron un acuerdo a través del cual, los Habsburgo adquirirían plenos derechos sobre Bosnia-Herzegovina, se garantizaba una absoluta libertad religiosa para la diáspora musulmana y la retirada de los austrohúngaros del Sandjak de Novi Pazar, además de un pago indemnizatorio a La Porte (Hall, 2000, p.7). En toda esta trama, el motivo por el que Rusia no fue más participativa fue, fundamentalmente, porque Viena contaba con el pleno respaldo de Berlín y este apoyo se reflejó con el ultimátum alemán a San Petersburgo, el cual advertía que, tanto Rusia como Serbia, debían aceptar la anexión.

La anexión de Bosnia-Herzegovina al imperio austrohúngaro causó una gran conmoción en los Balcanes. Los serbios y montenegrinos percibieron la adhesión como una peligrosa amenaza a su existencia, así como un retroceso en sus aspiraciones nacionales individuales. No obstante, la más preocupada por la situación era Serbia, quien temía por un aislamiento y la ausencia de una alianza regional. Bulgaria fue la única que observó con satisfacción la anexión, ya que gracias a esta coyuntura logró proclamar el nacimiento del reino de Bulgaria en 1909.

Los eventos de 1908 tuvieron dos consecuencias relevantes que se resolverían durante las guerras balcánicas de 1912-1913. La primera consecuencia tuvo lugar en 1909, cuando una liga de oficiales griegos se rebeló y produjo un cambio en el gobierno de Atenas. El nuevo régimen griego impuso una política nacionalista más abierta e intentaron aprovechar la crisis balcánica

Berenice Navarro González

para resolver la cuestión de Creta, la cual, en ese mismo año, había anunciado su unificación con Grecia. A pesar de tener interés en esta situación, el gobierno griego no tenía el suficiente poder para llevar a cabo la unificación.

En este contexto, el Imperio Otomano, confiado en el concierto de Europa para prevenir cualquier posible desintegración de su territorio, llevó a cabo un boicot del comercio griego en Tesalónica. Esta situación representaba una humillación en términos monetarios; aun así, en 1910, el primer ministro griego, Eleutharios Venizelos, con el afán de prevenir una guerra con el Imperio Otomano, negó a los representantes de Creta un asiento en el Parlamento griego, decisión que provocó que la organización nacional de la Liga Militar emprendiera una revuelta en contra del gobierno conciliador de Venizelos (Hall, 2000, p.8).

La segunda consecuencia tuvo lugar en 1910, en una provincia que siempre apoyó al gobierno de La Porte debido a que se compartía una misma fe y cultura: Albania. A lo largo de los siglos esta provincia había adquirido muchos privilegios y, cuando se dio la revolución de los Jóvenes Turcos, Albania fue la primera en vitorear al nuevo gobierno, ya que se esperaba que éste fuera capaz de implementar las reformas prometidas y, más tarde, reconociera una autonomía albaná, ya que este pueblo era una mayoría importante en Janina, Kosovo, Scutari y Monastir.

Sin embargo, al observar la similitud del nuevo gobierno con el antiguo régimen, aunado con la centralización del poder, provocó el surgimiento de una serie de preocupaciones que se relacionaban con la pérdida de los privilegios y la implementación del nacionalismo otomano en las provincias europeas. El descontento pronto se propagó a lo largo de todas las poblaciones albanas y las revueltas no se hicieron esperar, mismas que se vieron iniciadas en las facciones católicas en el norte de la provincia en el invierno y primavera de 1910. Un año más tarde, un comité albanó demandó la unificación de las provincias de Scutari, Janina, Kosovo y Monastir, para formar así una Albania autónoma bajo la soberanía del Imperio Otomano (Hall, 2000, p.9).

Es pertinente mencionar que el crecimiento de la consciencia nacional albaná, especialmente en Kosovo, desafió las aspiraciones de Serbia y Montenegro en esa región tan simbólica para ambos y se temía que la revuelta albaná fuera una estrategia austrohúngara para tener más presencia en la región. En Montenegro, particularmente, las revueltas representaban un obstáculo para sus intereses nacionales en el norte de Albania, misma que incluía la ciudad de

Scutari, o como se conocía antiguamente, Skodra, región anhelada por los montenegrinos desde el siglo XV. Por tal motivo, en 1911, Montenegro se involucró activamente en la revuelta albanesa, apoyando a los rebeldes en contra de la autoridad otomana con armas y refugios.

Lo último que deseaba el Imperio Otomano era una revuelta en una de sus provincias europeas; para apaciguar el conflicto, se enviaron tropas para suprimir la revuelta quienes, finalmente, lograron imponer una paz temporal. Las revueltas albanesas no eran una noticia desconocida en Macedonia y, para evitar el surgimiento de un conflicto similar en esta región, los otomanos ejercieron represión preventiva. No obstante, los macedonios solicitaron a los jefes de sus respectivas iglesias buscar un liderazgo político, fuese griego, serbio o búlgaro.

En poco tiempo, las hostilidades entre Bulgaria y el Imperio Otomano comenzaron y, en este escenario, Rumania cooperó con el Imperio Otomano, por lo que en el invierno de 1910-1911, los otomanos comenzaron a colocar efectivos militares llegados desde Asia central en puntos estratégicos a lo largo de las fronteras compartidas con Bulgaria y Grecia (Sloane, 1914, p.193). Finalmente, se resalta el grado de rivalidad balcánica, la cual fue el principal obstáculo para la consolidación de una cooperación regional que se opusiera a los designios del Tratado de Berlín y la preeminencia del Imperio Otomano, pero esta discordia habría de cambiar con una coyuntura internacional que debilitaba al Imperio Otomano y le impediría colocar su entera atención en los Balcanes: la guerra italo-turca de 1911.

5.1. Formación de la Liga Balcánica

La concepción de una alianza balcánica no fue un proyecto fortuito, fue el afianzamiento de un frente político-militar promovido por el esfuerzo de la Oficina de Asuntos Exteriores de Rusia en la región de los Balcanes, cuya intención era demostrar al resto de las potencias, en especial a Austria-Hungría, que aún poseía una importante influencia regional. Si bien, el pacto mostró una debilidad clara por las actitudes individualistas de cada uno de sus integrantes, se considera un importante esfuerzo de los Estados balcánicos por olvidar momentáneamente sus mutuas rivalidades. De hecho, la idea de una alianza se remonta a la conclusión de la guerra de Crimea, cuando surgen los primeros acuerdos bilaterales con el fin de lograr la emancipación del yugo

Berenice Navarro González

otomano, pero fue en la década de 1860, cuando el príncipe de Serbia, Miguel Obrenovitch, cimentó el antecedente real de la Liga Balcánica.

La ascensión al poder del príncipe Miguel coincidió con la época de esplendor de la corriente nacionalista de Alemania e Italia, misma que deslumbró a los pueblos yugoslavos debido a sus proezas y aspiraban a que un movimiento de la misma envergadura tuviera lugar en la península, para así consolidar Estados independientes y autónomos, separados tanto del Imperio Otomano como del austrohúngaro. Particularmente, el príncipe de Serbia poseía una visión que iba más allá de una mera aspiración nacional, pero consideraba que el epicentro de un movimiento nacional debía seguir siendo Serbia; en este sentido, era consciente de que su país no era lo suficientemente poderoso como para llevar a cabo esta acción, por lo que se propuso incentivar a todos los principados balcánicos y guiarlos hacia su liberación.

A causa de los eventos suscitados en Epiro y Macedonia, los griegos estuvieron listos para cooperar y en 1866, luego de una revuelta en Creta, que tensó las relaciones entre Atenas y La Porte, se cimentaron las relaciones greco-serbias. Por otra parte, la situación diplomática europea del siglo XIX favoreció los lazos balcánicos; la inamovible oposición de Austria-Hungría a cualquier tipo de revolución que pudiese traer consigo un cambio en los Balcanes era un objetivo fijo en sus asuntos exteriores; no obstante, debido a sus derrotas frente a Italia y Prusia, redujeron temporalmente su influencia. En contraposición a esto, Napoleón II y el zar Alejandro II apoyaron activamente la independencia de las provincias balcánicas y utilizaron la revuelta de Creta como una coyuntura que pudiera promover una acción conjunta regional en contra del Imperio Otomano.

La combinación de condiciones favorables, tanto internas como externas, hizo posible una serie de alianzas que el príncipe Miguel concluyó gracias a su liderazgo político: con Rumania 1865, con Montenegro en 1866, mientras que con la Sociedad Revolucionaria Búlgara y Grecia fue en 1867. La más sobresaliente de estas alianzas fue la greco-serbia, la cual le confería a Grecia derechos sobre Tesalia y Epiro, y a Serbia se le permitía la anexión de Bosnia-Herzegovina; en este contexto, ambos signatarios se comprometieron a llevar a cabo una actividad propagandista, así como armar a los cristianos de las provincias en donde sus intereses yacían. De esta forma, se intentó coordinar una revuelta balcánica en marzo de 1868 en contra de la hegemonía del Imperio Otomano (Blago Treasure, 1998-2014).

Lamentablemente, estos ambiciosos planes no encontraron una culminación por tres razones. La primera fue porque los planes se concluyeron demasiado tarde, ya que el momento propicio para una insurrección fue en 1866 cuando Austria se encontraba ocupada con la guerra en contra de Prusia, mientras que el Imperio Otomano lidiaba con la revuelta de Creta, pero para ese momento ninguna entidad balcánica poseía la suficiente fuerza militar para emprender una conflagración (Blago Treasure, 1998-2014). Una segunda razón fue que los griegos habían comenzado a experimentar un sentimiento anti-eslavo debido al apoyo ruso en lo relacionado a la independencia del Exarcado búlgaro, el poco interés de los principados balcánicos por la aspiración griega en Epiro y las rivalidades regionales en Macedonia. Finalmente, la última razón fue el asesinato del príncipe Miguel en 1868 a manos de la organización de Unión o Muerte o Mano Negra, con lo que sus esfuerzos quedaron inconclusos.

En este mismo periodo, se había sugerido que un Imperio Otomano reformado y constitucional podría cooperar con Bulgaria, Grecia y Serbia en una asociación que tuviera como objetivo el mejoramiento de todas las condiciones de las provincias europeas. Esta propuesta fue apoyada por Bulgaria y Rumania, pero la anexión de Rumelia oriental al principado búlgaro obstaculizó la consolidación de un pacto regional (Sloane, 1914, p.184). Por los siguientes veinte años, el esquema de una alianza permaneció estancada y la diplomacia balcánica se degeneraba vertiginosamente en un permanente estado de intriga, alimentado por la aspiración de las Grandes Ideas y las rivalidades de Serbia, Bulgaria y Grecia en Macedonia.

La dinastía serbia de los Obrenovitch fue destronada en 1903, siendo sustituida por los Karageorgevitch quienes se inclinaban por el paneslavismo, actitud que promovió un siguiente acercamiento diplomático. Hacia el año de 1904, los búlgaros ya eran conscientes de sus propias desventajas, por lo que en abril de ese mismo año impulsaron una alianza con Serbia; dicha alianza estaba conformada por dos acuerdos independientes entre sí en donde se abordaban asuntos económicos y políticos. Asimismo, se proveía una mutua asistencia militar en caso de que surgiera un ataque extranjero y llamaba por una acción conjunta en Macedonia y Kosovo en caso de que estas áreas fueran amenazadas (Hall, 2000, p.6).

Sin embargo, esta alianza se vio obstruida por la presión austrohúngara y una recesión en las relaciones serbo-búlgaras y, por tal motivo, los búlgaros sabotearon los acuerdos. En este mismo contexto, hacia 1906, Austria-Hungría, temerosa de que Serbia siguiera con una actitud

de resistencia nacional, impuso un arancel a las exportaciones porcinas serbias, el mercado más importante de este principado (Briggs, 1997, p.161). Por otro lado, la llegada de los Karageorgevitch al trono de Serbia acentuó las rivalidades entre este Estado y Montenegro por el liderazgo regional. Montenegro, a pesar de ser un país de reducidas dimensiones, había gozado de un reconocido prestigio gracias a sus exitosas resistencias históricas y por las relaciones monárquicas que el príncipe Nicolás había cimentado gracias al matrimonio de sus hijas con importantes personalidades políticas. En 1904, en un intento de fortalecer un frente regional, los serbios ofrecieron una alianza a los montenegrinos, pero nada positivo resultó de esta proposición.

Las coyunturas de la guerra ruso-japonesa y la revolución de los Jóvenes Turcos, ambas suscitadas en 1908, provocaron que Bulgaria se percatara de que Rusia no estaba en condiciones óptimas para hacerse cargo de los asuntos balcánicos y, es a partir de este punto, que Sofía se impuso el objetivo de fortalecer al ejército nacional y prepararse para una futura guerra en contra del Imperio Otomano.

Tras el anuncio de la anexión de Bosnia-Herzegovina al imperio austrohúngaro, San Petersburgo comenzó a buscar áreas de oportunidad en los Balcanes para alcanzar una acción común en contra de la monarquía de los Habsburgo. Un primer resultado fue una alianza serbo-montenegrina, firmada el 22 de octubre de 1908, en donde se establecía al Sandjak de Novi Pazar como una frontera común (Hall, 2000, p.8), pero esta alianza no sobrevivió a la crisis de Bosnia-Herzegovina, aun cuando los austrohúngaros se habían retirado de esta región, hecho que representó un fracaso para el quehacer mediático ruso.

Después de la crisis de 1908-1909, tanto Belgrado como Sofía decidieron resolver sus rivalidades, debido a que los serbios buscaban un respaldo que les apoyara en contra de las políticas anti-serbias de Austria-Hungría, mientras que los búlgaros buscaban un apoyo en lo referente a sus aspiraciones en Macedonia. Sin embargo, el aglutinante que acercó a ambos gobiernos fue la similitud que ambos Estados compartían a nivel doméstico; las organizaciones nacionalistas como la OIRM o los Supremacistas⁶ habían incrementado su influencia en Bulgaria

⁶ Los Supremacistas, también conocidos como la Hermandad Revolucionaria, fueron un grupo nacionalista búlgaro que, engañosamente, parecía brindar apoyo a la causa de la OIRM. No obstante, en realidad, esta facción se dedicaba a llevar a cabo actos terroristas en nombre de la organización revolucionaria macedonia, ya que su propósito esencial era provocar un conflicto entre la OIRM y el ejército otomano; de esta forma, se esperaba que la

a tal grado que Sofía no podía controlarlas debido a sus estrechos lazos con el ejército; mientras que en Serbia, la organización de Unión o Muerte también se movilizaba entre los círculos de poder serbios y poseía importantes simpatizantes entre los oficiales de más alto rango. De esta forma, ambos gobiernos asimilaron que la única forma de mantener en cintura a estos grupos era mediante una operación en contra del Imperio Otomano.

Las relaciones entre Serbia y Bulgaria incrementaron en 1909, centrándose en la cuestión de Macedonia, misma que no podía ser resuelta sin la participación de todos los Estados balcánicos. De hecho, la perspectiva serbia consideraba al yugoslavismo como una poderosa arma que podía ser utilizada no sólo en contra del Imperio Otomano, sino también en contra de Austria-Hungría y para lograr esto, primero se debían superar las discordias regionales y trabajar conjuntamente con Rusia, para crear así una política regional activa.

A comienzos de 1911, las representaciones de Rusia en Belgrado y Sofía trabajaron conjuntamente para acercar a ambos gobiernos y, a mediados de ese mismo año, luego de que fuera claro que el nuevo gobierno otomano tenía dificultades para resolver los problemas de sus provincias, Bulgaria anunció que el objetivo principal en su agenda exterior era la cuestión de Macedonia. Hacia el mes de julio, un par de meses antes del estallido de la guerra italo-otomana, los embajadores rusos realizaron propuestas generales para una alianza entre Serbia, Bulgaria y Grecia que no tuvieron un resultado real hasta 1912.

Sin duda alguna, la revolución de los Jóvenes Turcos fue una causa importante para que se estableciera una tregua regional. No obstante, el inicio de la guerra entre Italia y el Imperio Otomano, en septiembre de 1911, fue el incentivo real para que los Estados balcánicos alcanzaran un acuerdo, debido a que este evento no sólo mostraba el ataque de un gran poder al Imperio Otomano, sino que dejaba al descubierto cuán obsoleto era el Tratado de Berlín y la fuerte disidencia dentro del Concierto de Europa. De esta forma, el entendimiento entre Serbia y Bulgaria fue la consecuencia inmediata de esta coyuntura bélica.

Las negociaciones entre Bulgaria y Serbia se llevaron a cabo de manera sumamente discreta en Sofía a finales de 1911, durante las cuales se cimentaron los principios de un acuerdo bilateral, en donde Rusia participó como mediadora, y finalmente el 7 de marzo de 1912 (ver

organización macedonia fuera eliminada y el ejército otomano fuera debilitado y así lograr que Bulgaria lograra invadir y ocupar permanentemente Macedonia.

figura 1), ambas naciones firmaron un Tratado de cooperación. Dicho acuerdo estipulaba una mutua asistencia militar en caso de que surgiera un conflicto con el Imperio Otomano o austrohúngaro; se reconocían los intereses del gobierno búlgaro en Tracia y los de Serbia en Kosovo y el Sandjak de Novi Pazar, así como la necesidad de garantizar la autonomía de la provincia de Macedonia (Hall, 2000, p.11).

La cuestión de Macedonia, como se mencionó previamente, era el rubro más importante de la política exterior de Bulgaria. El Tratado indicaba que si no era posible establecer la autonomía macedonia, el territorio se dividiría de tal forma que Bulgaria recibiría derechos sobre todo el sur de Macedonia, mientras que el norte – incluida la ciudad de Skopje, su futura capital – obtendría un status de ‘zona disputada’, donde San Petersburgo poseería el rol de árbitro en caso de que Serbia y Bulgaria no pudiesen llegar a un acuerdo satisfactorio sobre la repartición territorial (Hall, 2000, p.11). En este sentido, el objetivo esencial del gobierno búlgaro era garantizar la autonomía porque, entonces, podría realizar el mismo proceso de asimilación aplicado en Rumelia oriental.

Llegar a un acuerdo oficial con Serbia, sin duda, fue un éxito para el gobierno de Bulgaria por dos específicas razones, la primera fue que Belgrado había reconocido sus intereses político-nacionales y, en segundo lugar, Sofía confiaba enteramente que su tradicional relación con San Petersburgo le garantizara la ‘zona disputada’. El descontento por el Tratado de cooperación tuvo lugar en las filas del ejército nacionalista serbio, quienes consideraban que el gobierno había concedido demasiado terreno a las demandas búlgaras, sobre todo en Macedonia, sin recibir mucho a cambio.

A parte de sus negociaciones con Serbia, Bulgaria también buscó el apoyo de Grecia; particularmente esta última había intentado establecer conversaciones con el gobierno búlgaro luego de su humillante derrota en contra de los otomanos en 1909, sin embargo, Atenas no recibió una respuesta positiva hasta 1911 y, al igual que las negociaciones serbo-búlgaras, éstas también fueron mantenidas en secreto. El 29 de mayo de 1912, los representantes de ambos gobiernos finalmente firmaron un tratado, justificando que, tanto Bulgaria como Grecia, buscaban la paz regional (ver figura 1). Este acuerdo establecía una alianza defensiva, a través de una equidad política entre las diversas nacionalidades que formaban parte del Imperio Otomano (Sloane, 1914, p.197).

El tratado greco-búlgaro estipulaba que, en caso de que la integridad de cualquiera de los dos Estados se viera amenazada por un ataque otomano, el otro estaba obligado a acudir en su ayuda y sólo se negociaría la paz por medio de un acuerdo recíproco. Asimismo, ambos Estados harían uso de su influencia nacional sobre las naciones hermanas radicadas en Macedonia con el objetivo de asegurar una resolución pacífica a sus previas animosidades; además de ofrecer una activa asistencia recíproca para hacerle frente al Imperio Otomano y las grandes potencias europeas. Sin embargo, Bulgaria fue cautelosa en las negociaciones con Grecia, estipulando que mantendría un status de neutralidad en caso de que surgiera una guerra entre griegos y otomanos a causa de la cuestión de Creta y la posibilidad de admitir delegados de esta provincia al Parlamento griego (Sloane, 1914, p.198).

Superficialmente, el acuerdo greco-búlgaro parecía haber especificado una serie de intenciones de naturaleza defensiva y pacífica, al mismo tiempo que intentaba ejercer presión sobre La Porte para que este gobierno promoviera las reformas que por décadas había prometido establecer en sus provincias. No obstante, la guerra contra el Imperio Otomano era algo deseado, era un imperante en la agenda de asuntos exteriores de todos los Estados que, posteriormente, participarían en la primera guerra balcánica y, en el contexto de las relaciones greco-búlgaras, lo que Sofía buscaba era el aseguramiento de la asistencia de la naval griega; la historia había demostrado que las habilidades militares de Grecia eran débiles a comparación de las de Bulgaria, quien poseía un ejército nacional más grande y poderoso, mismo que podría asegurar una victoria territorial en Macedonia.

Por otra parte, durante el verano de 1912, los serbios y griegos habían concluido sus propios acuerdos, aunque estos solamente fueron de índole verbal. A pesar de que Atenas había presentado el borrador de una propuesta de alianza el 22 de octubre, los acuerdos con Serbia permanecieron incompletos a lo largo de la primera guerra balcánica y durante este tiempo no existió un documento oficial que avalara las responsabilidades de estos dos Estados (ver figura 1). Aun así, al igual que lo estipulado en el acuerdo con Bulgaria, los griegos estaban obligados a brindar asistencia militar a Serbia en caso de un ataque proveniente de Austria-Hungría y a combatir en un mismo frente bélico en contra del Imperio Otomano (Hall, 2000, p.12).

Grecia, sin duda alguna, fue la nación más subestimada de todos los miembros de la Liga Balcánica, aun así la principal razón por la que el gobierno griego se animó a participar en esta

Berenice Navarro González

alianza regional fue porque el primer ministro Venizelos había puesto fin a la política aislacionista del gobierno anterior; los intereses en Creta y, en menor grado, en Tesalónica, eran cruciales, pero el año de 1909 había demostrado que Grecia, por sí sola, no tenía la suficiente fuerza para soportar una guerra en contra de los otomanos. Además, en el supuesto escenario donde Grecia hubiese rechazado formar parte de la Liga, automáticamente se habría visto exenta de cualquier recompensa, hecho demostrado en 1878; en otras palabras, elegir la neutralidad habría significado una amarga desventaja.

Después del establecimiento de estos dos primeros compromisos, tanto Bulgaria como Serbia, se acercaron a Montenegro separadamente. El príncipe Nicolás, previamente, había intentado acercarse a estos dos Estados balcánicos, recibiendo una negativa por parte de ambos para el establecimiento de una alianza. Sin embargo, hacia agosto y septiembre de 1912, Montenegro estableció coaliciones con Bulgaria y Serbia, respectivamente (ver figura 1). En estos acuerdos, los signatarios se comprometían a buscar la liberación de los eslavos que aún estaban bajo la soberanía del gobierno de La Porte y, de esta forma, la Liga Balcánica estuvo completa (Hall, 2000, p.13).

En el verano de 1912 se evidenció que el poder otomano se había debilitado en sus provincias europeas, especialmente en Albania y Macedonia; por otra parte, su ejército se encontraba comprometido en un esfuerzo por contener los ataques de Italia en Trípoli. A nivel doméstico, el incipiente gobierno de los Jóvenes Turcos se había atenuado, por lo que en agosto de 1912, la facción detractora de esta administración trajo de vuelta al antiguo régimen (Hall, 2000, p.13). Durante esta crisis, en julio y septiembre, Serbia y Bulgaria establecieron las bases para una conducta estratégica, en donde Bulgaria presumiría la magnitud de su armada.

Esta conducta estratégica estipulaba que Bulgaria movilizaría 200 mil hombres y Serbia, como mínimo, 150 mil efectivos; anticipando que Macedonia sería el campo de batalla, Bulgaria desplegaría 100 mil hombres en Tracia y una cantidad parecida en Macedonia. En caso de una intervención austrohúngara, Bulgaria prestaría 200 mil soldados al servicio de Serbia, mientras que este Estado prometía 100 mil hombres para ser usados en contra de los ataques otomanos. Por otra parte, el 25 de septiembre se firmó la convención militar greco-búlgara, en la que Bulgaria se comprometía a desplegar 300 mil soldados, mientras que Grecia sólo participaría con 120 mil; en este sentido, si el Imperio Otomano atacaba a cualquiera de los dos Estados, estas

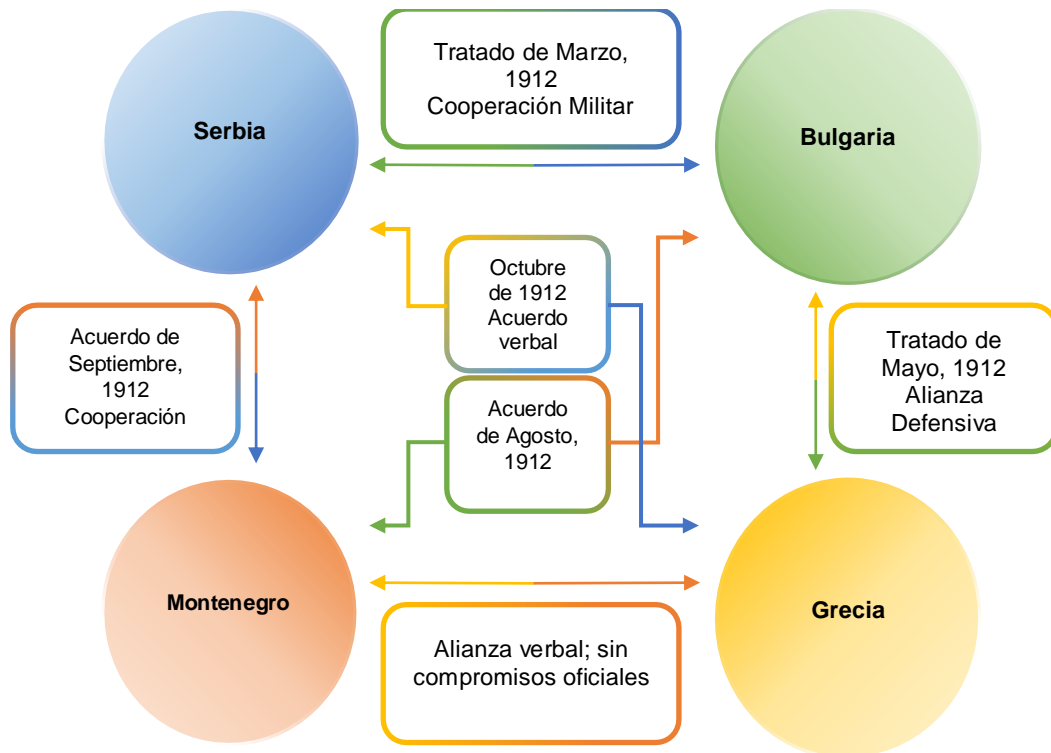
armadas estaban obligadas a participar, mientras que la flota griega tenía la tarea de controlar el Egeo y prevenir la llegada de efectivos militares otomanos provenientes de Asia menor (Sloane, 1914, p.202).

Si se toma en cuenta el tiempo de duración de las conversaciones diplomáticas para la formación de la Liga Balcánica, así como sus obligaciones – en documento o sin él – es fácil percibir que esta alianza fue un instrumento débil e imperfecto, no había mucha previsión y era claro que no fue cimentada sobre el interés común ya que los acuerdos fueron negociados de forma separada y en discreción. Bulgaria tenía alianzas firmadas con Serbia, Grecia y Montenegro; Serbia tenía acuerdos escritos con Bulgaria y Montenegro; mientras que los acuerdos greco-serbios y greco-montenegrinos eran meros ‘acuerdos de caballeros’, muy difíciles de respetar y reforzar. Aun así, el frente balcánico ya estaba listo para combatir y completar sus procesos de unidad nacional.

A finales del mes de septiembre de 1912, en Belgrado se reunieron miembros del personal militar de Bulgaria y Serbia para acordar que el principal esfuerzo búlgaro estaría en Tracia, mientras que el de Serbia estaría en Macedonia (Hall, 2000, p.14). Considerando que la provincia macedonia era de interés vital para Sofía, esta decisión podría parecer contradictoria; no obstante, desde el punto de vista militar, el acuerdo tenía sentido, dado que en Tracia, ubicada muy cerca de la capital otomana, se concentraría la mayor fuerza del ejército otomano y sólo la armada búlgara podría hacerle frente. Naturalmente, desde una perspectiva política, esta decisión alejaba a Bulgaria de su objetivo principal.

Ahora que la alianza estaba consolidada, los aliados intentaron presionar a La Porte para el establecimiento de nuevas reformas que mejoraran la calidad de vida de la provincia de Macedonia y, al encontrar una negativa, la Liga Balcánica inició con sus movilizaciones. En esta coyuntura, los grandes poderes de Europa intentaron intervenir, pero sus esfuerzos fueron inútiles y, finalmente, el 8 de octubre de 1912, Montenegro declaró la guerra al Imperio Otomano; seis días después, provocativamente, Grecia les dio la bienvenida a los representantes de Creta al Parlamento, llevándola automáticamente a la guerra y, para el 17 de octubre todos los miembros de la Liga Balcánica y el Imperio Otomano se confrontaban en la primera guerra balcánica (Hall, 2000, p.15).

Figura 1. Alianzas de la Liga Balcánica.



Fuente. Elaboración propia con datos de Hall (2000), Sloane (1914).

5.2. Primera Guerra Balcánica

Con el establecimiento de la Liga Balcánica y la inauguración de la confrontación bélica, los Estados miembro de la alianza oficialmente iniciaban una carrera hacia la consolidación de todas sus metas nacionales. Cada gobierno participante no escatimó en gastos para el aseguramiento de la victoria y, a través de la alianza regional, surgió un sentido de seguridad que les servía para hacer frente a cualquier tipo de restricción emanada de los Grandes Poderes de Europa. Estratégicamente, la logística de la guerra se llevó a cabo en dos frentes diferentes: el oriental, en donde Tracia fue el campo de batalla y fue combatido por los búlgaros (véase anexo 11); y el occidental, llevado a cabo en Albania, Kosovo y Macedonia, donde los participantes fueron los griegos, serbios y montenegrinos (véase anexos 12 y 13).

En el primer frente, los búlgaros se desempeñaron extraordinariamente; sus vertiginosos avances no sólo se tradujeron en conquistas, sino también en un medio para desmoralizar a los contrincantes otomanos que, rápidamente, fueron empujados hacia la ciudad de Chataldzha, ubicada a pocos kilómetros de la capital otomana. Con la indiscutible presencia búlgara en esta ciudad, los otomanos ofrecieron a Sofía un acuerdo de paz, dada la necesidad de detener el avance, pero dicha oferta fue rechazada. Seguros de su poder y respaldados por sus previos avances, los búlgaros prácticamente podían saborear la conquista de Estambul; no obstante, el deterioro de la condición física del ejército evitó que los búlgaros lograran ir más allá de la línea de Chataldzha.

Esta específica circunstancia logró que el ánimo de la armada otomana se incrementara. Chataldzha no sólo era la provincia más próxima a su capital, sino que también era una conexión entre Galípoli y Adrianópolis, por tal motivo su valor superaba al de sus territorios en Macedonia, Albania y Tracia occidental, y fue en este punto geográfico en donde el avance búlgaro se estancó. Aunado a esto, la pérdida de capital humano y militar provocó que ambos bandos fueran incapaces de proseguir con la batalla.

Aun cuando el escenario occidental carecía de cierta importancia para La Porte, Albania, Kosovo y Tracia occidental eran los objetivos territoriales de Montenegro, Serbia y, en gran medida, Grecia. En este contexto, la armada serbia fue la que mejor desempeño tuvo de entre todos los miembros de la Liga Balcánica y gracias al esfuerzo militar de este Estado se logró una

Berenice Navarro González

contundente incursión en las provincias de Macedonia y Albania, consiguiendo así la expulsión de los otomanos de estas porciones territoriales. No obstante, el desafío que enfrentó Serbia no fue el teatro bélico en sí, sino el diplomático; la cuestión de Albania aún era un delicado tema sobre todo porque en esta región confluían intereses austrohúngaros e italianos, mientras que Macedonia se volvería el asunto a resolver con Bulgaria.

En este mismo escenario, Montenegro reflejó el atraso del que había sido presa por siglos; a comparación de la rica historia de resistencia que modeló el comportamiento montenegrino y lo dotó de un sobresaliente prestigio, la Primera Guerra Balcánica resultó ser un evento que frustró todas sus pretensiones nacionales y lo ligaría a su vecino serbio. Si bien, el ejército nacional logró ocupar una gran porción del Sandjak de Novi Pazar, nunca logró llegar a Kosovo y se vio atrincherado a las afueras de la ciudad de Scutari, su principal aspiración.

Por su parte, la subestimada Grecia había conseguido ocupar Tesalónica, pero su victoria contrastaba con las experimentadas por Serbia o Bulgaria, debido a que las batallas en donde participaron estos dos Estados eran de dimensiones mucho más abrumadoras. No obstante, Tesalónica simbolizaría una cuestión que daría paso a las disputas greco-búlgaras, ya que la incursión de los griegos en esta región se llevó a cabo el 8 de noviembre, seguida – un día después – por la del ejército búlgaro (Hall, 2000, p. 75); por otro lado, es pertinente recordar que, en las negociaciones entre Atenas y Sofía, nunca se estableció un acuerdo para la repartición territorial.

Hacia noviembre de 1912, las armadas del frente balcánico, especialmente la búlgara, estaban exhaustas y se reducían a causa de las enfermedades; a pesar de estas deplorables condiciones, la victoria de la Liga era un hecho. El 25 de noviembre de 1912 comenzaron las negociaciones para el armisticio en la ciudad de Chataldzha y concluyeron el 3 de diciembre, en donde el tema a resolver era el cese de las hostilidades y un eventual Tratado de Paz. Para este momento, las posesiones europeas del Imperio Otomano se habían reducido considerablemente, dejándolo sólo con una pequeña porción al oriente de Tracia, misma que incluía la península de Galípoli, así como los territorios de Adrianópolis, Janina y Scutari que poco a poco sucumbían ante los griegos.

El armisticio fue la primera señal de una disputa irreconciliable entre los aliados de la Liga Balcánica, sobre todo entre Atenas y Sofía. Luego de la conquista de Tracia en noviembre,

el primer ministro griego propuso al gobierno búlgaro la división de Macedonia, ya que la aspiración griega sólo pretendía la adquisición de Tesalónica y una frontera con Serbia. La propuesta encontró una negativa justificada con el argumento búlgaro de que sus esfuerzos militares habían sido mucho mayores a los de Grecia, especialmente en Tracia; de esta forma, Grecia esperó que sus demandas fueran reconocidas en un futuro Congreso de Paz.

Después del armisticio – en el que Grecia se negó a participar debido a sus diferencias con Bulgaria –, las negociaciones se trasladaron a Londres, capital en la que se llevaron a cabo dos Conferencias simultáneas en diciembre de 1912. En la primera Conferencia, que sólo competía a los aliados balcánicos y el Imperio Otomano, este último adoptó una actitud evasiva con la esperanza de que su ejército pudiera descansar y reagruparse; por otro lado, esperaba beneficiarse de las obvias discordias que los Estados balcánicos demostraban. En este mismo escenario, las negociaciones de paz se paralizaron por dos causas, la primera por la presencia griega en la mesa de negociaciones, debido a que era el único Estado que no había firmado el armisticio y, en segundo lugar, por la cuestión de Adrianópolis, provincia que era demandada por Bulgaria, y las islas egeas, requeridas por Grecia.

Adrianópolis fue el obstáculo que complicó el establecimiento de un acuerdo de paz en el invierno de 1912 y 1913. Bulgaria buscaba anexar este territorio como una compensación por la virtual pérdida de Macedonia. Sin embargo, Adrianópolis era una provincia con una gran carga estratégica y sentimental para los otomanos; era una región de vital importancia por su cercanía a Estambul, además de que había sido la primera región europea conquistada por los otomanos en el siglo XIV y su capital hasta 1453. El 1º de enero la delegación otomana accedió a ceder todos sus territorios al occidente de Adrianópolis, exceptuando Tracia oriental y las islas del Egeo, propuesta que fue rechazada por griegos y búlgaros, e indujo que las negociaciones se suspendieran hasta mayo de 1913.

La segunda Conferencia de Londres fue denominada como “La Reunión de Embajadores de los Seis Grandes Poderes, signatarios del Tratado de Berlín”. A diferencia de la Conferencia de 1878, esta reunión careció de la presencia de las grandes luminarias presentes en aquella ocasión, pero representaba la misma idea: la observación conjunta de los asuntos europeos – además de que esta congregación sería el último aliento del sistema de congresos de 1815. En este sentido, era claro que los Grandes Poderes, a través de sus embajadores en Londres,

seguirían ostentando una irrefutable decisión sobre la determinación de un acuerdo que terminara con la guerra en los Balcanes y evitara un conflicto generalizado. En diciembre de 1912, los representantes de los Grandes Poderes de Europa aceptaron reunirse en Londres para supervisar el proceso de paz en los Balcanes. Asimismo, esta Conferencia intentó resolver ciertos asuntos que amenazaban directamente sus intereses en la región, así como reemplazar el Tratado de Berlín de 1878 con un Acuerdo de Londres.

Como se ha expresado previamente, la zona occidental de la Península de los Balcanes era vista como parte de la esfera de influencia del imperio de los Habsburgo, por lo que no es difícil suponer que la presencia de Serbia en esta región, tras sus exitosas campañas bélicas, despertó una severa preocupación en Viena, que la llevó a tomar medidas militares en Bosnia-Herzegovina, acto que representaba una amenaza de guerra no sólo en contra de Serbia, sino también en contra de su aliada: Rusia. La principal razón de su preocupación yacía en la costa del mar Adriático, debido a que era su única salida al mar Mediterráneo y era imprescindible evitar cualquier tipo de conflicto en esta región.

Por otra parte, la perspectiva austrohúngara consideraba que un puerto serbio en el Adriático también significaba una presencia militar rusa, misma que desafiaría sus intereses marítimos. Es a partir de esta idea que Viena determinó que un Estado independiente y soberano era el medio más viable para evitar algún tipo de amenaza; si bien Austria-Hungría por ningún motivo se inclinaba hacia el nacionalismo, consideró que la solución de la cuestión de una Albania nacional sería una garantía que le permitiría controlar el Adriático y frenar las aspiraciones nacionales de Serbia y Montenegro en esta provincia.

La Conferencia de Embajadores enfocó parte de sus esfuerzos en la resolución de las cuestiones de las islas del mar Egeo y la determinación de las nuevas fronteras de Tracia; sin embargo, la situación más delicada fue la cuestión de Albania. Previamente, a finales de noviembre de 1912, una Asamblea nacional en la ciudad de Vlarë proclamó la independencia de Albania, evento que fue impulsado por los rápidos avances de la Liga Balcánica; Kosovo había sucumbido ante Serbia a comienzos de la guerra y, en noviembre ya se encontraba en el puerto albano de Durrës; por su parte, en diciembre de 1912, la armada griega ya se encontraba instalada en Scutari (Hall, 2000, p.75).

Naturalmente, la presencia serbia en este puerto encontró una férrea oposición albana que era apoyada por Viena. Los exitosos avances militares de la armada serbia en la costa del Adriático le daban el derecho de demandar este territorio y estas solicitudes eran apoyadas por los búlgaros, quienes estaban obligados legalmente a respaldarlos por el Tratado de marzo y, desde una perspectiva egoísta, esperaban que estas demandas fueran satisfechas para que Serbia alejara sus aspiraciones de Macedonia. Por su parte, Belgrado esperaba que Rusia intercediera por sus intereses en el Congreso de Embajadores, pero el 20 de diciembre de 1912, los seis poderes de Europa reconocieron la independencia de Albania, cuyas fronteras nacionales incluían Durrës.

Con el establecimiento de Albania como un Estado independiente se frustraron las aspiraciones serbias y montenegrinas en la línea costera adriática. Este evento inevitablemente provocó que las ambiciones serbias se dirigieran a Macedonia en donde eventualmente sus intereses colisionarían con los de Bulgaria; bajo estas circunstancias, se esperaba que Rusia interviniera según lo estipulado en el Tratado de 1912. A finales de enero de 1913, el gobierno serbio solicitó formalmente la revisión del acuerdo de partición, solicitud que es considerada como una mera formalidad, debido a que los serbios ya estaban estacionados en Macedonia y no estaban dispuestos a conceder compensaciones en este territorio ahora que el territorio albano les había sido negado.

La situación diplomática de Bulgaria se complicó a inicios de 1913 por dos razones específicas. Por una parte, Grecia insistió en el esbozo de una frontera que beneficiara a ambos Estados. Dicha frontera le otorgaba a los búlgaros todo el sur de Macedonia siempre y cuando Sofía reconociera a Tesalónica como parte del imperio helénico; empero, Bulgaria volvió a rechazar la propuesta debido a que confiaba en su supremacía militar, misma que – en un futuro – podría garantizar la anexión de Macedonia. Por otro lado, en el escenario político, reapareció el gobierno de los Jóvenes Turcos, cuyo interés era salvaguardar Adrianópolis y todas las provincias cercanas a la capital. Para lograr esto, en Londres, la delegación turca le ofreció a la búlgara la zona al occidente del río Maritza (Schurman, 1914, p.59), mientras que el destino de las islas del Egeo se dejaría en las manos de las grandes potencias.

Esta era una propuesta atractiva dadas las precarias condiciones en las que el ejército búlgaro se encontraba, pero para su mala fortuna, los aliados balcánicos rechazaron la oferta,

Berenice Navarro González

desecharon el armisticio y reanudaron las hostilidades el 30 de enero de 1913 en Scutari, Janina, Adrianópolis y Galípoli (Hall, 2000, p.80). Las negociaciones de paz se reanudaron en abril luego de la capitulación de Scutari ante las fuerzas montenegrinas; para este momento, Bulgaria se veía presionada por sus aliados, la confrontación en contras de los otomanos y la creciente decepción surgida por la pasividad de Rusia. En este contexto, la segunda guerra balcánica era un hecho certero y para comenzar con las operaciones militares, primero era necesaria la firma de un Tratado de Paz, que se presentó el 30 de mayo de 1913.

El Tratado de Paz de mayo de 1913 aseguraba la cesión de todas las posesiones otomanas al occidente de la línea de Enos-Midia, que iba desde el Mar Egeo al Mar Negro – con excepción de Albania, línea que sería determinada por una Comisión Internacional; asimismo, también se cedieron los derechos sobre la isla de Creta y se le dejaba a las potencias europeas el arbitraje para determinar el destino de las islas egeas, así como las fronteras del Estado albano (véase anexo 15). En este sentido, el Imperio Otomano había sido despojado de Adrianópolis y sólo tenía la provincia de Chataldzha para defender Estambul.

5.3 Segunda Guerra Balcánica

Antes de dar paso a la Segunda Balcánica, es necesario esbozar la situación de Bulgaria en específico, debido a que este Estado es quien toma el protagonismo a partir de una serie de coyunturas regionales. El año de 1913 representó una complicación para la situación política de Bulgaria; era claro que la Primera Guerra Balcánica marcó el inicio de una modificación en las relaciones de poder de la península. Antes del estallido de la primera confrontación bélica, Sofia intentó acercarse a Bucarest, pero el gobierno rumano evadió la oferta para pertenecer a la Liga Balcánica.

Cuando la victoria búlgara fue un hecho, Rumania exigió una compensación territorial ubicada en el noreste de Bulgaria, específicamente en el puerto danubio de Silistra y, hacia enero de 1913, sus demandas también exigieron Dobruja del sur (Hall, 2000, p.109), territorio que había sido amputado de la porción norte en 1878. Comprensiblemente, Sofia se negó a ceder ante todas las demandas rumanas pero aun así concederían un mínimo ajuste fronterizo. En febrero de

1913, cuando la actividad militar búlgara se había reanudado por completo y las disputas que mantenía con Grecia y Serbia auguraban una segunda guerra regional, Bulgaria se vio en la necesidad de dejar la disputa con Rumania en las manos de la Conferencia de Embajadores de San Petersburgo llevada a cabo en el mes de marzo.

La Conferencia de Embajadores de San Petersburgo tenía por objetivo resolver las diferencias búlgaro-rumanas y la preservación de los intereses rusos en Bulgaria y extender beneficios a Rumania, con la intención de alejarla de la coalición de la Triple Alianza. El 8 de mayo, esta congregación diplomática declaró que el puerto de Silistra se anexaría a la esfera de influencia rumana, pero aún quedaba pendiente la cuestión de Dobruja del sur (Hall, 2000, p.97). La Conferencia de Embajadores de San Petersburgo le hizo ver a Sofia que su relación con Rusia se deterioraba, dejando desprotegidos sus intereses nacionales, sobre todo aquellos en la anhelada Macedonia.

Por otra parte, el deterioro de la Liga Balcánica tendría como resultado el establecimiento de una alianza formal entre Grecia y Serbia. Ante este escenario, Bulgaria veía cada vez más el cumplimiento de sus objetivos nacionales en Macedonia, ya que la coalición greco-serbia estaba consolidando posiciones políticas y militares en esta provincia. Motivados por las circunstancias, Sofia optó por acercarse a Atenas y resolver sus disputas, confiando en que la naturaleza conciliadora de Venizelos facilitara un acuerdo que permitiera el aislamiento de Serbia, pero la propuesta búlgara sólo se centró en un arbitraje para la repartición de Tesalónica, que no sólo fue rechazado por los griegos, sino también por gran parte del gobierno búlgaro que aún confiaba en la supremacía militar.

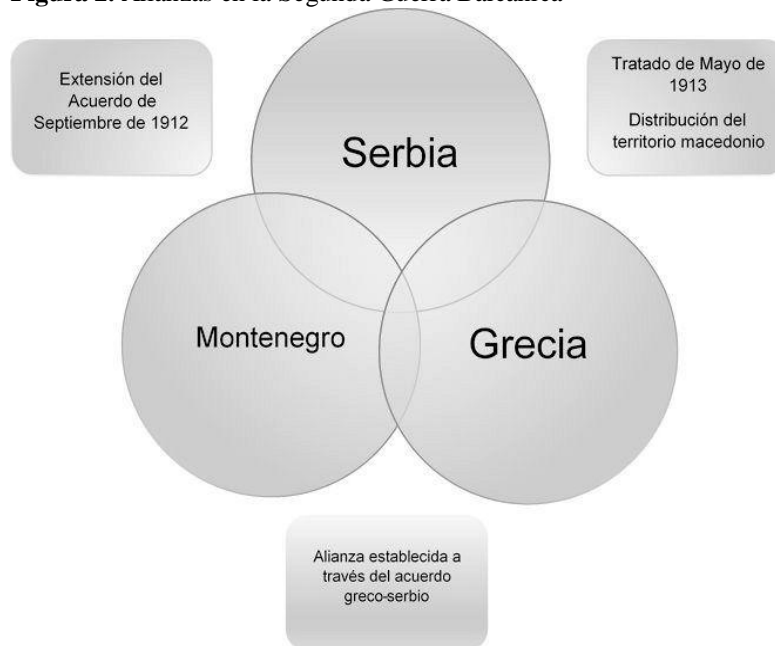
El fracaso de este primer acercamiento hizo que Bulgaria también buscara un acuerdo de paz con Serbia, cuya intención era acordonar a Grecia, quien – sin el apoyo del ejército serbio – sucumbiría rápidamente ante la fuerza búlgara. A finales de abril, Sofia convocó el arbitraje de Rusia, estipulado en el Tratado de marzo de 1912; sin embargo, Rusia condicionó el arbitraje, decidiendo que Grecia debía ser parte de las negociaciones y, cuando los búlgaros se negaron, San Petersburgo fue consciente que la solución del conflicto balcánico sería complicado y significaría la disminución de su influencia en el Estado eslavo más fuerte de la región.

Por otra parte, Atenas y Belgrado se acercaron separadamente a Bucarest para atraerlo a su eventual alianza. No obstante, el gobierno rumano se opuso a realizar un compromiso formal,

debido a que su estrategia era esperar por los resultados de la guerra y usarlos a su favor. Inesperadamente, estas dos misma capitales también intentaron obtener el apoyo de La Porte y establecer intereses comunes en contra de Bulgaria y, al igual que Rumania, el Imperio Otomano presentó una actitud evasiva. A pesar de estas dos negativas, la intención de Grecia y Serbia era clara: esperaban acorralar al Estado búlgaro en todo flanco.

La formalización de la alianza greco-serbia tuvo lugar el 5 de mayo de 1912 y el tratado estipuló que se habría de establecer una frontera común en Macedonia, al occidente del río Vardar, además de una asistencia diplomática y militar en caso de que la nueva frontera fuera inaceptable para Sofia (ver figura 2). Asimismo, estos acuerdos proveían la división de Albania en esferas de influencia griega y serbia a lo largo del río Semeni. Finalmente, este acuerdo otorgaba derechos en el norte de Macedonia, incluyendo Skopje, a Serbia, mientras que el sur del territorio, incluida Tesalónica, estaría bajo la influencia de Grecia (Sloane, 1914, p.230).

Figura 2. Alianzas en la Segunda Guerra Balcánica



Fuente. Elaboración propia con datos de Sloane (1914).

Con la firma del Tratado de Londres en 1913 – retrasado a propósito por Serbia y Grecia – los búlgaros tuvieron la oportunidad de trasladar a su ejército de Tracia hasta Macedonia (véase anexo 16). La noche entre el 29 y 30 de junio fue el momento en el que estalló la Segunda Guerra Balcánica, a través del ataque sorpresivo de Bulgaria a las posiciones griegas y serbias.

Básicamente fue una guerra que tenía por objetivo resolver las disputas inter-aliadas en lo relacionado a Macedonia. Para los búlgaros significaba la oportunidad de derogar el Tratado de 1912 con Serbia y adquirir Macedonia en su totalidad, convirtiendo así a Bulgaria en el poder hegemónico de la región; mientras que para los serbios y griegos, la guerra significaba una repartición de esta misma provincia, así como para contrarrestar el poder a búlgara.

Hacia principios de julio de 1913, con la intención de conquistar Dobruja del sur, Rumania movilizó sus fuerzas armadas, acto que no había sido necesario desde 1878 y, en este sentido, este Estado en particular poseía el ejército más grande de la región. De por sí, el ejército búlgaro ya era superado por los ejércitos de Serbia y Grecia, a los que se le sumaba Rumania, hecho que hacía del conflicto algo insostenible. Finalmente, el 10 de julio, Rumania declaró la guerra a Bulgaria y su ejército inmediatamente cruzó el Danubio, un acto militar que decidiría el destino de Bulgaria. La situación búlgara empeoró cuando su enemigo de la Primera Guerra Balcánica se unió a la segunda confrontación regional. Las fuerzas otomanas abandonaron sus posiciones en Chataldza y cruzaron la línea de Enos-Midia el 12 de julio, logrando recuperar Adrianópolis en tan sólo once días (Hall, 2000, p.119).

Las delegaciones de paz llegaron a Bucarest el 30 de julio en donde también participaron las grandes potencias a través de sus representaciones en aquella capital, aunque se debe hacer un especial énfasis en el hecho de que no dominaron el procedimiento como en previas ocasiones. Los rumanos rechazaron la solicitud de La Porte de participar en las negociaciones, argumentando que los convenios se centrarían en asuntos que sólo concernían a los Estados balcánicos. Esto significó que Bulgaria tendría otro frente diplomático por el cual preocuparse.

Para la mala fortuna de Bulgaria, el frente diplomático de Serbia, Grecia y Rumania era sólido. En este sentido, los búlgaros encontraron un primer acuerdo con los rumanos en donde se cedían la porción su de Dobruja y, una vez hecho oficial esto, Rumania actuó como moderadora ya que no deseaban que la coalición serbo-griega se fortaleciera. Sin embargo, el acuerdo entre Bulgaria y sus antiguos aliados demostró ser más complicado debido a que se centró en la cuestión de Macedonia, los búlgaros esperaban adquirir la costa oriental del río Vardar como su frontera, solicitud que fue denegada; por su parte, Serbia esperaba extender su dominio hasta el valle de Struma, privando a Bulgaria de cualquier posesión en Macedonia, pero la presión de

Berenice Navarro González

Rusia y Austria-Hungría obligo a Serbia a moderar sus demandas pero aun así, se insistió en obtener la mayoría de Macedonia sobre la cuenca del Vardar (Schurman, 1914, p.111).

La mayor dificultad entre Bulgaria y Grecia fue el puerto de Kavala en el Mar Egeo. Los búlgaros esperaban recibir este territorio como compensación por la pérdida de Tesalónica, pero los griegos se negaron ya que en conversaciones previas, los griegos no sólo habían ofrecido esta zona junto a los territorios de Seres y Drama a cambio de Tesalónica, propuestas que fueron rechazadas, ahora los griegos, como vencedores, sólo verían por sus intereses. En último lugar, Montenegro, Estado que no tenía interés en las disputas territoriales de Bulgaria, asistió meramente como un apoyo de Serbia, lo cual se vio recompensado con la cesión de una buena parte del Sandjak de Novi Pazar, que quedó asentado en un acuerdo con Serbia el 7 de noviembre (Hall, 2000, p.124).

Las delegaciones concluyeron su Tratado de Paz en agosto de 1913 y el mayor resultado de este acuerdo fue la división de Macedonia en tres porciones: Grecia recibiría las regiones egeas, Serbia recibiría la porción más grande de Macedonia, el área de la cuenca del Vardar que incluía la zona disputada en el Tratado de marzo de 1912, mientras que Bulgaria recibiría sólo la esquina suroeste (véase anexo 18).

Para Grecia y Serbia, las negociaciones en Bucarest representaron un gran éxito ya que no sólo adquirieron más territorio del que habían anticipado, sino que también debilitaron la fuerte posición de Bulgaria en la península. Específicamente, para Serbia, la conclusión de las guerras balcánicas la consolidó como el poder militar más fuerte al sur del río Danubio y le dio el exclusivo respaldo de Rusia en la región; por su parte, para Rumania no sólo significó la anexión de Dobruja del sur y la eliminación definitiva de una posible unificación con Bulgaria, sino que también le dio un rol de árbitro en la península de los Balcanes.

Por su parte, Bulgaria todavía tenía que enfrentarse con el Imperio Otomano en la mesa de negociaciones de Estambul, cuestión que terminó siendo una catástrofe. En este sentido, Rusia intentó retener Adrinaópolis para Bulgaria, pero sin el apoyo de otra potencia debido a que este asunto ya no les interesaba, esta intención fue un fracaso. Esto despertó un resentimiento en Bulgaria y la necesidad de llegar a un acuerdo con los otomanos. Las negociaciones entre estos dos Estados iniciaron el 6 de septiembre y en las que los búlgaros sólo lograron retener el extremo noreste de Tracia.

Bulgaria fue quebrantada en la Segunda Guerra Balcánica, pero esto la impulsó a llegar a un tipo de acuerdo con los otomanos, con la esperanza de recuperar Macedonia en un futuro. El Tratado de Constantinopla fue firmado el 30 de septiembre de 1913. Este acuerdo privó a Bulgaria del oriente de Tracia, pero esta pérdida no fue tan dura como la pérdida de Macedonia, debido a que el oriente de Tracia contenía una mínima porción poblacional de ascendencia búlgara. Para La Porte, esta conclusión fue sólo una mera compensación por las pérdidas de la Primera Guerra Balcánica y un refuerzo en pro de la defensa de su capital. Sorpresivamente, esta coyuntura representó un acercamiento para ambos gobiernos que no vería una formalización hasta 1915, cuando Bulgaria se unió a los poderes centrales en la Primera Guerra Mundial.

La firma del Tratado de Constantinopla no terminó con la Segunda Guerra Balcánica, fue hasta noviembre de 1913, con la firma del tratado de Atenas, en donde otomanos y helenos daban por terminado su conflicto. Por su parte, Serbia y el Imperio Otomano firmaron un Tratado en Estambul en marzo de 1914, mismo que reafirmaba el acuerdo de Londres de 1913 y con este último tratado, oficialmente, las guerras balcánicas habían terminado.

Consideraciones Finales

El proceso por el cual se consolidaron las identidades nacionales de Serbia, Montenegro, Bulgaria, Grecia y Rumania fue un exhaustivo esfuerzo que duró siglos. Fue el resultado de un crecimiento interno, en el que se definieron sus intereses y objetivos. Asimismo, fue consecuencia de un ejercicio de interacción social en donde la comparación con sus vecinos representó una aportación para considerar los alcances de sus aspiraciones individuales. Empero, la consolidación de sus identidades nacionales, primero en 1878 y luego en 1913, se debió en gran medida a la participación de las Grandes Potencias de Europa, cuyas intenciones eran salvaguardar sus intereses en una región estratégica, misma que también representaba la frontera entre Oriente y Occidente, en términos de poder tangible e ideológico.

La investigación demostró que el origen del carácter de los beligerantes balcánicos surgió desde su incursión en la península. Cada Estado desarrolló un orgullo singular a razón de sus respectivas etapas de esplendor, contribuciones culturales o éxitos político-militares. La aparición del Imperio Otomano en la península lastimó la autoestima de estos actores y prácticamente los privó de su herencia cultural y, en este sentido, la consciencia histórica jugó un papel esencial para la supervivencia de cada entidad balcánica, elemento que se fortalecería en el siglo XIX, con la adopción de las doctrinas nacionalistas que tenían como fundamento principios de identificación y diferenciación cultural, y abogaban por un gobierno meramente nacional.

En este mismo contexto, estos actores regionales eran víctimas de los esquemas de las potencias europeas decimonónicas. El sistema de equilibrio de poder poseía principios conservadores de índole monárquico que se contraponía al ideario nacional; los intereses de sus principales impulsores rebasaban los límites de sus Estados originales y poseían una gran influencia en cuanto a la determinación de los asuntos europeos. La Cuestión Balcánica simbolizó un peso que desequilibró la balanza de poder y, en un intento por salvar el statu quo, las seis potencias de Europa promovieron en Berlín la independencia de las naciones eslavas. El Congreso de Berlín de 1878 representó el primer paso hacia la consolidación de una identidad independiente.

Asimismo, se expuso que el equilibrio de poder, a pesar de ser un intento por conciliar las diferencias latentes entre los Grandes Poderes decimonónicos, no fue lo suficientemente capaz de erradicarlas. El Congreso de Berlín fue un gran esfuerzo para evitar una guerra generalizada mediante el establecimiento de nuevas entidades estatales, evitando así la expansión de la influencia de Rusia; sin embargo, lo que este Congreso no consideró fueron las características culturales de este multiétnico territorio. Las fronteras étnico-culturales en los Balcanes son tan difusas que en un mismo territorio pueden converger todas las vertientes culturales regionales, tal es el caso de Macedonia o Bosnia-Herzegovina.

En su afán por asegurar sus intereses individuales, los grandes poderes no previeron la fuerza de las políticas nacionalistas balcánicas, fundamentadas en las Grandes Ideas de recuperar el esplendor histórico. De dicha manera, la investigación exhibió que las Guerras Balcánicas, a principios del siglo XX, fueron el eventual resultado de esta omisión; se necesitaron treinta y ocho años de gestación para que el segundo paso hacia la consolidación nacional tuviera lugar, en donde por primera vez, existiría una coalición regional formal.

Las actitudes revisionistas de los Estados balcánicos en el siglo XX obedecen a una serie de factores externos que emanan de la insatisfacción de los acuerdos de 1878, un ejemplo de ello es el recelo búlgaro y griego en aquellos territorios que les habían sido negados específicamente en este año. El análisis determinó que, aun cuando hubo diversas coyunturas que demuestran la delicada situación europea a finales del siglo XIX y principios del XX, la Cuestión de los Balcanes fue el elemento que profetizó una guerra generalizada en el continente. Los acuerdos previos al Congreso de Berlín, así como el proceso de paz en Londres en 1913, demostraron la complejidad de las alianzas políticas, mismas que se irían arrastrando unas a otras luego de la conclusión de la segunda confrontación balcánica, dando paso a la Primera Guerra Mundial que tendrían su epicentro en Bosnia-Herzegovina por impulso de una organización nacionalista serbia.

En otras palabras, esto demuestra que el carácter preeminente de las potencias europeas no era el único en ejercer una influencia determinante sobre otro tipo de unidades, sino que actores de menores dimensiones, en este caso los Estados balcánicos, también podían realizar un influjo sobre aquellos grandes protagonistas, aunque no con intención, ya que el objeto primordial de los Estados balcánicos era la preeminencia regional.

El inicio de las Guerras Balcánicas de 1912-1913 no habría sido posible sin el establecimiento de la Liga Balcánica, coalición emanada de una serie de acuerdos independientes entre sí de corto plazo. Finalmente el análisis refiere que esta alianza no pretendía establecer relaciones de amistad a largo plazo, pues era una mera herramienta que hacía uso de la otra parte contratante para asegurar el éxito individual. En este sentido, se explicó que, debido al carácter apresurado con el que se determinó la alianza se descuidaron aspectos de interés, como sería la distribución de algunas conquistas territoriales.

La Liga Balcánica estaba conformada por cuatro Estados, de los cuales tres de ellos tenían por objetivo un mismo punto geográfico. La investigación demostró que, si bien en un principio las aspiraciones nacionales se distanciaban geográficamente, en el transcurso de la guerra, la intervención de las potencias y las discordias regionales, provocaron que finalmente los intereses de Grecia, Bulgaria y Serbia colisionaran en Macedonia. Este factor fue lo que fraccionó la alianza y evitara el establecimiento de una paz satisfactoria que, al mismo tiempo, impidiera el surgimiento de la Segunda Guerra Balcánica.

En este último escenario, Bulgaria posee un rol protagonista y, a la vez antagonista, ya que la segunda contienda se desarrolló a su alrededor, con ella como enemiga. La observación histórica de este Estado indicó que su identidad se construyó a partir de un orgullo cultural y militar, que fue respaldado firmemente – al menos hasta 1913 – por la venia del imperio ruso. Estas circunstancias dotaron a este actor de una confianza exacerbada, que le hizo pensar que la primera campaña bélica sería exitosa sólo por su participación. Esto se comprueba a través del dinamismo diplomático que emprendió para el establecimiento de la Liga Balcánica, en donde presumió el alcance de su poderío militar en términos de capital humano y material.

Cuando sus pronósticos fallaron, asumió que tenía el suficiente poder para derrotar la alianza greco-serbia y finalmente anexar Macedonia. Influenciada por esta presunción, Bulgaria apresuró sus decisiones, mismas que se evidencian al no considerar la existencia de Rumania y sus demandas mucho antes del establecimiento de la paz de Londres en 1913, por una parte, así como a un Imperio Otomano herido y con deseos revanchistas, por otra.

Finalmente, este trabajo de investigación expone que en el proceso de construcción de una identidad nacional, se deben considerar los elementos más primitivos de una nación, ya que ahí radica todo el sistema cultural que interviene en otras esferas de la existencia. No obstante, el

Berenice Navarro González

sistema internacional también ejerce una fuerza determinante en esta construcción. De esta forma, ambos elementos, internos y externos, son intrínsecos entre sí, ya que de lo contrario, la perspectiva analítica se limitaría. En resumen, la identidad nacional, al igual que la personal, se define por el Yo y por la interacción del Yo con Otros.

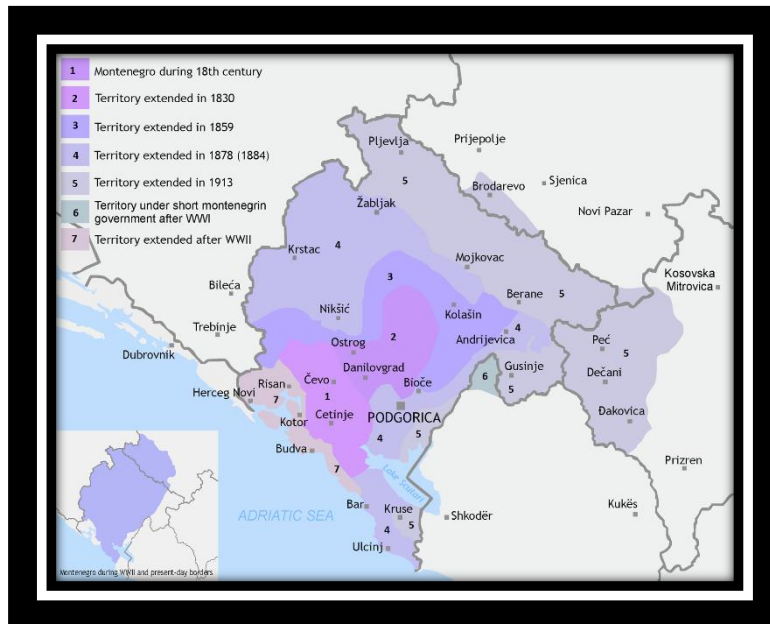
Anexos

1. Mapa de la extensión del imperio de la Gran Serbia. Siglo XIV



Fuente. Wikimedia Commons, 2010

2. Mapa de la evolución de Montenegro. Siglo XVIII - XX



Fuente. Montenegro, Blogspot, 2013

3. Mapa del Imperio Búlgaro. Siglo X



Fuente. Kodeks, 2004

4. Mapa de la extensión del Imperio Bizantino. Siglo XIV



Fuente. El Románico, blogspot, 2004

5. Mapa del Principado de Valaquia en el siglo XIX



Fuente. Anna Cienciala, 1997

6. 1878mr17: The Preliminary Treaty of Peace, signed at San Stefano

His Majesty the Emperor of Russia and His Majesty the Emperor of the Ottomans, inspired with the wish of restoring and securing the blessings of peace to their countries and people, as well as of preventing any fresh complication which might imperil the same, have named as their Plenipotentiaries, with a view to draw up, conclude, and sign the Preliminaries of Peace:

His Majesty the Emperor of Russia on the one side, the Count Nikolai Ignatiev [Ignat'ev], &c., and Sieur Aleksandr Nelidov, &c.

And His Majesty the Emperor of the Ottomans on the other side, Safvet Pasha, &c, and Sadoullah Bey, &c.

Who, after having exchanged their full powers, which were found to be in good and proper form, have agreed to the following Articles:—

ART. I. In order to put an end to the perpetual conflicts between Turkey and Montenegro, the frontier which separates the two countries will be hereinafter mentioned, in the following manner:—

From the mountain of Dobrostitza the frontier will follow the line indicated by the Conference of Constantinople as far as Korito by Bilek. Thence the new frontier will run to Gatzko (Metochia-Gatzko will belong to Montenegro), and towards the confluence of the Piva and the Tara, ascending towards the north by the Drina as far as its confluence with the Lim. The eastern frontier of the Principality will follow this last river as far as Prijepolje, and will proceed by Roshaj to Sukha-Planina (leaving Bihor and Roghaj to Montenegro). Taking in Bugovo, Plava, and Gusinje, the frontier line will follow the chain of mountains by Shlieb, Paklen, and along the northern frontier of Albania by the crests of the mountains Koprivnik, Babavik, Bor-vik, to the highest peak of Prokleti. From that point the frontier will proceed by the summit of Biskaschik, and will run in a straight line to the Lake of Tjiceni-hoti. Dividing Tjiceni-hoti and Tjiceni-kastrati, it will cross the Lake of Scutari to the Boyana, the thalweg of which it will follow as far as the sea. Nischich, Gatzko, Spouje, Podgoritza, Jabliak, and Antivari will remain to Montenegro.

A European Commission, on which the Sublime Porte and the Government of Montenegro shall be represented, will be charged with fixing the definite limits of the Principality, making on the spot such modifications in the general tracing as it may think necessary and equitable, from the point of view of the respective interests and tranquility of the two countries, to which it will accord in this respect the equivalents deemed necessary.

The navigation of the Boyana having always given rise to disputes between the Sublime Porte and Montenegro, will be the subject of a special regulation, which will be prepared by the same European Commission.

ART. II. The Sublime Porte recognizes definitively the independence of the Principality of Montenegro.

An understanding between the Imperial Government of Russia, the Ottoman Government, and the Principality of Montenegro will determine subsequently the character and form of the relations between the Sublime Porte and the Principality as regards particularly the establishment of Montenegrin Agents at Constantinople, and in certain localities of the Ottoman Empire, where the necessity for such agents shall be recognized, the extradition of

fugitive criminals on the one territory or the other, and the subjection of Montenegrins traveling or sojourning in the Ottoman Empire to the Ottoman laws and authorities, according to the principles of international law and the established usages concerning the Montenegrins.

A Convention will be concluded between the Sublime Porte and Montenegro to regulate the questions connected with the relations between the inhabitants of the confines of the two countries and with the military works on the same confines. The points upon which an understanding cannot be established will be settled by the arbitration of Russia and Austria-Hungary.

Henceforward, if there is any discussion or conflict, except as regards new territorial demands, Turkey and Montenegro will leave the settlement of their differences to Russia and Austria-Hungary, who will arbitrate in common.

The troops of Montenegro will be bound to evacuate the territory not comprised within the limits indicated above within ten days from the signature of the Preliminaries of Peace.

ART. III. Serbia ["Servia" here] is recognized as independent. Its frontier, marked on the annexed map, will follow the thalweg of the Drina, leaving Little Zwornik and Zakar to the Principality, and following the old limit as far as the sources of the stream Dezevo, near Stoilac. Thence the new line will follow the course of that stream as far as the River Kaska, and then the course of the latter as far as Fovi-Bazar.

From Novi-Bazar, ascending the stream which passes near the villages of Mekinje and Irgoviste as far as its source, the frontier line will run by Bosur Planina, in the valley of the Ibar, and will then descend the stream which falls into this river near the village of Ribanic.

The line will then follow the course of the Rivers Ibar, Sitnitza and Lab, and of the brook Batintze to its source (upon the Grapachnitza Planina). Thence the frontier will follow the heights which separate the waters of the Kriva and the Veternitza, and will meet the latter river by the shortest route at the mouth of the stream Miovatzka, which it will ascend, crossing the Miovatzka Planina and redescending towards the Morava, near the village of Kalimanoi.

From this point the frontier will descend the Morava as far as the Kiver Vlossina, near the village of Sta'ikovtzi. Eascending the latter river, as well as the Linberazda, and the brook Kouka-vitze, the line will pass by the Sukha Planina, will run along the stream Vrylo as far as the Nisawa, and will descend the said river as far as the village of Kronpatz, whence the line will rejoin by the shortest route the old Serbian frontier to the south-east of Karaoul Bare, and will not leave it until it reaches the Danube.

Ada-Kale will be evacuated and razed.

A Turko-Serbian Commission, assisted by a Russian Commissioner will, within three months, arrange upon the spot the definite frontier line, and will definitely settle the questions relating to the islands of the Drina. A Bulgarian delegate will be admitted to participate in the work of the Commission when it shall be engaged on the frontier between Serbia and Bulgaria.

ART. IV. The Mussulmans [Moslems] holding lands in the territories annexed to Serbia, and who wish to reside out of the Principality, can preserve their real property by having them farmed out or administered by others. A Turko-

Berenice Navarro González

Serbian Commission, assisted by a Russian Commissioner, will be charged to decide absolutely, in the course of two years, all questions relating to the verification of real estate in which Mussulman interests are concerned.

This Commission will also be called upon to settle within three years the method of alienation of State property and of religious endowments (*Vacouf*), as well as the questions relative to the interests of private persons which may be involved. Until a direct Treaty is concluded between Turkey and Serbia determining the character of the relations between the Sublime Porte and the Principality, Serbian subjects traveling or sojourning in the Ottoman Empire shall be treated according to the general principles of international law.

The Serbian troops shall be bound to evacuate the territory not comprised within the above-mentioned limits within fifteen days from the signature of the Preliminaries of Peace.

ART. V. The Sublime Porte recognizes the independence of Romania, which will establish its right to an indemnity, to be discussed between the two countries.

Until the conclusion of a direct Treaty between Turkey and Romania, Romanian subjects will enjoy in Turkey all the rights guaranteed to the subjects of other European Powers.

ART. VI. Bulgaria is constituted an autonomous tributary Principality, with a Christian Government and a national militia.

The definitive frontiers of the Bulgarian Principality will be traced by a special Russo-Turkish Commission before the evacuation of Rumelia [old Ottoman administrative district, including parts of Albania, Macedonia and Thrace (northern Greece)] by the Imperial Russian army.

This Commission will, in working out the modifications to be made on the spot in the general tracing, take into account the principle of the nationality of the majority of the inhabitants of the border districts, conformably to the Bases of Peace, and also the topographical necessities and practical interests of the intercommunication of the local population.

The extent of the Bulgarian Principality is laid down in general terms on the accompanying map, which will serve as a basis for the definitive fixing of the limits. Leaving the new frontier of the Serbian Principality, the line will follow the western limit of the Caza of Wrania as far as the chain of the Kara-dagh. Turning towards the west, the line will follow the western limits of the Cazas of Koumanovo, Kotehani, Kalkandelen, to Mount Korab; thence by the Eiver "Welestchitza as far as its junction with the black Drina. Turning towards the south by the Drina, and afterwards by the western limit of the Caza of Ochride towards Mount Linas, the frontier will follow the western limits of the Cazas of Gortcha and Starovo as far as Mount Grammes. Then by the Lake of Kastoria, the frontier line will rejoin the Eiver Moglenitza, and after having followed its course, and passed to the south of Yanitza (Warder Yenidje), will go by the mouth of the Warder and by the Galliko towards the villages of Parga and of Sara'i-keui; thence through the middle of Lake Bechik-Guel to the mouth of the Elvers Strouma and Karassou, and by the sea-coast as far as Buru-Guel; thence striking north-west towards Mount Tchaltepe by the chain of Ehodope as far as Mount Krouschowo, by the Black Balkans (Kara- Balkan), by the mountains Eschek-koulatchi, Tchepelion, Karakolas, and Tschiklar, as far as the Eiver Arda.

Thence the line will be traced in the direction of the town of Tchirmen, and leaving the town of Adrianople to the south, by the villages of Sugutlion, Kara-Hamza, Arnaout-keui, Akardji, and Enidje as far as the Eiver Tekederessi. Following the Eivers Tekederessi and Tchorluderessi as far as Loule-Bourgaz, and thence, by the Eiver Soudjak- dere as far as the village of Serguen, the frontier line will go by the heights straight towards Hakim-tabiassi, where it will strike the Black Sea. It will leave the sea-coast near Mangalia, following the southern boundaries of the Sandjak of Toultscha, and will come out on the Danube above Rassova.

ART. VII. The Prince of Bulgaria shall be freely elected by the population and confirmed by the Sublime Porte, with the assent of the Powers. No member of the reigning dynasties of the great European Powers shall be capable of being elected Prince of Bulgaria.

In the event of the dignity of Prince of Bulgaria being vacant, the election of the new Prince shall be made subject to the same conditions and forms.

Before the election of the Prince, an Assembly of Bulgarian Notables, to be convoked at Philippopolis (Plowdiw) or Tyrnowo, shall draw up, under the superintendence of an Imperial Russian Commissioner, and in the presence of an Ottoman Commissioner, the organization of the future administration, in conformity with the precedents established in 1830 after the Peace of Adrianople, in the Danubian Principalities.

In the localities where Bulgarians are mixed with Turks, Greeks, Wallachians (Koutzo-Vlachs), or others, proper account is to be taken of the rights and interests of these populations in the elections and in the preparation of the Organic Laws.

The introduction of the new system into Bulgaria, and the superintendence of its working, will be entrusted for two years to an Imperial Russian Commissioner. At the expiration of the first year after the introduction of the new system, and if an understanding on this subject has been established between Russia, the Sublime Porte, and the Cabinets of Europe, they can, if it is deemed necessary, associate Special Delegates with the Imperial Russian Commissioner.

ART. VIII. The Ottoman army will no longer remain in Bulgaria, and all the ancient fortresses will be razed at the expense of the local Government. The Sublime Porte will have the right to dispose, as it sees fit, of the war material and of the other property belonging to the Ottoman Government which may have been left in the Danubian fortresses already evacuated in accordance with the terms of the Armistice of the 19 /31 January, as well as of that in the strongholds of Schoumla and Varna.

Until the complete formation of a native militia sufficient to preserve order, security, and tranquility, and the strength of which will be fixed later on by an understanding between the Ottoman Government and the Imperial Russian Cabinet, Russian troops will occupy the country, and will give armed assistance to the Commissioner in case of need. This occupation will also be limited to a term approximating to two years.

The strength of the Russian army of occupation to be composed of six divisions of infantry and two of cavalry, which will remain in Bulgaria after the evacuation of Turkey by the Imperial army, shall not exceed 50,000 men. It will be maintained at the expense of the country occupied. The Russian troops of occupation in Bulgaria will

Berenice Navarro González

maintain their communications with Russia, not only through Romania, but also by the ports of the Black Sea, Varna, and Bourgas, where they may organize, for the term of the occupation, the necessary depots.

ART. IX. The amount of the annual tribute which Bulgaria is to pay the Suzerain Court, by transmitting it to a bank to be hereafter named by the Sublime Porte, will be determined by an agreement between Russia, the Ottoman Government, and the other Cabinets, at the end of the first year during which the new organization shall be in operation. This tribute will be calculated on the average revenue of all the territory which is to form part of the Principality.

Bulgaria will take upon itself the obligations of the Imperial Ottoman Government towards the Rustchuk and Varna Railway Company, after an agreement has been come to between the Sublime Porte, the Government of the Principality, and the Directors of this Company. The regulations as to the other railways (*voies ferrées*) which cross the Principality are also reserved for an agreement between the Sublime Porte, the Government established in Bulgaria, and the Directors of the Companies concerned.

ART. X. The Sublime Porte shall have the right to make use of Bulgaria for the transport by fixed routes of its troops, munitions, and provisions to the provinces beyond the Principality, and *vice versa*. In order to avoid difficulties and misunderstandings in the application of this right, while guaranteeing the military necessities of the Sublime Porte, a special regulation will lay down the conditions of it within three months after the ratification of the present Act by an understanding between the Sublime Porte and the Bulgarian Government.

It is fully understood that this right is limited to the regular Ottoman troops, and that the irregulars, the Bashi-Bazouks, and the Circassians will be absolutely excluded from it.

The Sublime Porte also reserves to itself the right of sending its postal service through the Principality, and of maintaining telegraphic communication. These two points shall also be determined in the manner and within the period of time indicated above.

ART. XI. The Mussulman proprietors or others who fix their personal residence outside the Principality may retain their estates by having them farmed or administered by others. Turko-Bulgarian Commissions shall sit in the principal centers of population, under the superintendence of Russian Commissioners, to decide absolutely in the course of two years all questions relative to the verification of real property, in which either Mussulmans or others may be interested. Similar commissions will be charged with the duty of regulating within two years all questions relative to the mode of alienation, working, or use for the benefit of the Sublime Porte of the property of the State, and of the religious endowments (*Vacouf*).

At the expiration of the two years mentioned above all properties which shall not have been claimed shall be sold by public auction, and the proceeds thereof shall be devoted to the support of the widows and orphans, Mussulman as well as Christian, victims of the recent events.

ART. XII. All Danubian fortresses shall be razed. There shall be no strongholds in future on the banks of this river, nor any men-of-war in the waters of the Principalities of Romania, Serbia, and Bulgaria, except the usual 'stationnaires' and the small vessels intended for river-police and Custom-house purposes.

The rights, obligations, and prerogatives of the International Commission of the Lower Danube are maintained intact.

ART. XIII. The Sublime Porte undertakes to render the passage of Soulina again navigable, and to indemnify the private individuals who have suffered loss by the war and the interruption of the navigation of the Danube, applying for this double charge a sum of five hundred thousand francs from the amount due to the Sublime Porte from the Danubian Commission.

ART. XIV. The European proposals communicated to the Ottoman Plenipotentiaries at the first sitting of the Constantinople Conference shall immediately be introduced into Bosnia and Herzegovina, with any modifications which may be agreed upon in common between the Sublime Porte, the Government of Russia, and that of Austria-Hungary.

The payment of arrears of taxes shall not be required, and the current revenues of these provinces until the 1st March, 1880, shall be exclusively applied to indemnify the families of refugees and inhabitants, victims of recent events, without distinction of race or creed, as well as to the local needs of the country. The sum to be received annually after this period by the Central Government shall be subsequently fixed by a special understanding between Turkey, Russia, and Austria-Hungary.

ART. XV. The Sublime Porte engages to apply scrupulously in the Island of Crete the Organic Law of 1868, taking into account the previously-expressed wishes of the native population.

An analogous law adapted to local requirements shall likewise be introduced into Epirus, Thessaly, and the other parts of Turkey in Europe, for which a special constitution is not provided by the present Act.

Special Commissions, in which the native population will be largely represented, shall in each province be entrusted with the task of elaborating the details of the new organization, and the result of their labors shall be submitted to the Sublime Porte, who will consult the Imperial Government of Russia before carrying it into effect.

ART. XVI. As the evacuation by the Russian troops of the territory which they occupy in Armenia, and which is to be restored to Turkey, might give rise to conflicts and complications detrimental to the maintenance of good relations between the two countries, the Sublime Porte engages to carry into effect, without further delay, the improvements and reforms demanded by local requirements in the provinces inhabited by Armenians, and to guarantee their security from Kurds and Circassians.

ART. XVII. A full and complete amnesty is granted by the Sublime Porte to all Ottoman subjects compromised by recent events, and all persons imprisoned on this account or sent into exile shall be immediately set at liberty.

Berenice Navarro González

ART. XVIII. The Sublime Porte will take into serious consideration the opinion expressed by the Commissioners of the Mediating Powers as regards the possession of the town of Khotour, and engages to have the works of the definitive delimitation of the Turko-Persian Boundary carried into effect.

ART. XIX. The war indemnities and the losses imposed on Russia which His Majesty the Emperor of Russia claims, and which the Sublime Porte has bound itself to reimburse to him, consist of—

(a.) 900,000,000 rubles for war expenses (maintenance of the army, replacing of war material, and war contracts).

(b.) 400,000,000 rubles on account of damage done to the south coast of Russia, to her export commerce, to her industries, and to her railways.

(c.) 100,000,000 rubles for injuries inflicted on the Caucasus by the invasion; and,

(d.) 10,000,000 rubles for costs and damages of Russian subjects and establishments in Turkey.

Total, 1,410,000,000 rubles.

Taking into consideration the financial embarrassments of Turkey, and in accordance with the wishes of His Majesty the Sultan, the Emperor of Russia consents to substitute for the payment of the greater part of the moneys enumerated in the above paragraph, the following territorial cessions :—

(a.) The Sandjak of Toultscha, that is to say, the districts (Cazas) of Kilia, Soulina, Mahmoudie, Isaktcha, Toultscha, Matchine, Babadagh, Hirsowo, Kustendje, and Medjidie, as well as the Delta Islands and the Isle of Serpents.

Not wishing, however, to annex this territory and the Delta Islands, Russia reserves the right of exchanging them for the part of Bessarabia detached from her by the Treaty of 1856, and which is bounded on the south by the thalweg of the Kilia branch and the mouth of the Stary-Stamboul.

The question of the apportionment of waters and fisheries shall be determined by a Russo-Romanian Commission within a year after the ratification of the Treaty of Peace.

(b.) Ardahan, Kars, Batumi, Bayazet, and the territory as far as the Saganlough.

In its general outline, the frontier line, leaving the Black Sea coast, will follow the crest of the mountains which separate the affluents of the River Hopa from those of the River Tcharokh, and the chain of mountains to the south of the town of Artwin up to the River Tcharokh, near the villages of Alat and Bechaget; thence the frontier will pass by the peaks of Mounts Dervenikghek, Hortchezor, and Bedjiguin-Dagh, by the crest which separates the affluents of the Rivers Tortoum-tcha'i and the Teharokh by the heights near Zaily-Vibine, coming down at the village Vihine-Kilissa to the River Tortoum-chai; thence it will follow the Sivridagh Chain to the pass (*col*) of the same name, passing south of the village of Noriman; then it will turn to the south-east and go to Zivine, whence the

frontier, passing west of the road which leads from Zivine to the villages of Ardost and Horassan, will turn south by the Saganlough Chain to the village of Gilitchman ; then by the crest of the Charian-Dagh it will arrive, ten versts south of Hamour, at the Mourad-tchai defile ; then the line will follow the crest of the Alla-Dagh and the summits of the Hori and Tandourek, and, passing south of the Bayazet Valley, will proceed to rejoin the old Turko-Persian frontier to the south of the lake of Kazli-gueul.] The definitive limits of the territory annexed to Russia, [and indicated on the map hereto appended,] will be fixed by a Commission composed of Russian and Ottoman delegates.

This Commission in its labors will take into account the topography of localities, as well as considerations of good administration and other conditions calculated to insure the tranquility of the country.

(*c.*) The territories [mentioned in paragraphs (*a*) and (*b*)] are ceded to Russia as an equivalent for the sum of one billion, two hundred million rubles. As for the rest of the indemnity, apart from the 10,000,000 rubles intended to indemnify Russian interests and establishments in Turkey—namely, 300,000,000 rubles—the mode of payment and guarantee of that sum shall be settled by an understanding between the Imperial Government of Russia and that of His Majesty the Sultan.

(*d.*) The 10,000,000 rubles claimed as indemnity for the Russian subjects and establishments in Turkey shall be paid as soon as the claims of those interested are examined by the Russian Embassy at Constantinople and handed to the Sublime Porte.

ART. XX. The Sublime Porte will take effective steps to put an amicable end to the lawsuits of Russian subjects pending for several years, to indemnify the latter if need be, and to carry into effect without delay all judgments passed.

ART. XXI. The inhabitants of the districts ceded to Russia who wish to take up their residence out of these territories will be free to retire on selling all their real property. For this purpose an interval of three years is granted them, counting from the date of ratification of the present Act.

On the expiration of that time those of the inhabitants who shall not have sold their real property and left the country shall remain Russian subjects.

Real property belonging to the State, or to religious establishments situated out of the localities aforesaid, shall be sold within the same Interval of three years as shall be arranged by a special Russo-Turkish Commission. The same Commission shall be entrusted with determining how the Ottoman Government is to remove its war material, munitions, supplies, and other State property actually in the forts, towns, and localities ceded to Russia, and not at present occupied by Russian troops.

ART. XXII. Russian ecclesiastics, pilgrims, and monks traveling or sojourning in Turkey in Europe or in Asia shall enjoy the same rights, advantages, and privileges as the foreign ecclesiastics of any other nationality.

Berenice Navarro González

The right of official protection by the Imperial Embassy and Russian Consulates in Turkey is recognized, both as regards the persons above-mentioned, and their possessions, religious houses, charitable institutions, &c., in the Holy Places and elsewhere.

The monks of Mount Athos, of Russian origin, shall be maintained in all their possessions and former privileges, and shall continue to enjoy in the three convents belonging to them and in the adjoining buildings the same rights and privileges as are assured to the other religious establishments and convents of Mount Athos.

ART. XXIII. All Treaties, Conventions, and agreements previously concluded between the two High Contracting Parties relative to commerce, jurisdiction, and the position of Russian subjects in Turkey, and which had been abrogated by the state of war, shall come into force again, with the exception of the clauses affected by the present Act. The two Governments will be placed again in the same relation to one another, with respect to all their engagements and commercial and other relations, as they were in before the declaration of war.

ART. XXIV. The Bosphoras and the Dardanelles shall remain open in time of war as in time of peace to the merchant-vessels of neutral States arriving from or bound to Russian ports. The Sublime Porte consequently engages never henceforth to establish at the ports of the Black Sea and the Sea of Azov, a fictitious blockade (*blocus fictif*), at variance with the spirit of the Declaration signed at Paris on the 4/16th April, 1856.

ART. XXV. Within three months after the conclusion of the definitive peace between His Majesty the Emperor of Russia and *His* Majesty the Sultan, the Russian army will withdraw completely from European territories of Turkey, with the exception of Bulgaria.

In order to save time, and to avoid the cost of the prolonged maintenance of the Russian troops in Turkey and Romania, part of the Imperial army may proceed to the ports of the Black Sea and the Sea of Marmora, to be there shipped in vessels belonging to the Russian Government or chartered for the occasion.

The withdrawal from Turkey in Asia will be effected within the space of six months, dating from the conclusion of the definitive peace, and the Russian troops will be entitled to take ship at Trebizond in order to return by the Caucasus or the Crimea.

Withdrawal operations will begin immediately after the exchange of ratifications.

ART. XXVI. As long as the Imperial Russian troops remain in the localities which, in conformity with the present Act, will be restored to the Sublime Porte, the administration and order of affairs will continue in the same state as has existed since the occupation. The Sublime Porte will not participate therein during all that time, nor until the entire departure of all the troops.

The Ottoman forces shall not enter the places to be restored to the Sublime Porte, and the Sublime Porte cannot begin to exercise its authority there until notice of each fortress and province having been evacuated by the Russian troops shall have been given by the Commander of these troops to the officer appointed for this purpose by the Sublime Porte.

ART. XXVII. The Sublime Porte undertakes not to punish in any manner, or allow to be punished, those Ottoman subjects who may have been compromised by their relations with the Russian army during the war. In the event of any persons wishing to withdraw with their families when the Russian troops leave, the Ottoman authorities shall not oppose their departure.

ART. XXVIII. Immediately upon the ratification of the Preliminaries of Peace, the prisoners of war shall be reciprocally restored under the care of special Commissioners appointed on both sides, who for this purpose shall go to Odessa and Sebastopol. The Ottoman Government will pay all the expenses of the maintenance of the prisoners that are returned to them, in eighteen equal installments in the space of six years, in accordance with the accounts that will be drawn up by the above-mentioned Commissioners.

The exchange of prisoners between the Ottoman Government and the Governments of Romania, Serbia, and Montenegro will be made on the same basis, deducting, however, in the account, the number of prisoners restored by the Ottoman Government from the number of prisoners that will have to be restored to that Government.

ART. XXIX. The present Act shall be ratified by their Imperial Majesties the Emperor of Russia and the Emperor of the Ottomans, and the ratifications shall be exchanged in fifteen days, or sooner if possible, at St. Petersburg, where likewise an agreement shall be come to as to the place and the time at which the stipulations of the present Act shall be invested with all the solemn forms usually observed in Treaties of Peace. It is, however, well understood that the High Contracting Parties consider themselves as formally bound by the present Act from the moment of its ratification.

In witness whereof the respective Plenipotentiaries have appended their signatures and seals to the present Act.

Done at San Stefano, the 19 February/3 March, one thousand eight hundred and seventy-eight.

C^{te}. N. IGNATIEV. SAFVET.

NELIDOV. SADOULLAH.

[Final paragraph of Article XI of the Act of the Preliminaries of Peace signed this day..., which was omitted, and which should form an integral part of the said Article:—

The inhabitants of the Principality of Bulgaria when traveling or sojourning in the other parts of the Ottoman Empire shall be subject to the Ottoman laws and authorities.]

[The same signatures.]

San Stefano, February 19/March 3, 1878

7. Mapa de la península de los Balcanes tras la firma del Tratado de San Stefano de 1878



Fuente. The Eastern Crisis, s/a

8. TREATY BETWEEN GREAT BRITAIN, GERMANY, AUSTRIA, FRANCE, ITALY, RUSSIA, AND TURKEY FOR THE SETTLEMENT OF AFFAIRS IN THE EAST.

Signed at Berlin, July 13, 1878.

In the name of Almighty God.

Her Majesty the Queen of the United Kingdom of Great Britain and Ireland, Empress of India, His Majesty the Emperor of Germany, King of Prussia, His Majesty the Emperor of Austria, King of Bohemia, &c, and King Apostolic of Hungary, the President of the French Eepublic, His Majesty the King of Italy, His Majesty the Emperor of all the Russias, and His Majesty the Emperor of the Ottomans, being desirous to regulate, with a view to European order, conformably to the stipulations of the Treaty of Paris of 30th March, 1856, the questions raised in the East by the events of late years and by the war terminated by the preliminary Treaty of San Stefano, have been unanimously of opinion that the meeting of a Congress would offer the best means of facilitating an understanding.

Their said Majesties and the President of the French Eepublic have, in consequence, appointed as their Plenipotentiaries, that is to say:

Her Majesty the Queen of the United Kingdom of Great Britain and Ireland, Empress of India, the Eight Honourable Benjamin Disraeli, Earl of Beaconsfield, Viscount Hughenden, a Peer of Parliament, Member of Her Majesty's Most Honourable Privy Council, First Lord of Her Majesty's Treasury, and Prime Minister of England; the Most Honourable Eobert Arthur Talbot Gascoyne Cecil, Marquis of Salisbury, Earl of Salisbury, Viscount Cranborne, Baron Cecil, a Peer of Parliament, Member of Her Majesty's Most Honourable Privy Council, Her Majesty's Principal Secretary of State for Foreign Affairs; and the Eight Honourable Lord Odo William Leopold Eussell, Member of Her Majesty's Privy Council, Her Ambassador Extraordinary and Plenipotentiary at the Court of His Majesty the Emperor of Germany, King of Prussia;

His Majesty the Emperor of Germany, King of Prussia, Otho, Prince Bismarck, His President of the Council of Ministers of Prussia, Chancellor of the Empire; Bernard Ernest de Bulow, His Minister of State and Secretary of State for Foreign Affairs; and Chlodwig Charles Victor, Prince of Hohenlohe-Schillingsfurst, Prince of Eatibor and Corvey, His Ambassador Extraordinary and Plenipotentiary to the French Eepublic, Great Chamberlain of the Crown of Bavaria;

His Majesty the Emperor of Austria, King of Bohemia, &c, and King Apostolic of Hungary, Jules, Count Andrassy of Csik Szent-Kiraly and Krasna-Horka, Grandee of Spain of the First Class, Privy Councillor. His Minister of the Imperial Household and for Foreign Affairs, Lieutenant Field-Marshal in his armies; Louis Count Karolyi of Nagy-Karolyi, Chamberlain and Privy Councillor, His Ambassador Extraordinary and Plenipotentiary at the Court of His Majesty the Emperor of Germany, King of Prussia; and Henri, Baron de Haymerle, Privy Councillor, His Ambassador Extraordinary and Plenipotentiary at the Court of His Majesty the King of Italy;

The President of the French Republic, William Henri Waddington, Senator, Member of the Institute, Minister Secretary of State for Foreign Affairs; Charles Eaymond de la Croix de Cheviere, Count de Saint Vallier, Senator, Ambassador Extraordinary and Plenipotentiary from France at the Court of His Majesty the Emperor of Germany, King of Prussia; and Felix Hippolyte Desprez, Councillor of State; Minister Plenipotentiary of the First Class, charged with the direction of Political Affairs at the Department of Foreign Affairs;

His Majesty the King of Italy, Louis, Count Corti, Senator, His Minister for Foreign Affairs; and Edward, Count de Launay, His Ambassador Extraordinary and Plenipotentiary at the Court of His Majesty the Emperor of Germany, King of Prussia;

His Majesty the Emperor of all the Eussias, Alexander, Prince Gortchakow, His Chancellor of the Empire; Peter, Count de Schouvaloff, General of Cavalry, His Aide-de-camp General, Member of the Council of the Empire, and His Ambassador Extraordinary and Plenipotentiary at the Court of Her Britannic Majesty; and Paul d'Oubril, Privy Councillor, His Ambassador Extraordinary and Plenipotentiary at the Court of His Majesty the Emperor of Germany, King of Prussia;

And His Majesty the Emperor of the Ottomans, Alexander Caratheodory Pasha, His Minister of Public Works; Mehemed AH Pasha, Mushir of His Armies; and Sadoullah Bey, His Ambassador Extraordinary and Plenipotentiary at the Court of His Majesty the Emperor of Germany, King of Prussia;

Who, in accordance with the proposal of the Court of Austria-Hungary, and on the invitation of the Court of Germany, have met at Berlin furnished with full powers, which have been found in good and due form.

An understanding having been happily established between them, they have agreed to the following stipulations:

Article I.

Bulgaria is constituted an Autonomous and tributary Principality under the suzerainty of His Imperial Majesty the Sultan; it will have a Christian Government and a national militia.

Article II.

The Principality of Bulgaria will include the following territories:

The frontier follows on the north the right bank of the Danube from the former frontier of Servia up to a point to be determined by a European Commission to the east of Silistria, and thence runs to the Black Sea to the south of Mangalia, which is included in the Eoumanian territory. The Black Sea forms the eastern boundary of Bulgaria. On the south the frontier follows upwards from its mouth the mid-channel of the brook near which are situated the villages of Hodzakioj, Selam-Kioj, Aivadsik, Kulibe, Sudzuluk; crosses obliquely the valley of the Deli-Kamcik, passes south of Belibe and Kemhalik and north of Hadzimahale after having crossed the Deli-Kamcik at 21/2 kilom. above Cengei; reaches the crest at a point situated between Tekenlik and Aidos-Bredza, and follows it by Karnabad Balkan, Prisevica Balkan, Kazan Balkan to the north of Kotel as far as Demir Kapu. It proceeds by the principal chain of the Great Balkan, the whole length of which it follows up to the summit of Kosica.

There it leaves the crest of the Balkan, descends southwards between the villages of Pirtop and Duzanci, the one being left to Bulgaria and the other to Eastern Boumelia, as far as the brook of Tuzlu Dere, follows that

Berenice Navarro González

stream to its junction with the Topolnica, then the latter river until it meets the Smovskio Dere near the village of Petricevo, leaving to Eastern Eoumelia a zone with a radius of 2 kilom. above that junction, ascends between the brooks of Smovskio Dere and the Kamenica, following the line of the watershed so as to turn to the south-west at the level of Voinjak and reach directly the point 875 of the Austrian Staff map.

The frontier line cuts at right angles the upper basin of the brook of Ichtiman Dere, passes between Bogdina and Karaula, so as to rejoin the line of the watershed separating the basins of the Isker and the Marica, between Carmurli and Hadzilar, follows that line by the summits of Velina Mogila, the "col" 531, Zmailica Vrh, Sumnatica, and rejoins the administrative boundary of the Sandjak of Sofia between Sivri Tas and Cadir Tepe.

Prom Cadir Tepe, the frontier, taking a south-westerly direction, follows the watershed between the basins of the Mesta Karasu on the one side and the Struma Karasu on the other, runs along the crests of the mountains of Ehodope called Demir Kapu, Iskoftepe, Kadimesar Balkan, and Aiji Geduk up to Kapetnik Balkan, and thus joins the former administrative frontier of the Sandjak of Sofia.

Prom Kapetnik Balkan the frontier is indicated by the watershed between the valleys of the Eilska reka and of the Bistrica reka, and follows the ridge called Vodenica Planina, descending into the valley of the Struma at the junction of this river with the Eilska reka, leaving the vil lage of Barakli to Turkey. It ascends then south of the village of Jelesnica, and reaches by the shortest line the chain of Golema Planina at the summit of Gitka, and rejoins there the former administrative frontier of the Sandjak of Sofia, leaving, however, to Turkey the whole of the basin of the Suha reka.

From Mount Gitka the western frontier goes towards Mount Crni Vrh by the mountains of Karvena Jabuka, following the former administrative limit of the Sandjak of Sofia in the upper part of the basins of Egrisu and of the Lepnica, ascends with it the crests of Babina Polana, and reaches Mount Crni Vrh.

From Mount Crni Vrh the frontier follows the watershed between the Struma and the Morava by the summits of the Streser, Vilogolo, and Mesid Planina, rejoins by the Gacina, Crna, Trava, Darkovska, and Drainica Plan, then the Descani Kladanec, the watershed of the High Sukowa and of the Morava, goes straight to the Stol, and descends from it so as to cut the road from Sofia to Pirot, 1,000 metres north-west of the village of Segusa. It ascends in a straight line the Vidlic Planina and thence Mount Eadocina in the chain of the Kodza Balkan, leaving to Servia the village of Doikinci, and to Bulgaria that of Senakos.

From the summit of Mount Eadocina the frontier follows towards the west the crest of the Balkans by Ciprovec Balkan and Stara Planina up to the former eastern frontier of the Principality of Servia, near to the Kula Smiljova Cuka, and thence that former frontier as far as the Danube, which it rejoins at Eakovitza.

This delimitation shall be fixed on the spot by the European Commission, on which the Signatory Powers shall be represented. It is understood —

1. That this Commission will take into consideration the necessity for His Imperial Majesty the Sultan to be able to defend the Balkan frontiers of Eastern Boumelia.
2. That no fortifications may be erected within a radius of 10 kilom. from Samakow.

Article III.

The Prince of Bulgaria shall be freely elected by the population and confirmed by the Sublime Porte, with the assent of the Powers. No member of the reigning Dynasties of the Great European Powers may be elected Prince of Bulgaria.

In case of a vacancy in the princely dignity, the election of the new Prince shall take place under the same conditions and with the same forms.

Article IV.

An Assembly of Notables of Bulgaria, convoked at Timovo, shall, before the election of the Prince, draw up the Organic Law of the Principality.

In the districts where Bulgarians are intermixed with Turkish, Roumanian, Greek, or other populations, the rights and interests of these populations shall be taken into consideration as regards the elections and the drawing up of the Organic Law.

Article V.

The following points shall form the basis of the public law of Bulgaria:

The difference of religious creeds and confessions shall not be alleged against any person as a ground for exclusion or incapacity in matters relating to the enjoyment of civil and political rights, admission to public employments, functions, and honours, or the exercise of the various professions and industries in any locality whatsoever.

The freedom and outward exercise of all forms of worship are assured to all persons belonging to Bulgaria, as well as to foreigners, and no hindrance shall be offered either to the hierarchical organization of the different communions, or to their relations with their spiritual chiefs.

Article VI.

The provisional administration of Bulgaria shall be under the direction of an Imperial Russian Commissary until, the completion of the Organic Law. An Imperial Turkish Commissary, as well as the Consuls delegated ad hoc by the other Powers, signatory to the present Treaty, shall be called to assist him so as to control the working of this provisional regime. In case of disagreement amongst the Consular Delegates, the vote of the majority shall be accepted, and in case of a divergence between the majority and the Imperial Russian Commissary or the Imperial Turkish Commissary, the Representatives of the Signatory Powers at Constantinople, assembled in Conference, shall give their decision.

Article VII.

The provisional regime shall not be prolonged beyond a period of nine months from the exchange of the ratifications of the present Treaty.

When the Organic Law is completed the election of the Prince of Bulgaria shall be proceeded with immediately. As soon as the Prince shall have been installed, the new organization shall be put into force, and the principality shall enter into the full enjoyment of its autonomy.

Article VIII.

The Treaties of Commerce and of Navigation as well as all the Conventions and arrangements concluded between Foreign Powers and the Porte, and now in force, are maintained in the Principality of Bulgaria, and no change shall be made in them with regard to any Power without its previous consent.

No transit duties shall be levied in Bulgaria on goods passing through that Principality.

The subjects and citizens and commerce of all the Powers shall be treated in the Principality on a footing of strict equality.

The immunities and privileges of foreigners, as well as the rights of Consular jurisdiction and protection as established by the Capitulations and usages, shall remain in full force so long as they shall not have been modified with the consent of the parties concerned.

Article IX.

The amount of the annual tribute which the Principality of Bulgaria shall pay to the Suzerain Court — such amount being paid into whatever bank the Porte may hereafter designate — shall be fixed by an agreement between the Powers Signatory of the present Treaty at the close of the first year of the working of the new organization. This tribute shall be calculated on the mean revenue of the territory of the Principality.

As Bulgaria is to bear a portion of the public debt of the Empire, when the Powers fix the tribute they shall take into consideration what portion of that debt can, on the basis of a fair proportion, be assigned to the Principality.

Article X.

Bulgaria takes the place of the Imperial Ottoman Government in its undertakings and obligations towards the Eustchuk- Varna Railway Company, dating from the exchange of the ratifications of the present Treaty. The settlement of the previous accounts is reserved for an understanding between the Sublime Porte, the Government of the Principality, and the administration of this Company.

The Principality of Bulgaria likewise, so far as it is concerned, takes the place of the Sublime Porte in the engagements which the latter has contracted, as well towards Austria-Hungary as towards the Company, for working the railways of European Turkey in respect to the completion and connection, as well as the working of the railways situated in its territory.

The Conventions necessary for the settlement of these questions shall be concluded between Austria-Hungary, the Porte, Servia, and the Principality of Bulgaria immediately after the conclusion of peace.

Article XI.

The Ottoman army shall no longer remain in Bulgaria; all the old fortresses shall be razed at the expense of the Principality within one year or sooner if possible; the local Government shall immediately take steps for their demolition, and shall not construct fresh ones.

The Sublime Porte shall have the right of disposing as it likes of the war material and other effects belonging to the Ottoman Government which may have remained in the fortresses of the Danube already evacuated in virtue of the Armistice of the 31st January, as well as of those in the strongholds of Shumla and Varna.

Article XII.

Mussulman proprietors or others who may take up their abode outside the Principality may continue to hold there their real property, by farming it out, or having it administered by third parties.

A Tureo-Bulgarian Commission shall be appointed to settle, within a period of two years, all questions relative to the mode of alienation, working, or use on the account of the Sublime Porte, of property belonging to the State and religious foundations (vakoufs), as well as of the questions regarding the interests of private persons engaged therein.

Persons belonging to the Principality of Bulgaria, who shall travel or dwell in the other parts of the Ottoman Empire, shall be subject to the Ottoman authorities and laws.

Article XIII.

A province is formed south of the Balkans which will take the name of "Eastern Roumelia," and will remain under the direct political and military authority of His Imperial Majesty the Sultan, under conditions of administrative autonomy. It shall have a Christian Governor-General.

Article XIV.

Eastern Eoumelia is bounded on the north and north-west by Bulgaria, and comprises the territories included by the following line:

Starting from the Black Sea the frontier follows upwards from its mouth the mid-channel of the brook near which are situated the vil lages of Hodzakioj, Selam-Kioj, Aivadsik, Kulibe, Sudzuluk, crosses obliquely the valley of the Deli Kamcik, passes south of Belibe and Kemhalik, and north of Hadzimahale, after having crossed the Deli-Kamcik 2 1/2 kilom. above Cengei; reaches the crest at a point situated between Tekenlik and Aidos-Bredza, and follows it by Karnabad Balkan, Prisevica Balkan, Kazan Balkan to the north of Kotel as far as Demirkapu. It proceeds by the principal chain of the Great Balkan, the whole length of which it follows up to the summit of Kosica.

At this point the western frontier of Roumelia leaves the crest of the Balkan, descends southwards between the villages of Pirtop and Duzanci — the one being left to Bulgaria and the other to Eastern Roumelia, as far as the brook of Tuzlu Dere, follows that stream to its junction with the Topolnica, then the latter river until it meets the Smovskio Dere near the village of Petricevo, leaving to Eastern Roumelia a zone with a radius of 2 kilom. above that junction, ascends between the brooks of Smovskio Dere and the Kamenica, following the line of the watershed so as to turn to the south-west at the level of Voinjak and reach directly the point 875 of the Austrian Staff map.

The frontier line cuts at right angles the upper basin of the brook of Ichtiman Dere, passes between Bogdina and Karaula, so as to rejoin the line of the watershed separating the basins of the Isker and the Marica,

Berenice Navarro González

between Camurli and Hadzilar, follows that line by the summits of Velina Mogila, the "col" 531, Zmailica Vrh, Sumnatiea, and rejoins the administrative boundary of the Sandjak of Sofia between Sivri Tas and Cadir Tepe.

The frontier of Roumelia leaves that of Bulgaria at Mount Cadir Tepe, following the line of the watershed between the basins of the Marica and of its affluents on one side, and of the Mesta Karasu and of its affluents on the other, and takes the direction south-east and then south along the crest of the Despoto Dagh Mountains, towards Mount Kruschowa (whence starts the frontier line of the Treaty of San Stefano).

From Mount Kruschowa the frontier is the same as the line laid down by the Treaty of San Stefano, that is to say, the chain of the Black Balkans (Kara Balkan), the mountains Kulaghy-Dagh, Eschek-Tshepellu, Karakolas, and Ischiklar, from whence it descends due south-east till it reaches the River Arda, and follows the mid-channel of this river up to a point close to the village of Adacali, which remains to Turkey.

Prom this point the frontier line ascends the crest of the Bestepe-Dagh, which it follows, then descends and crosses the Maritza, at a point situated 5 kilom. above the bridge of Mustafa Pasha; thence it takes a northerly direction by the line of the watershed between Demirhanli Dere and the small affluents of the Maritza to Kudeler Bair, whence it runs east to Sakar Bair; from this point it crosses the valley of the Tundza in the direction of Bujuk Derbend, which is left to the north, as also is Soudzak. From Bujuk Derbend it regains the line of the watershed between the affluents of the Tundza on the north and those of the Maritza on the south, up to the level of Kaibilar, which is included in Eastern Roumelia, and passes to the south of V. Almali between the basin of the Maritza to the south and the various streams which flow straight into the Black Sea, between the villages of Belevrin and Alatli; it follows to the north of Karanlik the crests of Visna and Zuvak, the line which separates the waters of the Duka and those of the Karagac-Su, and rejoins the Black Sea between those two rivers.

Article XV.

His Majesty the Sultan shall have the right of providing for the defense of the land and sea frontiers of the province by erecting fortifications on those frontiers, and maintaining troops there.

Internal order is maintained in Eastern Roumelia by a native gendarmerie assisted by a local militia.

In forming these corps, the officers of which are nominated by the Sultan, regard shall be paid in the different localities to the religion of the inhabitants.

His Imperial Majesty the Sultan undertakes not to employ irregular troops, such as Bashi-Bazouks and Circassians, in the garrisons of the frontiers. The regular troops detailed for this service must not in any case be billeted on the inhabitants. When they pass through the province they shall not make a stay there.

Article XVI.

The Governor-General shall have the right of summoning the Ottoman troops in the event of the internal or external security of the province being threatened. In such an eventuality the Sublime Porte shall inform the Representatives of the Powers at Constantinople of such a decision, as well as of the exigencies which justify it.

Article XVII.

The Governor-General of Eastern Eoumelia shall be nominated by the Sublime Porte, with the assent of the Powers, for a term of five years.

Article XVIII.

Immediately after the exchange of the ratifications of the present Treat, a European Commission shall be formed to arrange, in concert with the Ottoman Porte, the organization of Eastern Eoumelia. This Commission will have to determine, within three months, the powers and functions of the Governor-General, as well as the administrative, judicial, and financial system of the province, taking as its basis the various laws for the vilayets and the proposals made in the eighth sitting of the Conference of Constantinople.

The whole of the arrangements determined on for Eastern Roumelia shall form the subject of an Imperial Firman, which will be issued by the Sublime Porte, and which it will communicate to the Powers.

Article XIX.

The European Commission shall be charged to administer, in concert with the Sublime Porte, the finances of the province until the completion of the new organization.

Article XX.

The Treaties, Conventions, and international arrangements of any kind whatsoever, concluded or to be concluded between the Porte and foreign Powers, shall apply in Eastern Eoumelia as in the whole Ottoman Empire. The immunities and privileges acquired by foreigners, whatever their status, shall be respected in this province. The Sublime Porte undertakes to enforce there the general laws of the Empire on religious liberty in favour of all forms of worship.

Article XXI.

The rights and obligations of the Sublime Porte with regards to the railways of Eastern Eoumelia are maintained in their integrity.

Article XXII.

The strength of the Eussian corps of occupation in Bulgaria and Eastern Eoumelia, which shall be composed of six divisions of infantry and two divisions of cavalry, shall not exceed 50,000 men. It shall be maintained at the expense of the country occupied. The army of occupation will preserve its communications with Eussia not only through Roumania, in accordance with arrangements to be concluded between the two States, but also through the ports of the Black Sea, Varna and Bourgas, where it may, during the period of occupation, organize the necessary depots.

The period of the occupation of Eastern Eoumelia and Bulgaria by the Imperial Russian troops is fixed at nine months from the date of the exchange of the ratifications of the present Treaty.

The Imperial Russian Government undertakes that within a further period of three months the passage of its troops across Roumania shall cease, and that Principality shall be completely evacuated.

Article XXIII.

The Sublime Porte undertakes scrupulously to apply in the Island of Crete the Organic Law of 1868, with such modifications as may be considered equitable.

Similar laws adapted to local requirements, excepting as regards the exemption from taxation granted to Crete, shall also be introduced into the other parts of Turkey in Europe for which no special organization has been provided by the present Treaty.

The Sublime Porte shall depute special Commissions, in which the native element shall be largely represented, to settle the details of the new laws in each province.

The schemes of organization resulting from these labours shall be submitted for examination to the Sublime Porte, which, before promulgating the Acts for putting them into force, shall consult the European Commission instituted for Eastern Roumelia.

Article XXIV.

In the event of the Sublime Porte and Greece being unable to agree upon the rectification of the frontier suggested in the 13th Protocol of the Congress of Berlin, Germany, Austria-Hungary, Prance, Great Britain, Italy, and Russia reserve to themselves to offer their mediation to the two parties to facilitate negotiations.

Article XXV.

The Provinces of Bosnia and Herzegovina shall be occupied and administered by Austria-Hungary. The Government of Austria-Hungary, not desiring to undertake the administration of the Sandjak of Novi-Bazar, which extends between Servia and Montenegro in a south-easterly direction to the other side of Mitrovitza, the Ottoman Administration will continue to exercise its functions there. Nevertheless, in order to assure the maintenance of the new political state of affairs, as well as freedom and security of communications, Austria-Hungary reserves the right of keeping garrisons and having military and commercial roads in the whole of this part of the ancient Vilayet of Bosnia. To this end the Governments of Austria-Hungary and Turkey reserve to themselves to come to an understanding on the details.

Article XXVI.

The independence of Montenegro is recognized by the Sublime Porte and by all those of the High Contracting Parties who had not hitherto admitted it.

Article XXVII.

The High Contracting Parties are agreed on the following conditions:

In Montenegro the difference of religious creeds and confessions shall not be alleged against any person as a ground for exclusion or incapacity in matters relating to the enjoyment of civil and political rights, admission to public employments, functions, and honours, or the exercise of the various professions and industries in any locality whatsoever.

The freedom and outward exercise of all forms of worship shall be assured to all persons belonging to Montenegro, as well as to foreigners, and no hindrance shall be offered either to the hierarchical organization of the different communions, or to their relations with their spiritual chiefs.

Article XXVIII.

The new frontiers of Montenegro are fixed as follows:

Starting at Ilino-brdo to the north of Klobuk, the line descends to the Trebinjcica towards Grancarevo, which remains to Herzegovina, then ascends the course of that river up to a point 1 kilom. below its confluence with the Cepelica, and from thence passes by the most direct line on to the heights which border the River Trebinjcica. It then proceeds in the direction of Pilatova, leaving that village to Montenegro, and continues along the heights in a northerly direction, maintaining as far as possible a distance of 6 kilom. from the Bilek-Korito-Gacko road, up to the "col" between the Somina Planina and Mount Curilo, whence it proceeds in an easterly direction by Vratkovici, leaving this village to Herzegovina, up to Mount Orlina. Starting from this point the frontier, leaving Eavno to Montenegro, goes straight to the north-north-east, crossing the summits of the Lebersnik and of the Volujak, then descends by the shortest line on to the Eiver Piva, which it crosses and rejoins the Kiver Tara, passing between Crkiica and Nedvina. From this point it ascends the Tara to Mojkovac, from which place it passes along the crest of the ridge as far as Siskojezero. Leaving this point, it coincides with the former frontier as far as the village of Sekulare. From there the new frontier passes along the crests of the Mokra Planina, the village of Mokra remaining to Montenegro; it then reaches the point 2166 on the Austrian Staff Map, following the principal chain and the line of the watershed between the Lim on the one side, and the Drin as well as the Cievna (Zem) on the other.

It then coincides with the existing boundaries between the tribe of the Kuci-Drekalovici on one side, and the Kucka-Krajna, as well as the tribes of the Klementi and Grudi, on the other, to the plain of Podgorica, from whence it proceeds towards Plavnica, leaving the Klementi, Grudi, and Hoti tribes to Albania.

Thence the new frontier crosses the lake near the Islet of Gorica- Topal, and, from Gorica-Topal, takes a straight line to the top of the crest, whence it follows the watershed between Megured and Kalimed, leaving Mrkovic to Montenegro, and reaching the Adriatic at V. Kruci.

On the north-west the frontier will be formed by a line passing from the coast between the villages of Susana and Zubci, and terminating at the extreme south-east point of the existing frontier of Montenegro on the Vrsuta Planina.

Article XXIX.

Antivari and its sea-board are annexed to Montenegro under the following conditions:

The districts situated to the south of that territory, in accordance with the delimitation above laid down, as far as the Boyana, including Dulcinjo, shall be restored to Turkey.

The Commune of Spica, as far as the southernmost point of the territory indicated in the detailed description of the frontiers, shall be incorporated with Dalmatia.

Berenice Navarro González

Montenegro shall have full and complete freedom of navigation on the Boyana. No fortifications shall be constructed on the course of that river except such as may be necessary for the local defense of the strong-hold of Scutari, and they shall not extend beyond a distance of 6 kilom. from that town.

Montenegro shall have neither ships of war nor flag of war.

The port of Antivari and all the waters of Montenegro shall remain closed to the ships of war of all nations.

The fortifications situated on Montenegrin territory between the lake and the coasts shall be razed, and none shall be rebuilt within this zone.

The administration of the maritime and sanitary police, both at Antivari and along the coast of Montenegro, shall be carried out by Austria-Hungary by means of light coast-guard boats.

Montenegro shall adopt the maritime code in force in Dalmatia. On her side Austria-Hungary undertakes to grant Consular protection to the Montenegrin merchant flag.

Montenegro shall come to an understanding with Austria-Hungary on the right to construct and keep up across the new Montenegrin territory a road and a railway.

Absolute freedom of communication shall be guaranteed on these roads.

Article XXX.

Mussulmans or others possessing property in the territories annexed to Montenegro, who may wish to take up their residence outside the Principality, can retain their real property either by farming it out, or by having it administered by third parties.

No one shall be liable to be expropriated otherwise than by legal process for the public welfare, and with a previous indemnity.

A Turco-Montenegrin Commission shall be appointed to settle, within a period of three years, all questions relative to the mode of alienation, working, or use, on the account of the Sublime Porte, of the property belonging to the State and religious foundations (Vakoufs), as well as of the questions regarding the interests of private parties engaged therein.

Article XXXI.

The Principality of Montenegro shall come to a direct understanding with the Ottoman Porte with regard to the establishment of Montenegrin agents at Constantinople, and at certain places in the Ottoman Empire where the necessity for them shall be admitted.

Montenegrins travelling or residing in the Ottoman Empire shall be subject to the Ottoman laws and authorities, according to the general principles of international law, and the customs established with regard to Montenegrins.

Article XXXII.

The Montenegrin troops shall be bound to evacuate within twenty days from the date of ratification of the present Treaty, or sooner if possible, the territory that they occupy at present beyond the new limits of the Principality.

The Ottoman troops shall evacuate the territories ceded to Montenegro within the same period of twenty days. A supplementary period of fifteen days shall, however, be granted to them, as well for evacuating the fortresses and withdrawing the stores and material of war from them, as for drawing up inventories of the implements and articles which cannot be immediately removed.

Article XXXIII.

As Montenegro is to bear a portion of the Ottoman public debt for the new territories assigned to her by the Treaty of Peace, the Representatives of the Powers at Constantinople shall determine the amount of the same in concert with the Sublime Porte on an equitable basis.

Article XXXIV.

The High Contracting Parties recognize the independence of the Principality of Servia, subject to the conditions set forth in the following

Article XXXV.

In Servia the difference of religious creeds and confessions shall not be alleged against any person as a ground for exclusion or incapacity in matters relating to the enjoyment of civil and political rights, admission to public employments, functions, and honours, or the exercise of the various professions and industries, in any locality whatsoever.

The freedom and outward exercise of all forms of worship shall be assured to all persons belonging to Servia, as well as to foreigners, and no hindrance shall be offered either to the hierarchical organization of the different communions, or to their relations with their spiritual chiefs.

Article XXXVI.

Servia receives the territories included in the following delimitation:

The new frontier follows the existing line ascending the mid channel of the Drina from its confluence with the Save, leaving Mali Zwoznik and Sakhar to the Principality, and continues to follow the former boundary of Servia as far as the Kopaonik, leaving it at the summit of the Kanilug. From that point it follows at first the western boundary of the Sandjak of Nisch by the southern spur of the Kopaonik, by the crests of the Marica and Mrdar Planina, which form the watershed between the basins of the Ibar and Sitnica on one side, and that of the Toplica on the other, leaving Prepolac to Turkey.

It then turns to the south by the watershed between the Brvenica and the Medvedja, leaving the whole of the basin of the Medvedja to Servia; follows the crests of the Goljak Planina (which forms the watershed between the Kriva-Rjeka on one side and the Poljanica, Veternica, and Morawa on the other), as far as the summit of the Poljanica. It then follows the spur of the Karpina Planina as far as the confluence of the Koinska and the Morawa,

Berenice Navarro González

crosses this river, and ascends by the watershed between the Koinska brook and the stream which falls into the Morawa near Neradovce, to reach the Sv. Ilija Planina above Trgoviste. Thence it follows the crest of the Sv. Ilija as far as Mount Kljuc, and passing by the points marked 1516 and 1547 on the map, and by the Babina Gora, it reaches Mount Crni-Vrh.

Prom Mount Crni Vrh, the new delimitation coincides with that of Bulgaria, that is to say:

The line of frontier follows the watershed between the Struma and the Morawa by the summits of Streser, Vilogolo, and Mesid Planina, rejoins by the Gacina, Crna Trava, Darkovska, and Drainica Plan, then the Descani Kladanec, the watershed of the High Sukowa and of the Morawa, goes straight to the Stol, and descends from it so as to cut the road from Sofia to Pirot, 1,000 metres north-west of the village of Segusa. It ascends in a straight line the Vidlic Planina, and thence Mount Radocina in the chain of the Kodza Balkan, leaving to Servia the village of Doikinci, and to Bulgaria that of Sanakos.

Prom the summit of Mount Eadocina the frontier follows towards the north-west, the crest of the Balkans by Ciprovec Balkan and Stara Planina up to the former eastern frontier of the Principality of Servia, near to the Kula Smiljova cuka, and thence that former frontier as far as the Danube, which it joins at Eakovitza.

Article XXXVII.

Until the conclusion of fresh arrangements no change shall be made in Servia in the actual conditions of the commercial intercourse of the Principality with foreign countries.

No transit duties shall be levied on goods passing through Servia.

The immunities and privileges of foreign subjects, as well as the rights of Consular jurisdiction and protection, as at present existing, shall remain in full force so long as they shall not have been modified by mutual consent between the Principality and the Powers concerned.

Article XXXVIII.

The Principality of Servia takes the place, so far as it is concerned, of the Sublime Porte in the engagements which the latter has contracted as well towards Austria-Hungary as towards the Company for the working of the railways of Turkey in Europe, in respect to the completion and connection, as well as the working of the railways to be constructed on the territory newly acquired by the Principality.

The Conventions necessary for settling these questions shall be concluded, immediately after the signature of the present Treaty, between Austria-Hungary, the Porte, Servia, and, within the limits of its competency, the Principality of Bulgaria.

Article XXXIX.

Mussulmans possessing property in the territories annexed to Servia, who may wish to reside in the Principality, may retain their real property, either by farming it out or by having it administered by third parties.

A Turco-Servian Commission shall be appointed to settle, within a period of three years, all questions relative to the mode of alienation, working, or use, on the account of the Sublime Porte, of the property belonging to

the State and religious foundations (Vakoufs), as well as of the questions regarding the interests of private persons engaged therein.

Article XL.

Until the conclusion of a Treaty between Turkey and Servia, Servian subjects travelling or residing in the Ottoman Empire shall be treated according to the general principles of international law.

Article XLI.

The Servian troops shall be bound to evacuate within fifteen days from the exchange of the ratifications of the present Treaty the territory not comprised within the new limits of the Principality.

The Ottoman troops shall evacuate the territories ceded to Servia within the same term of fifteen days. A supplementary term of an equal number of days shall, however, be granted to them as well for evacuating the fortresses and withdrawing the provisions and material of war as for drawing up the inventory of the implements and objects which cannot be removed at once.

Article XLII.

As Servia is to bear a portion of the Ottoman Public Debt for the new territories assigned to her by the present Treaty, the Representatives at Constantinople shall fix the amount of it in concert with the Sublime Porte on an equitable basis.

Article XLIII.

The High Contracting Parties recognize the independence of Roumania, subject to the conditions set forth in the two following Articles.

Article XLIV.

In Roumania the difference of religious creeds and confessions shall not be alleged against any person as a ground for exclusion or incapacity in matters relating to the enjoyment of civil and political rights, admission to public employments, functions, and honours, or the exercise of the various professions and industries in any locality whatsoever.

The freedom and outward exercise of all forms of worship shall be assured to all persons belonging to the Eoumanian State, as well as to foreigners, and no hindrance shall be offered either to the hierarchical organization of the different communions, or to their relations with their spiritual chiefs.

The subjects and citizens of all the Powers, traders or others, shall be treated in Eoumania, without distinction of creed, on a footing of perfect equality.

Article XLV.

Berenice Navarro González

The Principality of Eoumania restores to His Majesty the Emperor of Eussia that portion of the Bessarabian territory detached from Eussia by the Treaty of Paris of 1856, bounded on the west by the mid-channel of the Pruth, and on the south by the mid-channel of the Kilia Branch and the Stary-Stamboul mouth.

Article XLVI.

The islands forming the Delta of the Danube, as well as the Isle of Serpents, the Sandjak of Toultscha, comprising the districts (cazas) of Kilia, Soulina Mahmoudie, Isaktcha, Toultscha, Matchin, Babadagh, Hirsovo, Kustendje, Medjidie, are added to Eoumania. The Principality receives in addition the territory situated to the south of the Dobroutcha as far as a line starting from the east of Silistria and terminating on the Black Sea, south of Mangalia.

The frontier line shall be determined on the spot by the European Commission appointed for the delimitation of Bulgaria.

Article XLVII.

The question of the division of the waters and the fisheries shall be submitted to the arbitration of the European Commission of the Danube.

Article XLVIII.

No transit duties shall be levied in Eoumania on goods passing through the Principality.

Article XLIX.

Roumania shall have power to make Conventions to determine the privileges and attributes of Consuls in regard to protection within the Principality. Existing rights shall remain in force so long as they shall not have been modified by the mutual consent of the Principality and the parties concerned.

Article L.

Until the conclusion of a Treaty between Turkey and Eoumania, fixing the privileges and attributes of Consuls, Eoumanian subjects travelling or residing in the Ottoman Empire, and Ottoman subjects travelling or residing in Eoumania, shall enjoy the rights guaranteed to the subjects of other European Powers.

Article LI.

With regard to public works and other enterprises of a like nature, Roumania shall be substituted for the Sublime Porte as regards its rights and obligations throughout the ceded territory.

Article LII.

In order to increase the guarantees which assure the freedom of navigation on the Danube which is recognized as of European interest, the High Contracting Parties determine that all the fortresses and fortifications existing on the course of the river from the Iron Gates to its mouths shall be razed, and no new ones erected. No

vessel of war shall navigate the Danube below the Iron Gates with the exception of vessels of light tonnage in the service of the river police and Customs. The "stationnaires" of the Powers at the mouths of the Danube may, however, ascend the river as far as Galatz.

Article LIII.

The European Commission of the Danube on which Roumania shall be represented is maintained in its functions, and shall exercise them hence-forth as far as Galatz in complete independence of the territorial authorities. All the Treaties, arrangements, acts, and decisions relating to its rights, privileges, prerogatives, and obligations are confirmed.

Article LIV.

One year before the expiration of the term assigned for the duration of the European Commission the Powers shall come to an understanding as to the prolongation of its powers, or the modifications which they may consider necessary to introduce.

Article LV.

The regulations respecting navigation, river police, and supervision from the Iron Gates to Galatz shall be drawn up by the European Commission, assisted by Delegates of the Eiverain States, and placed in harmony with those which have been or may be issued for the portion of the river below Galatz.

Article LVI.

The European Commission of the Danube shall come to an arrangement with the proper authorities to ensure the maintenance of the light-house on the Isle of Serpents.

Article LVII.

The execution of the works which have for their object the removal of the obstacles which the Iron Gates and the Cataracts place in the way of navigation is entrusted to Austria-Hungary. The Riverain States on this part of the river shall afford every facility which may be required in the interest of the works.

The provisions of the VIth Article of the Treaty of London of the 13th March, 1871, relating to the right of levying a provisional tax in order to cover the cost of these works, are maintained in favour of Austria-Hungary.

Article LVIII.

The Sublime Porte cedes to the Russian Empire in Asia the territories of Ardahan, Kars, and Batoum, together with the latter port, as well as all the territories comprised between the former Busso-Turkish frontier and the following line:

The new frontier starting from the Black Sea, and coinciding with the line laid down by the Treaty of San Stefano as far as a point to the north-west of Khorda, and to the south of Artwin, continues in a straight line as far as the Eiver Tchoukh, crosses this river and passes to the east of Aschmichen, going in a straight line to the

Berenice Navarro González

south so as to rejoin the Eussian frontier indicated in the Treaty of San Stefano, at a point to the south of Nariman, leaving the town of Olti to Eussia. From the point indicated near Nariman the frontier turns to the east, passes by Tebrenee, which remains to Eussia, and continues as far as the Pennek Tschai.

It follows this river as far as Bardouz, then turns towards the south, leaving Bardouz and Jonikioy to Eussia. From a point to the west of the village of Karaougan, the frontier takes the direction of Medjingert, continues in a straight line towards the summit of the Mountain Kassadagh, and follows the line of the watershed between the affluents of the Araxes on the north and those of the Mourad Sou on the south, as far as the former frontier of Eussia.

Article LIX.

His Majesty the Emperor of Eussia declares that it is his intention to constitute Batoum a free port, essentially commercial.

Article LX.

The valley of Alaschkerd and the town of Bayazid, ceded to Eussia by Article XIX of the Treaty of San Stefano, are restored to Turkey.

The Sublime Porte cedes to Persia the town and territory of Khotour, as fixed by the mixed Anglo-Eussian Commission for the delimitation of the frontiers of Turkey and of Persia.

Article LXI.

The Sublime Porte undertakes to carry out, without further delay, the improvements and reforms demanded by local requirements in the provinces inhabited by the Armenians, and to guarantee their security against the Circassians and Kurds.

It will periodically make known the steps taken to this effect to the Powers, who will superintend their application.

Article LXII.

The Sublime Porte having expressed the intention to maintain the principle of religious liberty, and give it the widest scope, the Contracting Parties take note of this spontaneous declaration.

In no part of the Ottoman Empire shall difference of religion be alleged against any person as a ground for exclusion or incapacity as regards the discharge of civil and political rights, admission to the public employments, functions and honours, or the exercise of the various professions and industries.

All persons shall be admitted, without distinction of religion, to give evidence before the tribunals.

The freedom and outward exercise of all forms of worship are assured to all, and no hindrance shall be offered either to the hierarchical organization of the various communions or to their relations with their spiritual chiefs.

Ecclesiastics, pilgrims, and monks of all nationalities travelling in Turkey in Europe, or in Turkey in Asia, shall enjoy the same rights, advantages, and privileges.

The right of official protection by the Diplomatic and Consular Agents of the Powers in Turkey is recognized both' as regards the above mentioned persons and their religious, charitable, and other establishments in the Holy Places and elsewhere.

The rights possessed by France are expressly reserved, and it is well understood that no alterations can be made in the status quo in the Holy Places.

The monks of Mount Athos, of whatever country they may be natives, shall be maintained in their former possessions and advantages, and shall enjoy, without any exception, complete equality of rights and prerogatives.

Article LXIII.

The Treaty of Paris of March 30, 1856, as well as the Treaty of London of March 13, 1871, are maintained in all such of their provisions as are not abrogated or modified by the preceding stipulations.

Article LXIV.

The present Treaty shall be ratified, and the ratifications exchanged at Berlin within three weeks, or sooner if possible.

In faith whereof the respective Plenipotentiaries have signed it, and affixed to it the seal of their arms.

Done at Berlin, the thirteenth day of the month of July, one thousand eight hundred and seventy-eight.

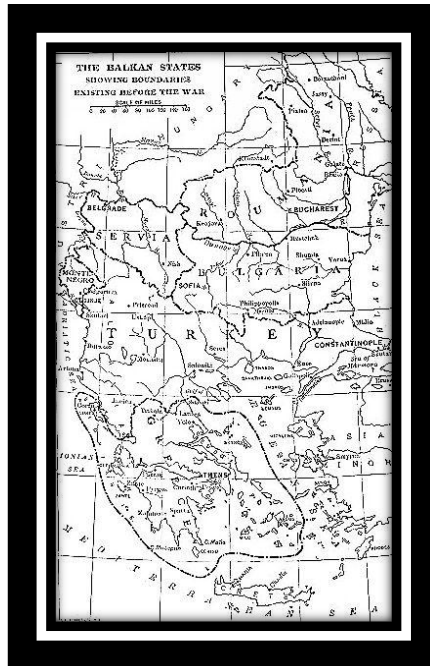
(L. S.) (Signed) Beaconsfield.	(L. S.)	Saint- Vallier.
(L. S.) Salisbury.	(L. S.)	H. Desprez.
(L. S.] Odo Eussell.	(L. S.)	L. Coeti.
(L. S.) v. Bismarck.	(L. S.)	Launay
(L. S.) Bulow.	(L. S.)	Gortchakow.
(L. S.) Hohenlohe.	(L. S.)	Schouvaloff.
(L. S.) Andrasst.	(L. S.)	P. D'Oubril.
(L. S.) Karolyi.	(L. S.)	Al. Caratheodoey.
(L. S.) Haymerle.	(L. S.)	Mehemed All
(L. S.) Waddington.	(L. S.)	Sadoullah.

9. Mapa de la península de los Balcanes tras la firma del Tratado de Berlín de 1878



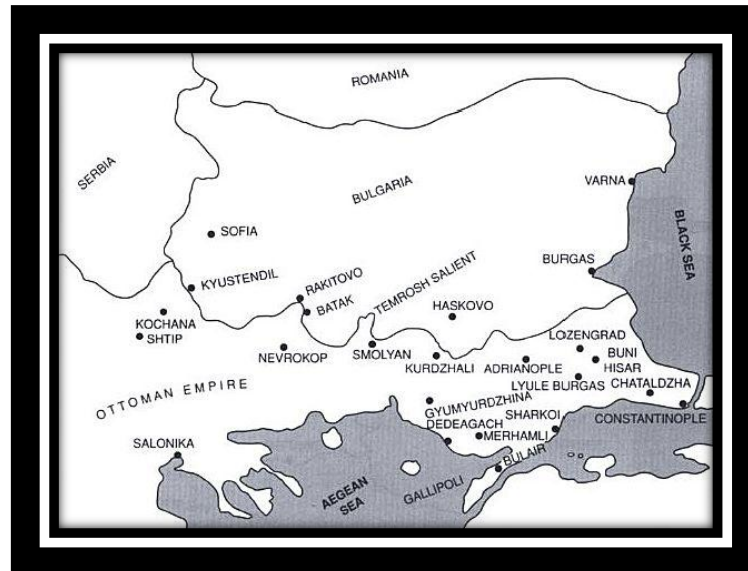
Fuente. Fuente. The Eastern Crisis, s/a

10. Mapa de la península antes de la Primera Guerra Balcánica



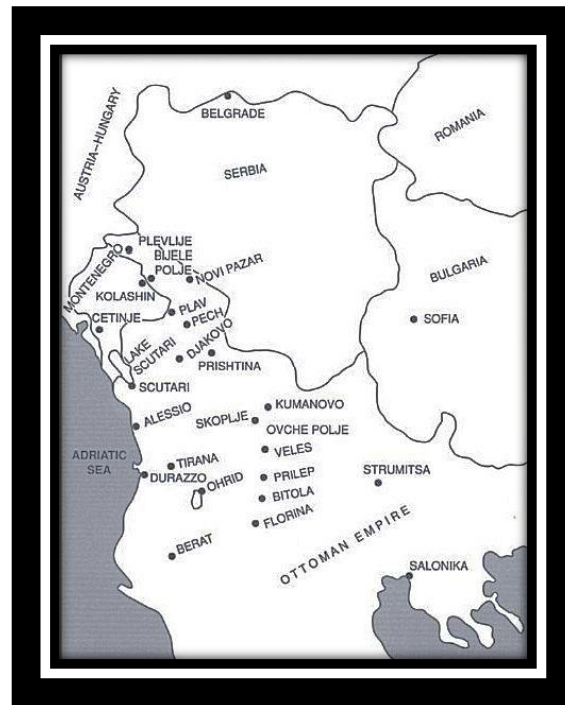
Fuente. Sloane, 1914

11. Mapa de Bulgaria durante la Primera Guerra Balcánica



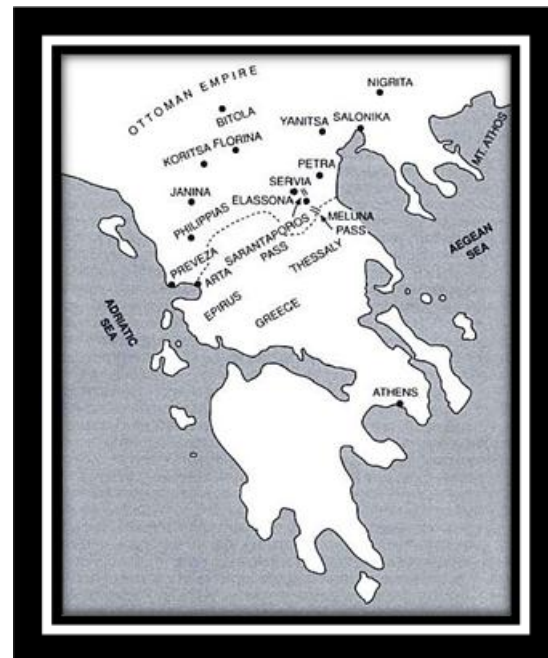
Fuente. Hall, 2000

12. Mapa de Serbia y Montenegro durante la Primera Guerra Balcánica



Fuente. Hall, 2000

13. Mapa de Grecia durante la Primera Guerra Balcánica



Fuente. Hall, 2000

14. Tratado de paz entre Grecia, Bulgaria, Montenegro, Serbia, de una parte, y el Imperio Otomano por otra: firmado en Londres el 17-30 de mayo de 1913

Artículo I. Desde la fecha del cambio de ratificaciones del presente Tratado, existirá paz y amistad entre Su Majestad el Emperador de los Otomanos de una parte, y Sus Majestades los Soberanos Aliados de otra, así como entre sus herederos y sucesores, sus respectivos Estados y súbditos a perpetuidad.

Art. II. Su Majestad el Emperador de los Otomanos cede a Sus Majestades los Soberanos Aliados todos los territorios de su Imperio en el continente europeo, desde el oeste de una línea trazada desde Enos sobre el Mar Egeo a Midia sobre el Mar Negro con excepción de Albania. La línea exacta de la frontera desde Enos a Midia será determinada por una Comisión Internacional.

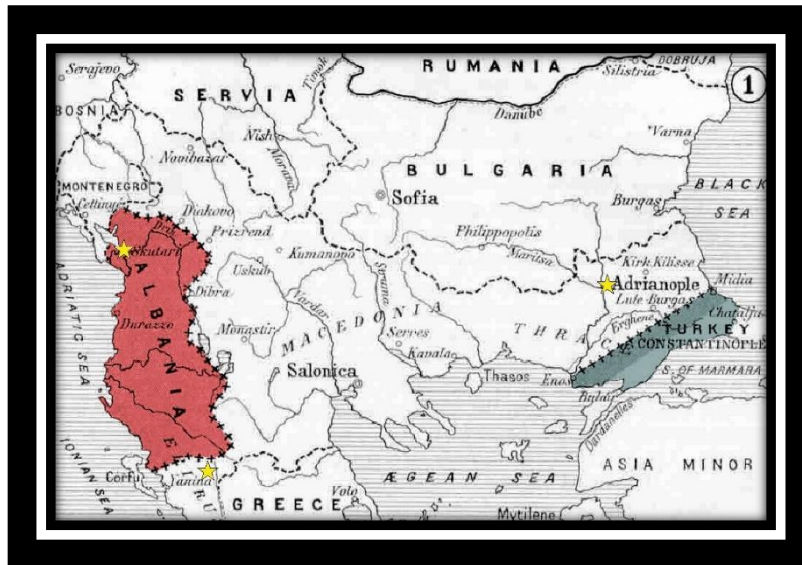
Art. III. Su Majestad el Emperador de los Otomanos y Sus Majestades los Soberanos Aliados, declaran que someten a Su Majestad el Emperador de Alemania, Su Majestad el Emperador de Austria, al Presidente de la República Francesa, a Su Majestad el Rey de Gran Bretaña e Irlanda y a Su Majestad el Emperador de todas las Rusias, la cuestión de arreglar la delimitación de fronteras de Albania y todas las otras cuestiones referentes a Albania.

Art. IV. Su Majestad el Emperador de los Otomanos declara que cede a Sus Majestades los Soberanos Aliados la isla de Creta, y que renuncia a su favor los derechos de Soberanía y todos aquellos que posee sobre aquella Isla.

Art. V. Su Majestad el Emperador de los Otomanos y Sus Majestades los Soberanos Aliados declaran que confían a Su Majestad el Emperador de Alemania, Su Majestad el Emperador de Austria, al Presidente de la República Francesa, a Su Majestad el Rey de Gran Bretaña e Irlanda, Su Majestad el Rey de Italia, y Su Majestad el Emperador de Todas las Rusias, el trabajo de decidir el destino de todas las islas otomanas del Mar Egeo, excepto Creta y la Península del Monte Athos,

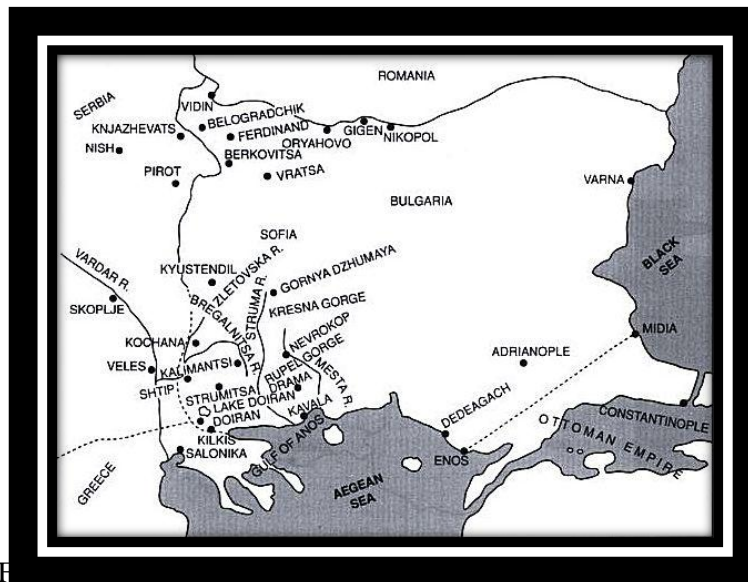
Art. VI. Su Majestad el Emperador de los Otomanos y Sus Majestades los Soberanos Aliados declaran que dejan el cuidado de regular las cuestiones financieras resultantes del estado de guerra que acaba de terminar y de las cesiones territoriales arriba mencionadas a la Comisión Internacional, convocada en Paris y a la cual ya han enviado sus representantes.

15. Mapa de la península de los Balcanes después de la firma del Tratado de Londres de 1913



Fuente. The Balkans after 1913

16. Mapa de la península de los Balcanes durante la Segunda Guerra Balcánica



17. Tratado de paz entre Rumania, Grecia, Montenegro, Serbia y Bulgaria. Firmado en Bucarest el 28 julio 10 agosto de 1913.

Artículo I. Desde el día de la fecha del cambio de ratificaciones del presente Tratado, existirá paz y amistad entre Su Majestad el Rey de Rumania, Su Majestad el Rey de los Helenos, Su Majestad el Rey de Montenegro, Su Majestad el Rey de Servia, Su Majestad el Rey de los Búlgaros, así como entre sus herederos y sucesores, sus Estados y súbditos respectivos.

Art. II. Entre el Reino de Bulgaria y el Reino de Rumania, la antigua frontera entre el Danubio y el Mar Negro, es conforme con el acta levantada por los respectivos delegados militares y aneja al protocolo núm. 5 de 22 de julio (4 agosto) de 1913 de la Conferencia de Bucarest, rectificada de la siguiente manera:

La nueva frontera arrancará desde el Danubio por encima de Turlukaia y terminará en el Mar Negro al sur de Ekrene.

Entre estos puntos extremos la línea de frontera seguirá la línea indicada en los mapas 1-100.000 y 1-200.000 del Estado Mayor Rumano, y de acuerdo con la descripción aneja al presente artículo.

Queda formalmente entendido que Bulgaria desmantelará en el plazo máximo de dos años las fortificaciones existentes, y no construirá otras en Rontstchouk, Schoumba, en el campo intermedio, ni en una zona de veinte kilómetros alrededor de Baltchik.

Una Comisión mixta compuesta de representantes de las dos Altas Partes contratantes, en igual número por ambos lados, estará encargada, en los quince días siguientes a la firma del presente Tratado, de ejecutar sobre el terreno el trazado de la nueva frontera, de acuerdo con las anteriores estipulaciones. Esta Comisión procederá a la partición de los fondos y capitales que hayan pertenecido hasta ahora en común a los distritos, ayuntamientos o comunidades de habitantes, separados por la nueva frontera. En caso de desacuerdo sobre el trazado y medios de ejecutarlo, las dos Altas Partes contratantes se comprometen a dirigirse a un tercer Gobierno amigo con el ruego de que nombre un árbitro cuya decisión en los puntos de desacuerdo se considerará definitiva.

Art. III. Entre el reino de Bulgaria y el Reino de Servia, la frontera seguirá conforme el acta levantada por los respectivos delegados militares y aneja al Protocolo núm. 9 del 25 de julio (7 agosto) de 1913 de la Conferencia de Bucarest, la siguiente línea:

La línea de frontera arrancará desde la antigua frontera desde el pico de Patarica, seguirá la antigua frontera Turco-Búlgara y la línea de la vertiente entre el Vardar y el Strouma, a excepción del Alto valle del Stroumitza, que queda en el territorio servio; terminará en la montaña de Belasica, desde donde reculará a la frontera Greco-Búlgara. La descripción detallada de esta frontera y su indicación en el mapa 1/200.000 del Estado Mayor Austríaco van anejos al presente artículo.

Una comisión mixta compuesta de representantes de las dos Altas Partes contratantes, en igual número por ambas partes, se encargará, en los quince días siguientes a la firma del presente Tratado, de ejecutar sobre el terreno el trazado de la nueva frontera, de acuerdo con las anteriores estipulaciones. Esta comisión procederá al reparto de los fondos y capitales que hayan pertenecido hasta ahora en común a los distritos, ayuntamientos o comunidades de habitantes separados por la nueva frontera. En caso de desacuerdo sobre el trazado y medios de ejecutarlo, las dos

Berenice Navarro González

Altas Partes contratantes se comprometen a dirigirse a un tercer Gobierno amigo con el ruego de que nombre un árbitro cuya decisión en los puntos de desacuerdo se considerará definitiva.

Art. IV. Las cuestiones relativas a la antigua frontera Servio-Búlgara se regularán de acuerdo con lo convenido por las dos Altas Partes contratantes que consta en el Protocolo unido al presente artículo.

Art. V. Entre el Reino de Grecia y el Reino de Bulgaria la frontera seguirá conforme con el acta levantada por los respectivos delegados militares y aneja al Protocolo núm. 9 del 25 de julio (7 de agosto) de 1913, de la Conferencia de Bucarest, la siguiente línea:

La línea de frontera arrancará desde la nueva frontera Servio-Búlgara hasta la altura de Belasica Planina, para terminar en la desembocadura del Mesta en el Mar Egeo.

Entre los dos puntos extremos, la línea de frontera seguirá el trazado indicado en el mapa 1/200.000 del Estado Mayor Austriaco y de acuerdo con la descripción aneja al presente artículo.

Una comisión mixta compuesta de representantes de las dos Altas Partes contratantes, en igual número por ambas partes, se encargará, en los quince días siguientes a la firma del presente Tratado, de ejecutar sobre el terreno el trazado de la nueva frontera, de acuerdo con las anteriores estipulaciones. Esta comisión procederá al reparto de los fondos y capitales que hayan pertenecido hasta ahora en común a los distritos, ayuntamientos o comunidades de habitantes, divididos por la nueva frontera. En caso de desacuerdo sobre el trazado y medios de ejecutarlo, las dos Altas Partes contratantes se comprometen a dirigirse a un tercer Gobierno amigo con el ruego de que nombre un árbitro cuya decisión en los puntos de desacuerdo se considerará definitiva.

Queda formalmente entendido que Bulgaria desiste de aquí en adelante, a toda pretensión sobre la Isla de Creta.

Art. VI. Los Cuarteles Generales de los respectivos ejércitos serán inmediatamente informados de la firma del presente Tratado. El Gobierno Búlgaro se compromete a reducir su ejército, a partir del día siguiente de esta notificación, a pie de paz. En el más corto espacio de tiempo, enviará sus tropas a las guarniciones de donde proceden, y las diversas reservas serán desmovilizadas.

Las tropas cuya plaza de guarnición se halla situada dentro de la zona de ocupación del ejército de una de las Altas Potencias contratantes, se dirigirán a otro punto del antiguo territorio Búlgaro, y no podrán ir a su plaza usual de guarnición hasta verificarse la evacuación de la zona de ocupación antes mencionada.

Art. VII. La evacuación del territorio búlgaro, tanto el antiguo como el nuevo, comenzará inmediatamente después de la desmovilización del ejército búlgaro, y se terminará completamente en quince días.

Durante este período de tiempo, la zona de demarcación para el ejército rumano, estará indicada por la línea Sistov Lovcea, Turski, Izvor, Glozene, Zlatitza, Mirkovo, Araba, Konak, Archania, Mezdra, Uratza, Berkovitza, Lom, Danubio.

Art. VIII. Durante la ocupación del territorio búlgaro, los diferentes ejércitos tendrán derecho a requisar, a condición de pago en moneda.

Tendrán el libre uso de las líneas de ferrocarriles para el transporte de tropas y provisiones de todas clases, sin tener que indemnizar a las autoridades locales.

Los enfermos y heridos estarán bajo la salvaguardia de dichos ejércitos.

Art. IX. Tan pronto como sea posible después del cambio de las ratificaciones del presente Tratado, todos los prisioneros de guerra serán devueltos.

Los Gobiernos de las Altas Partes contratantes nombrarán cada uno Comisarios especiales encargados del recibo de prisioneros.

Todos los prisioneros en poder de uno de los Gobiernos serán entregados al Comisario del Gobierno al que pertenezcan o a su representante debidamente autorizado, en el lugar fijado por las partes interesadas.

Los Gobiernos de las Altas Partes contratantes, se presentarán respectivamente uno a otro, y tan pronto como sea posible después de la entrega de todos los prisioneros, un estado de los gastos directamente ocasionados por el cuidado y sostenimiento de los prisioneros, desde la fecha de su captura o entrega, hasta la de su muerte o devolución. Se efectuará una computación entre las sumas debidas por Bulgaria a cada una, de las otras Altas Partes contratantes y las debidas por éstas a Bulgaria, y la diferencia se pagará al Gobierno acreedor lo antes posible después del cambio de los estados de gastos antes mencionados.

Art. X. El presente Tratado será ratificado y las ratificaciones se cambiarán en Bucarest en el plazo de quince días o antes si fuere posible.

En fe de lo cual, los respectivos Plenipotenciarios han firmado y puesto en él sus sellos.

Hecho en Bucarest el día 28 del mes de julio (día 10 del mes de agosto) del año 1913. (Siguen las firmas).

18. Mapa de la península de los Balcanes luego de la firma del Tratado de Bucarest de 1913



Fuente. Hall, 2000

Mapas, Tablas y Figuras

Mapas

Mapa 1. Región Balcánica. 1856-1878

Anexo 1. Mapa de la extensión del imperio de la Gran Serbia. Siglo XIV

Anexo 2. Mapa de la evolución de Montenegro. Siglo XVIII – XX

Anexo 3. Mapa del Imperio Búlgaro. Siglo X

Anexo 4. Mapa de la extensión del Imperio Bizantino. Siglo XIV

Anexo 5. Mapa del principado de Valaquia en el siglo XIX

Anexo 7. Mapa de la península de los Balcanes tras la firma del Tratado de San Stefano en 1878

Anexo 9. Mapa de la península de los Balcanes tras la firma del Tratado de Berlín de 1878

Anexo 10. Mapa de la península antes de la Primera Guerra Balcánica

Anexo 11. Mapa de Bulgaria durante la Primera Guerra Balcánica

Anexo 12. Mapa de Serbia y Montenegro durante la Primera Guerra Balcánica

Anexo 13. Mapa de Grecia durante la Primera Guerra Balcánica

Anexo 15. Mapa de la península de los Balcanes después de la firma del Tratado de Londres de 1913

Anexo 16. Mapa de la península de los Balcanes durante la Segunda Guerra Balcánica

Anexo 18. Mapa de la península de los Balcanes luego de la firma del Tratado de Bucarest de 1913

Tablas

Tabla 1. Concepto de nación y nacionalismo desde diferentes perspectivas

Tabla 2. Corrientes nacionalistas

Tabla 3. Principales características de los territorios balcánicos

Figuras

Figura 1. Alianzas de la Liga Balcánica

Figura 2. Alianzas de la Segunda Guerra Balcánica

Fuentes y Bibliografía

Fuentes

Artículos Electrónicos

- Armour, I., D. (2009). Apple of Discord: Austria-Hungary, Serbia and the Bosnian Question 1867-1871 [versión electrónica]. *The Slavonic and the East European Review* 87(4), pp. 629-680. Recuperado el 2 de diciembre de 2014 de www.jstor.org/stable/40650848
- Betacovic, D. T. (2013). Storm over Serbia. The Rivalry between Civilian and Military Authorities (1911-1914). *Balkanica*. Recuperado el 7 de febrero de 2014 de www.doiserbia.nb.rs/img/doi/0350-7653/2013/0350-76531344307B.pdf
- Duggan, S. (1903). The Eastern Question: a Study of Diplomacy. *Studies of History, Economics and Public Law*, 14(3). Recuperado el 11 de noviembre de 2013 de <http://www.unz.org/Pub/AmHistoricalRev-1903jan-00387a02?View=PDF>
- Ernst, J., Vukicevik, B., Jakulj, T. & Ilich, W. (2003). Sarajevo Paradox: Survival throughout History and Life after Balkan War [versión electrónica]. *Intermarium* 6(3). Recuperado el 3 de abril de 2012 de ece.columbia.edu/intermarium/intermarium-volume-6
- Harris, N., D. (1913). The Macedonian Question and the Balkan War. [versión electrónica]. *The American Political Science Review* 7(2), pp. 197-216. Recuperado el 2 de diciembre de 2014 de www.jstor.org/stable/1944894
- Kajouharov, A. (2004). Bulgarian “Macedonian” Nationalism: A Conceptual Overview. *The Online Journal of Peace and Conflict Resolution*. Recuperado el 3 de abril de 2012 de www.researchgate.net/publication/267219735_Bulgarian_Macedonian_Nationalism_A_Conceptual_Overview

- Karagyozov, P. (2003). Slavic Nationalism. *The Construction and Deconstruction of National Histories in Slavic Euroasia*. Recuperado el 3 de abril de 2012 de <https://src-h.slav.hokudai.ac.jp/eng/news/no11/enews11-8.html>
- Patten, A. (2010). The Most Natural State: Herder and Nationalism. *History of Political Thought*. Recuperado el 14 de diciembre de 2013 de <https://www.princeton.edu/~apatten/onlinepapers.html>
- Rodríguez González, G. (2012). El Nacionalismo Alemán durante el Siglo XIX. *Revista Huellas de la Historia*. Recuperado el 13 de enero de 2013 de lapaginademontilla.blogspot.mx/2012/08/el-nacionalismo-aleman-durante-el-siglo.html
- Van Winkle, D. (2005). *The Rise of Ethnic Nationalism in the Former Socialist Federation of Yugoslavia: an Examination of the Use of History*. (Tesis de Grado, Western Oregon University). Recuperado el 3 de abril de 2012 de www.wou.edu/las/socsci/history/senior_seminar_papers/2005/Daniel%20Van%20Winkle.pdf
- Villacañas Berlanga, J. L. (1991). Fichte y los Orígenes del Nacionalismo Alemán Moderno. *Revista de Estudios Políticos*. Recuperado el 23 de marzo de 2014 de dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=27103

Libros Electrónicos

- Capek, T. (1906). *The Slovaks of Hungary. Slavs and Pan Slavism*. New York: The Knickerbocker Press. Recuperado el 2 de enero de 2012 de archive.org/details/slovakshungarys00apgoog
- Denton, W. (1877). *Montenegro. It's People and their History*. London: Daldy, Isbister & Co. Recuperado el 16 de enero de 2014 de archive.org/details/montenegroitspeo00dentrich
- Despot, I. (2012). *The Balkan Wars in the Eyes of Warring Parties: Perceptions and Interpretations*. Bloomington: iUniverse. Recuperado el 2 de Diciembre de 2014 de books.google.com.mx/books?id=ZlbtG7w_rSUC&pg=PA9&dq=Igor+Despot+the+easter

Berenice Navarro González

n+question&hl=es&sa=X&ei=AZOQVL3VGZCZyQSMsYLQDQ&ved=0CB0Q6AEwAA#v=onepage&q=Igor%20Despot%20the%20eastern%20question&f=false

Evans, A. J. (1877). *Through Bosnia and the Herzegovina on Foot during the Insurrections, August and September 1875 (2nd Edition)*. London: Longmans, Green and Co. Recuperado el 4 de febrero de 2014 de archive.org/details/throughbosniaher00evanrich

Hogarth, D. G. (1915). *The Balkans. A History of Bulgaria – Serbia – Greece – Rumania – Turkey*. London: Oxford University Press. Recuperado el 17 de septiembre de 2011 de archive.org/details/balkanshistoryof00forbuoft

Macfie, A., L. (1996). *The Eastern Question 1774-1923: Revised Edition*. New York: Routledge. Recuperado el 2 de Diciembre de 2014 de books.google.com.mx/books?id=IMgeBAAAQBAJ&printsec=frontcover&dq=Alexander+Lyon+Macfie+the+eastern+question&hl=es&sa=X&ei=KZKQVPjGK4GYyATPRA&ved=0CB4Q6AEwAA#v=onepage&q=Alexander%20Lyon%20Macfie%20the%20eastern%20question&f=false

Miller, W. (1922). *The Balkans. Rumania, Bulgaria, Serbia and Montenegro (3rd Edition)*. United States: G. P. Putman's Sons. Recuperado el 17 de septiembre de 2011 de archive.org/details/balkansroumania00millgoog

Petrovitch, W. M. (1915). *Serbia. Her People, History and Aspirations*. London: Ballantyne, Hanson & Co. Recuperado el 9 de agosto de 2012 de archive.org/details/serbiaherpeopleh00petr

Ranke, L. (1853). *The History of Serbia and the Servian Revolution*. London: Harrison and Sons. Recuperado el 9 de agosto de 2012 de archive.org/details/historyofservias00rankrich

Renan, E. (2010). ¿Qué es una Nación? En A. Muñoz Cota Pérez (ed). *Nueva Idea de México*. Recuperado el 17 de marzo de 2014 de enp4.unam.mx/amc/libro_munioz_cota/libro/cap4/lec01_renanqueesunanacion.pdf

Schurman, J. G. (1914). *The Balkan Wars 1912-1913*. London: Oxford University Press. Recuperado el 27 de abril de 2012 de archive.org/details/balkanwars1912100schu

- Seselj, V. (2011). *The Ideology of Serbian Nationalism (3rd Edition)*. Belgrade: Serbian Radical Party. Recuperado el 8 de octubre de 2014 de www.vseselj.com/files/books/TheIdeologyofSerbianNationalism.pdf
- Sloane, W. M. (1914). *The Balkans. A Laboratory of History*. New York: Eaton & Mains. Recuperado el 7 de enero de 2013 de archive.org/details/balkanslaborator00sloa
- Stevenson, F. S. (1923). *A History of Montenegro*. London: Jarrold & Sons, Warwick Lane, E. C. Recuperado el 16 de enero de 2014 de harchive.org/details/historyofmontene00stevuoft

Mapas

- [Balkan Region Map]*. Recuperado de balkan.fabian-vendrig.eu/balkan/
- [The Balkans after 1913]*. Recuperado de www.travels.bowenplace.com
- Bulgarien im "Goldenen Zeitalter" unter Zar Simeon*. [Mapa]. (2004). Recuperado de kodeks.uni-bamberg.de/Bulgaria/media/BG0927-SIMEON.jpg
- History of Romania*. [Mapa]. (1997). Recuperado de acienciala.faculty.ku.edu/hist557/lect9.htm
- Imperio Bizantino*. [Mapa]. (2004). Recuperado de historia-mendoza-garcia.blogspot.mx/
- Northern Montenegro*. [Mapa]. (2013). Recuperado de oddimontenegro.blogspot.mx/2013/12/northern-montenegro-highlands.html
- Serbian Empire. 1355*. [Mapa]. (2010). Recuperado de commons.wikimedia.org/wiki/File:Serbian_Empire_1355-cs.png?uselang=es
- The Eastern Crisis*. [Mapa]. (s/a). Recuperado de <http://www.amitm.com/thecon/ec3.gif>

Tratados Internacionales

Berenice Navarro González

Tratado de Paz, Grecia, Bulgaria, Montenegro, Serbia y el Imperio Otomano, 17-30 de mayo de 1913, Londres.

Tratado de Paz entre Rumania, Grecia, Montenegro, Serbia y Bulgaria, 28 de julio-10 de agosto de 1913, Bucarest.

Tratado entre Gran Bretaña, Alemania, Austria-Hungría, Francia, Italia y el Imperio Otomano, para el Arreglo de la Cuestión de Oriente, 13 de julio de 1878, Berlín.

Tratado Preliminar de Paz, Rusia y el Imperio Otomano, 19 de febrero-3 de marzo de 1878, San Stefano.

Sitios

Blago Treasure. (1998-2014). Balkan Crisis and the Treaty of Berlin: 1878. *Blago Treasure*. Recuperado el 7 de febrero de 2014 de <http://srpskoblogo.org/serbian-history/balkan-crisis-and-the-treaty-of-berlin-1878.html>

Croatian Information Center. (2000-2006). Greater Serbia from Ideology to Aggression. *Trepca*. Recuperado el 16 de diciembre de 2013 de www.trepca.net/english/2006/serbian_memorandum_1986/greater_serbia_cik_serbian_academy_mem_1986.html

Sowards, S. W. (1996). Twenty Five Lectures on Modern Balkan History. The Balkans at the Age of Nationalism. *Michigan State University*. Recuperado el 8 de enero de 2014 de staff.lib.msu.edu/sowards/balkan/

Bibliografía

Anderson, B. (1993). *Comunidades Imaginadas. Reflexiones Sobre el Origen y la Difusión del Nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Bechev, D. (2009). *Historical Dictionary of the Republic of Macedonia*. Lanham, MD: Scarecrow Press.
- Birch, A. (1989). *Nationalism and National Integration*. London: Unwin Hyman.
- Bobbio, N., Matteucci, N., Pasquino G. (2007). *Diccionario de Política* (Vol. 1, p.137). México: Editorial Siglo XXI
- Boivin, M., Rosato, A. & Arribas, V. (1999). *Constructores de la Otredad*. Buenos Aires: Eudeba.
- Briggs, A. & Clavin, P. (1997). *Historia Contemporánea de Europa 1789-1989*. Barcelona: Crítica Grijalbo Mondadorí.
- Clogg, R. (1992). *A Concise History of Greece*. Great Britain: Cambridge University Press.
- Cuvalo, A. (2007). *Historical Dictionary of Bosnia and Herzegovina (2nd Edition)*. Lanham, MD: Scarecrow Press.
- Denitch, B. (1995). *Nacionalismo y etnicidad: La Trágica Muerte de Yugoslavia*. México: Editorial Siglo XXI.
- Detrez, R. (2006). *Historical Dictionary of Bulgaria (2nd Edition)*. Lanham, MD: Scarecrow Press, Inc.
- Gellner, T. (2003). *Naciones y Nacionalismo*. España: Alianza.
- González, M. & Sánchez, P. (2001). *Minorías Étnicas y Movimientos Separatistas en el Mundo*. México: Editorial Quimera.
- Grumeza, I. (2010). *The Roots of Balkanization*. Maryland: University Press of America.
- Hall, R. C. (2000). *The Balkan Wars 1912-1913. Prelude to the First World War*. London: Routledge.
- Hernández-Vela, E. (1988). *Diccionario de Política Internacional*. (pp. 87, 221). México: Editorial Porrúa.
- Hobsbawn, E. (1998). *Historia del Siglo XX*. Argentina: Crítica.

Berenice Navarro González

- (1998b). *Naciones y Nacionalismo Desde 1780 (2ª Edición)*. Barcelona: Crítica Grijalbo Mondadorí.
- Jordanov, G. (2005). *Glimpses of the History of Bulgaria*. Sofia: Nova Zvezda.
- Kaplan, R. D. (1998). *Fantasmas Balcánicos*. Barcelona: Ediciones B.
- Kissinger, K. (2001). *La Diplomacia (2ª Edición)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kostya, S. (1981). *Pan-slavism*. Florida: Danubian Press.
- Pavlowitch, S. K. (2002). *Serbia. The History behind the Name*. London: C. Hurst & Co.
- Pereira, J. C. (Coord). (2008). *Diccionario de Relaciones Internacionales y Política Exterior* (pp. 102-103). Barcelona: Ariel.
- Recchia, S. & Urbinati, N. (eds). (2009). *A Cosmopolitanism of Nations: Giuseppe Mazzini's Writings on Democracy, Nation Building, and International Relations*. United Kingdom: Princeton University Press.
- Renouvin, P. & Duroselle, J. B. (2001). *Introducción a la Historia de las Relaciones Internacionales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ridley, J. (2006). *Tito. La Biografía del Líder Comunista que Gobernó Yugoslavia desde 1946 a 1980*. Barcelona: Vergara.
- Vassilev, V. A. (1979). *Bulgaria – 13 Centuries of Existence*. Sofia: Sofia Press.
- Velazquez Flores, R. (2007). *Factores, Bases y Fundamentos de la Política Exterior de México (2ª Edición)*. México: Plaza y Valdés.
- Wendt, A. (1999). *Social Theory of International Politics*. Cambridge, CB: Cambridge University Press.

